

Una maravillosa fábula sobre los lazos que nos unen

LA NIÑA QUE BEBIÓ LUZ DE LUNA



DESTINO

Kelly Barnhill

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

1. En el que se cuenta una historia
2. En el que una mujer desgraciada se vuelve loca
3. En el que una bruja enmagiza por casualidad a un bebé
4. En el que no fue más que un sueño
5. En el que un monstruo del pantano se enamora
6. En el que Antain se mete en problemas
7. En el que una criatura mágica da más problemas de lo esperado
8. En el que un cuento contiene indicios de verdad
9. En el que varias cosas salen mal
10. En el que una bruja encuentra una puerta y también un recuerdo
11. En el que una bruja toma una decisión
12. En el que un niño conoce la historia de la Ciénaga
13. En el que Antain hace una visita
14. En el que hay consecuencias
15. En el que Antain dice una mentira
16. En el que hay muchísimo papel
17. En el que la semilla se resquebraja
18. En el que se descubre a una bruja
19. En el que hay un viaje a la Ciudad de la Agonía
20. En el que Luna cuenta una historia
21. En el que Fyrian hace un descubrimiento
22. En el que hay otra historia
23. En el que Luna dibuja un mapa
24. En el que Antain presenta una solución
25. En el que Luna aprende una nueva palabra
26. En el que una mujer loca descubre que tiene un talento y lo pone en práctica
27. En el que Luna se entera de más cosas de lo que le gustaría

28. En el que varias personas se adentran en el bosque
29. En el que se cuenta una historia sobre un volcán
30. En el que las cosas son más difíciles de lo que se suponía
31. En el que una loca encuentra una casa en un árbol
32. En el que Luna encuentra un pájaro de papel. Varios, de hecho
33. En el que la bruja se encuentra con un viejo conocido
34. En el que Luna se encuentra con una mujer en el bosque
35. En el que Glerk huele algo desagradable
36. En el que un mapa resulta más bien inútil
37. En el que la bruja se entera de algo sorprendente
38. En el que la niebla empieza a levantarse
39. En el que Glerk cuenta a Fyrian la verdad
40. En el que hay un desacuerdo sobre unas botas
41. En el que convergen varios caminos
42. En el que el mundo es azul y plata y plata y azul
43. En el que una bruja lleva a cabo su primer hechizo... A propósito esta vez
44. En el que se produce un cambio de opinión
45. En el que un Dragón Simplemente Enorme toma una decisión simplemente enorme
46. En el que se produce el reencuentro de varias familias
47. En el que Glerk emprende un viaje y deja escrito un poema
48. En el que se cuenta la historia final

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Esta es la historia de una niña que nació sin magia, y bebiendo luz de luna se convirtió en una persona enmagizada. De una bruja con un gran corazón y una misión imprevista. De un monstruo del pantano sabio y poeta. Y de un minúsculo dragón que espera crecer algún día.

Esta es la historia de seres mágicos que se comportan como personas corrientes, y personas corrientes que se convierten en seres mágicos. Esta es la historia de cómo todos ellos salvaron a su mundo de la infelicidad y la tristeza.

LA NIÑA QUE BEBIÓ
LUZ DE LUNA

KELLY BARNHILL

DESTINO

Para Ted, con amor

En el que se cuenta una historia

Sí.

En el bosque hay una bruja. Siempre ha habido una bruja.

¿Quieres dejar de moverte de una vez? ¡Por todas mis estrellas! Jamás he visto una criatura tan inquieta como tú.

No, cielo, yo no la he visto. No la ha visto nadie. Desde hace muchísimos años. Hemos hecho lo posible para no volver a verla más.

Y ha sido terrible.

No me obligues a contártelo. Aunque, de todos modos, ya lo sabes.

Ay, no lo sé, cariño. Nadie sabe por qué quiere niños. No tenemos ni idea de por qué insiste en que siempre sea el de menor edad. No podemos preguntárselo, evidentemente. No la vemos. Hacemos todo lo que está en nuestra mano para no verla.

Por supuesto que existe. ¡Vaya pregunta! ¡Mira el bosque! ¡Lo peligroso que es! Hay humo venenoso, pozos sin fondo, géiseres de agua hirviendo y peligros horripilantes por dondequiera que vayas. ¿Crees que es por casualidad? ¡Pamplinas! Todo es obra de la bruja y nadie sabe qué sería de nosotros si no hiciéramos lo que ella nos manda.

¿De verdad es necesario que te lo cuente?

Preferiría no hacerlo.

Venga, no llores. El Consejo de Ancianos no va a venir a por ti. Eres demasiado mayor.

¿De nuestra familia?

Sí, cariño. Hace mucho tiempo. Antes de que tú nacieras. Era un niño precioso.

Y ahora, termina la cena y haz los deberes. Mañana hay que levantarse temprano. El Día del Sacrificio no espera por nadie, y debemos estar todos presentes para dar las gracias al niño que nos salvará un año más.

¿Tu hermano? ¿Cómo pretendes que luchase por él? De haberlo hecho, la bruja nos habría matado a todos y ¿dónde estaríamos ahora? Sacrificar a uno o a todos. El mundo es así. No podríamos haber cambiado las cosas por mucho que lo hubiéramos intentado.

Ya basta de preguntas. A callar. Ilusa.

En el que una mujer desgraciada se vuelve loca

Aquella mañana, el Gran Anciano Gherland se tomó su tiempo. El Día del Sacrificio era solo una vez al año, al fin y al cabo, y le gustaba lucir su mejor aspecto durante la sobria procesión hasta la casa maldita y durante el triste encierro. Animaba a los demás ancianos a seguir su ejemplo. Era importante que el pueblo presenciara un espectáculo.

Con cuidado, se maquilló con colorete las flácidas mejillas y los ojos con gruesos trazos de kohl. Comprobó la dentadura en el espejo para asegurarse de que no hubiera restos ni porquería. Le encantaba aquel espejo. Era el único que había en todo el Protectorado. Nada proporcionaba más placer a Gherland que poseer un objeto en exclusiva. Le gustaba ser «especial».

El Gran Anciano siempre tenía posesiones únicas en el Protectorado. Era una de las ventajas del puesto.

El Protectorado —al que algunos llamaban el Reino de los Juncos y otros, Ciudad de la Tristeza— estaba emparedado entre un bosque traicionero por un lado y una ciénaga enorme por el otro. La mayoría de los habitantes del Protectorado se ganaba la vida en la Ciénaga. Conocerla bien era el futuro, decían las madres a sus hijos. No un gran futuro, claro está, pero siempre era mejor que nada. En primavera, la Ciénaga estaba repleta de brotes de Zirin, de flores de Zirin en verano y de bulbos de Zirin en otoño, además de un amplio surtido de plantas medicinales y casi mágicas que podían cultivarse, prepararse, tratarse y venderse a los mercaderes del otro lado del bosque, que a su vez transportaban las frutas de la Ciénaga a las remotas Ciudades Libres. El bosque era increíblemente peligroso, y navegable solo junto a la Carretera.

Y los Ancianos eran los propietarios de la Carretera.

Que es lo mismo que decir que el Gran Anciano Gherland era el propietario de la Carretera, y que los demás tenían su parte. Los Ancianos también eran los propietarios de la Ciénaga. Y de los huertos. Y de las casas. Y de las plazas del mercado. Incluso de los jardines.

Por eso las familias del Protectorado se fabricaban los zapatos con juncos. Por eso, en tiempos de penuria, alimentaban a sus hijos con el espeso y rico caldo de la Ciénaga, confiando en que los hiciera fuertes.

Por eso los Ancianos y sus familias crecían grandes y fuertes y sonrosados a base de buey, mantequilla y cerveza.

Alguien llamaba a la puerta.

—Adelante —murmuró el Gran Anciano Gherland, mientras acababa de ajustarse la caída de la túnica.

Era Antain. Su sobrino. Un Anciano en Formación, pero solo porque Gherland, en un momento de debilidad, así se lo había prometido a la ridiculísima madre de aquel ridículo chico. Aunque eso no le hacía justicia. Antain era un joven agradable, de casi trece años de edad. Era trabajador y aprendía rápido. Se le daban bien los números y era hábil con las manos, capaz de construir un banco confortable para un Anciano cansado prácticamente a la misma velocidad con la que respiraba. Y, a pesar de todo, Gherland había acabado sintiendo un cariño inexplicable y creciente hacia el chico.

Pero...

Antain tenía grandes ideas. Grandes conceptos. Y preguntas. Gherland frunció el entrecejo. Antain era... ¿cómo decirlo? Demasiado aplicado. Si aquello seguía así, tendría que acabar gestionando el asunto, tanto si era de su propia sangre como si no. La idea pesaba como una piedra sobre el corazón de Gherland.

—¡TÍO GHERLAND!

Antain casi tira al suelo a su tío con su insufrible entusiasmo.

—¡Cálmate, chico! —le espetó el Gran Anciano—. ¡Es una ocasión solemne!

El joven se tranquilizó visiblemente, e inclinó su cara impaciente y perruna hacia el suelo. Gherland resistió la tentación de darle unos golpecitos cariñosos en la cabeza.

—Me envían —prosiguió Antain, en voz mucho más baja— para comunicarte que los demás Ancianos ya están listos. Y que el pueblo entero se ha congregado a lo largo del camino. Todo el mundo está en sus puestos.

—¿Todo el mundo? ¿No hay ningún remolón?

—Después de lo del año pasado, dudo que vuelva a haberlos —replicó Antain, estremeciéndose.

—Una lástima.

Gherland se miró una vez más en el espejo, para retocarse el colorete. Le gustaba impartir alguna que otra lección a los ciudadanos del Protectorado. Servía para aclarar las cosas. Se acarició los pliegues que se le apiñaban por debajo de la barbilla antes de proseguir.

—Bien, sobrino —dijo, dando un habilidoso meneo a la túnica, un movimiento que había tardado más de una década en perfeccionar—. Vámonos. La criatura no puede sacrificarse sola.

Y salió a la calle con Antain pisándole los talones.



Normalmente, el Día del Sacrificio transcurría con toda la pompa y la seriedad que el acto exigía. Los niños eran entregados sin protestas. Las aturdidas familias lamentaban en silencio la pérdida, con ollas de caldo y alimentos nutritivos amontonados en la cocina, mientras el consuelo de los abrazos de los vecinos intentaba apaciguar su dolor.

Normalmente, nadie rompía las reglas.

Aunque esta vez era distinto.

El Gran Anciano Gherland cerró la boca con fuerza hasta esbozar una mueca. Los sollozos de la madre se oían incluso antes de que la procesión doblara la esquina. Los ciudadanos empezaron a mostrar signos de malestar.

El Consejo de Ancianos se encontró con una escena asombrosa cuando llegó a casa de la familia. Los recibió en la puerta un hombre con la cara arañada, el labio inferior hinchado y zonas ensangrentadas en la cabeza, allí donde le habían arrancado el pelo a puñados. Intentó sonreírles, pero la lengua se le deslizó de manera instintiva hacia el agujero donde hasta hacía muy poco debía de haber habido dientes. Se mordió los labios y probó entonces a forzar un saludo.

—Lo siento, señores —dijo el hombre, que seguramente sería el padre—. No sé qué le ha dado. Es como si se hubiera vuelto loca.

Cuando los Ancianos entraron en la casa, oyeron los gritos y aullidos de una mujer en el piso de arriba. Asomó entonces la cabeza; su cabello negro parecía un nido de serpientes retorciéndose. Silbaba entre dientes y escupía como un animal acorralado. Se colgó entonces con un brazo y una pierna de las vigas del techo, sin soltar el bebé que sujetaba con el otro brazo contra su pecho.

—¡MARCHAOS! —gritó—. No podéis llevárosla. Escupo y maldigo vuestros nombres. ¡Salid de mi casa enseguida, si no, os arrancaré los ojos y se los arrojaré a los cuervos!

Los Ancianos se quedaron mirándola boquiabiertos. Era increíble. Nadie luchaba jamás por una criatura condenada. Eso no se hacía, así de simple.

(Antain rompió a llorar. Y se esforzó para que los adultos no se dieran cuenta.)

Gherland, pensando con rapidez, fijó una expresión bondadosa en su cara arrugada. Extendió el brazo con la palma de la mano abierta hacia la madre para demostrarle que no quería hacerle ningún daño. Detrás de su sonrisa, apretó con fuerza los dientes. Tanta amabilidad lo estaba matando.

—Nosotros no nos la llevamos, mi pobre niña, estás confundida —dijo Gherland con su tono de voz más paciente—. Es la bruja quien se la lleva. Nosotros simplemente hacemos lo que se nos ordena.

La madre emitió un sonido gutural que le salió de lo más profundo del pecho, como un oso enfadado.

Gherland posó la mano en el hombro del perplejo marido y presionó con delicadeza.

—Me parece, buen amigo, que tienes razón: tu esposa se ha vuelto loca. —Intentó disimular su rabia con una fachada de preocupación—. Se trata de un caso raro, es obvio, aunque tiene precedentes. Debemos responder con compasión. Necesita cariño, no que la culpemos.

—¡MENTIROSO! —espetó la mujer. La pequeña empezó a llorar y la mujer siguió encaramándose, colocando los pies en vigas paralelas y apoyando la espalda contra la pendiente del tejado, mientras intentaba posicionarse de tal modo que pudiera permanecer fuera del alcance de los Ancianos para poder amamantar al bebé, que se calmó al instante—. Si os la lleváis —dijo con un gruñido—, la encontraré. La encontraré y la recuperaré. Ya veréis cómo lo consigo.

—¿Piensas enfrentarte a la bruja? —inquirió Gherland riendo—. ¿Tú sola? Eres una pobre mujer patética y perdida. —Sus palabras sonaron melosas, pero su rostro era un ascua al rojo vivo—. El dolor te ha hecho perder el sentido común. Este suceso ha conmocionado tu pobre mente.

No importa. Cuidaremos de ti, querida mía, lo mejor que podamos. ¡Guardias!

Chasqueó los dedos y al instante hicieron su entrada las guardias armadas. Eran una unidad especial que siempre proporcionaban las Hermanas de la Estrella. Llevaban arcos y flechas a la espalda y espadas cortas enfundadas en el cinturón. Su largo cabello trenzado les envolvía la cintura, donde quedaba sujeto con fuerza; un testimonio de sus años de contemplación y entrenamiento de combate en lo alto de la Torre. Su expresión era implacable, y los Ancianos, a pesar de su poder y de su posición, se apartaron rápidamente de ellas. Las Hermanas eran una fuerza aterradora. No se debía jugar con ellas.

—Apartad a la niña de las garras de esta lunática y escoltadla hasta la Torre —ordenó Gherland. Miró fijamente a la madre, que seguía en las vigas pero que de repente se había quedado muy pálida—. Las Hermanas de la Estrella saben qué hacer con las mentes descarriadas, querida. Estoy seguro de que apenas te dolerá.

La Guardia se comportaba siempre de forma eficiente, calmada e implacable. La madre no tenía la más mínima oportunidad de escapar. En cuestión de minutos, la ataron, cargaron con ella y se la llevaron. Sus alaridos resonaron por la silenciosa ciudad y se pararon en seco cuando las puertas de madera de la Torre se cerraron con estruendo, confinándola en su interior.

El bebé, una vez en brazos del Gran Anciano, sollozó brevemente y luego centró su atención en la cara flácida que tenía enfrente, toda arrugas y pliegues. La niña mostraba una expresión solemne, serena, escéptica y tan intensa que a Gherland le costó apartar la mirada. Tenía el pelo oscuro y rizado, y los ojos negros. La piel luminosa, como ámbar pulido. En el centro de la frente, una marca de nacimiento en forma de luna en cuarto creciente. La madre tenía una marca similar. La sabiduría popular decía que esa gente era especial. En general, a Gherland le desagradaban esas leyendas y no le gustaba en absoluto que los ciudadanos del Protectorado se las metieran en la cabeza y por ello se creyeran mejores de lo que en realidad eran. Frunció el entrecejo y, arrugando la frente, se acercó a la niña. El bebé le sacó la lengua.

«Una niña espantosa», pensó el anciano.

—Caballeros —dijo, con todo el ceremonial del que fue capaz—, es la hora.

El bebé eligió aquel momento en particular para dejar una caliente mancha de humedad en la túnica de Gherland, que fingió no darse cuenta, aunque por dentro bullía de rabia.

Lo había hecho a propósito. Estaba seguro. Era un bebé repugnante.

Como era habitual, la procesión fue triste, lenta y se prolongó insufriblemente. Gherland pensó que iba a volverse loco de impaciencia. Pero en cuanto las puertas del Protectorado se cerraron a sus espaldas y los ciudadanos regresaron con sus melancólicas proles a sus humildes hogares, los Ancianos aceleraron el paso.

—¿Por qué corremos, tío? —preguntó Antain.

—¡Silencio, chico! —dijo Gherland entre dientes—. ¡Y no te quedes rezagado!

A nadie le gustaba estar en el bosque lejos de la Carretera. Ni siquiera a los Ancianos. Ni siquiera a Gherland. La zona que quedaba justo al lado de los muros del Protectorado era segura. En teoría. Pero todo el mundo sabía de alguien que se había aventurado accidentalmente demasiado lejos. Y había caído en un sumidero. O pisado arenas movedizas y acabado despellejado. O entrado en una zona contaminada de la que no había regresado nunca. El bosque

era peligroso.

Siguieron un sendero tortuoso hacia la pequeña hondonada rodeada por cinco árboles antiquísimos, conocidos como las Doncellas de la Bruja. O seis. «¿No eran cinco?», Gherland miró bien los árboles, los volvió a contar y meneó la cabeza. Había seis. Daba igual. El bosque le estaba jugando una mala pasada. Pero, al fin y al cabo, aquellos árboles eran casi tan antiguos como el mundo.

El espacio del interior del anillo formado por los árboles estaba cubierto de mullido musgo, y los Ancianos depositaron allí a la pequeña, esforzándose por no mirarla. Dieron la espalda a la niña y se disponían a emprender rápidamente la marcha cuando el miembro más joven del grupo tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—¿Y la dejamos aquí? —preguntó Antain—. ¿Así es como se hace?

—Sí, sobrino —respondió Gherland—. Así es como se hace.

Notó que una oleada repentina de fatiga se instalaba sobre sus hombros como el yugo de un buey. Su columna vertebral empezó a combarse.

Antain se pellizcó el cuello, un tic nervioso que no podía evitar.

—¿Y no tendríamos que esperar a que llegara la bruja?

Los Ancianos se quedaron sumidos en un incómodo silencio.

—¿Qué has dicho? —inquirió el Anciano Raspin, el más decrepito de todos.

—Pues que... —Antain dudó—. Que tendríamos que esperar a que llegara la bruja —dijo en voz baja—. ¿Qué sería de nosotros si antes apareciera un animal salvaje y se la llevara?

Todos los Ancianos, muy tensos, se quedaron mirando al Gran Anciano.

—Por suerte, sobrino —intervino este rápidamente, apartando al chico de allí—, nunca ha habido ningún problema de este tipo.

—Pero... —replicó Antain, pellizcándose de nuevo el cuello, tan fuerte esta vez que dejó incluso una marca.

—Pero nada —sentenció Gherland, colocando con firmeza una mano en la espalda del chico y echando a andar a paso ligero hacia el camino.

Y, uno a uno, los Ancianos se marcharon de allí, dejando atrás al bebé.

Se fueron sabiendo —todos menos Antain— que daba igual si los animales devoraban al bebé, porque a buen seguro lo harían.

Se marcharon sabiendo que no había una bruja. Que nunca la había habido. Que solo había un bosque peligroso, una única carretera y un frágil hilo que los sujetaba a un tipo de vida que los Ancianos llevaban generaciones disfrutando. La bruja —es decir, la creencia de que existía— había sido extendida para mantener al pueblo asustado, sometido, obediente, que vivía en un abotargamiento triste, en el que las nubes del dolor les aturdían los sentidos y les ofuscaban la mente. Era muy conveniente para el tipo de vida acomodada de los Ancianos. Desagradable también, por supuesto, pero eso no podía evitarse.

Caminando entre los árboles, oyeron los sollozos de la pequeña, que pronto dieron paso a los suspiros del pantano, al canto de los pájaros y a los crujidos del bosque. Y todos y cada uno de los Ancianos creyeron con toda seguridad que la niña no vería el amanecer del día siguiente y que ellos jamás volverían a oírla, ni a verla, ni a pensar en ella.

Creieron que se había ido para siempre.
Se equivocaban, naturalmente.

3

En el que una bruja *enmagiza* por casualidad a un bebé

En medio del bosque había un pequeño pantano burbujeante, sulfuroso y nocivo, alimentado y caldeado por un volcán subterráneo de sueño inquieto y cubierto con una resbaladiza capa de cieno cuyo color iba desde el verde veneno hasta el azul relámpago, pasando por el rojo sangre, dependiendo de la época del año. Aquel día —muy próximo al Día del Sacrificio en el Protectorado, o el Día del Niño de la Estrella en cualquier otro sitio—, el verde empezaba a tornarse azul. En la orilla del pantano, de pie al lado de los juncos en flor que crecían en el fango, había una anciana apoyada en un nudoso bastón. Era bajita y achaparrada, un poco barriguda. Llevaba el pelo gris recogido en un moño trenzado, con hojas y flores entretrejidas a modo de adorno. Su rostro, a pesar de cierto aire de enojo, mantenía la luminosidad en la mirada, y su boca generosa insinuaba una sonrisa. Desde un determinado ángulo, su imagen recordaba la de un sapo grande y de carácter agradable.

Se llamaba Xan. Y era la bruja.

—¿Crees que puedes esconderte de mí, monstruo ridículo?! —le gritó al pantano—. Sé perfectamente dónde estás. Sal de nuevo a la superficie ahora mismo y pide perdón. —Tensó las facciones hasta casi fruncir el entrecejo—. O te obligaré a hacerlo.

Pese a que no tenía poder sobre el monstruo en sí —era demasiado viejo—, sí era capaz de hacer que el pantano tosiera y lo expulsara como si fuera un simple escupitajo adherido al fondo de la garganta. Podía hacerlo con solo un leve movimiento de la mano izquierda o un giro de la rodilla derecha.

Intentó fruncir otra vez el entrecejo.

—¡HABLO EN SERIO! —vociferó.

Las aguas burbujearon y se agitaron, y la cabeza gigantesca del monstruo del pantano asomó por encima del verde azulado. Guiñó uno de sus ojos enormes antes de levantar la vista hacia el cielo.

—No me vengas con esa cara, jovencito —dijo la anciana enojada.

—Bruja —murmuró el monstruo, con la boca sumergida aún en las aguas turbias del pantano—. Soy muchos más siglos mayor que tú —añadió, y su boca formó una burbuja en la superficie

cubierta de algas.

«Milenios, en realidad —dijo para sí—. Pero ¿a quién le importan esos detalles?»

—Este tono que empleas no me gusta nada. —Xan arrugó los labios hasta transformarlos en una escarapela que remataba la parte central de su rostro.

El monstruo tosió para aclararse la garganta.

—Como dijo el Poeta, mi querida señora, «Me importa un comino».

—¡GLERK! —gritó la bruja horrorizada—. ¡Esa lengua!

—Mil perdones —dijo Glerk plácidamente, aun sin sentirlo.

Colocó sus dos pares de brazos en el lodo de la orilla, presionando el bruñido fango con las manos de siete dedos. Con un gruñido, emergió hasta quedar tendido en la hierba. «Antes era más fácil», pensó. Aunque, por mucho que se esforzara, no alcanzaba a recordar cuándo.

—Fyrian está allí, junto a las fumarolas, llorando a moco tendido, el pobrecillo —señaló Xan furiosa. Glerk suspiró. La bruja clavó el bastón en el suelo y la lluvia de chispas que salió del extremo los sorprendió a ambos. Miró furibunda al monstruo del pantano—. Eres malo. —Negó con la cabeza—. Es solo un bebé.

—Mi querida Xan —dijo Glerk, percibiendo un rugido en el pecho que esperaba que sonase imponente y dramático, no como alguien que estaba a punto de pillar un resfriado—. También él es más viejo que tú. Y ya va siendo hora...

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Y, de todos modos, se lo prometí a su madre.

—Ese dragoncillo lleva quinientos años, década arriba década abajo, haciéndose ilusiones a partir de ideas alimentadas y perpetuadas por ti, querida mía. ¿Crees que lo ayudas? No es un Dragón Simplemente Enorme. Y, hasta la fecha, no existe ningún indicio de que vaya a llegar a serlo algún día. Ser un Dragón Perfectamente Minúsculo no es ninguna vergüenza. El tamaño no lo es todo, ¿sabes? Pertenece a una especie antigua y honorable que cuenta con algunos de los pensadores más brillantes de las Siete Edades. Tiene mucho de lo que sentirse orgulloso.

—Su madre me lo dejó muy claro... —empezó a decir Xan, pero el monstruo la interrumpió.

—En cualquier caso, hace ya mucho tiempo que conoce su herencia y su lugar en el mundo. Mantuvo esta fantasía mucho más tiempo del que debería. Y ahora... —Glerk presionó el suelo con sus cuatro brazos y acomodó su impresionante trasero bajo la curvatura del lomo, dejando que la pesada cola se enroscase a su alrededor como el reluciente caparazón de un caracol. Dejó caer los pliegues de la barriga sobre las patas cruzadas—. No sé, querida. Algo ha cambiado —dijo. Un velo de gravedad cubría su cara mojada, pero Xan negó con la cabeza.

—Ya estamos otra vez —dijo la bruja en tono burlón.

—Como dice el Poeta: «Ah, la Tierra siempre cambia...».

—Deja ya al Poeta. Ve a pedir perdón. Ahora mismo. Él te admira mucho. —Xan miro el cielo—. Tengo que irme volando, querido. Ya llego tarde. Por favor, cuento contigo.

Glerk se movió con pesadez hacia la bruja, que acercó la mano a la enorme mejilla del monstruo. A pesar de que podía caminar erguido, prefería desplazarse sirviéndose de sus seis extremidades, o siete, cuando utilizaba la cola como una pata más, o cinco, cuando se valía de una de sus manos para arrancar una flor especialmente aromática y llevársela a la nariz, o para coger piedras, o para tocar alguna melodía con una flauta tallada a mano. Acercó la gigantesca frente a

la minúscula cabeza de Xan.

—Ve con cuidado, por favor —dijo con voz engolada—. Últimamente vivo asediado por sueños problemáticos. Me preocupo por ti cuando no estás. —Xan enarcó las cejas, y Glerk apartó la cara con un gruñido—. De acuerdo —sentenció—, alimentaré la fantasía de nuestro amigo Fyrian. «El camino hacia la verdad está en el corazón soñador», dice el Poeta.

—¡Ese es el espíritu! —lo animó Xan.

Chasqueó la lengua y le dio un beso al monstruo. Luego se irguió, apoyándose en la base del bastón, para echar a correr por la hierba.

A pesar de las extrañas creencias de la gente del Protectorado, el bosque no estaba maldito, ni siquiera era mágico. Pero era peligroso. El volcán que había debajo —de escasa altura e increíblemente ancho— era complicado. Rugía aun dormido, calentaba géiseres hasta que estallaban y resultaba perturbador en las fisuras, que llegaban a ser tan profundas que nadie conocía su fondo. Hacía hervir arroyos, cocinaba el lodo, y las cascadas desaparecían a menudo en pozos para emerger de nuevo a kilómetros de distancia. Había fumarolas que escupían olores repugnantes, otras que vomitaban cenizas y otras que no expulsaban nada... hasta que se te quedaban los labios y las uñas azules y el mundo empezaba a dar vueltas por culpa del aire tóxico.

Para una persona normal, el único pasaje seguro a través del bosque era la Carretera, que estaba situada en una veta de roca que el tiempo había ido erosionando. La Carretera ni se alteraba ni cambiaba; nunca rugía. Por desgracia, era propiedad y estaba gestionada por una banda de matones y pendencieros del Protectorado. Xan nunca utilizaba la Carretera. No soportaba a los matones. Ni a los pendencieros. Y además, cobraban demasiado. O eso le pareció la última vez que la utilizó. Hacía años que no se acercaba a ella, casi dos siglos. Y se buscaba la vida mediante una combinación de magia, conocimientos y sentido común.

Sus caminatas por el bosque no eran en absoluto fáciles. Pero eran necesarias. Había una criatura esperándola, justo a las afueras del Protectorado. Un bebé cuya vida dependía de su llegada, y era imprescindible hacerlo a tiempo.

Desde que Xan alcanzaba a recordar, cada año por esas mismas fechas, una madre del Protectorado abandonaba a su bebé en el bosque, supuestamente para que muriera. Xan no sabía por qué. Ni juzgaba la costumbre. Pero no por ello estaba dispuesta a permitir que la pobre criatura muriera. Y por eso, cada año se desplazaba hasta aquel círculo de sicomoros, cogía el niño abandonado en brazos y se lo llevaba al extremo opuesto del bosque, al de las Ciudades Libres del otro lado de la Carretera. Eran lugares felices. Allí amaban a los niños. Dobló entonces una curva del sendero y vislumbró las murallas del Protectorado. El paso acelerado de Xan se ralentizó. El Protectorado era un lugar deprimente con una atmósfera tóxica, un agua tóxica y el dolor adherido a sus tejados como una nube. Empezó a percibir aquella nube de tristeza como el peso de un yugo sobre la espalda.

—Solo tienes que coger al bebé e irte —se recordó Xan, como cada año.

Con el tiempo, Xan había empezado a hacer algunos preparativos: una manta tejida con la lana de cordero más suave para envolver a la criatura y mantenerla caliente, unos cuantos paños por si tenía el culito mojado, un par de biberones de leche de cabra para llenar una barriguita vacía. Cuando se acababa la leche de cabra (como siempre sucedía, puesto que el camino era largo y el

líquido pesaba), Xan hacía lo que habría hecho cualquier bruja sensata: en cuanto oscurecía lo bastante como para que se viesan las estrellas, alargaba la mano, cogía su luz entre los dedos, como si fueran los hilos sedosos de una telaraña, y se la daba a la criatura. La luz de estrellas, como toda bruja sabe muy bien, es un alimento maravilloso para los recién nacidos. Recoger luz de estrellas exige maña y talento (y magia, para empezar), pero a los bebés les encanta. Engordan, quedan saciados y resplandecen.

En muy poco tiempo, las Ciudades Libres empezaron a considerar la llegada anual de la bruja como una celebración. Las criaturas que llevaba con ella, con piel y ojos brillantes gracias a la luz de estrellas, eran consideradas una bendición. Xan se tomaba su tiempo para seleccionar a la familia adecuada para las criaturas y se aseguraba siempre de que su carácter, gustos y sentido del humor encajaran bien con la pequeña vida que había cuidado con esmero durante su largo viaje.

Y los Niños de la Estrella, como los llamaban, pasaban de ser niños felices a bondadosos adolescentes, y de ahí, a adultos gentiles. Eran personas sensatas, de espíritu generoso y de éxito. Cuando morían de viejas, morían ricas.

Xan llegó a la arboleda y no encontró ningún bebé, aunque todavía era temprano. Estaba cansada. Se acercó a uno de los árboles y se apoyó en él, dejando que el aroma fértil de su corteza se filtrara en sus orificios nasales.

—Una cabezadita me irá bien —dijo en voz alta.

Y era cierto. El viaje había sido largo y agotador, y el que tenía por delante era todavía más largo. Y más agotador. Mejor instalarse y descansar un rato. Y así fue como, tal como solía hacer siempre que quería disfrutar de un poco de paz y tranquilidad lejos de casa, la bruja Xan se transformó en árbol, un ejemplar arrugado con hojas, liquen y corteza marcada, de forma y textura similar a los antiguos sicomoros que montaban guardia en el pequeño claro. Y como árbol se quedó dormida.

No oyó la llegada de la procesión.

No oyó las protestas de Antain, ni el turbador silencio del Consejo, ni el sermón gruñón del Gran Anciano Gherland.

Ni siquiera oyó al bebé cuando empezó a hacer gorgoritos. Ni cuando sollozó. Ni cuando lloró.

Pero en el momento en el que el bebé abrió la garganta al máximo para lanzar un grito, Xan se despertó sorprendida.

—¡Por mis preciosas estrellas! —dijo con su voz arrugada, de corteza, hojosa, puesto que seguía transformada—. ¡Si ni siquiera he visto que te dejen!

El bebé no se quedó en absoluto impresionado. Siguió pataleando, agitándose, gritando y llorando. Estaba colorado y rabioso, y tenía las manitas cerradas en puños. La marca de nacimiento que llevaba en la frente empezaba a oscurecerse peligrosamente.

—Dame solo un segundo, cariño. Tía Xan va lo más rápido que puede.

Y era cierto. Las transformaciones son complicadas, incluso para alguien tan habilidoso como Xan. Las ramas empezaron a recogerse en su espalda, una a una, mientras los pliegues de corteza eran devorados, trocito a trocito, por sus arrugas.

Xan se apoyó en el bastón y rotó los hombros unas cuantas veces para relajar la tortícolis,

primero uno y luego el otro. Bajó la vista hacia el bebé, que se había tranquilizado un poco y se había quedado mirando a la bruja igual que al Gran Anciano, con una mirada serena, inquisitiva, inquietante. Era el tipo de mirada que llegaba hasta la última fibra del alma y la activaba, como quien toca las cuerdas de un arpa. Una mirada que casi le corta la respiración a la bruja.

—Un biberón —dijo Xan, intentando ignorar el tañido armónico de sus huesos—. Lo que necesitas es un biberón.

Y buscó entre sus muchos bolsillos hasta encontrar la leche de cabra, lista y a la espera de un estómago hambriento. Con un giro de tobillo, Xan hizo crecer una seta para que adquiriese el tamaño de un cómodo taburete donde poder sentarse. Dejó entonces que el cálido peso del bebé se acomodase a su cintura y esperó. La luna creciente de la frente de la criatura cambió de color hasta adquirir una agradable tonalidad rosada, y sus rizos oscuros enmarcaron unos ojos más negros si cabía. Su carita brillaba como una piedra preciosa. Se quedó tranquila y satisfecha con la leche, pero no dejó en ningún momento de clavar la mirada en Xan, como las raíces de los árboles cuando se enganchan al suelo. La bruja refunfuñó.

—A ver —dijo—. No es necesario que me mires así. No puedo devolverte a tu casa. Eso ha quedado atrás, y será mejor que te olvides para siempre de ello. Calla —insistió, pues el bebé empezaba a lloriquear—. No llores. Voy a llevarte a un lugar que te encantará. Primero tengo que decidir en qué ciudad te dejo. Todas son preciosas. Y tu nueva familia también te gustará. Ya me encargaré yo de que sea así.

Xan sintió una punzada de dolor en su viejo corazón al decir todo aquello. Y de repente, se sintió increíblemente triste. La criatura apartó la boca del biberón y miró a Xan con una expresión de curiosidad. La bruja se encogió de hombros.

—A mí no me preguntes —dijo—. No tengo ni idea de por qué te han abandonado en medio del bosque. No sé por qué la gente hace la mitad de las cosas que hace, y me asombra la otra mitad. Pero ten claro que no voy a dejarte aquí en el suelo para que un vulgar armiño se dé un festín contigo. Tienes una vida mucho mejor por delante, preciosidad.

La palabra «preciosidad» se quedó atrancada en la garganta de Xan. Era incomprendible. Tosió para aclararse las flemas estancadas en sus ancianos pulmones y sonrió a la criatura. Se inclinó hacia la carita del bebé y acercó los labios a su frente. Siempre les daba un beso. Se aseguraba de hacerlo. La piel de la criatura olía a masa de pan y a leche agria. Xan cerró los ojos, solo por un instante, y negó con la cabeza.

—Y ahora, vámonos —dijo—. Tenemos que ver el mundo, ¿no te parece?

Instaló al bebé en un hatillo y se puso en marcha, silbando para marcar el ritmo de su paso.

Habría ido directamente a las Ciudades Libres. Era su intención.

Pero había una cascada que estaba segura de que le encantaría a la criatura. Y aquel saliente rocoso con una vista magnífica. Y se descubrió deseosa de contarle cuentos al bebé. Y de cantarle canciones. Y mientras cantaba y contaba, el paso de Xan fue volviéndose más y más lento. Xan lo achacó a la edad, al dolor de espalda y a que el bebé no paraba quieto, pero nada de eso era cierto.

Xan se detenía cada vez con más frecuencia solo para aprovechar otra oportunidad de poder desatar al bebé y contemplar aquellos ojos negros tan profundos.

A cada día que pasaba, el camino de Xan iba desviándose más. Caminaba en círculos, retrocedía, trazaba curvas. La travesía por el bosque, que solía ser casi tan recta como la Carretera, se había transformado en un laberinto serpenteante. Por las noches, agotada la leche de cabra, Xan capturaba entre sus dedos las telarañas de luz de estrellas y la pequeña comía agradecida. Y cada bocado intensificaba la oscuridad de su mirada. Universos enteros ardían en aquellos ojos, galaxias y más galaxias.

A la décima noche, ni siquiera había alcanzado la cuarta parte de un viaje que normalmente le llevaba tres días y medio. La luna creciente aparecía más temprano cada vez, aunque Xan no le prestaba mucha atención. Seguía capturando luz de estrellas y no le hacía caso a la luna.

La luz de estrellas es mágica, por supuesto. Lo sabe todo el mundo. Pero al viajar una distancia tan grande, posee una magia frágil y difusa que se extiende por los hilos más delicados. Contiene magia suficiente para satisfacer a un bebé y llenarle el estómago, y en cantidades lo bastante grandes, es capaz de despertar lo mejor del corazón, del alma y de la mente de ese bebé. Es suficiente para sacar lo mejor de una criatura, pero no para *enmagizarla*.

Pero la luz de luna... Esa es otra historia.

La luz de luna sí que es mágica. Pregúntaselo a quien quieras.

Xan no podía apartar los ojos de los del bebé. Soles, estrellas y meteoros. El polvo de nebulosas. Big Bangs, agujeros negros y espacio infinito. La luna se alzó en el cielo, grande, gorda y resplandeciente.

Xan extendió el brazo. Sin mirar. Sin hacer caso a la luna.

(¿Acaso no se dio cuenta del peso excepcional que tenía la luz entre sus dedos? ¿No se dio cuenta de lo pegajosa que era? ¿De lo dulce que era?)

La entretejió con los dedos por encima de su cabeza y bajó la mano cuando ya no pudo seguir sosteniéndola en alto.

(¿No se percató del peso de la magia que se deslizaba desde su muñeca? Se dijo que no. Se lo repitió a sí misma una y otra vez hasta que le pareció cierto.)

Y el bebé comió. Y comió. Y comió. Y de pronto se estremeció y se agarró a los brazos de Xan. Y gritó, una sola vez. Muy fuerte. Y entonces exhaló un suspiro de satisfacción y se quedó dormida al instante, acomodándose en el mullido vientre de la bruja.

Xan levantó la vista hacia el cielo y notó la luz de la luna en la cara.

—Ay, pobre de mí —musitó.

La luna estaba llena sin que ella se hubiera dado cuenta. Y era tremendamente mágica. Con un sorbo habría bastado, y el bebé... había bebido más de un sorbo.

La muy tragona.

En cualquier caso, los hechos estaban tan claros como la luna que brillaba por encima de las copas de los árboles. La niña estaba *enmagizada*. No cabía la menor duda. Y, como consecuencia, las cosas se habían puesto más complicadas que nunca.

Xan se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y acomodó a la niña dormida en el hueco de la rodilla. No se despertaría. En muchas horas. La bruja acarició los rizos negros de la pequeña. La magia se percibía ya bajo la piel, sus filamentos empezaban a insinuarse entre las células, a través de los tejidos, rellenando los huesos. Con el tiempo, estaría inquieta... No para siempre,

claro está, pero Xan recordaba bien que los magos que la criaron tanto tiempo atrás comentaban que sacar adelante a una criatura mágica no era tarea fácil. Sus maestros también se lo habían dicho. Y su tutor, Zósimos, lo mencionaba sin cesar: «Infundir magia a un bebé es similar a darle una espada a un niño que empieza a andar: mucho poder y poco sentido común. ¿No ves como me estoy haciendo viejo por tu culpa, niña?», decía una y otra vez.

Y era cierto. Los niños mágicos eran peligrosos. No podía dejar al bebé en manos de gente normal y corriente.

—Bueno, amor mío —dijo—. ¿Piensas darme muchos dolores de cabeza?

La niña respiró hondo por la nariz y su boquita de piñón esbozó una sonrisilla. A Xan le dio un vuelco el corazón y acunó a la pequeña.

—Luna —dijo—. Te llamarás Luna. Y yo seré tu abuela. Formaremos una familia.

Y mientras hablaba, Xan supo que sería así. Las palabras se quedaron flotando en el aire entre ellas, más potentes que cualquier magia.

Se incorporó, instaló de nuevo al bebé en el hatillo e inició el largo viaje de vuelta a casa, preguntándose cómo diablos se lo explicaría a Glerk.

En el que no fue más que un sueño

Haces demasiadas preguntas.

Nadie sabe lo que hace la bruja con los niños a los que se lleva. Nadie lo pregunta. Y nosotros tampoco podemos, ¿no lo entiendes? Duele demasiado.

Vale. De acuerdo. Se los come. ¿Contenta?

No. No lo creo de verdad.

Mi madre me contó que la bruja se come su alma y que, a partir de entonces, sus cuerpos desalmados vagan por la Tierra. Incapaces de vivir. Incapaces de morir. Con la mirada perdida, inexpresivos, errando sin rumbo. Pero yo no creo que sea verdad. Los habríamos visto, ¿no te parece? Ya han pasado muchos años.

Mi abuela me contó que se los queda como esclavos. Que viven en las catacumbas que hay debajo del castillo que tiene en el bosque y que son los que operan sus máquinas de talar árboles y remueven sus pociones y la obedecen de la mañana a la noche. Pero tampoco creo que sea verdad. Si lo fuera, uno, al menos, habría escapado. A lo largo de todos estos años, habría encontrado la manera de salir de allí y volver a casa. Así que no creo que los tenga esclavizados.

La verdad es que no creo nada. No se le debería dar más vueltas.

A veces sueño con tu hermano. Tendría ahora dieciocho años. No, diecinueve. Sueño con que tiene el pelo oscuro, la piel luminosa y ojos como estrellas. Sueño con que cuando sonrío, la luz de su sonrisa se propaga a muchos kilómetros. Anoche soñé que estaba esperando al lado de un árbol a que pasara una chica. Y que la llamaba por su nombre y le daba la mano y le latía el corazón con fuerza cuando la besaba.

¿Qué? No. No estoy llorando. ¿Por qué tendría que llorar? Qué tontería.

De todos modos, no fue más que un sueño.

En el que un monstruo del pantano se enamora

Glerk no estuvo de acuerdo con la decisión de la bruja, y lo dijo el mismo día que llegó el bebé.

Y volvió a decirlo al día siguiente.

Y al otro.

Y al otro.

Xan se negó a escucharlo.

—Bebés, bebés, bebés —cantaba Fyrian. Él sí que estaba encantado. El minúsculo dragón se había posado en una rama del árbol que había delante de la puerta de casa de Xan, había extendido al máximo sus alas multicolores y arqueado el cuello hacia el cielo. Su voz sonaba potente, con gallos y terriblemente desafinada. Glerk se tapó los oídos—. ¡Bebés, bebés, bebés, BEBÉS! —continuó Fyrian—. ¡Cómo me gustan los bebés!

El dragón no había visto en su vida un bebé, o al menos no lo recordaba, pero los adoraba.

Desde la mañana hasta la noche, Fyrian cantaba y Xan protestaba, y nadie, en opinión de Glerk, quería entrar en razón. A finales de la segunda semana, su habitáculo se había transformado por completo: pañales, ropa de bebé y gorritos llenaban los tendederos que habían instalado; biberones de vidrio recién soplado se secaban en estanterías de reciente construcción al lado de un fregadero nuevo; habían conseguido una cabra (Glerk no tenía ni idea de dónde la habían sacado) y Xan tenía tinajas de leche distintas para beber, fabricar queso y batir mantequilla; y, de repente, el suelo estaba repleto de juguetes. En más de una ocasión, el pie de Glerk había aterrizado sobre algún sonajero de madera y había acabado aullando de dolor. Y entonces lo mandaban callar y lo invitaban a salir para no despertar al bebé, o asustar al bebé, o matar de aburrimiento al bebé con su poesía.

A finales de la tercera semana, estaba harto.

—Xan —dijo un día—. Debo insistir en que no te enamores de ese bebé.

La anciana resopló, pero no respondió.

Glerk puso mala cara.

—De hecho, te lo prohíbo.

La bruja rio a carcajadas. El bebé rio con ella. Constituían una especie de sociedad de adoración mutua, y Glerk no lo aguantaba.

—¡Luna! —canturreó Fyrian, que entró volando a través de la puerta abierta. Revoloteó por la estancia como un pájaro sordo—. ¡Luna, Luna, Luna, LUNA!

—Basta ya de cancioncillas —le espetó Glerk.

—No le hagas ni caso, Fyrian, querido —dijo Xan—. A los bebés les viene genial que les canten. Todo el mundo lo sabe.

El bebé pataleó y balbuceó. Fyrian se posó en el hombro de la bruja y canturreó sin seguir ninguna melodía. Una mejora, evidentemente, pero tampoco la panacea.

Glerk gruñó de frustración.

—¿Sabes lo que dice el Poeta de las brujas que crían niños? —preguntó.

—No sé por qué los poetas se creen en el derecho de hablar sobre los bebés o sobre las brujas, pero no me cabe la menor duda de que debe de ser maravillosamente interesante. —Miró a su alrededor—. Glerk, ¿podrías pasarme ese biberón?

Xan estaba sentada en el suelo de madera con las piernas cruzadas, y el bebé instalado en el hueco que formaban sus faldas.

El dragón se acercó a ella, inclinó la cabeza sobre la pequeña y la miró con escepticismo. El bebé tenía el puño metido en la boca y los dedos llenos de babas. Agitó la otra manita para saludar al monstruo. Sus labios rosados esbozaron una amplia sonrisa alrededor de los nudillos mojados.

«Lo hace a propósito —pensó Glerk, esforzándose por borrar la sonrisa de sus grandes mandíbulas—. Se hace la adorable y seguro que no es más que una horripilante treta para irritarme. ¡Es una criatura malvada!»

Luna lanzó un grito de alegría y sacudió los piecitos. Cuando sus ojos se encontraron con los del monstruo del pantano, brillaron como estrellas.

«No te enamores de este bebé», se ordenó Glerk, tratando de mantener una expresión seria. Tosió para aclararse la garganta.

—El Poeta —dijo con énfasis, y entrecerró los ojos sin dejar de mirar al bebé— no dice nada sobre brujas y bebés.

—Perfecto —observó Xan, acercando la nariz a la naricilla de la pequeña y haciéndola reír con el gesto. Lo hizo otra vez. Y otra—. En ese caso, no tenemos que preocuparnos. ¡Por supuesto que no! —exclamó con voz aguda y cantarina, y Glerk puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación.

—Mi querida Xan, creo que no lo entiendes.

—Lo que tú no entiendes, con tanto refunfuñar y gruñir, es de qué va tener un bebé. La niña no se va a ninguna parte, y punto. Los bebés humanos son minúsculos por un instante y luego su crecimiento es veloz como el aleteo de un colibrí. ¡Disfrútalo, Glerk! Disfrútalo o lárgate.

A pesar de que lo dijo sin mirarlo, Glerk percibió la frialdad hiriente que emanaba la espalda de la bruja y casi se le parte el corazón.

—Pues a mí me gusta mucho —indicó Fyrian, que estaba posado en el hombro de Xan y observaba con interés los pataleos y gorjeos de la pequeña.

No tenía permiso para acercarse tanto a la niña. Xan le había explicado que era por el bien de ambos. La pequeña, llena a rebosar de magia, era como un volcán durmiente: energía interna,

calor y fuerza que podían ir en aumento y entrar en erupción sin previo aviso. Xan y Glerk eran prácticamente inmunes a la volatilidad de la magia (Xan gracias a sus artes y Glerk porque era más viejo que la magia y le daban igual esas tonterías) y no tenían que andar tan preocupados, pero Fyrian era delicado. Además, era propenso a los ataques de hipo. Y estos solían ir acompañados de llamaradas.

—No te acerques tanto, Fyrian, cariño. Quédate detrás de tía Xan.

El dragón se escondió detrás de la arrugada cortina del cabello de la anciana y observó al bebé con una combinación de miedo, celos y deseo.

—Quiero jugar con ella —gimoteó.

—Ya jugarás —dijo Xan, sosegándolo, mientras colocaba a la niña para que pudiera tomar su biberón—. Lo único que quiero es asegurarme de que no os hacéis daño el uno al otro.

—Jamás le haría ningún daño —dijo Fyrian sorprendido. Y entonces estornudó—. Me parece que soy alérgico al bebé.

—Qué vas a ser alérgico al bebé —refunfuñó Glerk.

Justo en aquel momento, Fyrian lanzó una llamarada hacia la nuca de Xan, que ni siquiera se inmutó. En un abrir y cerrar de ojos, el fuego se transformó en un vapor que limpió varias manchas de babas de sus hombros que aún no se había tomado la molestia de desaparecer.

—Te lo agradezco, querido —afirmó Xan—. Glerk, ¿por qué no te llevas a Fyrian a dar un paseo?

—No me gusta dar paseos —protestó Glerk.

De todos modos, se llevó con él a Fyrian. O, más bien, Glerk echó a andar y Fyrian a revolotear detrás de él, de lado a lado y hacia delante y hacia atrás, como una mariposa pesada y gigantesca. El pequeño dragón decidió entretenerse recogiendo flores para el bebé, un proceso que interrumpían sus ocasionales ataques de hipo y estornudos, cada vez acompañados de las obligatorias llamaradas que acababan reduciendo siempre las flores a cenizas. Pero él ni se daba cuenta. Fyrian era un pozo sin fondo de preguntas.

—¿Se convertirá la niña en un gigante como tú y como Xan? —preguntó—. Tiene que haber más gigantes, entonces. En el mundo, me refiero. En el mundo de más lejos. Cuánto me gustaría ver lo que hay más allá, Glerk. ¡Quiero conocer a todos los gigantes de todo el mundo y a todas las criaturas que son más grandes que yo!

A pesar de las protestas de Glerk, las ilusiones de Fyrian seguían inamovibles. Y aunque tenía el tamaño de una paloma, Fyrian continuaba creyendo que era más grande que el típico humano y que por eso debía permanecer alejado de ellos, para que no lo avistaran por casualidad y sembrara el pánico mundial.

«Cuando llegue el momento, hijo mío —le había dicho su gigantesca madre momentos antes de zambullirse en el volcán en erupción y abandonar para siempre este mundo—, conocerás tu objetivo en la vida. Eres, y serás, un gigante en esta tierra. Nunca lo olvides.»

Fyrian tenía muy claro el significado de sus palabras. Era Simplemente Enorme. No cabía la menor duda. Y se lo recordaba a sí mismo a diario.

Por eso Glerk llevaba quinientos años hecho una furia.

—La niña crecerá como crecen los niños, espero —dijo Glerk, en tono evasivo.

Y viendo que Fyrian insistía, Glerk decidió fingir que iba a echar una siesta a la sombra de los alcatraces de la ciénaga y cerró los ojos hasta que se quedó dormido de verdad.



Criar un bebé —sea mágico o no— es todo un reto: los llantos inconsolables, los mocos casi constantes, la obsesión con llevarse objetos muy pequeños a una boca llena de babas.

Y el ruido.

—¿No puedes hacer magia para que se esté callada? —le había suplicado Fyrian en cuanto pasó la novedad de tener un bebé en la familia.

Xan se negó, naturalmente.

—La magia nunca debe utilizarse para influir en la voluntad de una persona, Fyrian —le repetía Xan una y otra vez—. ¿Cómo quieres que le haga aquello que debo enseñarle a no hacer jamás en cuanto tenga capacidad de comprensión? Eso es hipocresía, pura y dura.

Luna no callaba ni siquiera cuando estaba a gusto. Murmuraba, parlotaba, balbuceaba, gritaba, reía, resoplaba, chillaba. Era una cascada de sonidos, incesante, interminable. Y no callaba nunca. Balbuceaba incluso dormida.

Glerk fabricó un hatillo para cargar con Luna a la espalda cuando caminaba a seis patas. Adquirió la costumbre de pasear con el bebé; salía del pantano, pasaba por el taller, por las ruinas del castillo y luego volvía, recitando poesía todo el rato.

No era su intención querer al bebé.

Pero aun así...

Recitaba el monstruo:

*A partir de un grano de arena,
nace la luz,
nace el espacio,
nace el tiempo infinito,
y hacia ese grano de arena
regresan todas las cosas.*

Era una de sus favoritas. El bebé lo miraba mientras paseaban, estudiando sus globos oculares prominentes, sus orejas cónicas, sus labios finos y sus potentes mandíbulas. Extasiada, contemplaba sus verrugas, sus bultos, las protuberancias limosas de su cara plana. Un día, extendió una manita y, con curiosidad, le introdujo un dedo en la nariz. Glerk estornudó y la niña se echó a reír.

—Glerk —dijo entonces el bebé.

Lo más probable es que fuera un poco de hipo o un eructo, pero a él le daba igual. Había pronunciado su nombre. Lo había dicho. Casi se le sale el corazón del pecho de la ilusión.

Xan, por su parte, se esforzaba por no decirle «Te lo dije». Y casi siempre lo conseguía.



Durante aquel primer año, tanto Xan como Glerk observaron constantemente al bebé en busca de cualquier indicio de una erupción mágica. Pese a que ambos veían los océanos de magia que tamborileaban con estrépito por debajo de la piel de la niña (y los percibían cada vez que la cogían en brazos), seguían contenidos en su interior, una ola en movimiento que no llegaba a romper.

Por las noches, la luz de la luna y de las estrellas se derramaba sobre el bebé y bañaba su cuna. Xan cubría las ventanas con cortinas tupidas, pero siempre las encontraba abiertas, y a la niña bebiendo luz de luna mientras dormía.

—La luna —se decía Xan— está llena de trucos.

Pero la preocupación seguía allí. La magia continuaba rugiendo en silencio.

Durante su segundo año de vida, la magia del interior de Luna fue en aumento, se duplicó en densidad y potencia. Glerk lo notaba. Xan también. Pero todavía no entraba en erupción.

«Los bebés mágicos son peligrosos», intentaba recordarse Glerk día tras día. Cuando no estaba acunando a Luna. O cantándole. O susurrándole poesía al oído mientras dormía. Al cabo de un tiempo, incluso el latido de la magia bajo la piel empezó a parecerles normal. Era una niña llena de energía. Curiosa. Traviesa. Y todo esto ya era bastante por sí solo.

La luna seguía inclinándose sobre la pequeña. Y Xan decidió dejar de preocuparse por ello.

Durante el tercer año de vida, la magia volvió a duplicarse. Xan y Glerk apenas se dieron cuenta. Estaban ocupadísimos con una niña que exploraba, buscaba, garabateaba los libros y lanzaba huevos a las cabras; una vez trató de saltar una valla y acabó con las rodillas peladas y un diente partido. Trepaba a los árboles e intentaba capturar pájaros, y a veces le gastaba bromas a Fyrian, que acababa llorando.

—La poesía le irá muy bien —decía Glerk—. El estudio de la lengua ennoblece incluso a la bestia más revoltosa.

—La ciencia le ayudará a organizarse el cerebro —decía Xan—. ¿Cómo se puede ser tan travieso mientras se estudian las estrellas?

—Le enseñaré matemáticas —decía Fyrian—. Mientras esté ocupada contando hasta un millón, no podrá gastarme bromas.

Y así fue como empezó la educación de Luna.

Glerk le susurraba poemas cuando Luna dormía la siesta en invierno.

Los suspiros son promesas de primavera.

Los árboles dormidos

sueñan sueños verdes;

la montaña desnuda

se despierta en flor.

Las olas de magia seguían agitándose bajo su piel. No rompían al llegar a la orilla. Todavía no.

6

En el que Antain se mete en problemas

Durante sus primeros cinco años como Anciano en Formación, Antain hizo lo posible para convencerse de que llegaría un día en el que su trabajo sería más fácil. Se equivocaba. No fue así.

Los Ancianos le daban órdenes a gritos durante las reuniones del Consejo, los actos comunitarios y las conversaciones que mantenían a cualquier hora. Lo regañaban cuando se cruzaban con él por la calle. O cuando se sentaban en el comedor de casa de su madre para celebrar una de aquellas cenas tan suntuosas y a la vez tan incómodas. Lo sermoneaban cuando los seguía a regañadientes en sus inspecciones sorpresa.

Antain se quedaba siempre atrás, con las cejas juntas por fruncir el ceño con perplejidad.

—¡Antain! —vociferaban los Ancianos—. ¡La espalda erguida!

—¡Antain! ¿Qué has hecho con los bandos?

—¡Antain! ¡Quítate esa expresión ridícula de la cara!

—¡Antain! ¿Cómo es posible que se te hayan olvidado los tentempiés?

—¡Antain! ¿Qué diablos has derramado sobre las túnicas?

Por lo visto, Antain no hacía nada bien.

Y la vida en casa tampoco iba mejor.

—¿Cómo es posible que seas aún un Anciano en Formación? —refunfuñaba su madre noche tras noche durante la cena. A veces, dejaba caer sonoramente una cuchara en la mesa, sobresaltando a los criados—. Mi hermano me prometió que a estas alturas ya serías un Anciano. Me lo prometió.

Y seguía llena de furia y rabia hasta que Wyn, su hijo menor, empezaba a llorar. Antain era el mayor de seis hermanos —una familia pequeña a tenor de lo que era habitual en aquellos lares—, y desde el fallecimiento de su padre, su madre solo deseaba que todos sus hijos disfrutaran de lo mejor del Protectorado.

¿Por qué ella no iba a merecerse lo mejor para sus hijos?

—El tío me dice que estas cosas llevan su tiempo, madre —explicó Antain en voz baja.

Subió a su hermano pequeño a su falda y lo acunó hasta que el niño se sosegó. Sacó entonces del bolsillo un juguete de madera que él mismo había tallado, un pequeño cuervo con ojos en forma de espiral y un sonajero en su interior. El niño se quedó encantado y al instante se lo metió en la boca.

—Tu tío que diga lo que le venga en gana —soltó su madre—. Nos merecemos ese honor. Tú te lo mereces, hijo mío.

Antain no lo tenía tan claro.

Se disculpó para levantarse de la mesa, argumentando que tenía trabajo que hacer para el Consejo, aunque en realidad lo único que quería era entrar a hurtadillas en la cocina para ayudar un poco allí. Y después ir al jardín para trabajar con los jardineros antes de que anoheciera. Y luego ir al cobertizo a tallar madera. A Antain le encantaba modelar la madera: la estabilidad del material, la delicada belleza de su textura, el aroma reconfortante del serrín y del aceite. Había pocas cosas en la vida que le gustaran más que eso. Tallaba hasta altas horas de la noche y, entretanto, intentaba no pensar en su vida. El Día del Sacrificio estaba al caer. Y Antain necesitaría una nueva excusa para escabullirse.

A la mañana siguiente, Antain se vistió con su túnica recién lavada y se encaminó hacia el Salón del Consejo antes de que amaneciera. Cada día, al alba, su primera tarea consistía en leer las quejas y solicitudes que los ciudadanos habían dejado escritas con tiza en la gran pared de pizarra, y considerar cuáles merecían atención y cuáles había que borrar.

(«¿Y si todas son importantes, tío?», le había preguntado en una ocasión Antain al Gran Anciano.

«No pueden serlo. En cualquier caso, negándoles acceso hacemos un gran regalo a nuestro pueblo. Aprenden a aceptar lo que les ha tocado en la vida. Aprenden que cualquier acción carece de consecuencias. Que sus días seguirán siendo nublados y tristes, tal como debe ser. No existe mayor regalo que ese. Y bien, ¿dónde está mi té de Zirin?»)»

A continuación, Antain tenía que ventilar la estancia, publicar la agenda del día, sacudir los cojines para los huesudos traseros de los Ancianos, regar el vestíbulo con un perfume elaborado en los laboratorios de las Hermanas de la Estrella —concebido, al parecer, para que la gente note que se le doblan las rodillas, se le traba la lengua, y tengan miedo y se sientan agradecidos, todo a la vez—, y luego tenía que quedarse de pie en la sala mientras los criados iban llegando, mirarlos con expresión arrogante cuando entraban en el edificio, hasta finalmente guardar la túnica en el armario y acudir a la escuela.

(«¿Y si no me sale una expresión arrogante, tío?», había preguntado el chico una y otra vez.

«Practica, sobrino. Tú sigue practicando.»)

Antain caminó lentamente hacia la escuela, disfrutando de los rayos temporales de sol. En una hora estaría nublado. En el Protectorado siempre había nubes. La niebla se aferraba a las murallas y cubría las calles como un musgo tenaz. A aquellas horas, no había mucha gente circulando. «Una lástima —se dijo Antain—. Se pierden el sol.» Levantó la cara hacia el cielo y sintió una oleada momentánea de esperanza y promesas.

Dejó vagar la mirada hacia la Torre, hacia su mampostería negra y diabólicamente complicada que imitaba las espirales de las galaxias y las trayectorias de las estrellas, hacia sus ventanitas redondas que parpadeaban como ojos. Aquella madre, la que se había vuelto loca, seguía allí. Encerrada. La loca. Llevaba cinco años de encierro, pero no lograba curarse. Antain se imaginaba aquel rostro desgarrado, aquellos ojos negros, la marca de nacimiento de la frente, cárdena y enrojecida. Cómo había pataleado, cómo había trepado, gritado y peleado. Era imposible

olvidarlo.

Y Antain no podía perdonarse lo que había hecho.

Cerró los ojos con fuerza e intentó alejar la imagen de su mente.

«¿Por qué tiene que continuar todo esto?» Le dolía el corazón. «Tiene que haber otra solución.»

Como era habitual, fue el primero en llegar a la escuela. Ni siquiera estaba el maestro. Se sentó en la escalera de entrada y sacó su diario. Tenía los deberes hechos, aunque eso carecía de importancia. El maestro insistía en llamarlo «Anciano Antain» con su voz ronca, por mucho que no lo fuera todavía, y le ponía notas altas independientemente del trabajo que le presentara. Podría entregar páginas en blanco y seguir sacando las mejores calificaciones. Pese a eso, Antain trabajaba duro. Lo único que su maestro esperaba era obtener de él un trato de favor más adelante. En el diario tenía varios bocetos de un proyecto de su invención —un armario inteligentemente diseñado para guardar y organizar herramientas de jardinería que iba sobre ruedas para que pudiese tirar de él una cabra—, un regalo para el jardinero jefe, que siempre era muy amable.

De pronto, una sombra cubrió su trabajo.

—Sobrino —dijo el Gran Anciano.

Antain levantó la cabeza a la velocidad del rayo.

—¡Tío! —exclamó, poniéndose de pie y tirando sin querer sus papeles, que quedaron esparcidos por el suelo.

Los recogió a toda prisa. El Gran Anciano Gherland esbozó una mueca de exasperación.

—Vamos, sobrino —dijo el Gran Anciano, agitando la túnica e indicándole que lo siguiera—. Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Y las clases?

—No tienes ninguna necesidad de ir a la escuela, eso para empezar. El objetivo de esta estructura es albergar y entretener a aquellos que no tienen futuro hasta que alcancen la edad suficiente para trabajar en beneficio del Protectorado. Los de tu categoría tienen tutores, y no alcanzo a comprender por qué has rechazado algo tan básico como eso. Tu madre te lo repite sin cesar. En cualquier caso, nadie te echará de menos.

Y era cierto. Nadie notaría su ausencia. En clase, Antain se sentaba en la parte de atrás del aula y trabajaba en silencio. Rara vez formulaba preguntas. Rara vez hablaba. Sobre todo ahora, puesto que la única persona con quien no le habría importado charlar —y mejor aún si ella le respondía— había dejado la escuela para siempre. Se había incorporado al noviciado de las Hermanas de la Estrella. Se llamaba Ethyne, y a pesar de que Antain no había intercambiado más de tres palabras seguidas con ella, seguía echándola de menos desesperadamente; ahora, el Anciano en Formación acudía a la escuela día tras día con la descabellada esperanza de que ella hubiera cambiado de idea y regresara.

Había pasado un año. Nunca nadie había salido de las Hermanas de la Estrella. Eso no se hacía. Pero Antain continuaba esperando. Y esperanzado.

Siguió a su tío corriendo.

El resto de los Ancianos no había llegado aún a la Sala del Consejo y probablemente no lo haría hasta mediodía o más tarde. Gherland le dijo a Antain que tomara asiento.

El Gran Anciano se quedó mirando un buen rato a Antain, que no podía dejar de pensar en la Torre. Ni en la loca. Ni en el bebé abandonado en el bosque, en el patético sonido de sus sollozos cuando se habían marchado. Y en cómo gritaba la madre. Y en cómo había luchado por su bebé. Y en qué se habían convertido todos ellos.

Era una punzada de dolor que sentía a diario, una aguja gigante clavada en el corazón.

—Sobrino —dijo por fin el Gran Anciano. Unió las manos y se las acercó a la boca. Respiró hondo. Antain se dio cuenta de que su tío estaba pálido—. El Día del Sacrificio se acerca.

—Lo sé, tío —replicó Antain, con un hilo de voz—. Faltan cinco días. No... —Suspiró—. No espera por nadie.

—El año pasado no estuviste presente. No acudiste junto a los demás Ancianos. Una infección en el pie, si no recuerdo mal.

Antain bajó la vista.

—Sí, tío. Y tenía fiebre, además.

—Y se curó, por suerte, al día siguiente.

—Alabada sea la ciénaga —dijo Antain con voz débil—. Fue un milagro.

—Y el año anterior —continuó Gherland— fue neumonía, ¿verdad?

Antain movió la cabeza en sentido afirmativo. Sabía adónde quería ir a parar su tío.

—Y el anterior, un incendio en el cobertizo, ¿verdad? Suerte que nadie salió malherido. Y allí estabas tú. Completamente solo. Batallando contra el fuego.

—Todo el mundo estaba en la procesión —dijo Antain—. No había nadie rezagado. Por eso estaba solo.

—Efectivamente. —El Gran Anciano miró a Antain entrecerrando los ojos—. Jovencito —dijo—, ¿a quién diablos te piensas que estás engañando?

Cayó el silencio.

Antain recordó de nuevo los ricitos oscuros, cómo enmarcaban aquellos ojos negros. Recordó los sonidos que emitió el bebé cuando lo abandonaron en el bosque. Recordó el golpe de las puertas de la Torre al cerrarse para encerrar en su interior a la loca. Se estremeció.

—Tío... —empezó a decir Antain, pero Gherland lo acalló con un gesto.

—Escucha, sobrino. Te ofrecí este puesto en contra de mi opinión. No lo hice por el acoso incesante de mi hermana, sino por el gran amor que sentía, y siento, hacia tu querido padre, que en paz descanse. Quería que tu trayectoria estuviese asegurada y no pude negárselo. Y tenerte aquí...

—Las duras arrugas del rostro de Gherland se suavizaron un poco— ha sido un antídoto para mi tristeza. Y lo aprecio. Eres un buen chico, Antain. Tu padre se sentiría orgulloso.

Antain se relajó. Aunque solo por un instante. Agitando la túnica, el Gran Anciano se puso en pie.

—Pero —habló, y su voz reverberó de forma extraña en la pequeña estancia— el cariño que siento por ti tiene sus límites.

La voz tenía un matiz crispado. Sus ojos estaban muy abiertos. La mirada tensa. Incluso con cierta humedad.

«¿Estará mi tío preocupado por mí? —se preguntó Antain—. Seguro que no —se dijo.»

—Jovencito —prosiguió su tío—. Esto no puede continuar así. Los demás Ancianos empiezan

a murmurar. No... —Hizo una pausa. Las palabras se habían quedado atoradas en la garganta. Se había ruborizado—. No están satisfechos. Mi protección llega hasta muy lejos, hijo mío. Pero no es infinita.

«¿Por qué necesito protección?», se preguntó Antain, observando el rostro tenso de su tío.

El Gran Anciano cerró los ojos y trató de calmar su respiración entrecortada. Le indicó con un gesto al chico que se levantara. Su rostro recuperó la expresión de arrogancia.

—Vamos, sobrino. Es hora de volver a la escuela. Esperaremos tu llegada a media tarde, como es habitual. Confío en que al menos consigas humillar hoy a una persona. Serviría para apaciguar los muchos recelos de los demás Ancianos. Prométeme que lo intentarás, Antain. Por favor.

El chico se dirigió hacia la puerta arrastrando los pies, con el Gran Anciano siguiéndolo de cerca. Gherland levantó la mano con la intención de posarla en el hombro de su sobrino, pero la dejó en el aire unos instantes antes de pensárselo mejor y bajarla de nuevo.

—Me esforzaré más, tío —dijo Antain, cruzando ya la puerta—. Te lo prometo.

—Eso espero —dijo el Gran Anciano en un ronco susurro.



Cinco días más tarde, mientras las túnicas se arrastraban por la ciudad hacia la casa maldita, Antain seguía en cama, enfermo del estómago, vomitando la comida. O eso dijo al menos. Los Ancianos refunfuñaron durante toda la procesión. Refunfuñaron cuando recogieron al niño de manos de sus suplicantes padres. Refunfuñaron de camino hacia el claro de los sicomoros.

—Habrà que hacer algo con el chico —murmuraron.

Y todos sabían a qué se referían.

«¡Ay, Antain, mi chico, ay, Antain, mi chico! —pensaba Gherland mientras andaban; la preocupación se apoderaba de su corazón, apresándolo en un nudo fuerte y tenso—. ¿Qué has hecho, criatura ignorante? ¿Qué has hecho?»

En el que una criatura mágica da más problemas de lo esperado

Con cinco años de edad, Luna había quintuplicado su magia, aunque permanecía en su interior, fusionada con sus huesos, con sus músculos y con su sangre. De hecho, estaba en el interior de todas sus células. Inerte, sin utilizar... todo potencial pero sin fuerza.

—Esto no puede continuar así —dijo un día Glerk furioso—. Cuanta más magia acumule, más escupiré. —Le hacía caras graciosas a la niña aun sin querer. Y Luna reía a mandíbula batiente—. Recuerda bien lo que te digo —añadió, intentando en vano ponerse serio.

—Eso nadie lo sabe —replicó Xan—. Quizá no salga. A lo mejor nunca se complican las cosas.

A pesar de la infatigable labor que llevaba a cabo para encontrar un hogar a los bebés abandonados, Xan aborrecía las complicaciones. Y las cosas tristes. Y los asuntos desagradables. Prefería no pensar en ello, si podía evitarlo. Se sentó con la niña, que estaba soplando unas burbujas preciosas, extravagantes, mágicas, de colores chillones. Luego las perseguía, las atrapaba con la mano y las depositaba junto a las margaritas, las mariposas o las hojas de los árboles. Se introdujo incluso en el interior de una burbuja especialmente grande y flotó por encima de la hierba.

—Estamos rodeados de tanta belleza, Glerk —dijo Xan—, que no sé cómo puedes pensar en otras cosas.

El dragón negó con la cabeza.

—¿Cuánto puede durar esto, Xan? —preguntó.

La bruja se negó a responder.

Más tarde, Glerk cogió a la niña en brazos y le cantó para que se durmiera. Notaba el peso de la magia, el latido y la ondulación de las grandes olas que se agitaban en su interior y no lograban romper en la orilla.

La bruja le decía que se lo estaba imaginando.

Insistía en que deberían centrar sus energías en criar a una niña que demostraba a diario ser una mezcla de travesuras, inquietud y curiosidad. La capacidad de Luna para romper las reglas y convertirlas en una forma nueva y creativa de hacer las cosas dejaba asombrado a todo aquel que

la conocía. Había intentado cabalgar sobre cabras, había tratado de empujar piedras montaña abajo para acumularlas junto al granero («para decorar», les había explicado), había procurado enseñar a volar a las gallinas y, en una ocasión, había estado a punto de ahogarse en el pantano. (La había salvado Glerk, por suerte.) Les había dado cerveza a los gansos para ver si caminaban de forma graciosa (como así fue) y mezclado granos de pimienta con la comida de las cabras para ver si saltaban (simplemente destruyeron la valla). A diario, provocaba a Fyrian para que cayera en trampas o le gastaba bromas al pobre dragón, que siempre acababa llorando. Trepaba por todos lados, se escondía, rompía cosas, escribía en las paredes y echaba a perder vestidos recién estrenados. Iba siempre despeinada, con la nariz moqueando, y dejaba huellas por dondequiera que fuese.

—¿Qué pasará cuando llegue la magia? —preguntaba Glerk una y otra vez—. ¿Cómo será entonces?

Xan intentaba no pensar en ello.



Xan visitaba las Ciudades Libres dos veces al año: una con Luna y otra sin ella. No le había explicado a Luna el propósito del viaje que realizaba sola, y tampoco le había contado nada sobre la ciudad triste que había al otro lado del bosque, ni sobre los bebés abandonados en aquel pequeño claro, supuestamente para morir. Tendría que confesárselo algún día, era evidente. Algún día, decidió Xan. Pero por el momento no. Era demasiado triste. Y la niña era demasiado pequeña para entenderlo.

Cuando Luna tenía cinco años, viajó una vez más a una de las Ciudades Libres más apartadas: Obsidiana. Y Xan tuvo que regañar constantemente a la pequeña, que no quería quedarse quieta por nada del mundo.

—Jovencita, ¿quieres, por favor, salir de esta casa enseguida y encontrar a un amiguito con quien jugar?

—¡Abuela, mira! Es un sombrero. —E introdujo la mano en un cuenco, extrajo un pedazo de masa de pan y se lo llevó a la cabeza—. ¡Es un sombrero, abuelita! El más bonito del mundo.

—No es un sombrero —la corrigió Xan—. Es masa para hacer pan.

Estaba inmersa en un proceso de magia bastante complejo. La maestra se encontraba tumbada en la mesa de la cocina, profundamente dormida, y Xan, muy concentrada, tenía ambas manos junto a la cara de la joven. La maestra llevaba tiempo con unas jaquecas terribles que eran, según había descubierto Xan, resultado de un tumor que estaba creciéndole en la parte central del cerebro. La bruja podía eliminarlo con magia, poco a poco, pero era un trabajo complicado. Y peligroso. Una hechicera inteligente tendría que esforzarse mucho, y nadie era más inteligente que Xan.

Pero, aun así... El trabajo era difícil, más de lo que había imaginado. Y agotador. Últimamente, todo la dejaba exhausta. Xan lo achacaba a la edad. Su magia se vaciaba con rapidez de un tiempo a esa parte y le costaba lo suyo recuperarla. Y estaba muy cansada.

—Jovencito —le dijo Xan al hijo de la maestra, un chico agradable de unos quince años de

edad, con una piel resplandeciente. Uno de los Niños de la Estrella—. Llévate un rato a esta niña traviesa y juega con ella para que yo pueda concentrarme en curar a tu madre sin matarla por error. —El chico se quedó blanco—. Es broma, claro está. Tu madre está a salvo conmigo —añadió, confiando en que fuera cierto.

Luna le dio la mano al chico, sus ojos negros brillaban como piedras preciosas.

—Vamos a jugar —dijo, y el chico le sonrió.

Adoraba a Luna, como todo el mundo. Y corriendo y riendo, cruzaron la puerta y desaparecieron en dirección al bosque que había en la parte de atrás.

Xan por fin pudo relajarse al cabo de un rato, una vez solucionado lo del tumor, después de haber curado el cerebro y dejado a la maestra durmiendo plácidamente. Le llamó la atención el cuenco de la encimera de la cocina. Donde tenía la masa de pan en reposo.

Pero en realidad no había masa. Había un sombrero, de ala ancha y de confección sofisticada. Era el más bonito que Xan había visto en su vida.

—Vaya —susurró la bruja, cogiendo el sombrero y fijándose en el encaje mágico que lo adornaba. Azul. Con un destello plateado en los bordes—. Vaya, vaya.

En el transcurso de los dos días siguientes, Xan se esforzó por concluir lo más rápidamente posible su trabajo en las Ciudades Libres. Luna no era de gran ayuda. Corría en círculos alrededor de los demás niños, jugaba y saltaba por encima de todas las vallas. Retaba a grupos de chicos a encaramarse con ella a las copas de los árboles. O a los altillos de los graneros. O a las vigas de los tejados de los vecinos. Los niños la seguían, pero no podían llegar hasta lo más alto. Era como si Luna flotase entre las ramas. Y en una ocasión, empezó a hacer piruetas en la punta de la hoja de un abedul.

—¡Baja ahora mismo, jovencita! —vociferó la bruja.

La niña rio. Regresó al suelo, saltando de hoja en hoja, guiando a los demás niños. Xan vislumbró los zarcillos de magia que ondulaban detrás de ella, como cintas. Azul y plateado, plateado y azul. Se hinchaban, se inflaban y dibujaban espirales en el aire. Y dejaban su marca en el suelo. Xan echó a correr tras la niña para limpiar su rastro.

Un asno se transformó en un juguete.

Una casa se transformó en un pájaro.

De repente, un granero apareció hecho de pan de jengibre y caramelo hilado.

«No tiene ni idea de lo que está haciendo —pensó Xan. La magia salía a borbotones de la niña. La anciana nunca había visto tanta magia—. Podría hacerse daño. O herir a alguien. O a toda la ciudad.»

Xan echó a correr, sus ancianos huesos se quejaban, iba deshaciendo hechizos a su paso, hasta que logró atrapar a la niña.

—Hora de la siesta —dijo la bruja, batiendo las manos, y Luna se derrumbó en el suelo.

Nunca había interferido en la voluntad de nadie. Jamás. Hacía casi quinientos años, le había prometido a su tutor, Zósimos, que nunca lo haría. Pero ahora...

«¿Qué he hecho?», se preguntó, empezando a sentir náuseas.

Los demás niños se quedaron mirándola. Luna estaba roncando, dejando un charco de babas en el suelo.

—¿Está bien? —preguntó un niño.

Xan cogió a Luna en brazos, el peso de la cara de la niña recaía en su hombro, y presionó su arrugada mejilla contra el cabello de la pequeña.

—Está bien, no temas —respondió—. Simplemente tiene sueño. Mucho. Y me parece que vosotros tenéis cosas que hacer.

Xan llevó a Luna al hostal que regentaba el alcalde, que era donde se hospedaban.

Luna dormía profundamente. Su respiración era lenta y regular. La marca de nacimiento en forma de cuarto creciente de la frente brillaba un poco. Una luna rosada. Xan le apartó el pelo de la cara y enlazó los dedos entre sus rizos.

—¿Qué es lo que se me ha pasado por alto? —se preguntó.

Algo no estaba viendo, algo importante. De poder evitarlo, prefería no pensar en su propia infancia. Era demasiado triste. Y la tristeza era peligrosa, aunque no recordaba muy bien por qué.

La memoria era un asunto escurridizo, como musgo adherido a una piedra inestable, con el que siempre era muy fácil perder el equilibrio y caer. Y, de todos modos, quinientos años eran mucho tiempo que recordar. Pero, de pronto, volvieron a ella todos sus recuerdos: un anciano amable, un castillo decrepito, un grupillo de estudiantes con la cara enterrada en los libros, una triste madre dragón despidiéndose. Y algo más. Algo peligroso. Xan intentó capturar los recuerdos a medida que iban pasando, pero eran como gravilla en una avalancha: resplandecían brevemente y desaparecían.

Había algo que supuestamente tenía que recordar. Estaba segura. Pero no sabía qué.

En el que un cuento contiene indicios de verdad

¿Un cuento? De acuerdo. Te contaré un cuento. Pero no te gustará. Y te hará llorar.

Érase una vez, un tiempo en el que había magos buenos y brujas buenas, que vivían en un castillo en medio del bosque.

Entonces el bosque no era peligroso. Todos sabemos quién es el responsable de que ahora esté maldito. Es la misma persona que nos roba a los niños y nos envenena el agua. En aquellos tiempos, el Protectorado era un lugar próspero y fructífero. Nadie necesitaba la Carretera para cruzar el bosque. El bosque era nuestro amigo. Y todo el mundo podía acercarse al Castillo de los Hechiceros en busca de remedios o de consejos o simplemente para chismorrear.

Pero un día, apareció en el cielo una bruja mala a lomos de un dragón. Llevaba botas negras, sombrero del mismo color y un vestido rojo como la sangre. Sus gritos de rabia inundaron el cielo.

Sí, hijo. Es una historia real. ¿Acaso crees que los demás cuentos no lo son?

Cuando llegó la bruja volando con su dragón, la tierra rugió y se resquebrajó. Los ríos empezaron a hervir, el fango a burbujear y lagos enteros se transformaron en vapor. La Ciénaga, nuestra querida Ciénaga, se volvió tóxica y apestosa, y la gente moría porque no tenía aire para respirar. El terreno donde se alzaba el castillo se hinchó; empezó a subir, a subir y a subir, y aparecieron grandes penachos de humo y cenizas.

—¡Es el fin del mundo! —gritaba la gente.

Y podría haberlo sido, de no haberse atrevido un buen hombre a plantarle cara a la bruja.

Uno de los magos buenos del castillo —nadie recuerda su nombre— vio a la bruja a lomos de su temible dragón sobrevolando el terreno desolado. Entendió las intenciones de la hechicera: pretendía extraer el fuego de aquella protuberancia de tierra y extenderlo por todas partes, como un mantel sobre una mesa. Quería cubrirnos a todos con cenizas, llamas y humo.

Es lo que quería, es evidente. Nadie sabe por qué. ¿Cómo quieres que lo sepamos? Es una bruja. No necesita ni motivos ni sentido común.

Por supuesto que es una historia real. ¿Es que no me escuchas?

De modo que el mago valiente, ignorando el peligro que corría, se sumergió en el humo y en las llamas. Dio un gran salto y consiguió tirar de la bruja y obligarla a desmontar del dragón. Entonces, arrojó el animal al orificio ardiente que se había abierto en la tierra para taponarlo

con su cuerpo, como quien corcha una botella.

Pero no mató a la bruja. La bruja acabó con él.

Por eso ser valiente no merece la pena. La valentía no hace nada, no protege de nada, no sirve de nada. Solo te mata. Y es por eso que no le plantamos cara a la bruja. Porque ni siquiera un poderoso mago pudo con ella.

Ya te he dicho que esto es una historia real. Yo solo cuento historias reales. Y ahora, a lo tuyo, y que no te pille escaqueándote de hacer tus deberes o te mandaré a la bruja para que se ocupe de ti.

En el que varias cosas salen mal

El viaje de vuelta a casa fue un desastre.

—¡Abuelita! —gritó Luna—. ¡Un pájaro!

Y un tocón de árbol se transformó en un ave muy grande, muy rosada y muy perpleja, sentada con las patas abiertas en el suelo, las alas arqueadas, como si su propia existencia la sorprendiera.

Lo cual, razonó Xan, debía de ser así. Lo transformó de nuevo en tocón aprovechando un momento en el que la niña no miraba. E incluso desde aquella distancia, percibió la sensación de alivio del árbol.

—¡Abuelita! —chilló Luna, corriendo para adelantarse—. ¡Un pastel!

Y el arroyo que tenían enfrente se detuvo de pronto. El agua se esfumó y apareció un río de tarta.

—¡Qué rico! —exclamó Luna, cogiendo pastel a puñados y manchándose la cara con glaseado multicolor.

Xan asió a la niña por la cintura, se aproximó al torrente de pastel apoyándose en el bastón y arrastró a Luna por el serpenteante camino que ascendía la montaña para deshacer el hechizo lanzando una simple mirada por encima del hombro.

—¡Abuelita! ¡Mariposas!

»¡Abuelita! ¡Un poni!

»¡Abuelita! ¡Frutas del bosque!

Los hechizos salían sin parar de las manos y de los pies de Luna, de sus oídos y de sus ojos. La magia latía con fuerza. Y Xan tenía que seguirle el ritmo.

De noche, después de caer rendida, Xan soñó con Zósimos, el mago, fallecido quinientos años atrás. En el sueño, su mentor le estaba explicando algo, una cosa importante, pero el rugido del volcán le impedía oír lo que decía. Xan solo podía concentrarse en su cara, en cómo se arrugaba y se movía delante de sus ojos, en su piel, que caía como los pétalos de la azucena al finalizar la jornada.



Cuando llegaron a su casa, enclavada entre los picos y los cráteres del volcán dormido y rodeada por el lujurioso aroma del pantano, Glerk estaba esperándolas.

—Xan —dijo, mientras Fyrian bailaba y daba volteretas en el aire, chirriando una canción que había compuesto que versaba sobre su amor hacia todo aquel que conocía—, me parece que nuestra niña se ha vuelto algo más complicada.

Había visto hebras de magia dispersas aquí y allá y proyectándose por encima de las copas de los árboles. Incluso a gran distancia, sabía que no era obra de Xan, pues su magia era verde, suave y tenaz, del color y la textura del líquen que crece al socaire de los robles. No, aquella era azul y plateada, plateada y azul. La magia de Luna.

Xan lo hizo callar con un gesto.

—No sabes de la misa ni la mitad —dijo cuando Luna se marchó corriendo hacia el pantano para coger irises y aspirar su perfume.

A cada paso que daba Luna, brotaban flores tornasoladas, y en cuanto se adentró en el pantano, los juncos se retorcieron para crear una barca. Luna subió a bordo para flotar por encima del rojo intenso de las algas que cubrían el agua. Fyrian se instaló en la proa. No daba la impresión de que notara nada raro.

Xan pasó un brazo por detrás de la espalda de Glerk y se recostó contra él. Nunca en su vida se había sentido tan cansada.

—Nos va a dar trabajo —dijo.

Y entonces, apoyándose en su bastón, se encaminó hacia el taller para iniciar los preparativos para enseñar a Luna.

Resultó una tarea imposible.

Xan tenía diez años cuando fue *enmagizada*. Hasta entonces, vivía sola y con miedo. Los brujos que la estudiaron no eran precisamente amables. Uno de ellos, en particular, parecía hambriento de dolor. Cuando Zósimos la rescató y la acogió bajo su ala, se sintió tan agradecida que estaba dispuesta a seguir cualquier regla que le impusiera.

Pero con Luna era distinto. Tenía solo cinco años. Y era extraordinariamente terca.

—Estate quieta, preciosa —repitió un día Xan, una y otra vez, mientras intentaba que la niña dirigiese su magia a una única vela—. Tenemos que mirar el interior de la llama para entender la... ¡Jovencita! ¡En clase no se vuela!

—¡Soy un cuervo, abuelita! —gritó Luna. Lo cual no era del todo cierto. Simplemente le habían crecido alas negras y las agitaba por doquier—. ¡Cra, cra, cra! —chilló.

Xan cogió a la niña al vuelo e inhabilitó la transformación. Un hechizo sencillo, pero que dejó machacada a la anciana. Le temblaban las manos y se le nubló la vista.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó Xan. No tenía ni idea.

Luna ni se dio cuenta. Transformó entonces un libro en una paloma y dio vida a lápices y plumas para que pintaran solos y elaboraran una complicada danza sobre la mesa.

—Luna, para —dijo Xan, lanzándole a la niña un sencillo hechizo bloqueador.

Tendría que haber sido fácil. Y tendría que haber durado un par de horas. Pero fue como si le arrancara las entrañas, lo que obligó a Xan a sofocar un grito de dolor, y ni siquiera así funcionó.

Luna rompió el bloqueo sin pensárselo dos veces. La anciana se derrumbó en una silla.

—Sal fuera a jugar un rato, cariño —dijo la bruja, sin poder dejar de temblar—. Pero no toques nada, y no le hagas daño a nada, y nada de magia.

—¿Qué es «magia», abuelita? —preguntó Luna antes de salir corriendo por la puerta.

Había árboles a los que trepar y barcas que construir. Y Xan aseguraría haber visto a la niña hablándole a una grulla.

La magia se hacía más incontrolable con cada día que pasaba. Luna golpeaba por casualidad una mesa con los codos y sin querer la transformaba en agua. Convertía la ropa de cama en cisnes mientras dormía (y los cisnes provocaban un caos increíble). Hacía que las piedras estallaran como burbujas. Le subía tanto la temperatura de la piel que a Xan le salían incluso ampollas al tocarla, o se le enfriaba tanto que dejaba una huella de escarcha en el pecho de Glerk cuando lo abrazaba. Una vez, hizo desaparecer las alas de Fyrian en pleno vuelo y provocó que se estrellara. Luna seguía a su aire, sin darse ni cuenta de lo que hacía.

Para tratar de contener todo aquel poder, Xan intentó encerrar a Luna en una burbuja protectora, diciéndole que era un juego muy divertido. Lanzó burbujas alrededor de Fyrian, y alrededor de las cabras, y alrededor de las gallinas, y luego una burbuja muy grande alrededor de la casa, para que no le prendiera fuego a su hogar por accidente. Y las burbujas aguantaron —eran terriblemente mágicas, al fin y al cabo—, hasta que dejaron de hacerlo.

—¡Haz más, abuelita! —gritaba Luna, corriendo en círculo por encima de las piedras. De sus pisadas surgían plantas verdes y espléndidas flores—. ¡Más burbujas!

Xan no había estado tan agotada en toda su vida.

—Llévate a Fyrian al cráter sur —le dijo Xan a Glerk después de una semana de trabajo demoledor y poco sueño. Tenía ojeras oscuras. La piel blanca como el papel.

Glerk negó con su impresionante cabeza.

—No puedo dejarte aquí así, Xan —rehusó, mientras Luna hacía que un grillo creciera hasta alcanzar el tamaño de una cabra. Le dio un terrón de azúcar que había aparecido en su mano y se subió a su espalda para dar un paseo. Siguió negando con la cabeza—. ¿Cómo quieres que te deje aquí?

—Necesito que estéis los dos en lugar seguro —dijo Xan.

El monstruo del pantano se encogió de hombros.

—A mí la magia no me afecta —argumentó—. Llevo aquí más tiempo que ella.

Xan arrugó la frente.

—Tal vez. Pero no sé. Luna tiene... demasiada. Y no es consciente de lo que hace.

Notaba los huesos finos y frágiles, la respiración le tamborileaba en el pecho. Hizo todo lo posible para que Glerk no se lo notara.



Xan se pasaba la vida siguiendo a Luna por todas partes, deshaciendo hechizo tras hechizo. Eliminó las alas de las cabras. Volvió a su forma original los huevos que había transformado en madalenas. Hizo que los árboles dejaran de flotar. Luna estaba asombrada y encantada a la vez.

Pasaba los días riendo, suspirando de admiración y señalando. Bailaba por todos lados, y cuando danzaba, brotaban fuentes del suelo.

Xan, por su lado, estaba cada vez más débil.

Llegó un momento en el que Glerk ya no aguantó más. Dejó a Fyrian en el borde del cráter y corrió con torpeza hacia su amado pantano.

Después de un chapuzón rápido en sus aguas turbias, abordó a Luna, que estaba sola en el patio.

—¡Glerk! —exclamó ella—. ¡Cuánto me alegro de verte! Eres lindo como un conejito.

Y al instante, el dragón se transformó en un conejo. Un animalillo suave, blanco, con ojos de color rosa y cola esponjosa. Tenía pestañas blancas y largas, orejas aflautadas y una naricilla que temblaba en el centro de la cara.

Luna rompió a llorar.

Xan salió corriendo de la casa e intentó averiguar qué le decía la niña. Cuando empezó a buscar a Glerk, este ya se había ido. Se había largado dando brincos, sin tener ni idea de quién ni qué era. Había sido *enconejizado*. Tardó horas en dar con él.

Xan sentó a la niña. Luna se quedó mirándola.

—Abuelita, te veo distinta.

Y era cierto. Tenía las manos arrugadas y llenas de manchas. La piel de los brazos le colgaba. Sabía que los pliegues de la cara iban en aumento y que estaba envejeciendo a pasos agigantados. Y en aquel momento, sentada al sol con Luna y el conejo que en su día fue Glerk temblando entre ellas, Xan lo notó: su magia se volcaba hacia la niña, igual que la luz de la luna cuando era tan solo un bebé. Y a medida que la magia iba fluyendo desde Xan hacia Luna, la anciana envejecía y envejecía.

—Luna —dijo, acariciando las orejas del conejito—, ¿sabes quién es este?

—Es Glerk —respondió la niña, cogiendo el conejo para depositarlo en su regazo y acariciarlo con cariño.

Xan asintió.

—¿Cómo sabes que es Glerk?

Luna se encogió de hombros.

—He mirado a Glerk. Y luego era un conejito.

—Ah —dijo Xan—. ¿Por qué crees que se ha convertido en un conejito?

Luna sonrió.

—Porque los conejitos son maravillosos. Y él quiere hacerme feliz. ¡Glerk es muy inteligente!

Xan reflexionó unos instantes.

—Pero ¿cómo ha pasado, Luna? ¿Cómo se ha convertido en conejito?

Xan contuvo la respiración. Era un día cálido y el ambiente era húmedo y dulce. El único sonido era el agradable gorgoteo del pantano. Los pájaros del bosque se callaron, como si quisieran escuchar la respuesta.

Luna frunció el entrecejo.

—No lo sé. Se ha transformado y punto.

Xan unió sus manos nudosas y se las llevó a la boca.

—Entiendo —dijo.

Se concentró en las reservas de magia que tenía almacenadas en lo más profundo del cuerpo y, entristecida, se dio cuenta de que eran escasas. Podía rellenarlas, claro está, tanto con luz de estrellas como con luz de luna, así como con cualquier otra magia que pudiera encontrar por allí, pero intuía que no sería más que una solución temporal.

Miró a Luna y estampó un beso en la frente de la niña.

—Duerme, cariño. Tu abuelita necesita aprender cosas. Duerme, duerme, duerme, duerme, duerme.

Y la niña se durmió. Xan estaba a punto de derrumbarse por el esfuerzo. Pero no era el momento. Volcó su atención en Glerk para analizar la estructura del hechizo que lo había *enconejizado* y para deshacerlo poco a poco.

—¿Por qué me apetece una zanahoria? —preguntó Glerk.

La bruja le explicó la situación. Al dragón no le hizo ninguna gracia.

—No empieces —le espetó Xan.

—No tengo nada que decir —replicó Glerk—. Los dos la queremos. Forma parte de nuestra familia. Pero ¿qué hacemos ahora?

Xan se incorporó y las articulaciones le crujieron como un motor oxidado.

—Odio tener que hacer esto, pero es por el bien de todos. Es un peligro para sí misma. Es un peligro para todos. Luna no tiene ni idea de lo que hace, y yo no sé cómo enseñarle. Al menos por el momento. Al menos mientras sea tan joven e impulsiva y tan... lunática.

Ya completamente de pie, Xan rotó los hombros para desentumecerse y se preparó. Creó un capullo de seda y fue envolviendo a la niña con sus hilos luminosos.

—¡No puede respirar! —gritó Glerk alarmado de repente.

—No tiene ninguna necesidad —le explicó Xan—. Está en estasis. El capullo contendrá la magia en su interior. —Cerró los ojos—. Zósimos solía hacérmelo cuando era pequeña. Supongo que por esta misma razón.

Glerk se puso serio. Se sentó en el suelo y dobló la cola para utilizarla a modo de cojín.

—Lo recuerdo. De repente. —Meneó la cabeza—. ¿Por qué lo habría olvidado?

Xan frunció la boca en una mueca.

—La tristeza es peligrosa. O lo era, al menos. Ahora no recuerdo por qué. Me parece que ambos nos hemos acostumbrado a no recordar ciertas cosas. A dejarlas en una especie de... nebulosa.

Glerk suponía que había algo más, pero dejó correr el tema.

—Fyrian vendrá dentro de un rato, imagino —dijo Xan—. No soporta estar solo mucho tiempo. No creo que tenga importancia, pero no le dejes que toque a Luna, por si acaso.

Glerk extendió un brazo y posó la gigantesca mano en el hombro de Xan.

—Y ¿adónde piensas ir? —preguntó.

—Al viejo castillo —respondió Xan.

—Pero... —Glerk la miró fijamente—. Allí no hay nada. Solo piedras viejas.

—Ya —dijo Xan—. Pero sé que tengo que estar allí. En ese lugar. Donde vi por última vez a Zósimos, a la madre de Fyrian y a todos. Necesito recordar. Aunque me ponga triste.

Xan se apoyó en el bastón y emprendió la marcha.

—Necesito recordar muchas cosas —murmuró para sus adentros—. Lo antes posible.

En el que una bruja encuentra una puerta y también un recuerdo

Xan dio la espalda al pantano y enfiló el sendero cuesta arriba, hacia el cráter donde el volcán había abierto su cara al cielo tanto tiempo atrás. El camino estaba enlosado con piedras grandes y planas, tan bien encajadas entre ellas que en las fisuras apenas cabía una hoja de papel.

Hacía años que no recorría aquel camino. Siglos, en realidad. Se estremeció. Todo parecía muy distinto. Pero... no lo era.

En su día, en el patio del castillo había un círculo de piedras que rodeaban la Torre central, la más antigua, como si fueran centinelas, y el castillo había envuelto el círculo, como una serpiente que se come la cola. Pero la Torre había desaparecido (Xan no sabía qué había sido de ella), el castillo estaba en ruinas y las piedras habían quedado cubiertas por el volcán, o engullidas por el terremoto, o destrozadas por el fuego, el agua y el tiempo. Solo quedaba una, y era difícil de encontrar. La hierba alta la rodeaba como una cortina y además estaba cubierta de hiedra. Xan pasó medio día intentando dar con ella y cuando la encontró, tuvo que dedicar una hora entera a quitar la insistente maraña de hiedra.

Cuando llegó a la piedra, se sintió defraudada. Tenía unas palabras grabadas en la parte plana. Un mensaje sencillo en cada cara. Las había escrito Zósimos mucho tiempo atrás. Las había grabado para ella cuando todavía era una niña.

«No olvides», decía en un lado de la piedra.

«Lo digo en serio», decía en el otro.

—¿Que no olvide qué? ¿Qué es lo que dices tan en serio, Zósimos?

No lo sabía. A pesar de lo frágil de su memoria, una cosa que sí recordaba era la tendencia de Zósimos hacia lo críptico. Creía que bastaba con palabras vagas e insinuaciones, que tenían que ser perfectamente comprensibles para todo el mundo.

Y después de tantísimos años, Xan sí recordaba lo fastidioso que aquello le resultaba entonces.

—¡Que el cielo lo confunda! —refunfuñó.

Se acercó a la piedra y apoyó la frente en las palabras grabadas, como si la piedra fuese Zósimos en persona.

—Ay, Zósimos —dijo, notando una oleada de emoción que no había sentido en casi cinco siglos—. Lo siento. Lo he olvidado. No era mi intención, pero...

La oleada de magia la golpeó como una roca caída del cielo y la impulsó hacia atrás. Cayó al suelo sobre las caderas con un golpe sordo. Se quedó mirando la piedra, boquiabierta.

«¡La piedra está *enmagizada*! —dijo para sus adentros—. ¡Claro!»

Y mientras miraba la roca, apareció una veta en la parte central y las dos mitades se abrieron hacia el interior, como un par de puertas de piedra.

«No es que lo parezcan —pensó Xan—. Es que son un par de puertas de piedra.»

El contorno de la roca seguía dibujándose contra el cielo azul, pero la entrada se abría hacia un pasadizo en penumbra, y unos peldaños de piedra desaparecían en la oscuridad.

Y de pronto, Xan recordó aquel día. Tenía trece años y estaba muy impresionada con su inteligencia de bruja. Su maestro, que cuando era pequeña era fuerte y poderoso, se debilitaba a pasos agigantados a cada día que pasaba.

—Ten mucho cuidado con tu tristeza —le había dicho. Era muy viejo. Increíblemente anciano. Su rostro era anguloso, su cuerpo, todo huesos, su piel, fina como el papel; parecía un grillo—. La tristeza es peligrosa. No olvides que aún está presente.

Y Xan había engullido su tristeza. Y también sus recuerdos. Los había enterrado en lo más profundo de su ser para no volver a encontrarlos nunca más. O eso creía.

Pero de pronto estaba rememorando el castillo. ¡Lo recordaba! Aquella rareza en ruinas. Sus pasadizos sin sentido. Y la gente que vivía en él; no los brujos y los sabios, sino los cocineros, los escribanos y los criados. Recordó cómo echaron a correr por el bosque cuando el volcán entró en erupción. Recordó los hechizos que elaboró para protegerlos a todos —menos a uno— y que rezó a las estrellas para que los protegieran mientras huían de allí. Recordó que Zósimos escondió el castillo en el interior de las piedras del círculo. Que cada una era una puerta.

—El mismo castillo, puertas distintas. No lo olvides. Lo digo en serio.

—No lo olvidaré —dijo cuando tenía trece años.

—Lo olvidarás, a buen seguro, Xan. ¿O es que no te conoces? —Era tan viejo... ¿Cómo había envejecido tanto? Se había convertido prácticamente en polvo—. Pero no te preocupes. Está incluido en el hechizo. Y ahora, si no te importa, cariño... Ha sido maravilloso conocerte, y he lamentado conocerte, pero, a pesar de mí mismo, acabé riendo todos los días que pasamos juntos. No obstante, esto forma parte del pasado, y tú y yo debemos separarnos. Tengo muchos miles de personas a las que proteger de este maldito volcán, y confío en que procures que se muestren siempre agradecidos; ¿lo harás, cariño? —Negó con la cabeza con tristeza—. Pero qué digo. Claro que no.

Y entonces, él y el Dragón Simplemente Enorme desaparecieron entre el humo y se arrojaron al corazón de la montaña, deteniendo con ello la erupción y obligando al volcán a sumirse en un sueño inquieto.

Y desaparecieron para siempre.

Xan nunca hizo nada para salvaguardar su memoria ni para explicar lo que Zósimos había llevado a cabo.

De hecho, transcurrido un año, apenas lo recordaba. Nunca se le ocurrió que aquello fuera

extraño: la parte de ella que lo habría encontrado raro había quedado al otro lado de la cortina. Perdida entre la niebla.

Observó la penumbra en busca del castillo escondido. Le dolían los huesos y la cabeza le funcionaba a toda velocidad.

¿Por qué había perdido todos aquellos recuerdos? Y ¿por qué Zósimos había escondido el castillo?

No lo sabía, pero estaba segura de que acabaría descubriendo la respuesta. Golpeó el suelo tres veces con el bastón para que produjera luz suficiente para iluminar la oscuridad. Y se adentró en la piedra.

En el que una bruja toma una decisión

Xan cogió documentos a montones y los transportó desde el castillo en ruinas hasta su taller. Libros, mapas, papeles y diarios. Diagramas. Recetas. Material gráfico. Pasó nueve días sin dormir ni comer. Luna seguía dentro del capullo, estática en su lugar. Estática también en el tiempo. No respiraba. No pensaba. Estaba en pausa. Cada vez que Glerk la miraba, sentía una punzada en el corazón. Se preguntaba si aquello la marcaría de alguna manera.

Aunque no era necesario darle muchas vueltas. Seguro que sí.

—No puedes pasar —le dijo Xan desde el otro lado de la puerta cerrada—. Tengo que estar muy concentrada.

Y luego la oyó murmurar.

Noche tras noche, Glerk observaba el interior del taller por las ventanas y veía a Xan a la luz de las velas, examinando centenares de libros y documentos, tomando notas en un pergamino que iba creciendo a cada hora que pasaba. No dejaba de refunfuñar. De mover la cabeza de un lado a otro. De murmurar hechizos en el interior de cajas de plomo y de cerrarlas al instante, sentándose encima de la tapa para que no se abrieran. Al cabo de un rato, las abría con cuidado y observaba el interior, inspirando profundamente por la nariz.

—Canela —decía—. Y sal. Este hechizo tiene demasiado aire.

Y lo anotaba.

O:

—Metano. Esto no iría bien. Podría salir volando sin querer. Y además, se volvería inflamable. Más incluso de lo normal.

O:

—¿Sulfuro? ¡Madre mía! Pero ¿qué pretendes hacer, vejestorio? ¿Matar a la pobre chiquilla? E iba borrando cosas de la lista.

—¿Se ha vuelto loca tía Xan? —preguntó Fyrian un día.

—No, amigo mío —le respondió Glerk—. Pero se encuentra en aguas más turbulentas de lo esperado. No está acostumbrada a no saber qué hacer. Y por eso está asustada. Como dice el Poeta:

Cuando el tonto abandona

*suelo firme, salta,
y va de lo alto de la montaña,
a una estrella ardiente,
y de allí al espacio negro, negro.
El sabio,
desprovisto de papel,
de pluma,
y de sus gruesos libros,
cae.
Y no hay quién lo encuentre.*

—¿Es un poema de verdad? —preguntó Fyrian.

—Pues claro —respondió Glerk.

—Y ¿quién lo ha compuesto, Glerk?

Glerk cerró los ojos.

—El Poeta. La Ciénaga. El Mundo. Y yo. Somos lo mismo, lo sabes bien.

Pero no le explicó qué quería decir con aquello.



Xan abrió por fin las puertas del taller con una expresión de seria satisfacción.

—Mira —le explicó a un muy escéptico Glerk. Sirviéndose de una tiza, trazó en el suelo un círculo, dejando una abertura para poder pasar. A lo largo de la circunferencia, dibujó trece marcas y las utilizó para señalar los extremos de una estrella—. Al final, se trata de poner en marcha un reloj. Los días van pasando como por obra y gracia de un motor perfectamente calibrado.

Glerk negó con la cabeza. No entendía nada.

Xan señaló el tiempo en el círculo casi cerrado, una progresión limpia y ordenada.

—Es un ciclo de trece años. Es lo que permite el hechizo. Menos aún en nuestro caso, me temo. El mecanismo sincroniza su biología. Poco más puedo hacer en este sentido. Luna ya tiene cinco años, de modo que el reloj se colocará solito en el cinco y parará cuando cumpla los trece.

Glerk frunció el entrecejo. Nada de aquello tenía sentido. Aunque, claro está, la magia en sí siempre había sido un sinsentido para el monstruo del pantano. La canción que creó el mundo no hacía mención alguna de la magia, sino que llegó mucho después, en la luz de las estrellas y de la luna. Para él, la magia siempre había sido como un intruso, un invitado inesperado; Glerk prefería la poesía.

—Utilizaré el mismo principio que emplea el capullo protector donde está dormida. La magia queda contenida en el interior. Aunque, en este caso, será dentro de ella. Justo en la parte central de su cerebro, detrás de la frente. Puedo retenerla allí y hacer que tenga un tamaño minúsculo. Como un grano de arena. ¿Te imaginas?

Glerk no dijo nada. Bajó la vista hacia la niña que tenía en brazos. No se movía.

—No... —empezó a decir. La voz le salió ronca. Tosió para aclararse la garganta y empezó de nuevo—: No... destrozará nada, ¿verdad? Me gusta su cerebro. Querría que saliese ileso de todo esto.

—No digas chorradas —lo regañó Xan—. Su cerebro seguirá perfectamente bien. O, como mínimo, estoy bastante segura de que así será.

—¡Xan!

—¡Es broma! Por supuesto que no le pasará nada. Y esta estrategia nos dará tiempo suficiente para garantizar que adquiere el sentido común necesario para saber qué hacer con su magia en cuanto se despliegue con toda su intensidad. Hay que educarla. Tiene que aprender el contenido de todos estos libros. Tiene que aprender los movimientos de las estrellas, los orígenes del universo y las exigencias de la bondad. Tiene que aprender matemáticas y poesía. Tiene que formularse preguntas. Tiene que querer aprender. Tiene que comprender las leyes de causa y efecto y las consecuencias inesperadas. Tiene que aprender qué es la compasión, la curiosidad y el respeto. Todas estas cosas. Tenemos que enseñarle, Glerk. Entre los tres. Es una gran responsabilidad.

De repente, el ambiente en la estancia se volvió denso. Xan refunfuñó y acabó de dibujar con tiza la estrella de trece puntas. Incluso Glerk, a quien normalmente no le afectaba nada, empezó a sentirse sudoroso y mareado.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Se acabará ese vaciado que está sufriendo tu magia?

Xan se encogió de hombros.

—Se ralentizará, espero. —Cerró la boca con fuerza—. Poco a poco, muy lentamente. Y cuando ella cumpla trece años, se marchará por completo. Se acabó la magia. Seré un recipiente vacío sin nada que pueda hacer que estos huesos viejos sigan en movimiento. Y entonces me iré. —Xan habló con voz baja e inalterable, como la superficie del pantano; una voz encantadora, tanto como el pantano. Glerk sintió un dolor en el pecho. Xan intentó esbozar una sonrisa—. De poder elegir, creo que es mejor dejarla huérfana después de haberle enseñado un par de cosas. De haberla educado adecuadamente. De haberla preparado. Y prefiero irme enseguida en vez de desgastarme poco a poco, como el pobre Zósimos.

—La muerte siempre es repentina —dijo Glerk. Empezaban a escocerle los ojos—. Incluso cuando no lo es.

Deseaba estrechar a Xan entre su tercer y su cuarto brazo, pero sabía que la bruja no lo soportaría, de modo que abrazó con más fuerza a Luna, y Xan empezó a desenrollar el capullo mágico. La niña frunció los labios unas cuantas veces y se acurrucó contra el pecho húmedo del dragón, transmitiéndole calor. Su cabello negro brillaba como el cielo nocturno. Estaba profundamente dormida. Glerk observó la forma dibujada en el suelo. Había aún un paso abierto para que él pudiera entrar con la niña. Pero en cuanto Luna estuviera colocada en el centro y él hubiera salido de la forma trazada con tiza, Xan completaría el círculo y el hechizo se pondría en marcha.

Dudó unos instantes.

—¿Estás segura, Xan? ¿Estás muy muy segura?

—Sí. Suponiendo que lo haya hecho todo bien, la semilla de la magia se abrirá el día de su decimotercer cumpleaños. No sabemos el día exacto, claro, pero podemos calcularlo más o

menos. En ese momento, llegará toda su magia. Y entonces me marcharé. Se habrá acabado. Me parece que ya he disfrutado de suficiente vida en esta tierra. Siento curiosidad por lo que vendrá a continuación. Vamos. Empecemos.

El ambiente olía a leche, a sudor y a pan recién horneado. Luego a especias, a rodillas peladas y a pelo mojado. Después a músculos agotados, a piel enjabonada y a transparentes lagos de montaña. Y también a algo más. Un aroma oscuro, extraño, terrenal.

Y Luna gritó, solo una vez.

Y Glerk notó que se le abría una raja en el corazón, fina como una línea trazada con un lápiz. Se llevó las cuatro manos al pecho para evitar que se le partiera en dos.

En el que un niño conoce la historia de la Ciénaga

No, niño. La bruja no vive en la Ciénaga. Pero ¡qué cosas dices! Todo lo de la Ciénaga es bueno. ¿De dónde, si no, saldrían nuestros tallos de Zirin, nuestras flores de Zirin y nuestros bulbos de Zirin? ¿Dónde si no obtendría el agua de espinacas y el pez devoralodo que te doy para cenar, o los huevos de pato y las huevas de rana del desayuno? Si no fuera por la Ciénaga, tus padres no tendrían trabajo y tú te morirías de hambre.

Además, si la bruja viviera allí, ya la habría visto.

Bueno, no. No conozco toda la Ciénaga, evidentemente. Nadie la conoce. Ocupa medio mundo, y el bosque la otra mitad. Eso lo saben todos.

Pero si la bruja estuviera en la Ciénaga, habría visto sus aguas agitándose como consecuencia de sus pasos embrujados. Habría oído los juncos susurrar su nombre. Si la bruja estuviera en la Ciénaga, ya la habría expulsado de su interior, del mismo modo que un moribundo destierra la vida.

Además, la Ciénaga nos ama. Siempre nos ha amado. El mundo se creó a partir de la Ciénaga. Las montañas, los árboles, las piedras, los animales, los insectos saltarines. La Ciénaga soñó incluso el viento.

Y por supuesto que conoces la historia. Todo el mundo la sabe.

De acuerdo. Te la contaré si lo que quieres es oírla una vez más.

Al principio, solo estaba la Ciénaga, la Ciénaga, la Ciénaga. No había personas. No había peces. No había pájaros, ni animales, ni montañas, ni bosques, ni cielo.

La Ciénaga lo era todo, y todo era Ciénaga.

El fango corría de un extremo de la realidad al otro. Se curvaba y alteraba a través del tiempo. No había palabras; no había aprendizaje; no había música, ni poesía, ni ideas. Solo estaba el suspiro de la Ciénaga, y el temblor de la Ciénaga, y el susurro infinito de los juncos.

Pero la Ciénaga se sentía sola. Quería ojos para ver el mundo. Quería una espalda fuerte con la que trasladarse de un lugar a otro. Quería piernas para caminar y manos para tocar y una boca que pudiera cantar. Así fue como creó un Cuerpo: una Bestia enorme que caminaba por la Ciénaga sobre unas piernas fuertes y cenagosas. La Bestia era la Ciénaga, y la Ciénaga era la Bestia. La Bestia amaba a la Ciénaga, y la Ciénaga amaba a la Bestia, del mismo modo que una persona ama su imagen reflejada en las aguas tranquilas de un estanque y la observa

con ternura. El pecho de la Bestia rebosaba calidez, compasión y amor. El resplandor de su amor irradiaba de ella. Y la Bestia quería palabras para explicar cómo se sentía.

Y así surgieron las palabras.

Y la Bestia quería que esas palabras encajaran, para que explicasen lo que quería transmitir. Y abrió la boca y surgió un poema.

«Redondo y amarillo, amarillo y redondo», dijo la Bestia, y así nació el sol, que quedó brillando por encima de su cabeza.

«Azul y blanco y negro y gris y un estallido de colores al amanecer», dijo la Bestia. Y nació el cielo.

«El chirrido de la madera, y la suavidad del musgo, y el murmullo y el susurro del verde, el verde y el verde», cantó la Bestia. Y nacieron los bosques.

Todo lo que ves, todo lo que sabes, todo lo creó la Ciénaga. La Ciénaga nos ama y nosotros la amamos.

¿La bruja, vivir en la Ciénaga? Por favor. Jamás en la vida había oído nada más ridículo.

En el que Antain hace una visita

Las Hermanas de la Estrella siempre tenían un aprendiz, que siempre era un chico. En realidad no era un aprendiz, sino un criado. Lo contrataban con nueve años de edad y lo despedían con una nota.

Todos los chicos recibían la misma nota. Nunca cambiaba.

«Teníamos grandes esperanzas —rezaba—, pero nos has decepcionado.»

Había chicos que estaban en servicio solo un par de semanas. Un compañero de la escuela de Antain había durado solo un día. La mayoría hacía las maletas a los doce años de edad, justo cuando empezaban a sentirse cómodos. Cuando empezaban a cobrar conciencia de lo mucho que podía aprenderse en las bibliotecas de la Torre y, en consecuencia, se les despertaba el hambre de conocimiento, los despachaban.

Antain tenía doce años cuando recibió su nota, justo un día después de que le concediesen el privilegio (después de tanto solicitarlo) de acceder a la biblioteca. Fue un golpe abrumador.

Las Hermanas de la Estrella vivían en la Torre, una estructura impresionante que perturbaba la vista y confundía la mente. La Torre se alzaba justo en el centro del Protectorado, y su sombra se proyectaba hacia todas partes.

Infinitos pisos subterráneos albergaban las despensas, las bibliotecas auxiliares y los armarios de las Hermanas. Había estancias reservadas para el encuadernado de libros, para la mezcla de hierbas, para el entrenamiento con sable y para la práctica del combate cuerpo a cuerpo. Las Hermanas dominaban todos los idiomas conocidos, la astronomía, los venenos, la danza, la metalurgia, las artes marciales, el *decoupage* y todos los secretos del asesinato. En las plantas superiores estaban las sencillas alcobas (triples), los espacios para reuniones y para meditar, un sinfín de celdas impenetrables, una sala de torturas y un observatorio celeste. Todo ello estaba conectado mediante una intrincada estructura de pasadizos con ángulos estrambóticos y escaleras entrecruzadas que iban y volvían desde el vientre del edificio y sus profundidades hasta la corona de su mirador. Si alguien cometía la locura de entrar allí sin permiso, podía pasarse días vagando en el interior sin encontrar la salida.

Durante los años que Antain pasó en la Torre, escuchó los resuellos en las salas de entrenamiento, oyó algún que otro llanto en las celdas y en la sala de torturas, y también a las Hermanas enzarzadas en acaloradas discusiones sobre la ciencia de las estrellas y la composición

alquímica de las bombillas de Zirin o el significado de un poema especialmente controvertido. Oyó a las Hermanas cantar mientras molían harina, hervían hierbas o afilaban sus cuchillos. Aprendió a escribir al dictado, a limpiar un retrete, a poner una mesa, a servir una comida excelente y a dominar el exquisito arte de cortar el pan. Aprendió los requisitos para preparar una taza de té insuperable y los secretos de la elaboración de bocadillos; aprendió a permanecer inmóvil en el rincón de una estancia y a escuchar una conversación, memorizando hasta el último detalle de la misma, sin que los interlocutores se percataran de su presencia. Durante su estancia en la Torre, las Hermanas lo elogiaron con frecuencia, alabaron su dominio de la escritura, su rapidez y su conducta educada. Pero aquello no era suficiente. Ni mucho menos. Cuanto más aprendía, más comprendía lo mucho que había por descubrir. Los polvorientos libros que guardaban en silencio aquellas bibliotecas albergaban cantidades inmensas de conocimientos, y Antain ansiaba beber de ellos. Pero no tenía permiso. Trabajó duro. Se esforzó al máximo. Intentó no darle más vueltas.

Y un día, cuando entró en su habitación, descubrió que le habían hecho las maletas. Las Hermanas le habían dejado una nota junto a la camisa y lo habían enviado de vuelta a casa de su madre.

«Teníamos grandes esperanzas —decía la nota—, pero nos has decepcionado.»

Nunca llegó a superarlo.

Ahora, como Anciano en Formación, se suponía que tenía que estar en el Salón del Consejo, preparándose para las audiencias de la jornada, pero no podía. Después de poner una excusa para librarse del Día del Sacrificio de nuevo, Antain había notado una diferencia clara en la confianza de los Ancianos. Cada vez más murmullos. La proliferación de miradas de soslayo. Y, lo que era peor, había notado que su tío se negaba a mirarlo.

No había pisado la Torre desde sus tiempos como aprendiz, pero tenía la sensación de que era el momento adecuado para hacerles una visita a las Hermanas, que habían sido, para él, una especie de familia durante un corto tiempo; una familia rara, poco amigable y, a decir verdad, asesina. «Pero, con todo, la familia es la familia», pensó al aproximarse a la vieja puerta de madera de roble y llamar.

(Había otra razón, naturalmente. Pero a Antain le costaba reconocerlo. Por eso estaba tan nervioso.)

Abrió su hermano pequeño. Rook. Moqueaba, como era habitual, y llevaba el pelo mucho más largo que la última vez que lo había visto, hacía ya más de un año.

—¿Has venido para llevarme a casa? —preguntó Rook, con una mezcla de esperanza y vergüenza en su voz—. ¿También las he decepcionado?

—Me alegro de verte, Rook —dijo Antain, rascándole la cabeza a su hermano como si fuese un perro que se ha portado bien—. Pero no. Solo llevas un año. Te queda aún mucho tiempo para decepcionarlas. ¿Está la Hermana Ignacia? Me gustaría hablar con ella.

Rook se encogió de hombros, y Antain pasó por alto el gesto. La Hermana Ignacia era una mujer increíble. Y aterradora. Pero Antain siempre se había llevado bien con ella y ella siempre le había tenido cariño. Las demás le comentaban que aquello era excepcional. Aunque Antain podría haber llegado hasta allí con los ojos cerrados, Rook acompañó a su hermano hasta el

estudio de la Hermana Superiora. Antain conocía todos los peldaños, todos los recovecos de aquellas viejas paredes, todas las quejumbrosas planchas de madera que cubrían el suelo. A pesar de los años que habían pasado, seguía soñando con regresar a la Torre.

—¡Antain! —exclamó la Hermana Ignacia desde detrás de su mesa.

Estaba, al parecer, traduciendo textos de botánica. Esa era la pasión principal de la Hermana Ignacia. Tenía el despacho lleno de plantas de todo tipo, en su mayoría procedentes de las partes más oscuras del bosque o del pantano, pero también de otros lugares del mundo, que llegaban a ella a través de mercaderes especializados de las ciudades del otro extremo de la Carretera.

—Caramba, mi querido chico —dijo la Hermana Ignacia, levantándose de la mesa y cruzando la perfumada estancia para acunar la cara de Antain entre sus manos fuertes y nudosas. Le dio unos golpecitos suaves en cada mejilla, pero igualmente dolían—. Estás mucho más guapo ahora que cuando te mandamos a casa.

—Gracias, Hermana —dijo Antain, sintiendo una punzada de vergüenza solo de pensar en aquel día horroroso en el que se vio obligado a abandonar la Torre con una nota.

—Siéntate, por favor. —Miró hacia la puerta y dijo, subiendo el tono de voz—: ¡CHICO! CHICO, ¿ME OYES?

—Sí, Hermana Ignacia —chirrió Rook, cruzando precipitadamente la puerta y tropezando con el umbral.

A ella no le hizo ninguna gracia.

—Necesitaré té de lavanda y galletas de flores de Zirin —ordenó.

Le lanzó al chico una mirada tenebrosa, y él salió corriendo como si lo persiguiera un tigre. La Hermana Ignacia suspiró.

—Me temo que tu hermano no tiene tus dotes —dijo—. Lo cual es una lástima. Teníamos grandes esperanzas.

Le indicó a Antain que tomase asiento en una de las sillas. Estaba cubierta con una especie de parra con pinchos, pero Antain se sentó de todos modos, intentando ignorar los pinchazos en las piernas. La Hermana Ignacia se acomodó enfrente y se inclinó hacia él, observándolo.

—Dime, querido mío, ¿te has casado ya?

—No, señora —dijo Antain ruborizándose—. Soy aún muy joven.

La Hermana Ignacia chasqueó la lengua.

—Pero te gusta alguien. Lo noto. A mí no puedes esconderme nada. No lo intentes siquiera.

Antain se esforzó por no pensar en la chica de la escuela. Ethyne. Estaba en algún lugar de aquella torre. Pero era una causa perdida y no podía hacer nada al respecto.

—Mis deberes con el Consejo no me dejan mucho tiempo —dijo en tono evasivo, lo cual era cierto.

—Claro, claro —replicó ella, agitando la mano—. El Consejo.

A Antain le dio la impresión de que había pronunciado la palabra con cierta sorna. Pero luego estornudó, y pensó que se lo habría imaginado.

—Llevo solo cinco años como Anciano en Formación, pero ya estoy aprendiendo... —Se interrumpió—. Mucho —remató con voz hueca.

«El bebé en el suelo.

»La mujer gritando desde las vigas.»

Por mucho que lo había intentado, era incapaz de sacarse de la cabeza aquellas imágenes. Ni la respuesta del Consejo a sus preguntas. ¿Por qué tratarían sus dudas con tanto desdén? Antain no tenía ni idea.

La Hermana Ignacia ladeó la cabeza y le lanzó una mirada inquisitiva.

—Si quieres que te sea franca, querido, cuando tomaste la decisión de incorporarte a un organismo tan especial como ese, me quedé pasmada, y confieso que di por sentado que no había sido decisión tuya, sino de tu... encantadora madre —dijo, e hizo un mohín, como si se hubiera llevado a la boca una cosa amarga.

Y era cierto. Era completamente cierto. En ningún momento fue Antain quien tomó la decisión de incorporarse al Consejo. Él habría preferido ser carpintero. De hecho, se lo había comunicado a su madre —a menudo y con largas explicaciones—, pero ella no le había hecho caso.

—La carpintería es lo que me habría imaginado —continuó la Hermana Ignacia, sin darse cuenta de la expresión de sorpresa de Antain al comprobar que le había leído los pensamientos—. Siempre te gustó.

—¿Cómo...?

La Hermana Ignacia sonrió entrecerrando los ojos.

—Sé bastantes cosas, jovencito. —Hinchó las aletas de la nariz y parpadeó—. Te quedarías pasmado.

Rook hizo su torpe entrada con el té y las galletas, y consiguió tanto derramar el té como volcar las galletas sobre el regazo de su hermano. La Hermana Ignacia le lanzó una mirada afilada como un cuchillo, y el chico salió corriendo de la habitación presa del pánico, como si la cuchillada hubiera sido real.

—Y bien —dijo la Hermana Ignacia, dando un sorbito al té y sin dejar de sonreír—. ¿Qué puedo hacer por tí?

—Pues... —dijo Antain, a pesar de tener la boca llena de galletas— solo quería pasar a saludar. Porque hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Para ponernos al día. Para ver qué tal estaban.

«El bebé en el suelo.

»Los gritos de la madre.

»¿Y si llegara alguien antes que la bruja? ¿Qué sería entonces de nosotros?

»Por todas las estrellas, ¿por qué tenemos que seguir con esto? ¿Por qué nadie lo detiene?»

La Hermana Ignacia sonrió.

—Mentiroso —dijo, y Antain bajó la cabeza. La Hermana Ignacia extendió la mano y le presionó la rodilla con cariño—. No te avergüences, pobrecillo —dijo para calmarlo—. No eres el único que desea ver y asombrarse ante nuestro animal enjaulado. Estoy planteándome incluso cobrar entrada.

—Ah —dijo Antain, en señal de protesta—. No, yo...

La Hermana Ignacia hizo un gesto para indicarle que no siguiera.

—No es necesario. Lo entiendo perfectamente. Es como un pájaro exótico. Un poco también como un rompecabezas. Un torrente de tristeza.

Suspiró y las comisuras de los labios le temblaron, como la punta de la lengua de una serpiente. Antain frunció el entrecejo.

—¿Tiene cura? —preguntó.

La Hermana Ignacia se echó a reír.

—¡Mi dulce Antain! La tristeza no se cura.

Y esbozó entonces una amplia sonrisa, como si lo que acababa de decir fuera una noticia excelente.

—Pero no creo que esto pueda durar para siempre —insistió Antain—. Son muchos los que han perdido a sus hijos. Y no todo el mundo siente una tristeza así.

La Hermana Ignacia cerró la boca con fuerza.

—No. No, claro que no. En su caso, la pena se ve amplificada por la locura. O también podría ser que la locura tuviera su origen en la tristeza. O tal vez se trate de algo completamente distinto. Lo cual la convierte en un objeto de estudio interesante. Me gusta tenerla en nuestra querida Torre. Estamos aprovechando muy bien los conocimientos que obtenemos a partir de la observación de su mente. El conocimiento, al fin y al cabo, es un bien precioso. —Antain se percató de que la Hermana Ignacia tenía las mejillas un poco más rosadas que la última vez que la vio—. Pero si quieres que te sea sincera, mi querido chico, por mucho que una vieja dama como yo valore la atención de un joven tan guapo como tú, no tienes por qué salirme con cumplidos. Llegará el día en que seas miembro de pleno derecho del Consejo. Basta con que se lo pidas al chico que custodia la puerta y él mismo te mostrará a los prisioneros que desees ver. La ley funciona así. — Su mirada se volvió gélida. Aunque solo un instante. Sonrió entonces con calidez—. Ven conmigo, pequeño Anciano.

Se levantó y se dirigió a la puerta sin emitir ningún sonido. Antain la siguió, sus botas resonaban con fuerza contra la madera del suelo.

Pese a que las celdas estaban solo un piso por encima de ellos, necesitaron recorrer cuatro escaleras para llegar hasta ellas. Durante el trayecto, Antain fue asomando la cabeza en todas las estancias con la esperanza de encontrarse por casualidad a Ethyne, la chica de la escuela. Y vio a muchos miembros del noviciado, pero a ella no. Intentó que la decepción no se le notara.

Las escaleras giraban a derecha e izquierda y luego descendían en espiral hasta llegar a la sala central del piso de las celdas. Era un espacio circular, sin ventanas, con tres Hermanas ocupando sendas sillas situadas justo en el medio y dándose la espalda, formando un triángulo perfecto. Todas tenían un arco que descansaba en el regazo.

La Hermana Ignacia miró con autoridad a la Hermana más próxima. Al instante, indicó, señalándola con la barbilla, una de las puertas.

—Déjale pasar a la número cinco. Cuando esté listo, llamará a la puerta. Y procura no dispararle sin querer.

Y entonces, con una sonrisa, miró otra vez a Antain y lo abrazó.

—Me marcho —dijo animadamente, y se encaminó hacia la escalera de caracol mientras la Hermana más próxima se levantaba y abría la puerta marcada con un 5.

Miró a Antain a los ojos y se encogió de hombros.

—No te servirá de gran cosa. Tuvimos que darle pociones especiales para que se

tranquilizase. Y hubo que cortarle su preciosa cabellera porque se tiraba de los pelos. —Miró a Antain de arriba abajo—. No llevarás ningún papel encima, ¿verdad?

Antain frunció el ceño.

—¿Papel? No. ¿Por qué?

La Hermana cerró la boca con fuerza antes de responder.

—No le está permitido tener papel —respondió.

—¿Por qué no?

La Hermana se quedó impertérrita. Su rostro era tan inexpresivo como una mano en el interior de un guante.

—Ya lo verás —dijo.

Y abrió la puerta.

La celda era un caos de papel. La prisionera había doblado, retorcido, rasgado y arrugado hojas para crear miles de pájaros de papel, de todas formas y tamaños. En el rincón había cisnes de papel, garzas de papel en la silla y minúsculos colibríes de papel colgados del techo. Patos de papel, petirrojos de papel, golondrinas de papel, palomas de papel.

El primer instinto de Antain fue escandalizarse. El papel era caro. Tremendamente caro. En la ciudad había fabricantes que confeccionaban finas hojas de material para escritura a partir de una combinación de pulpa de madera, totora, lino salvaje y flores de Zirin. Los mercaderes se llevaban prácticamente toda la producción al otro lado del bosque. Cuando alguien del Protectorado escribía alguna cosa, lo hacía solo después de dedicarle mucha reflexión, consideración y planificación.

Y esta lunática... estaba desperdiciándolo. Antain estaba conmocionado.

Pero...

Los pájaros eran muy sofisticados y elaborados con gran detalle. Atiborraban el suelo, inundaban la cama, asomaban por el borde de los dos cajones de la mesita de noche. Y eran, eso era innegable, preciosos. Eran tan bellos que Antain se llevó la mano al corazón.

—Ah —musitó.

La prisionera estaba en la cama, profundamente dormida, pero se agitó al oír su voz. Se despertó, poco a poco. Muy despacio también, dobló los codos bajo el cuerpo y se acercó a un pequeño pupitre.

Estaba irreconocible. La preciosa melena negra había desaparecido, estaba rapada al cero; tampoco vio ni el fuego de su mirada ni el rubor de sus mejillas. Los labios mantenían una expresión plana y flácida, como si pesaran tanto que no pudiera curvarlos, y tenía los pómulos hundidos y apagados. Incluso la marca de nacimiento en forma de cuarto creciente de la frente era una sombra de lo que fue, como una mancha de ceniza. Tenía las manos cubiertas de cortes —del papel, supuso Antain— y las yemas de los dedos manchadas de tinta.

Su mirada vagó de un extremo a otro de Antain, arriba y abajo, izquierda y derecha, sin encontrar un lugar donde detenerse. No lo ubicaba.

—¿Te conozco? —preguntó muy despacio.

—No, señora —respondió Antain.

—Tu cara... —tragó saliva— me suena.

Era como si estuviera extrayendo las palabras de lo más profundo de un pozo. Antain miró a su alrededor. Había también una mesita con más papel, esta vez con dibujos. Mapas extraños y complicados, con palabras incomprensibles y señales desconocidas. Y todos con la misma frase escrita en la esquina inferior derecha: «Ella está aquí; está aquí; está aquí».

«¿Quién está aquí?», se preguntó Antain.

—Soy miembro del Consejo, señora. Miembro provisional, mejor dicho. Anciano en Formación.

—Ah —dijo la mujer, y se dejó caer de nuevo en la cama, para quedarse mirando el techo con cara inexpresiva—. Tú. Te recuerdo. ¿Has venido también para ridiculizarme?

Cerró los ojos y soltó una carcajada.

Antain retrocedió. La risa le provocó un escalofrío, como si estuvieran derramándole lentamente agua gélida por la espalda. Miró los pájaros de papel que colgaban del techo. Era extraño, pues colgaban de lo que parecían hilos de pelo largo, negro y ondulado. Y más extraño si cabe era que todos miraban hacia él. ¿Estaban antes mirándolo de aquella manera?

Empezaron a sudarle las manos.

—Deberías decirle a tu tío —dijo la mujer, muy muy despacio, colocando una palabra detrás de otra como si fuera una hilera de piedras grandes y pesadas— que se equivocó. Que está aquí. Y que está muy mal.

«Ella está aquí», decía el mapa.

«Está aquí.»

«Está aquí.»

¿Qué significaba aquello?

—¿Quién está dónde? —preguntó Antain, sin poder evitarlo.

Pero ¿qué hacía hablándole?

«Razonar con una loca es imposible —se recordó—. No es factible.» Los pájaros de papel aletearon por encima de su cabeza. «Debe de ser el viento», pensó.

—La niña que me robó. Mi hija. —Soltó otra risotada—. No murió. Tu tío cree que está muerta. Pero se equivoca.

—¿Por qué tendría que creer mi tío que está muerta? Nadie sabe qué hace la bruja con los niños.

Se estremeció. Percibió un temblor a su izquierda, un movimiento, como el batir de un ala de papel. Se volvió, pero no se movía nada. Lo oyó entonces a su derecha. Se volvió otra vez. Nada.

—Es lo único que sé —dijo la madre, incorporándose con dificultad.

Los pájaros de papel empezaron a moverse y a girar.

«No es más que el viento», se dijo Antain.

—Sé dónde está.

«Me estoy imaginando cosas.»

—Sé lo que hace tu gente.

«Tengo algo en la nuca. Dios mío. Es un colibrí. Y... ¡AY!»

En aquel momento, un cuervo de papel cruzó volando la celda, rozando con el ala la mejilla de Antain y provocándole un corte que empezó a sangrar.

El chico estaba tan pasmado que no pudo ni gritar.

—Pero no importa. Porque el día del juicio se acerca. Se acerca. Se acerca. Casi ha llegado.

Cerró los ojos y se balanceó de un lado a otro. Estaba loca. Su demencia se aferraba a su alrededor como una nube, y Antain comprendió que, si no quería contagiarse, tenía que marcharse cuanto antes de allí. Aporreó la puerta, pero sus golpes no emitían sonido alguno.

—¡SACADME DE AQUÍ! —gritó a las Hermanas. Pero su voz murió en el instante en el que abandonó su boca. Las palabras cayeron con un golpe sordo a sus pies.

¿Estaría contagiándose de su locura? ¿Era eso posible? Los pájaros de papel revolotearon, agitaron las alas y se agruparon. Levantaron el vuelo en grandes oleadas.

—¡POR FAVOR! —gritó, justo cuando una golondrina de papel se lanzaba a por sus ojos y dos cisnes le mordisqueaban los pies.

Pataleó y palmoteó, pero no lograba quitárselos de encima.

—Pareces un buen chico —dijo la mujer—. Elige otra profesión. Es mi consejo.

Volvió a tumbarse en la cama.

Antain aporreó de nuevo la puerta. Pero los golpes siguieron siendo inaudibles.

Los pájaros graznaban, insistían y chillaban. Afilaban como cuchillos sus alas de papel. Se apelotonaron sin dejar de murmurar, se inflaron, se contrajeron y volvieron a hincharse. Se prepararon para el ataque. Antain se tapó la cara con las manos.

Y se le echaron encima.

En el que hay consecuencias

Cuando Luna se despertó, se sentía distinta. No sabía por qué. Permaneció mucho rato tumbada en la cama, escuchando el canto de los pájaros. Pero no entendía lo que decían. Negó con la cabeza. ¿Por qué tendría que comprender su idioma? No eran más que pájaros. Se tapó la cara con las manos y volvió a prestar atención a las aves.

—Nadie habla con los pájaros —dijo en voz alta.

Y era cierto. Pero ¿por qué tenía la impresión de que no era así? Justo en aquel instante, se posó en el alféizar de la ventana un pinzón de vivos colores y cantó con tanta dulzura que Luna creyó que se le iba a partir el corazón. De hecho, se le estaba partiendo un poco. Se llevó las manos a los ojos y se dio cuenta de que estaba llorando, aunque no sabía por qué.

—Tonta —dijo de nuevo en voz alta, percibiendo un pequeño temblor en su voz—. Luna tonta. Era la niña más tonta del mundo. Lo decían todos.

Miró a su alrededor. Fyrian estaba acurrucado a los pies de la cama, como de costumbre. Le encantaba dormir en su cama, por mucho que su abuela se lo prohibiera. Luna no sabía por qué.

O, al menos, creía no saberlo. En el fondo, tenía la sensación de que en algún momento sí lo había sabido. Aunque no recordaba cuándo.

Su abuela dormía en otra cama en la misma habitación. Y el monstruo del lago estaba tumbado en el suelo, roncando con todas sus fuerzas.

«Qué raro», pensó Luna. No recordaba haber visto nunca a Glerk durmiendo en el suelo. Ni dentro de la casa. Ni en otro lugar que no fuera sumergido en el pantano. Movié la cabeza en un gesto de incredulidad. Subió luego los hombros hasta la altura de las orejas, primero un lado y luego el otro. Notaba la presión del mundo sobre ella de una forma extraña, como un abrigo que ya no era de su talla. Y le dolía muchísimo la cabeza, en lo más profundo. Se dio unos cuantos palmetazos en la frente, pero no sirvió de nada.

Luna saltó de la cama, se quitó el camisón y se puso un vestido que tenía grandes bolsillos, porque así le había pedido a su abuela que se lo confeccionara. Con cuidado y sin despertarlo, depositó a Fyrian en uno de los bolsillos. La cama estaba sujeta al techo con cuerdas y poleas para que la pequeña casa tuviera mayor amplitud durante el día, pero Luna era aún demasiado pequeña como para izarla sola. De modo que la dejó como estaba y salió.

Era temprano, el sol no había aparecido aún por encima de las crestas. La montaña estaba

fresca, húmeda y rebosante de vida. En tres de los cráteres volcánicos se veían penachos de humo alzándose perezosamente del interior y ondular hacia el cielo. Luna se dirigió tranquilamente a la orilla del pantano. Bajó la vista a sus pies descalzos; se hundían en el terreno musgoso, dejando huellas. Se fijó que allí donde pisaba no brotaban flores.

Pero vaya tontería, ¿no? ¿Por qué tendrían que crecer cosas allí donde pisaba?

—Tonta, tonta —dijo en voz alta.

Y entonces notó que se mareaba. Se sentó en el suelo, fijó la mirada en la montaña y dejó la mente en blanco.



Xan encontró a Luna fuera, sentada sola y mirando al cielo. Era extraño. Normalmente, la niña se levantaba hecha un torbellino y despertaba a todo el mundo. Pero ese día no.

«Bueno —pensó Xan—. Ahora todo es diferente. —Negó con la cabeza—. No, todo no —decidió.»

A pesar de la magia que almacenaba en su interior, de momento sin problemas, seguía siendo la misma niña. Era Luna. La diferencia consistía en que ahora no tenían que preocuparse de que estallara magia por todos lados. Ahora podría aprender en paz. Y ese mismo día empezarían las clases.

—Buenos días, preciosa —dijo Xan, posando la mano en la cabeza de la niña y entrelazando los dedos con sus rizos negros.

Luna no respondió. Era como si estuviese en trance. Xan se esforzó por no preocuparse.

—Buenos días, tía Xan —dijo Fyrian, asomando la cabeza por el borde del bolsillo y bostezando para, a continuación, estirar sus patitas lo máximo posible. Miró a su alrededor y entrecerró los ojos para protegerse de la luz—. ¿Qué hago aquí fuera?

Luna regresó al mundo sobresaltada. Miró a su abuela y sonrió.

—¡Abuelita! —dijo, levantándose de un salto—. Tengo la impresión de no haberte visto en muchos días.

—Eso es porque... —empezó a decir Fyrian, pero Xan lo interrumpió.

—Calla, niño —lo reprendió.

—Pero, tía Xan —continuó Fyrian excitado—, yo solo quería explicarle que...

—Déjate ya de parloteos, dragón tonto. Anda, lárgate. Vete a buscar a tu monstruo.

Xan le dio la mano a Luna para llevársela de allí.

—Pero ¿adónde vamos, abuelita? —preguntó Luna.

—Al taller, cariño —respondió Xan, lanzándole una mirada penetrante a Fyrian—. Vete a ayudar a Glerk con el desayuno.

—De acuerdo, tía Xan. Solo quería decirle a Luna que...

—Ahora mismo, Fyrian —le ordenó Xan, llevándose rápidamente a Luna.



A Luna le encantaba el taller de su abuela y ya había aprendido los fundamentos de la mecánica: palancas y cuñas, poleas y motores. Aun siendo tan pequeña, poseía un cerebro mecánico y era capaz de construir pequeñas máquinas que hacían ruido y se movían. Le encantaba encontrar trocitos de madera que luego lijaba y conectaba para transformarlos en cualquier cosa.

Por el momento, Xan había ido guardando los proyectos de Luna en un rincón y dividido el taller en secciones, cada una con sus propias estanterías de libros, de herramientas y de material. Había una sección para inventar, otra para construir, otra para el estudio científico, otra para la botánica y otra para el estudio de la magia. En el suelo había hecho diversos dibujos con tiza.

—¿Qué ha pasado aquí, abuelita? —preguntó Luna.

—Nada, cariño —respondió Xan. Luego se lo pensó mejor—. Bueno, han sucedido muchas cosas, pero ahora tenemos asuntos más importantes de los que ocuparnos.

Se sentó en el suelo, enfrente de la niña, cogió su magia con una mano y la dejó flotar por encima de los dedos, como si fuese una bola resplandeciente.

—Mira, cariño —le explicó—, la magia fluye a través de mí, desde la tierra hacia el cielo, pero se almacena también en mi interior. Como la electricidad estática. Crepita y zumba en mis huesos. Cuando necesito un poco de luz adicional, froto las manos y dejo que la luz gire entre las palmas, hasta que tengo cantidad suficiente para que flote hasta donde necesito que vaya. Me lo has visto hacer en otras ocasiones, centenares de veces, pero nunca te lo había explicado. ¿Verdad que es precioso, cariño?

Luna no daba muestras de entender nada. Sus ojos estaban inexpresivos. Su rostro se había quedado neutro. Parecía como si tuviera el alma dormida, como un árbol en invierno. Xan contuvo un grito.

—¿Luna? —dijo—. ¿Te encuentras bien? ¿Tienes hambre? ¿Luna?

Nada. Ojos inexpresivos. Cara neutra. Un agujero en forma de Luna en el universo. Xan experimentó una oleada de pánico.

Y como si la inexpresividad no hubiera existido nunca, los iris de la niña recuperaron la luz de repente.

—Abuelita, ¿podría comer algo dulce? —pidió.

—¿Qué? —replicó Xan; su pánico iba en aumento a pesar de que los ojos de la niña acababan de recuperar la luz. La miró con atención.

Luna movió la cabeza con energía de un lado a otro, como si quisiera sacudirse el agua de los oídos.

—Dulce —dijo muy despacio—. Me apetece algo dulce. —Frunció el ceño—. Por favor —añadió.

Y la bruja acató su deseo. Hurgó en el interior de un bolsillo y extrajo un puñado de frutos del bosque secos. La niña los masticó pensativa. Miró a su alrededor.

—¿Por qué estamos aquí, abuelita?

—Siempre estamos aquí —dijo Xan.

Examinó con atención el rostro de la niña. ¿Qué estaba pasando?

—Pero ¿por qué? —Luna seguía mirando a su alrededor—. ¿No estábamos fuera? —Hizo un

mohín—. No... —empezó a decir y se interrumpió—. No recuerdo...

—Quiero darte tu primera lección, cariño.

El rostro de Luna se ensombreció, y Xan hizo una pausa. Acarició la mejilla de la niña. Las oleadas de magia habían desaparecido. Si hacía un gran esfuerzo de concentración, podía percibir el tirón gravitatorio de aquella pepita densa de poder, encerrada como en el interior de una nuez. O de un huevo.

Decidió volver a intentarlo.

—Luna, cariño. ¿Sabes qué es la magia?

Y una vez más, la mirada de la chiquilla se volvió inexpresiva. Se quedó inmóvil. Apenas respiraba. Era como si todo lo que constituía Luna —luz, movimiento, inteligencia— se hubiera esfumado.

Xan se quedó de nuevo a la espera. Esta vez, la luz tardó incluso más en regresar, y Luna en recuperarse. La niña miró a su abuela con una expresión de curiosidad. Miró a la derecha y luego a la izquierda. Frunció el ceño.

—¿Cuándo hemos venido aquí, abuelita? —preguntó—. ¿Me he quedado dormida?

Xan se incorporó y empezó a deambular de un lado a otro. Se detuvo junto a la mesa de los inventos y observó los motores, los hierros, la madera, el cristal, los libros repletos de diagramas complicados e instrucciones. Cogió con una mano un pequeño motor y con la otra un muelle que tenía las puntas tan afiladas que se pinchó sin querer el pulgar y sangró un poco. Miró a Luna e imaginó el mecanismo del interior de la niña, marcando rítmicamente el avance hacia su decimotercer cumpleaños, tan regular e inexorable como un reloj.

O, al menos, así era como tenía que funcionar el hechizo. Nada en su elaboración hacía mención de aquella especie de... inexpresividad. ¿Se habría equivocado en algo?

Decidió probar otra táctica.

—¿Qué haces, abuelita? —preguntó Luna.

—Nada, cariño —dijo Xan.

Estaba trajinando en la mesa mágica para preparar un cristal de visualización con madera terrestre, vidrio de meteorito fundido, un poco de agua y un único orificio en el centro para dejar pasar el aire. Era uno de sus mejores trabajos. Luna parecía no haberlo visto en su vida. Seguía mirando de un lado a otro. Xan depositó el cristal entre ellas y miró a la niña a través del orificio.

—Me gustaría contarte una historia, Luna —dijo la anciana.

—Me encantan las historias —dijo la pequeña con una sonrisa.

—Érase una vez una bruja que encontró un bebé en el bosque —comenzó Xan.

A través del cristal de visualización, discernía el vuelo de sus palabras polvorientas hacia los oídos de la niña. Podía ver también cómo las palabras se separaban en el interior del cráneo. Así, la palabra «bebé» se quedó flotando unos instantes y pasó de los centros de la memoria al de las estructuras imaginativas y a los lugares donde al cerebro le gusta jugar con palabras de sonido agradable. «Bebé, bebé, bbbbbbééé», una y otra vez. Los ojos de Luna empezaron a oscurecerse.

—Cuando tú eras muy muy pequeña —dijo Xan—, te saqué fuera para que vieses las estrellas.

—Siempre salimos a ver las estrellas —la interrumpió Luna—. Todas las noches.

—Sí, sí —dijo Xan—. Presta atención. Una noche, hace mucho tiempo, mientras mirábamos

las estrellas, recogí su luz con la punta de los dedos y te la di a comer, como si fuese miel de un panal.

Y la mirada de Luna se volvió inexpresiva. Movi6 la cabeza de un lado a otro como si se estuviera quitando telarañas.

—Miel —dijo muy despacio, como si la palabra fuese una carga impresionante.

Xan se mostr6 imperturbable.

—Y entonces —insisti6—, una noche, la abuelita no se dio cuenta de que había luna llena, no vio que estaba baja y enorme en el cielo, y extendió la mano para capturar luz de estrellas y te dio por error luz de luna. Y así fue como quedaste *enmagizada*, cariño. De ahí proviene tu magia. Bebiste de la luna y ahora la luna está llena en tu interior.

Era como si no fuese Luna la que estaba sentada en el suelo, sino una imagen suya. Ni siquiera parpadeó. Su rostro permaneci6 inm6vil, como si estuviera hecho de piedra. Xan agitó la mano delante de la cara de la niña y no pas6 nada. Nada de nada.

—Ay de mí —dijo Xan—. Ay de mí, ay de mí.

Xan cogió a la niña en brazos y, llorando, cruz6 corriendo la puerta para ir en busca de Glerk.

La niña necesit6 casi toda la tarde para recuperarse.

—Vaya —dijo Glerk—. Estamos metidos en un buen berenjenal.

—Ni mucho menos —le espet6 Xan—. Estoy segura de que es temporal —añadi6, como si con solo decirlo pudiera ser cierto.

Pero no. Era la consecuencia del hechizo de Xan: la niña era incapaz de aprender nada sobre magia. No podía oír hablar de ella, no podía conversar sobre ella, no podía ni siquiera conocer la existencia de la palabra. Cada vez que oía alguna cosa relacionada con la magia, era como si su consciencia, su chispa y su alma desaparecieran. Y Xan no tenía ni idea de si la semilla encerrada en el cerebro de Luna estaba adquiriendo aquellos conocimientos o si los estaba ignorando por completo.

—¿Qué haremos cuando llegue a esa edad? —pregunt6 Glerk—. ¿Cómo le enseñarás entonces?

«Porque lo más seguro es que entonces mueras —pens6 Glerk, aunque no lo dijo—. La magia de Luna se abrirá y la tuya se esfumará, y tú, mi queridísima Xan, con quinientos años de edad —reflexion6, y las grietas de su corazón se hacían cada vez más profundas—, ya no dispondrás de magia en tu interior para seguir con vida.»

—A lo mejor no crece más —dijo Xan con desesperación—. Quizá se quede así para siempre y no tenga que despedirme nunca de ella. Tal vez me haya equivocado con el hechizo y su magia nunca vuelva a emerger. A lo mejor resulta que nunca la tuvo.

—Sabes que todo eso que dices no es cierto —sentenci6 Glerk.

—Podría serlo —contraatac6 Xan—. No lo sabes. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. La alternativa es demasiado dolorosa para ser contemplada.

—Xan... —empez6 a decir Glerk.

—La tristeza es peligrosa —le espet6 la bruja. Y resopl6.

La conversación se repiti6 una y otra vez, siempre sin resolución. Al final, Xan se neg6 a hablar más del tema.

Empezó a repetirse que la niña nunca había sido mágica. Y cuanto más se lo repetía, más podía convencerse de que era cierto. Y si resultaba que Luna había sido mágica en su día, su poder estaba ahora almacenado y no representaba ningún problema. Y tal vez siguiera guardado para siempre.

A lo mejor resultaba que ahora Luna era una niña normal. Una niña normal. Xan se lo repetía una y otra vez. Lo decía tantísimas veces que tenía que ser cierto. Y eso era lo que le contaba a la gente de las Ciudades Libres cuando le preguntaban. «Una niña normal», les decía. Les contaba también que Luna era alérgica a la magia. «Urticaria —les explicaba—. Convulsiones. Picor en los ojos. Malestar de estómago.» Pedía a todo el mundo que jamás mencionara nada relacionado con la magia en presencia de la niña.

Y la gente obedecía. Todo el mundo seguía los consejos de Xan al pie de la letra.

Luna, entretanto, tenía un mundo entero del que aprender: ciencia, matemáticas, poesía, filosofía, arte. Con eso bastaría, seguro. Crecería como cualquier niña, y Xan continuaría como siempre: mágica, envejeciendo lentamente, inmortal. Nunca tendría que despedirse, seguro.

—Esto no puede seguir así —indicaba continuamente Glerk—. Luna necesita saber qué lleva dentro. Necesita conocer cómo funciona la magia. Necesita saber qué es la muerte. Necesita estar preparada.

—No tienes ni idea de lo que dices —replicó un día Xan—. Es una niña normal y corriente. Y si antes no lo era, ahora sí, a buen seguro. He recuperado mi magia... y, en cualquier caso, apenas la uso. No es necesario inquietarla con eso. ¿Qué necesidad hay de hablar de la amenaza de una pérdida? ¿Por qué provocarle esta tristeza? Es peligroso, Glerk. ¿Lo recuerdas?

Glerk arrugó la frente.

—¿Por qué pensamos así? —preguntó.

Xan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tengo ni idea.

Y así era. Lo había sabido, en su día, pero el recuerdo se había esfumado.

Olvidar era lo más fácil.

Y así, Luna fue creciendo.

Sin saber nada acerca la luz de estrellas, la luz de luna o la pepita que tenía encerrada detrás de la frente. Sin recordar que había *enconejizado* a Glerk ni que brotaban flores allí donde pisaba, sin conocer el poder que, incluso en aquellos momentos, seguía marcando el ritmo y palpitando, palpitando, palpitando inexorablemente hacia su punto final. Sin saber nada acerca de la dura semilla de magia que se preparaba para abrirse en su interior.

Sin tener ni idea de nada de nada.

En el que Antain dice una mentira

Las cicatrices que dejaron los pájaros de papel no se curaron nunca. No del todo.

—Si eran solo de papel —se quejó la madre de Antain—, ¿cómo es posible que te hicieran cortes tan profundos?

Y no fueron solo las heridas. La infección que le provocaron fue mucho peor. Eso sin mencionar la considerable pérdida de sangre. Antain se vio obligado a permanecer un buen rato tumbado en el suelo mientras la loca intentaba detenerle la hemorragia con papel sin conseguirlo. Los medicamentos que le administraban las Hermanas la atontaban y la debilitaban. Perdía la consciencia de vez en cuando. Y cuando por fin llegaron las guardianas para ver qué tal iba todo, tanto él como la loca estaban tendidos en un charco de sangre tan grande que tardaron unos momentos en averiguar a quién pertenecía.

—¿Y por qué —preguntó furiosa su madre— no vinieron a por ti cuando gritaste? ¿Por qué te abandonaron allí?

Nadie conocía la respuesta. Las Hermanas afirmaron no haberse enterado de nada. Dijeron que no lo habían oído. Y le bastó con observar la palidez de sus caras y sus ojos inyectados en sangre para comprender que decían la verdad.

La gente murmuraba que Antain se había autolesionado.

La gente comentaba que la historia era pura fantasía. Nadie había encontrado pájaro alguno. Sino simples trozos de papel ensangrentado en el suelo. Y, de todos modos, ¿desde cuándo atacaban los pájaros de papel?

La gente opinaba que un chico como aquel no tendría que ser Anciano en Formación. Y Antain no podría haber estado más de acuerdo con ellos. Cuando las heridas se curaron, anunció al Consejo su dimisión. Con efecto inmediato. Liberado de la escuela, del Consejo y del acoso constante de su madre, Antain se hizo carpintero. Y muy bueno, además.

El Consejo, como consecuencia de la tremenda turbación que sus miembros sentían cuando se veían obligados a mirar las tremendas cicatrices que cubrían la cara del pobre chico, y también por la insistencia de la madre, le había entregado a Antain una cantidad decente de dinero, con la que este pudo comprar maderas exóticas y buenas herramientas a los mercaderes que hacían negocios a través de la Carretera. (¡Ay! ¡Esas cicatrices! ¡Ay! ¡Con lo guapo que era! ¡Ay! Qué lástima de potencial perdido. Una auténtica lástima. Una lástima de verdad.)

Antain empezó a trabajar.

Rápidamente, cuando su habilidad y su destreza comenzaron a ser conocidas en ambos extremos de la Carretera, el muchacho se ganó muy bien la vida y, gracias a ello, pudo mantener sin problemas a su madre y a sus hermanos. Se construyó su propia casa, más pequeña, más sencilla e infinitamente más humilde que su anterior hogar, pero igual de confortable.

Sin embargo, su madre seguía sin aprobar que hubiera dejado el Consejo, y así se lo hacía saber a todas horas. Su hermano Rook tampoco lo entendía, aunque su desaprobación llegó mucho después, cuando lo despidieron de la Torre y volvió a casa avergonzado. (La nota de Rook, a diferencia de la de su hermano, no contenía el prefacio «Teníamos grandes esperanzas», sino que simplemente decía: «Nos has decepcionado». Su madre le echó la culpa a Antain.)

Pero Antain apenas se enteraba de nada. Pasaba los días alejado de todo el mundo, trabajando con madera, metal y aceites. Con el escozor que provoca el serrín. Con la sensación del grano de la madera bajo los dedos. Lo único que le importaba era la creación de objetos bellos, completos y reales. Pasaron los meses. Los años. Y su madre seguía atosigándolo.

—¿Dime tú qué tipo de persona abandona el Consejo?! —vociferó un día después de insistirle en que la acompañara al mercado.

Estuvo chinchándolo y quejándose sin cesar mientras se detenía en los distintos puestos, con su variada selección de flores medicinales y cosméticas, miel de Zirin, mermelada de Zirin, pétalos secos de Zirin, que podían rehidratarse con leche y ponerse en la cara a modo de mascarilla para prevenir las arrugas. No todo el mundo podía permitirse comprar en el mercado; la mayoría mantenía la alacena algo menos vacía mediante trueques con los vecinos. Y los que podían frecuentar el mercado, tampoco eran capaces de permitirse la cantidad de productos que la madre de Antain amontonaba en la cesta. Ser la única hermana del Gran Anciano tenía sus ventajas.

Fijó la vista en los pétalos secos de Zirin. Y a continuación lanzó una punzante mirada a la mujer que atendía el puesto.

—¿Cuánto tiempo de cultivo tienen? ¡Y no te atrevas a mentirme!

La mujer se quedó blanca.

—No sabría decírselo, señora.

La madre de Antain la miró con presunción.

—Si no lo sabes, no te pagaré por ellos.

Y pasó al puesto siguiente.

Antain no hizo ningún comentario, sino que dejó vagar la mirada hacia la Torre y los dedos por las profundas simas, desfiladeros y depresiones que arruinaban su cara; siguió los ríos de cicatrices como si recorriera un mapa.

—Lo único que cabe esperar —dijo su madre, mientras removía una montaña de paños procedentes del otro extremo de la Carretera— es que cuando esta ridiculez de la carpintería toque a su fin, tu honorable tío te acoja de nuevo bajo su ala, si no como miembro del Consejo, al menos como parte de su personal. Y luego, en el futuro, pases a trabajar para tu hermano menor. ¡Suerte que al menos él tiene el sentido común suficiente como para escuchar a su madre!

Antain asintió, refunfuñó y no dijo nada. Sin darse cuenta, se descubrió acercándose al puesto

del vendedor de papel. Casi nunca tocaba el papel si podía evitarlo. Pero aun así...

Aquellos papeles de Zirin eran preciosos. Deslizó los dedos por las resmas y dejó que su mente vagara hacia el susurro de alas de papel que volaban en los alrededores de la montaña y se perdían de vista.



La madre de Antain se equivocaba con respecto a su inminente fracaso. El taller de carpintería siguió siendo un éxito no solo entre el pequeño enclave adinerado del Protectorado y la tacaña Asociación de mercaderes, sino que además sus grabados, sus muebles y sus inteligentes inventos empezaron a tener gran demanda en el otro lado de la Carretera. Los mercaderes llegaban mensualmente con una lista de pedidos y, cada mes, Antain se veía obligado a rechazarlos de un modo u otro, explicándoles amablemente que él solo tenía dos manos y que, por supuesto, el tiempo era limitado.

Ante sus negativas, los mercaderes empezaron a ofrecerle cada vez más dinero por su artesanía.

Y a medida que Antain fue perfeccionando sus habilidades, su visión fue volviéndose más clara y astuta, sus diseños, más inteligentes, y su fama fue en aumento. En cuestión de cinco años, su nombre era conocido en ciudades que Antain jamás había oído nombrar, y mucho menos visitado. Alcaldes de lugares remotos solicitaban el honor de poder disfrutar de su compañía. Antain se planteó acceder a aquellas propuestas, por supuesto. Nunca había salido del Protectorado. No conocía a nadie que lo hubiera hecho, por mucho que su familia pudiera permitirselo. Pero la simple idea de hacer otra cosa que no fuese trabajar, dormir y leer de vez en cuando algún libro junto a la chimenea era más de lo que se veía capaz de gestionar. A veces tenía la sensación de que el mundo le pesaba, de que el ambiente, cargado de tristeza, ofuscaba como la niebla su cabeza, su cuerpo y su visión.

Pero saber que sus trabajos acababan en buenos hogares resultaba tremendamente satisfactorio. Le gustaba ser bueno en algo. Y cuando se acostaba por las noches, lo hacía complacido.

Su madre insistía en que siempre había sabido que su hijo alcanzaría el éxito y repetía una y otra vez que Antain había tenido la gran suerte de poder escapar de una vida monótona junto a los seniles miembros del Consejo, y que era mucho mejor seguir la llamada de tu talento, tus dones y todo lo demás, y que ella siempre lo había dicho.

—Sí, madre —decía Antain, conteniendo una sonrisa—. Siempre lo dijiste, es cierto.

Y así fue como pasaron los años: un taller solitario; objetos sólidos y bellos; clientes que elogiaban su trabajo pero que ponían mala cara al descubrir su aspecto. No era una mala vida, la verdad.



Una mañana a última hora, la madre de Antain apareció en la puerta del taller; sus orificios nasales se irritaron por el contacto con el serrín y el fuerte olor a aceite de semillas de Zirin, que otorgaba a la madera aquel brillo tan particular. Antain acababa de esculpir los últimos detalles del cabecero de una cuna: un cielo estrellado. No era la primera vez que creaba una cuna como aquella, y también había oído mencionar «Niño de la Estrella» en numerosas ocasiones, aunque no sabía a qué hacía referencia. La gente que vivía en el otro extremo de la Carretera era rara. Lo sabía todo el mundo, aunque nunca la hubieran visto.

—Tendrías que buscarte un aprendiz —dijo su madre, echando un vistazo a la estancia.

El taller estaba ordenado, bien equipado y era cómodo. A los ojos de la mayoría, claro está. Antain, por ejemplo, se sentía extremadamente cómodo en él.

—No quiero un aprendiz —replicó Antain, aplicando aceite a la madera. La veta brillaba como si fuese oro.

—Con un par de manos más, podrías hacer más negocio. Tus hermanos...

—Son unos inútiles con la madera —la interrumpió Antain. Y era cierto.

—De acuerdo —refunfuñó su madre—. Pero imagínate si pudieras...

—Me va bien así —sentenció Antain. Lo cual también era cierto.

—Pues estupendo —dijo su madre. Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna. Recolocó un pliegue de la capa. Tenía más capas solo para ella de las que muchas familias soñarían poseer—. ¿Y qué me dices de tu vida, hijo? Construyes cunas para los nietos de otras mujeres pero no para los míos. ¿Cómo voy a poder seguir cargando con la vergüenza de tu renuncia al Consejo sin un bonito bebé al que hacer saltar sobre mis rodillas?

La voz de su madre se quebró. Antain era consciente de que antaño podría haberse paseado por el mercado con una chica colgada del brazo. Pero por aquel entonces era tan tímido que ni siquiera se había atrevido a hacerlo. Ahora, sin embargo, sabía que probablemente no le habría sido tan difícil, y tenía claro además que, en su día, había sido un chico atractivo.

Daba igual. Se le daba bien su trabajo y le encantaba desempeñarlo. ¿Necesitaba, acaso, algo más?

—Seguro que Rook se casará algún día, madre. Y Wynn. Y todos los demás. No temas. Cuando llegue el momento, construiré un escritorio y una cama de matrimonio para todos mis hermanos. En nada de tiempo tendrás nietos colgándose de las vigas.

«La madre en las vigas. El bebé en brazos. ¡Los gritos!» Antain cerró los ojos con fuerza para que desapareciese la imagen.

—He estado hablando con otras madres. Ven con buenos ojos la vida que has ido construyéndote. Están interesadas en presentarte a sus hijas. No a las más bonitas, es comprensible, pero son sus hijas, de todos modos.

Antain suspiró, se levantó y se lavó las manos.

—Gracias, madre, pero no.

Cruzó la estancia y se inclinó para darle un beso en la mejilla a su madre. Se fijó en que se encogía cuando su cara se aproximó. Intentó no sentirse ofendido.

—Pero, Antain...

—Tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—Tengo varios recados. —Era mentira. A cada mentira que decía, la siguiente le resultaba más fácil—. Volveré dentro de dos días, para la cena en tu casa. No se me ha olvidado.

Aquello también era una mentira. No tenía la más mínima intención de cenar en la casa familiar y estaba perfeccionando varias excusas para evitar asistir en el último momento.

—Tal vez debería ir contigo —dijo su madre—. Para que no estés solo.

Lo quería, a su manera. Y Antain lo sabía.

—Es mejor que vaya solo.

Y se puso la capa y se marchó, dejando a su madre en la penumbra del interior.

Antain utilizó los callejones y callejuelas menos concurridos para cruzar el Protectorado. Pese a que hacía buen día, se cubrió la cabeza con la capucha hasta taparse la frente para mantener la cara en las sombras. Hacía ya tiempo que había comprendido que si se escondía, la gente se sentía más cómoda y disminuían las miradas. A veces, los niños le pedían tímidamente si podían tocarle las cicatrices. Si su familia estaba cerca, un padre avergonzado lo alejaba de él y la interacción terminaba. Pero, en caso contrario, Antain se ponía en cuclillas y miraba al niño a los ojos. Si no se apartaba, se retiraba la capucha y le decía:

—Adelante.

—¿Duele? —le preguntaba el niño.

—Hoy no —respondía siempre Antain.

Otra mentira. Las cicatrices siempre dolían. No tanto como el primer día, ni siquiera tanto como la primera semana. Pero molestaban igualmente, el dolor apagado de algo perdido.

El contacto de los deditos con la cara, resiguiendo los pliegues y las hendiduras de las cicatrices, le encogía un poco el corazón.

—Gracias —decía Antain.

Y lo decía con sinceridad. Siempre.

—Gracias —repetía siempre también el niño.

Y eso era todo: el chiquillo regresaba con su familia y Antain se quedaba solo.

Sus caminatas solían llevarlo, le gustase o no, a los pies de la Torre. Su hogar durante un breve y maravilloso período de su juventud. Y el lugar que cambió su vida para siempre. Hundió las manos en los bolsillos y levantó la cara hacia el cielo.

—Caramba —dijo una voz—. Pero si es Antain. ¡Por fin viene a visitarnos!

La voz tenía un tono agradable, por mucho que él percibiera un murmullo similar a un gruñido enterrado tan en el fondo que resultaba difícil de captar.

—Hola, Hermana Ignacia —dijo, haciendo una reverencia—. Me sorprende verla fuera de su despacho. ¿Será que por fin su asombrosa curiosidad la ha liberado?

Era la primera vez que mantenían una conversación cara a cara desde que había resultado herido, años atrás. Su correspondencia había consistido en tensas notas, las de la Hermana Ignacia escritas por alguna de las otras mujeres de la hermandad y firmadas por ella. Nunca, ni una sola vez desde el incidente, se había tomado la molestia de preguntar por su estado. Antain notó un sabor amargo en la boca y lo engulló para impedir una mueca.

—Ah, no —dijo ella animada—. La curiosidad es la maldición del inteligente. O tal vez la

inteligencia es la maldición del curioso. En cualquier caso, me temo que a mí nunca me falta, lo cual me mantiene bastante ocupada. Pero he descubierto el placer de ocuparme de mi jardín de hierbas medicinales... —Levantó la mano—. No toques las hojas. Ni las flores. Y tampoco la tierra. Nunca sin guantes. Hay muchas hierbas que son un veneno mortal. ¿Verdad que son preciosas?

—Sí —respondió Antain, aun sin pensar en las hierbas.

—Y ¿qué te trae por aquí? —preguntó la Hermana Ignacia, entrecerrando los ojos al ver que la mirada de Antain se desplazaba hacia la ventana de la celda donde vivía la loca.

Antain suspiró. Miró de nuevo a la Hermana Ignacia. Tenía los guantes de trabajo manchados de tierra. La cara sudada. Su aspecto era el de una persona saciada, como si acabara de disfrutar del mejor banquete del mundo y se hubiera quedado llena. Pero no era así. Era porque había estado trabajando al aire libre. Antain tosió para aclararse la garganta.

—Quería decirle en persona que hasta de aquí a seis meses, o tal vez un año, no podré fabricarle la mesa de despacho que me ha solicitado —respondió Antain.

Era mentira. Era un diseño sencillo y la madera necesaria se podía conseguir con facilidad en el bosque de la zona oeste del Protectorado.

—Tonterías —dijo la Hermana Ignacia—. Estoy segura de que puedes arreglártelas. Las Hermanas somos prácticamente tu familia.

Antain negó con la cabeza y su mirada regresó hacia la ventana. No había visto a la loca, no había estado tan cerca de ella, desde el ataque de los pájaros. Pero se le aparecía cada noche en sueños. A veces estaba en las vigas. A veces estaba en su celda. A veces montaba a lomos de los pájaros de papel y desaparecía en la noche.

Sonrió a la Hermana Ignacia.

—¿Familia? —dijo—. Creo, señora, que ya conoce a mi familia.

La Hermana Ignacia ignoró el comentario y cerró la boca, conteniendo una sonrisa.

Antain insistió en mirar hacia lo alto de la Torre. La loca estaba detrás de aquella estrecha ventana. Su cuerpo era poco más que una sombra. La vio entre los barrotes y distinguió también un pájaro aleteando a su alrededor hasta posarse en la palma de su mano. Era de papel. Desde donde estaba, alcanzaba a oír el crujido seco de sus alas.

Antain se estremeció.

—¿Qué miras? —preguntó la Hermana Ignacia.

—Nada —mintió Antain—. No miro nada.

—Mi querido chico, ¿pasa algo?

Antain bajó la vista.

—Buena suerte con su jardín.

—Antes de que te vayas, Antain, ¿por qué no nos haces un favor, ya que, por mucho que te lo pidamos, no podemos convencerte para que apliques tus inteligentes manos a la creación de cosas bellas para nosotras?

—Señora, yo...

—¡Tú, la de allí! —gritó la Hermana Ignacia. Su voz adoptó de inmediato un tono mucho más áspero—. ¿Has acabado ya de hacer las maletas, chica?

—Sí, Hermana —dijo una voz desde el cobertizo del jardín, una voz clara y luminosa, como una campanilla.

El corazón de Antain dio un brinco. «Esa voz —pensó—. Recuerdo esa voz.» No la había oído desde que iba a la escuela, muchos años atrás.

—Excelente —dijo la Hermana Ignacia, volviéndose hacia Antain—. Tenemos una novicia que ha optado por no dedicarse a la vida elevada de estudio y contemplación y ha decidido reincorporarse al mundo. Una locura.

Antain estaba pasmado.

—Pero —titubeó— si eso no sucede nunca.

—Efectivamente. No sucede nunca. Y jamás volverá a suceder. Imagino que me dejé engañar cuando acudí a nosotras deseosa de entrar en nuestra orden. La próxima vez seré más exigente.

En aquel momento, salió del cobertizo una joven. Llevaba un vestido suelto muy sencillo que probablemente le quedaría grande cuando llegó a la Torre, poco después de cumplir trece años, pero había crecido y ahora apenas le llegaba a la rodilla. Calzaba un par de botas masculinas, remendadas, gastadas y disparejas, que debía de haber tomado prestadas de alguno de los hombres que se encargaban del mantenimiento del recinto. Sonrió e incluso sus pecas se iluminaron.

—Hola, Antain —dijo Ethyne en tono amable—. Cuánto tiempo.

El joven notó que el mundo entero flaqueaba bajo sus pies.

Ethyne se volvió hacia la Hermana Ignacia.

—Nos conocemos de la escuela.

—Jamás me dirigió la palabra —dijo Antain en un ronco susurro y bajando la vista. Las cicatrices le ardían—. Ninguna chica me hablaba.

Los ojos de Ethyne brillaban y su boquita de piñón se abrió con una sonrisa.

—¿Tú crees? Yo recuerdo otra cosa.

Lo miró. Vio sus cicatrices. Lo contempló directamente. Y no apartó la vista. Y no se encogió de miedo. Incluso su madre sentía terror. Su propia madre.

—De acuerdo —replicó él—. La verdad es que era yo quien no les hablaba a las chicas. Y sigo sin hacerlo. Mi madre siempre me lo recuerda.

Ethyne se echó a reír. Antain sintió que iba a desmayarse.

—¿Podrás, por favor, ayudar a nuestra pequeña decepción a cargar con todas sus cosas? Sus hermanos están enfermos y sus padres han muerto. Me gustaría eliminar lo antes posible cualquier prueba visual de este fiasco.

Si las palabras de la Hermana Ignacia molestaron a Ethyne, no lo demostró.

—Gracias por todo, Hermana —dijo, su voz sonó tan suave y dulce como la nata montada—. Soy muchísimo más de lo que era cuando crucé esa puerta en su día.

—Y muchísimo menos de lo que podrías haber sido —le espetó la Superiora—. ¡Jóvenes! —Levantó las manos—. Si nosotros no podemos con ellos, ¿cómo van a poder consigo mismos? —Se volvió entonces hacia Antain—. La ayudarás, ¿verdad? Esta chica no tiene ni la decencia de demostrar la más mínima pizca de tristeza por lo que hace. —Los ojos de la Hermana Ignacia se volvieron muy oscuros por un instante, como si estuviese terriblemente hambrienta. Los entrecerró

a continuación y frunció el entrecejo, y la oscuridad se esfumó. Tal vez fueran solo imaginaciones de Antain—. No tolero su presencia ni un segundo más.

—Por supuesto, Hermana —musitó. Tragó saliva. Era como si tuviera arena en la boca. Intentó recuperarse—. Siempre a su servicio. Siempre.

La Hermana Ignacia dio media vuelta y se marchó, murmurando para sus adentros.

—De estar en tu lugar, me replantearía esa postura —le dijo Ethyne en voz baja a Antain. Lo obsequió con otra sonrisa—. Gracias por ayudarme. Siempre fuiste el chico más amable del mundo. Salgamos de aquí lo antes posible. A pesar de todos los años que he pasado en este lugar, las Hermanas siguen provocándome escalofríos.

Posó la mano en el brazo de Antain y lo guio hasta el cobertizo donde guardaba todos sus bultos. Tenía los dedos callosos y las manos fuertes. Antain notó que algo revoloteaba en su pecho: un estremecimiento al principio, luego un golpeteo potente, como las alas de un pájaro que alza el vuelo en el bosque hacia lo más alto del firmamento.

En el que hay muchísimo papel

La loca de la Torre no recordaba siquiera su nombre.

No se acordaba del de nadie.

¿Qué es un nombre? No puedes cogerlo. No puedes olerlo. No puedes acunarlo hasta dormirlo. No puedes susurrarle una y otra vez cuánto lo quieres. Hubo un tiempo en el que había un nombre que amaba por encima de todos los demás, pero se había marchado volando, como un pájaro. Y no podía convencerlo de que regresara.

Había tantas cosas que se habían marchado volando... Nombres. Recuerdos. Todo lo que sabía de sí misma. Hubo un tiempo en el que había sido una mujer inteligente. Capaz. Bondadosa. Amada y amantísima. Hubo un tiempo en el que sus pies encajaban a la perfección en la curvatura de la tierra y en el que sus pensamientos se apilaban con pulcritud, uno encima de otro, en los armarios de su mente. Pero ahora ya no sentía los pies en la tierra, y sus pensamientos habían quedado reemplazados por torbellinos y tormentas que habían vaciado con violencia sus armarios. Seguramente para siempre.

Lo único que recordaba era el tacto del papel. Estaba hambrienta de papel. Por las noches, soñaba con la suavidad seca de la hoja, con el corte doloroso del borde. Soñaba con el deslizar de la tinta sobre el blanco intenso. Soñaba con pájaros de papel, estrellas de papel y cielos de papel. Soñaba con una luna de papel flotando sobre ciudades de papel, bosques de papel y personas de papel. Un mundo de papel. Un universo de papel. Soñaba con océanos de tinta, bosques de plumas y una ciénaga infinita de palabras. Soñaba en abundancia con todo eso.

No solo soñaba con papel, sino que además lo tenía. Nadie sabía cómo. Las Hermanas de la Estrella entraban a diario en su celda y se llevaban los mapas que había dibujado y las palabras que había escrito sin tomarse siquiera la molestia de leerlas. Chasqueaban la lengua, la regañaban y se lo arrebatan todo. Pero, a diario, descubrían de nuevo hojas, plumas y tinta. Tenía todo lo que necesitaba.

Un mapa. Dibujó un mapa. Lo veía con la claridad de un día luminoso. «Ella está aquí — escribió—. Está aquí, está aquí, está aquí.»

«¿Quién está aquí?», le había preguntado el chico repetidamente. Al principio, su rostro era joven, atractivo y luminoso. Después se volvió rojo, rabioso, ensangrentado. Al final, los cortes provocados por el papel se curaron y se transformaron en cicatrices, moradas primero, rosadas

después, luego blancas. Crearon un mapa. La loca se preguntaba si él sería capaz de verlo. O si entendía su significado. Le gustaría saber si alguien más podía verlo. ¿Era ella la única loca o se había trastornado el mundo entero? No tenía ni idea. Anhelaba inmovilizarlo y escribir «Está aquí» en el punto justo donde el pómulo coincidía con el lóbulo de la oreja. Anhelaba que él lo comprendiera.

«¿Quién está aquí?», sintió que él preguntaba mientras contemplaba la Torre desde el suelo.

«¡¿Acaso no lo ves?!», deseó gritarle. Pero no lo hizo. Sus palabras salían desordenadas. No sabía si lo que brotaba de su boca tenía algún sentido.

A diario, soltaba por la ventana pájaros de papel. A veces uno. Otras diez. Todos tenían un mapa en el corazón.

«Está aquí», en el corazón de un petirrojo.

«Está aquí», en el corazón de una grulla.

«Está aquí, está aquí, está aquí», en los corazones de un halcón, de un martín pescador y de un cisne.

Sus pájaros no llegaban muy lejos. Al principio al menos. Desde la ventana veía cómo la gente se agachaba para recogerlos del suelo. Veía cómo levantaba la vista hacia la Torre. Veía cómo meneaban la cabeza en un gesto de preocupación. Los oía suspirar y murmurar: «La pobrecilla», y tirar de la mano de sus hijos para acercárselos, como si la locura pudiera ser contagiosa. Y tal vez tuviesen razón. Tal vez lo fuera.

Nadie nunca se detenía a leer las palabras ni a mirar los mapas. Se limitaban a arrugar el papel, seguramente para convertirlo en pasta y crear más. Era normal. El papel era caro. Al menos para la mayoría. Ella lo conseguía con facilidad. Introducía la mano entre los huecos del mundo y extraía hoja tras hoja. Cada una era un mapa. Cada una era un pájaro. Y lanzaba al cielo todas las hojas.

Se sentaba en el suelo de la celda. Sus dedos localizaban papel. Sus dedos localizaban pluma y tinta. Nunca se preguntaba cómo lo hacían. Y dibujaba un mapa. A veces trazaba un mapa mientras dormía. El joven se aproximaba. Notaba sus pasos. Pronto se detendría y levantaría la vista, un interrogante marcado en el corazón. Lo había visto crecer y convertirse de un simple muchacho en un artesano, en un hombre de negocios y luego en un hombre enamorado. Y siempre con la misma pregunta.

Dobló el papel en forma de halcón. Lo sujetó unos instantes sobre la palma de la mano. Observó cómo empezaba a temblar y a estremecerse. Y dejó que, solo, emprendiera el vuelo hacia lo alto.

Miró por la ventana. El pájaro de papel renqueaba. Lo había construido apresuradamente y no lo había doblado bien. El pobre no sobreviviría. Aterrizó en el suelo, a duras penas, justo delante del joven de las cicatrices. El chico se detuvo. Pisó el cuello del pájaro. ¿Compasión o venganza? A veces, eran lo mismo.

La loca se llevó la mano a los labios, la sensación de los dedos era tan ligera como el papel. Intentó ver la cara del chico, pero quedaba oculta por las sombras. Daba igual. Conocía aquel rostro tan bien como el suyo. Incluso a oscuras, podría reseguir con la punta de los dedos el trazo de todas sus cicatrices. Vio que se detenía, que desplegaba el pájaro y miraba los dibujos que ella

acababa de hacer. Vio sus ojos dirigirse hacia la Torre, y luego trazar un lento arco por el cielo hasta detenerse en el bosque. Luego volvió a mirar el mapa.

La mujer se llevó la mano al pecho y palpó su tristeza, su cruel densidad, un agujero negro en el corazón que engullía toda la luz. Tal vez siempre hubiera sido así. Tenía la sensación de llevar toda la eternidad viviendo en la Torre. A veces tenía la sensación de llevar encarcelada desde que empezó el mundo.

Pero, entonces, todo se transformó de un modo intenso y repentino.

«Esperanza», decía su corazón.

«Esperanza», decía el cielo.

«Esperanza», decían tanto el pájaro que el joven llevaba en la mano como la mirada del chico.

«Esperanza, luz y movimiento —susurró el alma de la mujer—. Esperanza, formación y fusión. Esperanza, calor y acrecentamiento. El milagro de la gravedad. El milagro de la transformación. Las cosas preciosas se destruyen, pero también se salvan. Esperanza, esperanza, esperanza.»

La tristeza había desaparecido. Lo único que quedaba en ella era esperanza. La sintió irradiar hacia el exterior, llenar la Torre, la ciudad, el mundo entero.

Y, justo en aquel momento, oyó el grito de dolor de la Hermana Superiora.

En el que la semilla se resquebraja

Luna creía que era normal. Se sentía querida. Y tenía razón solo a medias.

Era una niña de cinco años; y luego, de siete; y más tarde, por mucho que le pareciera increíble, de trece.

Le gustaba, pensaba Luna, tener once años. Le gustaba la simetría de la cifra y la ausencia de simetría. Once era un número visualmente normal, pero no funcionalmente: parecía una cosa y se comportaba como otra. Como la mayoría de los niños de once años, suponía. Su relación con los demás estaba limitada a las visitas de su abuela a las Ciudades Libres y, de entre ellas, solo a aquellas en las que Luna obtenía permiso para acompañarla. A veces, su abuela iba sin ella. Y eso, cada año que pasaba, le daba más rabia.

Al fin y al cabo, ya tenía once años. Era a la vez normal y extraña. Estaba preparada para ser muchas cosas a la vez: niña, adulta, poeta, ingeniera, botánica, dragona. Y la lista continuaba. Que le prohibieran realizar algunos viajes y no otros le resultaba cada vez más irritante. Y así se lo hacía saber a todo el mundo. Con mucha frecuencia. Y a pleno pulmón.

Cuando su abuela se ausentaba, Luna pasaba la mayor parte del tiempo en el taller, que estaba lleno de libros sobre metales, rocas y agua; de libros sobre flores, musgos y plantas comestibles, de libros sobre biología, conducta y cría animal; de libros sobre las teorías y los principios de la mecánica. Pero los libros favoritos de Luna eran los de astronomía, sobre todo los que versaban sobre la luna. Adoraba la luna, tanto que le gustaría poder abrazarla y cantarle. Le encantaría poder reunir hasta la última gota de luz en un tazón y beberla. Tenía la mente hambrienta de conocimientos, todo lo que veía le llamaba la atención y poseía dotes para el dibujo, la construcción y la creación.

Sus dedos tenían vida propia.

—Mira, Glerk —dijo.

Le mostró un grillo mecánico que había creado con madera; tenía ojos de cristal y minúsculas patas metálicas conectadas a muelles. Saltaba, correteaba, extendía las extremidades, cogía cosas. Podía incluso cantar. Luna agarró el grillo y el mecanismo empezó a pasar las páginas de un libro. Glerk arrugó su narizota húmeda.

—Sabe pasar páginas —dijo Luna—. De los libros. ¿Has visto en tu vida un grillo más listo que este?

—Pero las pasa de forma caprichosa, sin sentido —lo criticó Glerk—. No como si estuviera leyendo. Y aun en el caso de que lo hiciera, no lo leería al mismo ritmo que tú. ¿Cómo sabría cuándo llega el momento de pasar página?

Lo decía para picarla, evidentemente. En realidad, estaba muy impresionado. Pero como ya le había comentado mil veces, no podía impresionarse por todas las cosas impresionantes que hacía Luna. De hacerlo, le estallaría el corazón y se iría al otro mundo.

Luna pataleó.

—Por supuesto que no puede leer. Pasa la página cuando yo se lo digo.

Se cruzó de brazos y lanzó al monstruo del pantano lo que esperaba que fuese una mirada gélida y penetrante.

—Me parece que tenéis razón los dos —dijo Fyrian, tratando de poner paz—. Me gustan las cosas tontas. Y también las cosas inteligentes. Me gusta todo.

—Cierra el pico, Fyrian —dijeron a la vez la niña y el monstruo del pantano.

—Colocar al grillo para que pase la página exige más tiempo que hacerlo uno mismo. ¿Por qué no la pasas tú y ya está?

Glerk pensó que tal vez ya había llevado la broma demasiado lejos. Cogió a Luna con sus cuatro brazos y se la colocó encima del hombro derecho. La niña hizo una mueca de exasperación y se bajó.

—Porque entonces no tendría por qué tener un grillo —replicó. Notaba la rabia en el pecho. En el cuerpo entero. Llevaba todo el día rabiosa—. ¿Dónde está la abuelita? —preguntó.

—Ya lo sabes —respondió Glerk—. Volverá la semana que viene.

—No me parece bien. Yo quiero que vuelva hoy.

—El Poeta dice que la impaciencia es típica de las cosas pequeñas: de las pulgas, de los renacuajos, de las moscas de la fruta. Tú, cariño, eres mucho más grande que una mosca de la fruta.

—No me gusta el Poeta. Que se vaya a la porra.

Las palabras fueron como una cuchillada para Glerk. Se llevó las cuatro manos al corazón, se dejó caer sobre su gran trasero y enroscó la cola alrededor de su cuerpo en un gesto protector.

—Vaya cosas que dices.

—Pues es lo que pienso —dijo Luna.

Fyrian empezó a revolotear entre la niña y el monstruo. No sabía dónde posarse.

—Ven, Fyrian —pidió Luna, abriendo uno de sus bolsillos—. Puedes echar una siesta mientras me acerco paseando a la cumbre para intentar ver a mi abuela ya de regreso. Desde allí arriba se ve hasta muy lejos.

—Aún no podrás verla. Faltan varios días.

Glerk observó con atención a la niña. Ese día había algo que no funcionaba del todo bien. Aunque era incapaz de decir qué.

—Nunca se sabe —replicó Luna, dando media vuelta y enfilando el camino.

Glerk recitó, mientras la veía marchar:

—«La paciencia no tiene alas / la paciencia no corre, / no vuela, no salta, no titubea. / La paciencia es el oleaje del océano; / la paciencia es el suspiro de la montaña; / la paciencia es el

movimiento de la Ciénaga; / la paciencia es el coro de las estrellas, / Que canta eternamente».

—¡No te oigo! —gritó Luna sin volverse.

Pero lo oía perfectamente. Glerk lo sabía.



Cuando Luna llegó a la falda de la montaña, Fyrian ya se había dormido. Aquel dragón podía quedarse frito en cualquier momento y en cualquier lugar. Era un durmiente experto. Luna introdujo la mano en el bolsillo y le dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza. Ni se inmutó.

—¡Dragones! —murmuró.

Era la respuesta habitual a muchas de sus preguntas, aunque no siempre tenía sentido. Cuando Luna era pequeña, Fyrian era mayor que ella, eso era evidente. Le enseñó a contar, a sumar y a restar, a multiplicar y a dividir. Le enseñó a convertir los números en algo más grande que ellos mismos, aplicándolos a conceptos como el movimiento y la fuerza, el espacio y el tiempo, las curvas, los círculos y la tensión de los muelles.

Pero ahora, la situación era distinta. Fyrian parecía cada vez más pequeño. A veces, Luna tenía la sensación de que estaba retrocediendo en el tiempo, mientras que ella permanecía inmóvil, pero otras veces le parecía justo al contrario: que Fyrian permanecía inmóvil mientras que ella aceleraba. Se preguntaba por qué tendría aquellas sensaciones.

«¡Dragones!», exclamaba Glerk a modo de explicación.

«¡Dragones!», coincidía Xan.

Y ambos se encogían de hombros. «Dragones» era la conclusión. Y ¿qué se le podía hacer?

Pero la conclusión no daba respuesta a nada. Fyrian, al menos, nunca intentaba eludir ni ofuscar las muchas preguntas de Luna. En primer lugar, porque no tenía ni idea de qué significaba «ofuscar». Y en segundo, porque rara vez conocía las respuestas. A menos que tuvieran que ver con matemáticas. Entonces sí se convertía en una fuente de conocimiento. Para todo lo demás, era simplemente Fyrian, y con eso bastaba.

Luna llegó a la cima antes del mediodía. Se protegió los ojos con las manos e intentó que su vista alcanzara lo más lejos posible. Nunca antes había subido tan alto. Le sorprendía que Glerk la hubiera dejado marchar.

Las Ciudades estaban al otro lado del bosque, a los pies de la ladera sur de la montaña, allí donde el terreno se volvía estable y llano. Allí donde la tierra ya no intentaba matarte. Más allá, sabía Luna, había granjas y más bosques y más montañas, y, al final, un océano. Pero ella nunca había llegado tan lejos. Al otro lado de su montaña, hacia el norte, no se veía otra cosa que bosque, y más allá había una ciénaga que cubría la mitad del mundo.

Glerk le había contado que el mundo había nacido de aquella ciénaga.

—¿Cómo? —le había preguntado Luna en mil ocasiones.

—Mediante un poema —respondía a veces Glerk.

—Mediante una canción —respondía otras.

Y entonces, en vez de darle más explicaciones, le decía que ya lo entendería.

Glerk, decidió Luna, era horroroso. Todo el mundo era horroroso. Y lo más horroroso de todo

era aquel dolor de cabeza que cada día que pasaba iba a peor. Se sentó en el suelo y cerró los ojos. En la oscuridad de detrás de los párpados vio un color azul con un destello plateado en los bordes, junto con otra cosa. Algo duro y denso, como una nuez.

Y lo que es más, aquella cosa palpitaba, como si albergara en su interior un sofisticado reloj. Clic, clic, clic.

«Cada clic me acerca más al final», pensó Luna. Meneó la cabeza con preocupación. ¿Por qué se le ocurrirían esas cosas? No tenía ni idea.

«¿Al final de qué?», se cuestionó. Pero no obtuvo respuesta.

De pronto, tuvo la imagen mental de una casa con telas bordadas a mano que cubrían las sillas y cuadros en las paredes y jarras de colores dispuestas en estanterías formando animadas hileras. Y de una mujer de cabello negro con una marca de nacimiento en forma de luna creciente en la frente. Y oyó la voz de un hombre que decía: «¿Ves a tu mamá? ¿Verdad que la ves, cariño?». Y la palabra empezó a resonar de un lado a otro de su cráneo: «Mamá, mamá, mamá», una y otra vez, como el grito de un pájaro muy lejano.

—¿Luna? —dijo Fyrian—. ¿Por qué lloras?

—No lloro —respondió la niña, secándose las lágrimas—. Simplemente echo de menos a mi abuelita, eso es todo.

Y era cierto. La extrañaba. Por mucho que se quedara allí plantada mirando, nada iba a cambiar la cantidad de tiempo que llevaba el recorrido desde las Ciudades Libres hasta su casa en lo alto del volcán dormido. Eso seguro. Pero la casa y las telas bordadas y la mujer de cabello negro... Luna había visto todo eso antes. Pero no sabía dónde.

Miró en dirección al pantano, al cobertizo, al taller y a la casa del árbol, con sus ventanas redondas asomando desde el interior de un tronco gigantesco como si fueran ojos abiertos, sorprendidos. Hubo otra casa. Y otra familia. Antes de esta casa. Y de esta familia. Lo sabía en lo más profundo de su ser.

—¿Qué pasa, Luna? —preguntó el dragón con un matiz de ansiedad en la voz.

—Nada, Fyrian —respondió ella, abrazándolo por la cintura y atrayéndolo hacia sí. Le estampó un beso en la coronilla—. Nada de nada. Solo estaba pensando en lo mucho que quiero a mi familia.

Era la primera mentira que decía en su vida. Aunque sus palabras fueran ciertas.

En el que se descubre a una bruja

Xan no alcanzaba a recordar la última vez que había realizado un viaje tan lento. Su magia llevaba años decreciendo, pero era innegable que el proceso se estaba acelerando. Era como si su magia se hubiese convertido en un minúsculo chorrito que goteaba por un canal estrecho hacia sus huesos porosos. Había perdido visión, el oído le fallaba y le dolía la cadera (y el pie izquierdo, y la zona lumbar, y los hombros, y las muñecas y, extrañamente, también la nariz). Su condición física iba a ir a peor. Pronto, daría la mano a Luna por última vez, acariciaría su cara por última vez, le musitaría palabras de amor en un ronco susurro. Era casi insoportable.

Aunque la verdad era que a Xan no le daba miedo morir. ¿Por qué tendría que asustarse?

Había ayudado a aliviar el dolor de miles de personas en su preparación para el viaje hacia lo desconocido. Había visto suficientes veces, en el rostro de quienes vivían sus últimos momentos, una mirada repentina de sorpresa... y una alegría salvaje, desenfrenada. Xan estaba segura de que no tenía nada que temer. Pero, aun así, era el antes lo que le daba qué pensar. Sabía que los meses previos al final no serían dignos, ni mucho menos. Cuando era capaz de rememorar a Zósimos (una tarea que seguía costándole, por mucho que se esforzara), veía su mueca de dolor, su estremecimiento, su alarmante delgadez. Recordaba el dolor en el que había estado sumido. Y no le apetecía seguir sus pasos.

«Es por Luna —se decía—. Todo es por Luna.» Y era verdad. Amaba a aquella niña con cada punzada de dolor que sentía en la espalda; la amaba con cada arranque de tos asfixiante; la amaba con cada suspiro reumático; la amaba con cada crujido de sus articulaciones. No había nada que no estuviera dispuesta a soportar por ella.

Y necesitaba contárselo. Por supuesto que sí.

«Pronto —se decía—. Pero todavía no.»



El Protectorado estaba a los pies de una ladera prolongada y suave, justo antes de que la ladera se abriera hacia la inmensa Ciénaga Zirin. Xan se encaramó a un saliente rocoso para poder ver la ciudad antes del descenso final. Aquella urbe era especial. El modo en que su tristeza flotaba en el

aire, tan persistente como la niebla... Xan, por encima de aquel nubarrón de tristeza, con toda su lucidez, se reprendió a sí misma.

—Vieja tonta —murmuró—. ¿A cuánta gente has ayudado? ¿Cuántas heridas has curado y cuántos corazones has consolado? ¿A cuántas almas has guiado por el buen camino? Y ahí tienes a esa pobre gente, hombres, mujeres y niños, a quienes te has negado a prestar asistencia. ¿Cómo lo justificas, boba?

No tenía ninguna excusa.

Y seguía sin saber por qué.

Lo único que sabía era que cuanto más se acercaba, más desesperada estaba por marcharse de allí.

Sacudió la cabeza, luego la gravilla y las hojas adheridas a las faldas, y siguió bajando por la ladera en dirección a la ciudad. Mientras caminaba, la asaltó un recuerdo. Se acordó de su habitación en el viejo castillo, su estancia favorita, con los dos dragones esculpidos en piedra a ambos lados de la chimenea y un techo roto, abierto al cielo, pero *enmagizado* para impedir que pasara la lluvia. Y recordó cuando se metía en la cama y unía las manos sobre el corazón para rezar a las estrellas y pedirles que le dieran una noche sin pesadillas. Nunca funcionaba. Y recordó llorar pegada al colchón, rememoró sus lagrimones. Y le vino a la memoria una voz al otro lado de la puerta. Una voz apagada, seca y rasposa, que susurraba: «Más. Más. Más».

Xan se envolvió mejor con la capa. No le gustaba pasar frío. Tampoco le agradaba recordar. Movié la cabeza de un lado a otro para alejar aquellos pensamientos y siguió descendiendo. Hasta adentrarse en la nube.



La loca de la Torre vio a la bruja avanzando entre los árboles. Estaba muy lejos, lejísimos, pero los ojos de la mujer podían ver el mundo entero si así lo quería.

¿Sabía que era capaz de hacer esto antes de volverse loca? Tal vez sí. Tal vez simplemente no fuera consciente de ello. En su día había sido una buena hija. Luego una chica enamorada. Luego una madre impaciente que contaba los días que faltaban para la llegada de su bebé. Y después de aquello, todo había salido mal.

La loca descubrió que podía saber cosas. Cosas imposibles. El mundo, sabía en su locura, estaba repleto de fragmentos brillantes y objetos preciosos. Un hombre perdía una moneda en el suelo y jamás volvía a encontrarla, pero un cuervo la localizaba en un abrir y cerrar de ojos. El conocimiento, en su esencia, era como una piedra preciosa brillante, y la loca era el cuervo. Presionaba, buscaba, cogía y acumulaba. Sabía muchísimas cosas. Sabía dónde vivía la bruja, por ejemplo. Podría ir caminando hasta allí con los ojos vendados si pudiera salir de la Torre el tiempo suficiente. Sabía adónde llevaba la bruja a los niños. Sabía cómo eran aquellas ciudades.

—¿Qué tal se encuentra nuestra paciente esta mañana? —le decía la Hermana Superiora cada día al amanecer—. ¿Cuánta tristeza presiona su pobre alma?

Estaba hambrienta. La loca lo notaba.

«Ninguna en absoluto», podría haber respondido de haber tenido ganas de hablar. Pero no lo

hacía.

La tristeza de la loca había alimentado a la Hermana Superiora durante años. Durante años había sentido el ansia del depredador. (La loca había descubierto que era una «devoradora de tristeza». No era un término conocido, sino que lo había descubierto del modo en que aprendía cualquier cosa que fuera de utilidad: hurgando en las fisuras del mundo y extrayendo de allí.) Durante años, había permanecido encerrada en silencio en su celda mientras la Hermana Superiora se atiborraba de tristeza.

Y entonces, un día, ya no hubo más dolor. La loca aprendió a encerrarlo, a acallararlo con otra cosa. Con esperanza. Y la Hermana Ignacia empezó a quedarse con hambre.

—Muy inteligente —dijo la Hermana, su boca formaba una línea fina—. Me has barrado el paso. Por el momento.

«Y tú me tienes aquí encerrada —pensó la loca, con una pequeña chispa de esperanza iluminándole el alma—. Por el momento.»

La mujer presionó la cara contra los gruesos barrotes de la fina ventanilla. La bruja había dejado atrás el bosque y se encaminaba renqueante hacia las murallas de la ciudad, justo en el momento en el que el Consejo se trasladaba con un nuevo bebé hacia las puertas.

No había ninguna madre llorando. Ningún padre gritando. Nadie luchaba por el destino de su hijo. Todo el mundo observaba impasible cómo el recién nacido era transportado hacia los horrores del bosque, creyendo que con ello esos horrores se mantendrían a raya. El miedo les provocaba una expresión impávida.

«Imbéciles —deseó poder decirles la loca—. No miráis a donde debéis.»

La loca dobló un mapa dándole la forma de un halcón. Podía hacer que pasasen cosas inexplicables para ella. Eso ya le sucedía antes de que acudieran a por su bebé, antes de que la encerraran en la Torre: una medida de trigo se transformaba en dos, un tejido fino como el papel se convertía en sus manos en un material grueso y lujoso. Pero poco a poco, durante los largos años que llevaba encerrada en la Torre, sus dones se habían ido haciendo cada vez más exquisitos. Encontraba pedacitos de magia en las fisuras del mundo y los hacía suyos.

La loca apuntó. La bruja se acercaba al claro. Los Ancianos se acercaban al claro. Y el halcón iría volando directo hacia donde estaba el bebé. Lo sabía en sus entrañas.



El Gran Anciano Gherland empezaba a estar entrado en años. Las pociones que le hacían llegar cada semana las Hermanas de la Estrella eran de gran ayuda, aunque últimamente hacían menos efecto de lo habitual. Lo cual lo fastidiaba.

Y todo aquel asunto de los bebés lo fastidiaba también; no el concepto, en realidad, tampoco los resultados. Pero no le gustaba tener que tocar bebés. Eran escandalosos, maleducados y, francamente, unos egoístas.

Además, apestaban. El que llevaba ahora en brazos olía fatal.

La dignidad estaba por encima de todo, y mantener las apariencias era importante, pero — Gherland trasladó el bebé de un brazo al otro— notaba que empezaba a estar viejo para esas

cosas.

Echaba de menos a Antain. Y sabía que era una tontería por su parte sentirse así. Que el chico se hubiera marchado era mucho mejor para Gherland. Las ejecuciones, al fin y al cabo, eran complicadas. Sobre todo con la familia de por medio. Pero por mucho que la resistencia irracional que había exhibido Antain hacia la ceremonia del Día del Sacrificio lo hubiera enojado a más no poder, Gherland tenía la sensación de haber perdido algo importante cuando su sobrino presentó su dimisión, aunque no sabía identificar de qué se trataba. El Consejo parecía vacío sin Antain. Gherland se repetía a menudo que lo único que le importaba era tener a alguien que cargara con el mocososo de turno, pero sabía que su sentimiento escondía mucho más.

La gente que flanqueaba el camino agachó la cabeza al paso del Consejo, lo cual era normal. El bebé se agitaba y lloriqueaba. Vomitó sobre la túnica de Gherland. Este suspiró sonoramente. No montaría una escena. Las incomodidades del recorrido eran algo que le debía al pueblo.

Ser amado, honorable y altruista era difícil, nadie se imaginaba lo complicado que llegaba a ser. Y mientras el Consejo circulaba por el último tramo de la calzada, Gherland siguió felicitándose por su carácter bondadoso y humanitario.

El llanto del bebé evolucionó en un hipo autocomplaciente.

—Ingrato —murmuró el Anciano.



Antain se aseguró de que todos lo vieran en el camino por el que iba a pasar el Consejo. Estableció un breve contacto visual con su tío Gherland —«Un hombre espantoso», pensó, estremeciéndose— y luego se perdió entre la muchedumbre y cruzó la puerta cuando nadie miraba. Protegido por la sombra de los árboles, echó a correr hacia el claro.

Ethyne seguía en el camino. Llevaba una cesta para la pobre familia. Era un ángel, un tesoro e, increíblemente, se había convertido en la esposa de Antain al mes de abandonar la Torre. Y se amaban con desesperación. Querían tener familia, pero...

La mujer en las vigas.

El llanto del bebé.

La nube de tristeza que se cernía sobre el Protectorado como si fuese niebla.

Antain había visto el horror y no había hecho nada para remediarlo. Había permanecido impávido viendo cómo abandonaban en el bosque bebés y más bebés. «No podríamos haberlo evitado ni aun intentándolo», se había dicho. Era lo que se decía todo el mundo. Y Antain siempre se lo había creído.

Pero también había creído que pasaría el resto de la vida viviendo y sintiéndose solo. Sin embargo, el amor le había demostrado que estaba equivocado. Y ahora, el mundo era mucho más luminoso que antes. Si aquella creencia había sido errónea, ¿no podrían serlo también otras?

«¿Y si estamos equivocados con respecto a la bruja y al sacrificio? —se preguntaba Antain. La pregunta era revolucionaria. Y sorprendente—. ¿Qué pasaría si lo intentáramos?»

¿Por qué no se le habría ocurrido antes?

¿No sería mejor traer un niño a un mundo bueno, justo y amable?

¿Había intentado alguien hablar con la bruja? ¿Cómo sabían que era imposible razonar con ella? Una persona tan mayor a buen seguro tenía que poseer cierta sabiduría. Era de sentido común.

El amor lo había convertido en un hombre impulsivo. El amor lo había hecho valiente. El amor clarificaba las preguntas confusas. Y Antain necesitaba respuestas.

Pasó corriendo junto a los viejos sicomoros y se escondió entre los arbustos para esperar la llegada de los ancianos.

Fue allí donde encontró el halcón de papel, colgado de un tejo como un elemento decorativo. Lo cogió y se lo llevó al corazón.



Cuando Xan llegó al claro, lo hizo con retraso. El llanto del bebé se oía a media legua de distancia.

—¡Ya llega tía Xan, cariño! —gritó—. ¡No tengas miedo, por favor!

Le pareció increíble: después de tantos años era la primera vez que llegaba tarde. Nunca se había retrasado. Pobre criatura. Cerró los ojos e intentó enviar una descarga de magia a sus piernas para darles más velocidad. Y aunque apenas fueron cuatro gotas, de algo sirvió. Ayudándose con el bastón para acelerar, Xan echó a correr por la hierba.

—¡Ay, madre mía! —Respiró tranquila cuando vio al bebé. Estaba colorado y rabioso, pero vivo e ileso—. ¡Qué preocupada estaba!

Y de pronto, una figura se interpuso entre ella y la criatura.

—¡DETENTE! —gritó un hombre con la cara repleta de cicatrices y un arma en la mano.

Las gotitas de magia, combinadas con el temor, la sorpresa y la preocupación por el bebé que había quedado detrás de aquel desconocido, crecieron hasta transformarse en una ola gigantesca que retumbó a través de los huesos de Xan, aligerándole músculos, tejidos y piel. Hasta el pelo crepitaba con magia.

—¡APÁRTATE DE MI CAMINO! —gritó Xan, su voz retumbó entre las piedras.

La magia surgía del centro de la tierra, penetraba en su cuerpo por los pies y salía por la cabeza en dirección al cielo, una y otra vez, una y otra vez, como las olas que llegan a la playa y se retiran a continuación. Cogió al hombre con ambas manos. Este gritó cuando una de aquellas oleadas le dio directamente en el plexo solar, cortándole la respiración. Xan lo soltó como si fuera un muñeco de trapo y acto seguido se transformó en un halcón asombrosamente grande, se cernió sobre el bebé, lo agarró por los pañales y se lo llevó volando.

La bruja no podía permanecer en aquel estado mucho tiempo —no tenía la magia suficiente—, pero sabía que el bebé y ella conseguirían superar volando las dos crestas siguientes, como mínimo. Después, y suponiendo que no perdiera el conocimiento por el esfuerzo, le daría alimento y consuelo. El bebé abrió la boca y lloró.



La loca de la Torre vio la transformación de la bruja. No sintió nada al descubrir que la vieja nariz se endurecía hasta convertirse en un pico. Tampoco cuando vio las plumas que surgían de los poros, cuando vio que los brazos se ensanchaban, el cuerpo se acortaba y la anciana gritaba de fuerza y de dolor.

La loca recordó entonces el peso de un bebé en sus brazos. El olor de su cabeza. El alegre pataleo completamente nuevo de unas piernecitas. El asombroso movimiento de las manos.

Recordó cómo pegó la espalda al tejado.

Recordó sus pies apuntalados en las vigas. Recordó que deseaba volar.

—Pájaros —murmuró, al ver que la bruja alzaba el vuelo—. Pájaros, pájaros, pájaros.

En la Torre no existe el tiempo. Solo la pérdida.

«Por el momento», pensó.

Observó al joven, el de la cara cubierta de cicatrices. Era una lástima. Nunca había sido su intención. Era un chico bondadoso, inteligente, curioso y de buen corazón. Su bondad era su bien máspreciado. Sabía que las cicatrices habían mantenido a las chicas alejadas de él. Se merecía que alguien extraordinario lo amase.

Lo vio mirar el halcón de papel. Vio cómo desdoblaba con cuidado todos sus pliegues y lo alisaba encima de una piedra. En el papel no había ningún mapa. Solo palabras.

«No lo olvides», decía en una cara.

«Lo digo en serio», ponía en la otra.

Y la loca sintió en su alma que un millar de pájaros —pájaros de papel, pájaros con plumas, pájaros con corazón, cerebro y carne— levantaba el vuelo y sobrevolaba los árboles dormidos.

En el que hay un viaje a la Ciudad de la Agonía

Para la gente que amaba a Luna, el tiempo pasaba volando. Ella, sin embargo, estaba preocupada pensando que nunca llegaría a cumplir doce años. Cada día era como una roca pesada que tenía que transportar hasta la cima de una montaña muy alta.

Pero a cada día que pasaba, sus conocimientos aumentaban. A cada día que pasaba, el mundo se expandía y se contraía a la vez; cuanto más sabía Luna, más se frustraba por todo lo que desconocía aún. Adquiría conocimientos con rapidez, era hábil con las manos y con los pies y, a veces, tenía un mal genio tremendo. Cuidaba de las cabras, de las gallinas y de su abuela, del dragón y del monstruo del pantano. Sabía ordeñar la leche, recoger los huevos, hornear el pan, construir inventos, crear artilugios, cultivar plantas, preparar queso y cocinar un caldo que alimentara tanto la mente como el alma. Sabía limpiar la casa (un trabajo que no le gustaba mucho) y bordar pájaros en un vestido para que quedara precioso.

Era una niña brillante, con grandes dotes, que amaba y era amada.

Pero aun así...

Le faltaba algo. En sus conocimientos había un vacío. En su vida había un vacío. Luna lo notaba. Confiaba en que cuando cumpliera doce años todo se solucionaría, que construiría un puente que le permitiría salvar ese vacío. Pero no fue así.

Cuando por fin llegó su cumpleaños, Luna percibió varios cambios, y no todos agradables. Superaba a Xan en altura por primera vez. Se distraía con cualquier cosa. Se había vuelto más impaciente. Más irritable. Respondía con malas maneras a su abuela. Respondía con malas maneras al monstruo del pantano. Incluso respondía con malas maneras a su dragón, al que quería como a un hermano gemelo. Se disculpaba siempre, naturalmente, pero el simple hecho de que pasara era un fastidio. ¿Por qué todo el mundo la enervaba tanto?

Y otra cosa. A pesar de que Luna siempre había creído que había leído todos los libros del taller, estaba empezando a darse cuenta de que había aún varios que le faltaban. Conocía su aspecto. Sabía el lugar que ocupaban en la estantería. Pero, por mucho que lo intentara, no visualizaba sus títulos, ni recordaba nada de nada de su contenido.

Y lo que es más, descubrió que ni siquiera podía leer las palabras escritas en el lomo de ciertos libros. Tendría que ser capaz de leerlas. No estaban en ningún idioma extranjero, y las letras se enlazaban de tal modo que deberían tener un sentido perfecto para ella.

Pero no.

Cada vez que intentaba leer los lomos, su mirada se deslizaba de un lado a otro, como si aquello no fuera cuero y tinta, sino un cristal cubierto de aceite resbaladizo. No le pasaba cuando miraba *Las vidas de una estrella*, y tampoco cuando posaba los ojos en su adorado ejemplar de *Mecánica*. Pero había libros que eran tan escurridizos como canicas sumergidas en mantequilla. Y además, siempre que cogía alguno, acababa perdida en recuerdos o en sueños. A veces recuperaba el sentido minutos, horas o medio día más tarde, y tenía que zarandear la cabeza de un lado a otro para desperezar el cerebro y preguntarse qué había estado haciendo y durante cuánto tiempo.

No había comentado con nadie aquellos hechizos. Ni con su abuela. Ni con Glerk. Y, por supuesto, tampoco con Fyrian. No quería preocuparlos. Eran cambios demasiado turbadores. Demasiado extraños. Y por eso los mantenía en secreto. Aun así, a veces la miraban de forma extraña. O le daban respuestas raras a sus preguntas, como si ya supieran que le sucedía algo. Y esa rareza vivía aferrada a ella, como una migraña de la que no conseguía librarse.

Y después de cumplir doce años, empezó a pasarle otra cosa rara: comenzó a dibujar. Constantemente. Dibujaba tanto sin pensar como con plena consciencia. Dibujaba caras, lugares y detalles minúsculos de plantas y animales: un estambre aquí, una garra allá, el diente descarnado de una cabra vieja. Trazaba mapas de estrellas, mapas de las Ciudades Libres y mapas de lugares que solo existían en su imaginación. Dibujó una torre construida con sofisticada mampostería y llena de pasadizos laberínticos y escaleras, una torre que se cernía sobre una ciudad cubierta de niebla. Dibujó una mujer con larga melena negra. Y un hombre vestido con túnica.

Su abuela tenía que proporcionarle constantemente papel y plumas. Fyrian y Glerk le confeccionaban lápices con carbón y juncos. Pero Luna nunca tenía suficiente.



Más adelante, aquel mismo año, Luna y su abuela viajaron de nuevo a pie hasta las Ciudades Libres. Su abuela estaba siempre muy solicitada. Visitaba a las embarazadas y asesoraba a comadronas, a sanadores y a boticarios. A pesar de que a Luna le encantaba visitar las ciudades del otro lado del bosque, aquella vez el viaje fue fastidioso. Su abuela —estable como una roca durante toda la vida de Luna— empezaba a debilitarse. La preocupación por su salud irritaba la piel de Luna, era como si llevara un vestido hecho de espinas.

Xan llevaba todo el camino cojeando. E iba a peor.

—Abuela —dijo Luna, viendo que esbozaba una mueca de dolor a cada paso que daba—. ¿Por qué sigues caminando? Deberías sentarte. Creo que deberías descansar ahora mismo. Mira. Un tronco. Para sentarte.

—Tonterías —rechazó su abuela, apoyándose con todo su peso sobre el bastón y haciendo un nuevo gesto de dolor—. Cuanto más rato permanezca sentada, más tiempo nos llevará el viaje.

—Y cuanto más caminos, más dolor tendrás —contraatacó Luna.

Era como si cada mañana, Xan amaneciera con un nuevo mal o dolor. Un ojo vidrioso o la espalda más encorvada. Luna estaba fuera de sí.

—¿Quieres que me siente a tus pies, abuelita? —le preguntó a Xan—. ¿Quieres que te cuente

alguna historia o te cante una canción?

—Pero ¿qué dices, niña? —dijo ella con un suspiro.

—A lo mejor es que deberías comer un poco. O beber algo. Tal vez te iría bien un té. ¿Quieres que te prepare un té? Y podrías sentarse un ratito. Para tomar el té.

—Estoy perfectamente bien. He hecho este viaje más veces de las que puedo alcanzar a contar y nunca he tenido ningún problema. Estás montando un escándalo por nada.

Pero algo estaba cambiando. Tenía un temblor en la voz y en las manos. ¡Y estaba tan delgada...! La abuela de Luna siempre había sido una mujer con curvas y robusta, que daba abrazos blanditos y contra la que podías acurrucarte. Pero ahora era frágil, delicada y ligera, como hierba seca envuelta en un papel tan fino que con una simple ráfaga de viento se partiría.



Cuando llegaron a la ciudad llamada Agonía, Luna echó a correr hasta la casa de la viuda, justo en la entrada.

—Mi abuela no se encuentra bien —le explicó—. Pero no le diga que yo se lo he dicho.

Y la viuda envió a su hijo (un Niño de la Estrella, como tantos otros, que casi había alcanzado ya la edad adulta) al sanador, que fue corriendo a buscar al boticario, que a su vez fue corriendo a buscar al alcalde, que alertó a la Liga de las Damas, que alertaron a la Asociación de Caballeros y a la Alianza de Relojeros y a la de Bordadoras de Colchas y a la de Hojalateros y a la escuela. Cuando Xan llegó al jardín de casa de la viuda, media ciudad estaba ya allí, montando mesas y tiendas, con legiones de gente preparándose para atender a la anciana.

—Tonterías —refunfuñó Xan, aunque se dejó caer agradecida en la silla que una chica acababa de instalar en el césped para ella.

—Hemos pensado que le iría bien... —dijo la viuda.

—He pensado que te iría bien —la corrigió Luna, y notó un millar de manos acariciándole las mejillas, la coronilla y los hombros.

—Qué buena chica —murmuró la gente—. Sabíamos que sería la mejor de la mejor de todas las niñas, y la mejor de la mejor de todas las chicas, y que algún día será la mejor de la mejor de todas las mujeres. Nos gusta la bondad.

Tanta atención no era normal. Siempre que Luna visitaba las Ciudades Libres era recibida y elogiada calurosamente. No sabía por qué la gente de la ciudad la quería tanto ni por qué estaba tan pendiente de todo lo que decía, pero disfrutaba con su admiración.

Comentaban que tenía unos ojos preciosos, que eran oscuros y brillantes como el cielo de noche, que su cabello negro tenía reflejos dorados y que adoraban la marca de nacimiento en forma de luna creciente que decoraba su frente. Decían que tenía manos inteligentes, brazos fuertes y piernas veloces. Elogiaban su forma precisa de hablar, sus gestos cuando bailaba y su encantadora voz cantarina.

—Parece mágica —dijeron las matronas de la ciudad con un suspiro, pero cuando Xan les lanzó una mirada envenenada, empezaron a hablar del tiempo.

Luna puso mala cara al oír la palabra. En aquel momento supo que debía de haberla oído en

otra ocasión, que tenía que haberla oído. Pero al instante, la palabra abandonó volando su cabeza, como un colibrí. Y desapareció por completo. Dejó un espacio en blanco, como un pensamiento perdido a las puertas de un sueño.

Luna se sentó entre un grupo de Niños de la Estrella de distintas edades: un bebé, algunos niños pequeños y así hasta el mayor, que era un anciano impresionante.

(«¿Por qué los llaman “Niños de la Estrella”?», había preguntado Luna lo más seguro es que miles de veces.

«No sé de qué me hablas», respondía vagamente Xan.

Y luego cambiaba de tema. Después Luna se olvidaba de todo. Siempre.

Aunque, últimamente, recordaba que se le olvidaba.)

Los Niños de la Estrella estaban hablando sobre sus primeros recuerdos. Era algo que hacían a menudo, ver quién era capaz de acercarse más al momento en que la Vieja Xan los dejó con sus familias distinguiéndolos como niños muy queridos. Nadie conseguía recordarlo. Eran demasiado pequeños por aquel entonces y no lo lograban, por mucho que hurgaran en su memoria en busca de las primeras imágenes.

—Yo recuerdo un diente que se me movía y que al final se cayó. Todo lo anterior es muy confuso, me temo —dijo el Niño de la Estrella más anciano.

—Yo recuerdo una canción que me cantaba mi madre. Pero sigue cantándola, de modo que es posible que no sea un recuerdo —comentó una niña.

—Y yo recuerdo una cabra. Una cabra con un nombre raro —dijo un chico.

—¿Estás seguro de que no era simplemente la Vieja Xan? —preguntó una niña riendo. Era una de los Niños de la Estrella de menor edad.

—Vaya —dijo el chico—. A lo mejor tienes razón.

Luna arrugó la frente. En el fondo de su cabeza guardaba imágenes. ¿Eran recuerdos o sueños? ¿O recuerdos de sueños sobre recuerdos? A lo mejor eran simples invenciones suyas. ¿Cómo saberlo?

Tosió para aclararse la garganta y tomar la palabra.

—Había un viejo —dijo—, con ropajes oscuros y que emitía un sonido sibilante, como el viento, y tenía el cuello nudoso y una nariz que parecía el pico de un buitre, y no me gustaba nada.

Los Niños de la Estrella ladearon la cabeza.

—¿En serio? —dijo uno de los chicos—. ¿Estás segura?

Todos la miraron fijamente, mordiéndose los labios con nerviosismo.

Xan agitó la mano izquierda, como para restarle importancia, y sus mejillas pasaron del rosa al colorado.

—No le hagáis caso —dijo, con aire de indiferencia—. No sabe de qué habla. Ese hombre no ha existido nunca. Cuando soñamos, vemos muchas tonterías.

Luna cerró los ojos.

—Y había una mujer que vivía en el tejado y cuyo pelo se agitaba como las ramas del sicomoro en plena tormenta.

—Imposible —se burló su abuela—. No conoces a nadie que yo no haya conocido. He estado presente toda tu vida —afirmó, mirando a Luna con los ojos entrecerrados.

—Y un chico que olía a serrín. ¿Por qué olería a serrín?

—Hay mucha gente que huele a serrín —dijo su abuela—. Los leñadores, los carpinteros, la señora que fabrica cucharas de madera. Y podría seguir enumerando mucho rato.

Era verdad, por supuesto, y Luna movió la cabeza de un lado a otro. El recuerdo era antiguo, muy remoto, pero al mismo tiempo era claro. No tenía muchos recuerdos tan tenaces como este —normalmente, su memoria era resbaladiza y costaba controlarla— y por eso se aferraba a él. Aquella imagen significaba algo. Estaba segura.

Su abuela, pensándolo bien, nunca hablaba de recuerdos.

Jamás.



Al día siguiente, después de dormir en la habitación de invitados de la viuda, Xan recorrió la ciudad para visitar a las embarazadas y asesorarlas sobre el tiempo que faltaba para el parto, sobre lo que debían comer y para auscultarles el vientre.

Luna la acompañó a regañadientes.

—Deberías aprender cosas de utilidad —le dijo su abuela, unas palabras que la hirieron, sin lugar a dudas.

—Ya sé hacer cosas útiles —replicó Luna, tropezando con los adoquines antes de entrar con prisas en la casa de la primera paciente, situada en un extremo de la ciudad.

La mujer estaba en un estado de buena esperanza tan avanzado que daba la impresión de que iba a explotar en cualquier momento. Recibió a la abuela y a la nieta con un agotamiento sereno.

—Me levantaría —dijo—, pero me da miedo caerme.

Luna le dio un beso en la mejilla a la mujer, como era costumbre, y le posó la mano en el vientre para palpar el bebé que brincaba en su interior. De pronto, se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Preparó un poco de té? —dijo apresuradamente, mirando hacia el otro lado.

«Tuve una madre en su día —pensó Luna—. Debí tenerla.»

Frunció el ceño y pensó que a buen seguro había preguntado por ella, por mucho que no recordara haberlo hecho.

Luna elaboró mentalmente una lista de todo lo que sabía.

«La tristeza es peligrosa.

»Los recuerdos son escurridizos.

»Mi abuela no siempre dice la verdad.

»Y yo tampoco.»

Los pensamientos empezaron a removerse en la cabeza de Luna al mismo tiempo que ella removía las hojas de té en el agua hirviendo.

—¿Podría la chica seguir un ratito más descansando las manos en mi vientre? —preguntó la mujer—. ¿O cantarle al bebé? Me gustaría tener su bendición... viendo su vitalidad en presencia de magia.

Luna no entendió por qué aquella mujer querría su bendición, ni siquiera entendía qué era una

bendición. Y esa última palabra... le sonaba de algo. Aunque no recordaba de qué. Y, de repente, tampoco pudo recordar la palabra y empezó a percibir con fuerza un latido en la frente, como el tictac de un reloj. Fuera lo que fuese, el caso es que su abuela la empujó rápidamente hacia la puerta, sus pensamientos se volvieron confusos y de pronto se encontró de nuevo dentro de la casa, sirviendo el té. Pero se había quedado frío. ¿Cuánto tiempo habría permanecido fuera? Se golpeó varias veces las sienes con la palma de la mano para ver si se despejaba un poco. No sirvió de nada.

Al llegar a la siguiente casa, y para sentirse útil, Luna le preparó a su abuela las hierbas que necesitaba para administrar sus cuidados. Dispuso el mobiliario para acomodar debidamente el vientre de la mujer embarazada y ordenó la cocina para que ella no tuviera que hacer ningún esfuerzo.

—Mírala —dijo la futura madre—, ¡cómo ayuda!

—Muchas gracias —dijo Luna con timidez.

—Y más lista que el hambre —añadió.

—Por supuesto que sí —asintió Xan—. Al fin y al cabo es mía, ¿verdad?

Luna notó un escalofrío. De nuevo el recuerdo de una cabellera negra, de unas manos fuertes, del olor a leche, a tomillo y pimienta negra, y la voz de una mujer, gritando: «¡Es mía, es mía, es mía!».

La imagen era tan clara, tan presente e inmediata, que Luna se quedó sin aliento y empezó a tener palpitaciones. La mujer embarazada no se dio ni cuenta. Xan no se dio ni cuenta. Pero Luna tenía los gritos de aquella mujer en los oídos. Notaba en la punta de los dedos el tacto de aquel cabello negro. Levantó la vista hacia las vigas, pero no había nadie.

El resto de la visita pasó sin más incidentes, y Luna y Xan emprendieron el largo camino de vuelta a casa. No hablaron del recuerdo del hombre vestido con túnica. Ni de ningún otro. No hablaron de tristeza, ni de preocupaciones, ni de mujeres de cabellera oscura en los tejados.

Y las cosas de las que no hablaron empezaron a superar las cosas de las que hablaron. Todos aquellos secretos, todos aquellos asuntos no mencionados, comenzaban a resultar fríos y pesados, como una piedra colgada al cuello tanto de la abuela como de la chica.

Y sus espaldas empezaron a doblarse con el peso enorme de los secretos.

En el que Luna cuenta una historia

Escúchame bien, dragón ridículo. Deja de moverte ahora mismo o no volveré a contarte un cuento jamás en mi vida.

Veo que aún te mueves.

Sí, acurrucarse está permitido. Puedes acurrucarte.

Érase una vez una niña que no tenía memoria.

Érase una vez un dragón que nunca crecía.

Érase una vez una abuela que no contaba la verdad.

Érase una vez un monstruo del pantano que era más viejo que el mundo y que amaba el mundo y amaba a la gente que vivía en él, pero que no siempre sabía decir lo correcto.

Érase una vez una niña que no tenía memoria. Espera un momento. ¿Verdad que eso ya lo he dicho?

Érase una vez una niña que no recordaba que había perdido la memoria.

Érase una vez una niña que tenía recuerdos que la perseguían como sombras. Que susurraban como fantasmas. La niña no podía mirarlos a los ojos.

Érase una vez un hombre vestido con una túnica que tenía una cara que recordaba la del buitre.

Érase una vez una mujer en el techo.

Érase una vez una cabellera negra y unos ojos negros y un grito honrado. Érase una vez una mujer con el pelo como serpientes que decía: «Es mía», y lo decía en serio. Y entonces, se la llevaron.

Érase una vez una torre oscura que taladraba el cielo y lo volvía todo de color gris.

Sí. Todo esto es la misma historia. Es mi historia. Pero no sé cómo acaba.

Érase una vez algo aterrador que vivía en el bosque. O tal vez fuera el bosque el que era aterrador. O tal vez sea que el mundo entero está envenenado con maldad y mentiras y es mejor saberlo ya.

No, Fyrian, querido mío, yo tampoco me creo esta última parte.

En el que Fyrian hace un descubrimiento

—Luna, Luna, Luna, Luna —canturreaba Fyrian, haciendo piruetas por los aires.

Luna llevaba dos semanas en casa. Y Fyrian estaba encantado.

—Luna, Luna, Luna, Luna.

Terminó el baile con una floritura y aterrizó con la punta de un dedo de la garra trasera en la palma de la mano de la niña. Hizo una reverencia exagerada. Luna sonrió aun sin tener ganas. Su abuela estaba enferma, postrada en la cama. Llevaba así desde que habían vuelto a casa.

Cuando llegó la hora de ir a dormir, dio a Glerk un beso de buenas noches y entró en la casa con Fyrian, que en teoría no tenía que dormir en la cama de Luna pero que a buen seguro acabaría haciéndolo.

—Buenas noches, abuelita —dijo Luna, inclinándose sobre la anciana dormida para estamparle un beso en su ajada mejilla—. Que tengas dulces sueños —añadió, notando que se le hacía un nudo en la garganta.

Xan no se movió. Siguió durmiendo con la boca abierta. Ni siquiera agitó los párpados.

Y como Xan no estaba en condiciones de llevarle la contraria, Luna le dijo a Fyrian que podía dormir a los pies de su cama, como en los viejos tiempos.

—¡Ay, esto es la dicha más dichosa! —exclamó Fyrian, llevándose las patas delanteras al pecho, a punto de desmayarse de la emoción.

—Pero ten muy claro, Fyrian, que si te pones a roncar, te echo de un puntapié. La última vez casi prendes fuego a la almohada.

—No roncaré —le prometió—. Los dragones no roncan. Estoy seguro. O, al menos, los dragoncillos no roncamos. Te doy mi palabra de Dragón Simplemente Enorme. Somos una raza antigua y gloriosa, y nuestra palabra es sagrada.

—Todo esto te lo estás inventando —dijo Luna, recogiendo el pelo en una larga trenza negra y deslizándose detrás de una cortina para ponerse el camisón.

—En absoluto —replicó Fyrian malhumorado. Y suspiró—. Bueno. Podría ser. A veces me gustaría tener a mi madre aquí. Sería agradable poder hablar con otro dragón. —Abrió mucho los ojos—. No pretendo decir con esto que tú no seas suficiente, Luna, mi Luna. Y Glerk me enseña muchísimas cosas. Y tía Xan me quiere tanto como me querría una madre. Pero aun así...

Volvió a suspirar y no dijo nada más. De un salto mortal, se introdujo en el bolsillo del

camisón de Luna y se acurrucó hasta quedarse hecho una bolita. Era, pensó Luna, como meterse en el bolsillo un pedazo de carbón: incómodamente caliente pero reconfortante a la vez.

—Eres como un acertijo, Fyrian —murmuró ella, descansando la mano en el cuerpo del dragón, doblando los dedos para adaptarse al calor—. Eres mi adivinanza favorita.

Fyrian, al menos, tenía el recuerdo de su madre. Luna solo tenía sueños. Y no podía asegurar su precisión. Sí, Fyrian había visto morir a su madre, pero al menos la había conocido. Y lo que es más, podía amar plenamente a su nueva familia, sin tener que formularse preguntas.

Luna amaba a su familia. La amaba.

Pero tenía preguntas.

Y con la cabeza llena de interrogantes, se acurrucó bajo las mantas y se durmió.

Cuando la luna en cuarto creciente pasó por delante del alféizar de la ventana y se asomó a la habitación, Fyrian estaba roncando. Cuando iluminó por completo la ventana, había empezado a chamuscar el camisón de Luna. Y cuando la curva de la luna acarició la ventana de enfrente, el aliento de Fyrian había dejado una marca roja en la cadera de la niña, levantando una ampolla.

Luna lo sacó del bolsillo y lo dejó a los pies de la cama.

—Fyrian —dijo medio dormida, entre murmurando y gritando—. SAL.

Y este se fue.

Luna miró a su alrededor.

—Caramba —musitó. ¿Había salido por la ventana? No tenía ni idea—. Vaya rapidez.

Y se llevó la mano a la herida, tratando de imaginarse un poco de hielo que se fundía sobre la quemadura, eliminando el dolor. Al cabo de un rato, el dolor desapareció y Luna se quedó dormida.



Fyrian no se despertó con los gritos de Luna. Tenía de nuevo aquel sueño. Su madre intentaba decirle alguna cosa, pero se encontraba muy lejos, y el ambiente estaba muy cargado y con mucho humo, y no conseguía oírla. Pero lograba verla si forzaba la vista, allí de pie junto a los demás magos del castillo viendo cómo los muros se derrumbaban a su alrededor.

—¡Mamá! —gritó Fyrian en sueños, pero el humo confundía sus palabras.

Su madre dejó que un hombre viejísimo subiera a su resplandeciente lomo y se sumergieron volando en el volcán. El volcán, rugiente y beligerante, bramó, rugió y escupió, intentando expulsarlos.

—¡MAMÁ! —volvió a gritar Fyrian, y se despertó sollozando.

No estaba acurrucado con Luna, donde se había quedado dormido, tampoco estaba descansando en su saco de dragón, suspendido sobre las aguas del pantano para poder darle las buenas noches a Glerk una y otra vez. Fyrian no tenía ni la más remota idea de dónde estaba. Lo único que sabía era que tenía una sensación rara, que se sentía como un pedazo de masa de pan justo antes de que alguien la pinchara para perder volumen. Incluso notaba los ojos hinchados.

—¿Qué sucede? —preguntó Fyrian en voz alta—. ¿Dónde está Glerk? ¡GLERK! ¡LUNA! ¡Tía Xan!

Nadie le respondió. Estaba solo en el bosque.

Debía de haber volado en sueños hasta allí, pensó, aunque nunca antes le había pasado. Pero, por algún motivo que desconocía, en aquel momento era incapaz de volar. Agitó las alas, pero nada. Las batió con tanta fuerza que los árboles de alrededor se torcieron y perdieron sus hojas («¿Será siempre así? Eso parece», decidió.) y el polvo del suelo se levantó, formando torbellinos. Notaba las alas pesadas, notaba el cuerpo pesado, y no podía volar.

—Es lo que me pasa cuando estoy cansado —se dijo con decisión.

Pero tampoco era cierto. Las alas siempre le funcionaban, del mismo modo que los ojos nunca le fallaban, ni las garras, y siempre era capaz de caminar, de arrastrarse, de pelar los frutos de la guja o de trepar por los árboles. Todas las demás partes del cuerpo funcionaban con normalidad. Pero ¿por qué no le respondían las alas?

El sueño le había dejado el corazón dolorido. Su madre había sido un dragón muy bello. Tremendamente bello. Tenía los párpados perfilados con diminutas piedras preciosas, todas de distintos tonos. Su vientre tenía el color de un huevo recién puesto. Cuando Fyrian cerró los ojos, lo asaltó la sensación de poder tocar las mantecosas escamas de su lomo, sus pinchos afilados. Creyó poder oler incluso el suave aroma sulfuroso de su aliento.

¿Cuántos años habrían pasado? No muchos, seguramente. Él seguía siendo un dragoncillo joven. (Siempre que pensaba en el tiempo transcurrido, le dolía la cabeza.)

—¿Hola?! —gritó—. ¿Hay alguien ahí?!

Negó con la cabeza. Por supuesto que no había nadie. Estaba en un profundo bosque donde no tenía permitido entrar, y probablemente moriría allí, y todo por su estúpida culpa, aunque no estaba del todo seguro de lo que había hecho para que sucediera aquello. Había volado en sueños, al parecer. Aunque era posible que solo se lo hubiera imaginado.

«Cuando tengas miedo —le había dicho una vez su madre, hacía muchísimos años—, canta para ahuyentar tus temores. Los dragones componemos la música más bella del universo. Lo dice todo el mundo.»

Y aunque Glerk le había asegurado que no era así y que, al contrario, los dragones eran los maestros del autoengaño, Fyrian aprovechaba cualquier oportunidad para ponerse a cantar. De este modo se sentía mejor.

—Estoy aquí —cantó en voz alta—. En medio de un bosque aterrador. ¡Tra la la!

«Bum, bum, bum», resonaron sus pisadas. ¿Sonarían siempre tan fuertes? Eso parecía.

—Y no tengo miedo —continuó—. Ni pizca de miedo. ¡Tra la la!

No era verdad. Estaba aterrorizado.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta.

Y como queriendo responder a su pregunta, apareció en la penumbra una figura.

—Un monstruo —se dijo Fyrian.

No es que los monstruos fueran aterradoros. Fyrian adoraba a Glerk, y Glerk era un monstruo. Pero aquel era mucho más alto que Glerk. El dragón dio un paso al frente a pesar de la oscuridad reinante. Sus garras se hundieron aún más en el fango. Intentó agitar las alas, pero seguían sin poder levantarlo del suelo. El monstruo no se movía. Fyrian se acercó un poco más. Los árboles crujían y gemían, sus grandes ramas se meneaban bajo el peso del viento. Fyrian entrecerró los

ojos para forzar la vista.

—¡Tú no eres un monstruo! Tú eres una chimenea. Una chimenea sin casa.

Y era cierto. En un lado del claro había una chimenea. La casa, al parecer, había sido consumida por un incendio años atrás. Fyrian examinó la estructura. Las piedras más altas tenían estrellas esculpidas y el hogar estaba ennegrecido por el hollín. El dragón estudió desde arriba el interior de la chimenea y se encontró con una enojada madre halcón y sus asustados polluelos.

—Perdón —chirrió, cuando el ave le picoteó la nariz hasta hacerla sangrar. Se alejó de la chimenea—. Qué halcón más pequeño —reflexionó.

Pensó entonces que, al estar alejado de la tierra de los gigantes, allí todo tenía tamaño normal. De hecho, para observar el interior de la chimenea, le había bastado con erguirse sobre las patas traseras y estirar el cuello.

Miró a su alrededor. Estaba en un pueblo en ruinas, entre los restos de casas, una torre central y una pared, pertenecientes, tal vez, a lo que había sido un lugar de culto. Vio imágenes de dragones y de un volcán, e incluso de una niña con un pelo de luz de estrellas.

«Esta es Xan —le dijo su madre en su día—. Ella cuidará de ti cuando yo no esté.»

Fyrian había amado a Xan desde el primer momento. Tenía pecas en la nariz, un diente mellado y llevaba el cabello de luz de estrellas recogido en largas trenzas sujetas con cintas. Pero no podía ser. Xan era una señora mayor y él era un dragón joven, era imposible que la hubiera conocido de pequeña, ¿no?

Xan lo había tomado en brazos. Tenía la mejilla manchada de tierra. Ambos habían estado robando caramelos de la despensa del castillo.

«¡Pero no sé cómo voy a hacerlo!», había respondido Xan. Y entonces se había echado a llorar. Había llorado como una niña pequeña.

Pero es imposible que fuera una niña pequeña. ¿No?

«Lo harás. Aprenderás —había replicado la agradable voz de dragón de la madre de Fyrian—. Confío en ti.»

Este notó que se le había formado un nudo en la garganta. Percibió asimismo la aparición de dos lágrimas gigantes en sendos ojos que acabaron cayendo al suelo, chamuscando dos pedazos de musgo. ¿Cuánto hacía de aquello? A saber. El tiempo era un asunto complicado, resbaladizo como el lodo.

Y Xan le había advertido que fuera con mucho cuidado con la tristeza.

«La tristeza es peligrosa», le había repetido una y otra vez, aunque no recordaba si en alguna ocasión le había explicado por qué.

La torre central estaba precariamente inclinada hacia un lado. Varias piedras de la base, por el lado de sotavento, estaban derrumbadas, y Fyrian aprovechó para agacharse y observar por allí el interior. Había algo... dos *algos*, de hecho, que tenían fragmentos brillantes. Extendió una garra para sacarlos. Eran cosas minúsculas: cabían ambas en la palma de la mano.

—Botas —dijo. Eran botas negras con hebillas plateadas. Y eran antiguas, tenían que serlo. Pero, con todo, brillaban como si acabaran de sacarles lustre—. Son iguales que las del viejo castillo —añadió Fyrian—. Pero no pueden ser las mismas. Son demasiado pequeñas. Las otras son gigantes. Y las llevaban gigantes.

Mucho tiempo atrás, los magos habían estudiado unas botas como aquellas. Las habían colocado sobre la mesa y las habían examinado con herramientas, lupas especiales, polvos, trapos y más herramientas. Experimentaban con ellas cada día, observaban y tomaban notas. Las Botas de las Siete Leguas, las llamaban. Y ni Fyrian ni Xan tenían permiso para tocarlas.

«Eres demasiado pequeña», le habían dicho los otros magos a Xan cuando ella lo había intentado.

Fyrian negó con la cabeza. No podía ser. Xan no era una niña por aquel entonces. No podía haber pasado tanto tiempo.

Se oyeron ruidos en el bosque. Fyrian se incorporó de un salto.

—No tengo miedo —cantó, aunque le temblaban las rodillas y tenía la respiración entrecortada. Se oían pisadas aproximándose. Sabía que en el bosque había tigres. O, al menos, solía haberlos—. ¡Soy un dragón muy fiero! —gritó con un chillido agudo. La oscuridad rugió de nuevo—. No me hagas daño, por favor —suplicó el dragoncito.

Y entonces recordó. Poco después de que su madre desapareciera en el volcán, Xan le había dicho lo siguiente: «Cuidaré de ti, Fyrian. Siempre. Eres mi familia y yo soy la tuya. Voy a hechizarte para que vivas seguro. Pero nunca debes alejarte de aquí. Si lo haces, y si tienes miedo, basta con que digas “Tía Xan” tres veces muy rápido, y volverás de nuevo a mí a la velocidad del rayo».

«Y ¿cómo volveré?», había preguntado Fyrian.

«Con una cuerda mágica.»

«Pero si no la veo.»

«Que no veas algo no significa que no exista. Algunas de las cosas más maravillosas del mundo son invisibles. Confiar en las cosas invisibles las hace aún más poderosas y más maravillosas. Ya lo verás.»

Fyrian nunca lo había probado.

El rugido se acercaba.

—¡Ti-tía Xan, tía Xan, tía Xan! —gritó Fyrian.

Cerró los ojos. Los abrió. No pasaba nada. El pánico le subió a la garganta.

—¡Tía Xan, tía Xan, tía Xan!

Nada. El rugido estaba más próximo. Aparecieron dos ojos amarillos brillando en la oscuridad. Una forma enorme se dibujó en la penumbra.

Fyrian saltó. Intentó volar. Su cuerpo era demasiado grande y sus alas demasiado pequeñas. Era como si todo estuviese mal. ¿Por qué estaba todo mal? Echaba de menos a sus gigantes, a su Xan, a su Glerk y a su Luna.

—¡Luna! —gritó, cuando vio que la bestia hacía el ademán de abalanzarse sobre él—. ¡LUNA, LUNA, LUNA!

Y notó que algo tiraba de él.

—¡LUNA, MI LUNA! —chilló Fyrian.

—¿Por qué gritas? —preguntó Luna.

Abrió el bolsillo y sacó del interior a Fyrian, que había acurrucado su cuerpecillo hasta convertirlo en una bolita.

Fyrian temblaba de forma incontrolable. Estaba a salvo. Casi rompe a llorar de alivio.

—Estaba asustado —explicó, agarrando un trozo de camisón entre los dientes.

—Tonterías —refunfuñó la chica—. Estabas roncando y me has quemado.

—¿De verdad? —cuestionó Fyrian realmente sorprendido—. ¿Dónde?

—Justo aquí —respondió ella—. Espera, que te lo enseño. —Se sentó en la cama y miró con atención. La marca del chamuscado había desaparecido, también el agujero del camisón y la quemadura de la cadera—. Estaba aquí —dijo muy despacio.

—He estado en un lugar muy extraño. Y había un monstruo. Y mi cuerpo no funcionaba como debería y no podía ni volar. Y he encontrado unas botas. Y entonces he aparecido aquí. Creo que tú me has salvado. —Frunció el entrecejo—. Aunque no sé cómo.

Luna hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Cómo quieres que te haya salvado? Me parece que los dos hemos tenido pesadillas. Yo no estoy quemada y tú has estado sano y salvo en todo momento, así que mejor seguimos durmiendo.

La chica y su dragón se acurrucaron bajo las sábanas y se quedaron dormidos casi al instante. Fyrian no soñó ni roncó, y Luna ni siquiera se movió.

Cuando Luna se despertó, Fyrian dormía como un tronco acunado en su brazo. Su nariz desprendía dos hilillos de humo, y su boca de lagarto estaba curvada en una sonrisa adormilada. «Jamás —pensó Luna— ha habido un dragón más satisfecho que este.» Pasó el brazo por debajo de la cabeza del dragón y se sentó. Fyrian ni siquiera se movió.

—Oye, tú —susurró—. Dormilón. Despiértate, dormilón.

Fyrian continuaba sin moverse. Luna bostezó, se desperezó y le dio a Fyrian un beso en la punta de su morrito caliente. Luna estornudó por culpa del humo. El dragón seguía aún sin moverse. Luna decidió dejarlo en paz.

—Gandul —lo regañó.

Luego saltó de la cama a la frialdad del suelo para ir a buscar las zapatillas y el chal.

El día estaba frío, pero enseguida mejoraría. Pensó que un paseo le sentaría bien. Tiró de las cuerdas para retirar la cama hacia el techo. Sabía que a Fyrian no le importaría despertarse y encontrarla recogida. Y siempre era mejor empezar la jornada con la casa despejada. Era lo que su abuela le había enseñado.

Pero en cuanto Luna hubo alzado y amarrado la cama, vio una cosa en el suelo.

Un par de botas enormes.

Eran negras, de cuero, y pesaban más incluso de lo que parecía a primera vista. Luna apenas podía con ellas. Y olían de un modo extraño, que le sonaba a Luna de algo pero que no conseguía ubicar. Tenían las suelas gruesas y estaban hechas de un material que no pudo identificar de inmediato. Y más raro aún, tenían unas palabras grabadas en los tacones.

«No te las calces», se leía en el tacón izquierdo.

«A menos que sepas lo que te haces», ponía en el derecho.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Luna en voz alta.

Cogió una de las botas e intentó examinarla con más detalle. Pero antes de conseguirlo, sintió una punzada terrible de dolor en la cabeza, justo en medio de la frente. Cayó de rodillas al suelo. Se llevó las manos a la frente y presionó con fuerza, como si quisiera impedir que la cabeza se

desprendiera del cuerpo.

Fyrian seguía sin moverse.

Permaneció en cuclillas en el suelo un rato hasta que la jaqueca desapareció.

Luna miró furiosa hacia la parte inferior de la cama.

—Menudo dragón guardián —dijo en tono burlón.

Se incorporó, se dirigió al baúl de madera que tenía bajo la ventana y lo abrió con el pie. Guardaba allí sus recuerdos: juguetes de cuando era pequeña, mantitas que adoraba, piedras de aspecto raro, flores prensadas, diarios con tapas de cuero densamente escritos con sus pensamientos, sus preguntas, sus imágenes y sus dibujos.

Y ahora, unas botas. Unas botas grandes de color negro. Con palabras extrañas grabadas en ellas y un olor que le producía dolor de cabeza. Luna cerró la tapa y suspiró aliviada. La migraña remitió en el instante en el que cerró la tapa. De hecho, apenas recordaba ya el dolor. Y ahora, a contárselo a Glerk.

Fyrian seguía roncando.

Luna tenía sed. Y hambre. Y su abuela le preocupaba. Y tenía ganas de ver a Glerk. Y tenía también tareas que hacer. Había que ordeñar a las cabras. Había que recoger los huevos. Y algo más.

Se detuvo de camino a la zona donde cultivaban frutas silvestres.

Quería formular una pregunta. Pero ¿cuál?

Por mucho que se esforzara, era incapaz de recordarla.

En el que hay otra historia

Claro que te he contado ya lo de las botas, criatura.

Pero te lo repetiré. De todas las cosas horripilantes que tiene y utiliza la bruja, la más terrible son sus Botas de Siete Leguas. Por sí solas, eso sí, no contienen ninguna magia, no son ni buenas ni malas. Pero permiten a quien las calza viajar grandes distancias en un instante, duplicando el alcance de sus movimientos a cada paso que da.

Es lo que le permite robarnos a nuestros hijos.

Es lo que le permite viajar por el mundo, esparciendo su maldad y su tristeza. Es lo que le permite eludir la captura. Nosotros no tenemos ningún poder. Nuestra tristeza no tiene remedio.

Hace mucho tiempo, antes de que el bosque se volviera peligroso, la bruja era una minucia. Prácticamente como una hormiga. Tenía poderes limitados. Apenas poseía conocimientos. Su capacidad para ejercer el mal era inapreciable. Una niña perdida en el bosque. Su poder no iba más allá, en realidad.

Pero un día, encontró un par de botas.

Y en cuanto se las calzó, pudo ir de un extremo al otro del mundo en un instante. Y entonces encontró más magia. Se la robó a otros magos. La cogió del suelo. La birló del aire, de los árboles y de los campos en flor. Dicen que incluso se la arrebató a la luna. Y entonces fue cuando lanzó un maleficio sobre todos nosotros: una gran nube de tristeza que cubrió el mundo entero.

Y lo sigue cubriendo, naturalmente. Por eso el mundo tiene ese color gris tan apagado. Por eso la esperanza es solo para los niños más pequeños. Es mejor que lo sepas ya.

En el que Luna dibuja un mapa

Luna dejó una nota a su abuela explicándole que quería ir a recoger frutos silvestres y a dibujar el amanecer. Lo más probable era que la anciana siguiera durmiendo cuando la niña volviera; dormía mucho últimamente. Y a pesar de que le aseguraba a su nieta que siempre había dormido así y que nada había cambiado ni cambiaría nunca, Luna sabía que era mentira.

«Estamos mintiéndonos mutuamente —pensó Luna, sintiendo la punzada de una aguja enorme en el corazón—. Y ninguna de las dos sabe cómo parar.» Dejó la nota en la mesa y cerró la puerta sin hacer ruido.

Luna se colgó la mochila de los hombros, se calzó las botas y se encaminó hacia el largo y tortuoso sendero que recorría la parte posterior del pantano y luego se empinaba en dirección a los dos conos volcánicos humeantes del lado sur del cráter. Era un día cálido y pegajoso, y, horrorizada, se dio cuenta de que su cuerpo empezaba a oler mal. Le sucedía mucho en esos últimos tiempos: mal olor, sarpullidos en la cara. Era como si su organismo hubiera conspirado de repente para alterarse, incluso su voz se había vuelto traicionera.

Pero eso no era lo peor.

Había habido también... otro tipo de cambios. Cosas que no podía explicar. La primera vez que lo había notado había sido cuando había intentado saltar para ver mejor el nido de un pájaro y, de repente, se había encontrado en la rama más alta del árbol, agarrándose con todas sus fuerzas para no caer.

«Debe de haber sido el viento», se había dicho, por mucho que la idea fuera a todas luces ridícula. ¿Acaso alguien había oído hablar alguna vez de una ráfaga de aire tan fuerte como para impulsar a una persona hasta lo alto de un árbol? Pero como Luna no tenía otra explicación, la de «debe de haber sido el viento» le pareció bien. No se lo había comentado ni a su abuela ni a Glerk. No quería preocuparlos. Y, por otro lado, le resultaba un poco inquietante, porque a lo mejor le estaba pasando algo malo.

Además, había sido simplemente el viento.

Y luego, un mes más tarde, mientras Luna y su abuela recogían setas en el bosque, se había fijado de nuevo en lo cansada que parecía su abuela, y lo delgada y lo frágil que estaba, en el resuello que emitía cuando respiraba.

«Estoy preocupada por ella», había dicho en voz alta cuando Xan no podía oírla. Luna había

notado la voz pegada a la garganta.

«Yo también», había respondido una ardilla de color marrón que estaba sentada en una rama baja de un árbol, observándola con expresión inteligente.

Luna había tardado unos instantes en caer en la cuenta de que, en teoría, las ardillas no hablan.

Y unos minutos más en caer en la cuenta de que no era la primera vez que un animal se comunicaba con ella. Ya le había sucedido antes. Estaba segura. Pero no recordaba cuándo.

«Esto ya ha pasado», decía una voz en su cabeza.

«Esto ya ha pasado.»

«Esto ya ha pasado.»

Era una certidumbre que palpitaba en su interior con la seguridad y la regularidad del mecanismo de un reloj.

Luna siguió el camino, que rodeaba el primer cerro, dejando atrás el pantano. Una vieja higuera extendía sus ramas sobre el sendero, como si quisiera dar con ello la bienvenida a todos los caminantes. En la rama más baja había un cuervo. Era un ejemplar bonito, sus alas relucían como el aceite. Miró a Luna a los ojos, como si estuviera esperándola.

«Esto ya ha pasado», pensó.

—Hola —dijo Luna, fijando la mirada en los ojos brillantes del cuervo.

—Cra —respondió el ave, aunque la niña estaba segura de que quería decir «Hola».

Y de pronto, Luna lo recordó.

El día anterior, había recogido un huevo del gallinero. Había encontrado un único huevo y, a falta de cesta, lo había llevado en la mano. Antes de llegar a la casa, se había dado cuenta de que la cáscara se movía. Y de que ya no era suave, ni estaba caliente ni tenía la superficie lisa, sino que estaba rasposo, irregular y le hacía cosquillas. Y entonces, la había mordido. Lo había soltado con un grito y había visto que ya no era un huevo. Era un cuervo, de tamaño normal, que volaba en espiral por encima de su cabeza y acababa aterrizando en el árbol más cercano.

—Cra —graznó el cuervo—. «Luna, Luna, Luna.»

—Calla —le respondió ella—. Estoy intentando pensar.

Era un cuervo negro y brillante, tal como tenía que ser, pero cuando Luna lo había observado bien y lo había mirado de soslayo entrecerrando los ojos, había apreciado también otro color. Azul. Con un destello plateado en los bordes. Los tonos adicionales se habían esfumado cuando había abierto de nuevo los ojos para mirarlo de frente.

—¿Qué eres? —preguntó Luna.

—Cra —graznó el cuervo. «Soy el más excelso de todos los cuervos», quería decir.

—Entiendo. Ten cuidado de que mi abuela no te vea —dijo Luna—. Ni el monstruo del pantano —añadió, después de pensarlo un momento—. Me parece que no les gustarías.

—Cra —graznó el cuervo. «Estoy de acuerdo», quería decir.

Luna movió la cabeza en un gesto de preocupación.

Todo aquello no tenía sentido. Nada tenía sentido. Pero el cuervo estaba allí. Era una cosa real, inteligente y viva.

«Hay una palabra que explica todo esto —pensó—. Hay una palabra que explica todo lo que no entiendo. Tiene que haberla. Pero no recuerdo cuál es.»

Luna había ordenado al cuervo que se mantuviera fuera de la vista de todo el mundo hasta que ella entendiera aquel asunto, y el animal había obedecido. Era un cuervo excelso de verdad.

Y ahora volvía a estar allí. En la rama más baja de una higuera.

«Cra», debería haber dicho el cuervo. Pero gritó:

—¡Luna!

—Calla —dijo la niña—. Podrían oírte.

—Cra —susurró el cuervo abochornado.

Luna perdonó al cuervo, claro está. Siguió caminando distraída, tropezó con una piedra y cayó al suelo, sobre la mochila.

—¡Ay! —exclamó la mochila—. Quítate de encima.

Luna se quedó mirándola. Aunque, a aquellas alturas, ya nada la sorprendía. Ni siquiera las mochilas parlantes.

De pronto, una naricita verde asomó por debajo de la solapa de la mochila.

—¿Eres tú, Luna? —preguntó la nariz.

La expresión de la niña se transformó en exasperación.

—¿Qué haces en mi mochila? —preguntó.

Levantó la solapa y miró furiosa la cara avergonzada del dragón que emergía del interior.

—Siempre vas a todos lados sin mí —dijo Fyrian sin mirarla a los ojos—. No me parece justo. Yo solo quería acompañarte. —Revoloteó hasta colocarse a la altura de los ojos de Luna—. Y formar parte del grupo. —Esbozó una sonrisa esperanzada de dragón—. A lo mejor tendríamos que ir a buscar a Glerk. Y a tía Xan. ¡Es un grupo divertido!

—No —dijo Luna con firmeza.

Continuó su ascenso hacia lo alto de la sierra. Fyrian revoloteó detrás de ella.

—¿Adónde vamos? ¿Puedo serte de alguna utilidad? Yo soy muy útil. ¡Oye, Luna! ¿Adónde vamos?

Luna lo miró fijamente, exasperada, y siguió caminando tras emitir un bufido.

—Cra —dijo el cuervo.

Esta vez no dijo «Luna», pero ella intuyó que era la palabra que el cuervo estaba pensando. El cuervo tomó la delantera, como si ya supiera adónde se dirigían.

Siguieron el sendero hasta el tercer cono formado con cenizas volcánicas, el que estaba situado en el extremo más alejado del cráter, y subieron a la cima.

—¿Por qué subimos aquí? —quiso saber Fyrian.

—Calla —dijo Luna.

—¿Por qué tengo que callar?

Luna suspiró.

—Necesito que estés muy pero que muy calladito, Fyrian. Para poder concentrarme en mi dibujo.

—Puedo estarme calladito —gorjeó Fyrian, revoloteando delante de la cara de Luna—. Puedo estar muy calladito. Puedo estar más callado que los gusanos, y los gusanos son muy silenciosos, a menos que intenten convencerte para que no te los comas, entonces son menos silenciosos, y muy convincentes, además, aunque yo normalmente me los zampo igual porque están deliciosos.

—Digo que te calles ahora mismo —lo reprendió Luna.

—Pero ¡si estoy muy callado! Si quiero, soy la cosa más silenciosa que...

Luna cerró las mandíbulas del dragón con el dedo índice y el pulgar y, para no herir sus sentimientos, lo cogió con la otra mano y lo abrazó.

—Te quiero mucho —le dijo en voz baja—. Pero ahora, silencio.

Dio unos golpecitos cariñosos a la cabeza verde y lo dejó acurrucarse en el calor de su cadera.

Luna se sentó con las piernas cruzadas sobre una roca plana. Examinando con la mirada el límite de la tierra antes de que se uniera con el cielo en el horizonte, intentó imaginarse qué tipo de cosas habría más allá. Solo se veía bosque, pero estaba segura de que no continuaba eternamente. Cuando Luna viajaba con su abuela en dirección opuesta, los árboles empezaban a escasear poco a poco para dar paso a tierras de cultivo, y estas daban paso a ciudades, que a su vez daban paso a más tierras de cultivo. Al final, había desiertos y más bosques y montañas, e incluso un océano, todo ello accesible mediante grandes redes de carreteras que se desplegaban por todos lados, como madejas gigantescas de lana. Probablemente, hacia esa dirección sería lo mismo. Pero no podía saberlo con total seguridad. Nunca había viajado hacia allá. Su abuela no le dejaba.

Y nunca le había explicado por qué.

Luna instaló su diario sobre el regazo y lo abrió por una página en blanco. Buscó en el interior de la mochila hasta encontrar el lápiz más afilado que tenía y lo cogió con la mano izquierda, con ligereza, como si fuese una mariposa que pudiera escaparse. Cerró los ojos e intentó que su imaginación se volviera completamente azul, como un cielo sin nubes.

—¿Yo también tengo que cerrar los ojos? —le preguntó Fyrian.

—Cállate, Fyrian —dijo Luna.

—Cra —graznó el cuervo.

—Este cuervo es malo —refunfuñó Fyrian.

—No es malo. Es un cuervo. —Luna suspiró—. Y sí, Fyrian, cariño mío. Cierra los ojos.

El dragón gorjeó encantado y se perdió entre los pliegues de la falda de Luna. No tardaría mucho en dormirse. No había nadie capaz de acomodarse con mayor rapidez que Fyrian.

Luna centró la atención en el punto en el que la tierra y el cielo se juntaban. Se lo imaginó con la mayor claridad posible, como si su cerebro se transformara en papel y solo tuviese que señalar ese punto de allí, con mucho cuidado. Inspiró hondo y dejó que el ritmo del corazón se ralentizara y se liberase de sus preocupaciones, de sus arrugas y de sus nudos. Cuando hacía esto, experimentaba una sensación especial. Un calor en los huesos. Un hormigueo en la punta de los dedos. Y lo más sorprendente de todo, una toma de conciencia de la curiosa marca de nacimiento que tenía en la frente, como si de pronto empezara a brillar, como si resplandeciese con la luminosidad de una lámpara. Y, quién sabía. Tal vez fuera así.

Divisó mentalmente el perfil del horizonte y vio cómo la franja de tierra empezaba a extenderse, cada vez más lejos, como si el mundo se volviese hacia ella con una sonrisa dibujada en la cara.

Sin abrir los ojos, Luna empezó a dibujar. La embargó una sensación de tranquilidad tan

grande que apenas era consciente de nada —ni de su respiración, ni del calor que desprendía Fyrian pegado a su cadera, ni del leve sonido de sus ronquidos—, y el aluvión de imágenes se volvió tan intenso y tan rápido que casi no le daba tiempo a centrarse en ellas cuando pasaban y se transformaban en un borrón verdoso.

—Luna —dijo una voz, desde muy lejos.

—Cra —graznó otra.

—¡LUNA! —Un rugido en el oído, que la despertó de repente.

—¿QUÉ? —bramó ella a modo de respuesta. Pero entonces vio la expresión dibujada en la cara de Fyrian y le supo muy mal—. ¿Cuánto...? —empezó a decir. El sol, que apenas calentaba el mundo cuando habían llegado al cráter, estaba justo por encima de sus cabezas—. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

«Medio día. —Lo sabía de sobra—. Es mediodía.»

Fyrian revoloteó muy cerca de la cara de Luna, pegando nariz con nariz, verde contra pecas. Estaba muy serio.

—Luna —dijo en voz baja—. ¿Estás enferma?

—¿Enferma yo? —replicó la niña en tono burlón—. Pues claro que no.

—Pensaba que tal vez estuvieras enferma —dijo Fyrian con un hilillo de voz—. A tus ojos les pasa algo muy extraño.

—No seas ridículo —replicó Luna, cerrando de golpe el diario y sujetando las tapas con las cintas de cuero. Lo guardó en la mochila y se levantó. Las piernas apenas la sujetaban—. Mis ojos son de lo más normal.

—No soy ridículo —se defendió Fyrian, revoloteando desde la oreja izquierda de Luna hasta la derecha—. Tú tienes los ojos negros y brillantes. Normalmente. Pero ahora son como dos lunas muy blancas. Y eso no es normal. Estoy seguro.

—Nunca he tenido los ojos así —afirmó Luna tambaleándose.

Intentó enderezarse y se apoyó en una roca para mantener el equilibrio. Pero la piedra no le sirvió de nada: al contacto con su mano se había vuelto ligera como una pluma. Vio que empezaba a flotar. Luna refunfuñó frustrada.

—Y ahora veo que no te funcionan las piernas —comentó Fyrian, intentando mostrarse útil—. ¿Y qué le pasa a esa piedra?

—Métete en tus asuntos —espetó Luna, haciendo uso de todas sus fuerzas para dar un salto y aterrizar en la pendiente de granito del lado este.

—Vaya salto —dijo Fyrian, mirando boquiabierto el lugar donde estaba Luna hacía tan solo un momento y volando con rapidez hasta el punto donde había aterrizado—. Normalmente no saltas tanto. Lo digo en serio, Luna. Parecía casi como si...

—Cra —graznó el cuervo.

Que quería decir «Cra». Aunque a Luna le pareció más bien que sonaba como «Cierra el pico» y llegó a la conclusión de que aquella ave era genial.

—Como quieras —dijo Fyrian compungido—. No me hagas caso. Todos me ignoran siempre. Y revoloteó cuesta abajo, un borrón de verde malhumorado.

Luna respiró hondo y echó a correr hacia casa. Ya se lo compensaría de alguna manera. Fyrian

siempre la perdonaba. Siempre.

El sol caía con fuerza sobre la ladera cuando inició el camino de descenso. Luna estaba sudorosa y sucia. ¿Por el ejercicio o por el rato que había pasado dibujando? No tenía ni idea, pero se detuvo junto a un arroyo para lavarse. Las aguas del lago del interior del cráter estaban tan calientes que no podían ni tocarse, pero los arroyos que fluían a partir de él, pese a no tener buen sabor, estaban lo bastante frescos como para limpiar una cara embarrada o eliminar el sudor de la nuca y de las axilas. Luna se arrodilló y empezó a ponerse algo más presentable para enfrentarse a su abuela y a Glerk, que a buen seguro querrían una explicación a su larga ausencia.

La montaña rugió. Luna sabía que el volcán tenía hipo de vez en cuando a pesar de estar dormido. Era normal en los volcanes; tienen el sueño inquieto y esa inquietud no solía suponer ningún problema. A menos que lo supusiese. Últimamente, el volcán estaba más inquieto que de costumbre, y empeoraba con cada día que pasaba. Su abuela le decía que no se preocupara por ello, lo cual llevaba a Luna a preocuparse más si cabe.

—¡LUNA!

La voz de Glerk resonó por la ladera del cráter. Rebotó contra el cielo. La niña se protegió los ojos del sol con las manos y miró hacia abajo. Glerk estaba solo. Agitaba tres de sus brazos, y ella le devolvió el saludo. «La abuela no está con él —se dio cuenta, y se le encogió el corazón—. No puede ser que siga durmiendo —pensó; la preocupación le formó un nudo en el estómago—. A estas horas ya no.» Y aun desde tan lejos vio que la ansiedad formaba una nube borrosa alrededor de la cabeza de Glerk.

Luna echó a correr hacia la casa.

Xan seguía en la cama. Era más de mediodía. Dormía como los muertos. Luna, con lágrimas en los ojos, la despertó. «¿Estará enferma?», se preguntó.

—Caray, niña —murmuró Xan—. ¿Por qué me despiertas con tanta brusquedad a estas horas? Algunos estamos intentando dormir.

Y Xan se volvió hacia el otro lado y siguió durmiendo.

No se levantó hasta al cabo de una hora más. Y le aseguró a Luna que todo era perfectamente normal.

—Por supuesto que lo es, abuela —dijo Luna, sin mirarla a los ojos—. Todo es perfectamente normal.

Y abuela y nieta se contemplaron con una tímida sonrisa. Las mentiras se derramaban de sus labios y se esparcían por el suelo, tintineando y brillando como cristales rotos.



Aquel mismo día, más tarde, cuando su abuela anunció que quería estar sola y que la dejaran tranquila en su taller, Luna sacó el diario de la mochila para hojearlo y ver los mapas que había dibujado durante su sueño. Había descubierto que realizaba sus mejores trabajos cuando no recordaba haberlos hecho. Y le fastidiaba, la verdad.

Había hecho un bosquejo de una torre de piedra —que ya había dibujado en otras ocasiones—, con muros altos y un observatorio apuntando hacia el cielo. Había dibujado un pájaro de papel

que salía de la ventana situada más hacia el oeste. Había plasmado también un bebé rodeado por árboles ancianos y nudosos. Había dibujado la luna llena, su luz bañando la Tierra con promesas.

Y había trazado un mapa. Dos, de hecho. En dos páginas.

Luna giró el diario hacia un lado y hacia otro, observando sus dibujos.

Los mapas eran intrincados y detallados, mostraban topografía, senderos y peligros ocultos. Un géiser aquí. Una zona de arenas movedizas allá. Un sumidero capaz de engullir un rebaño entero de cabras y pedir aún más.

El primer mapa era un dibujo muy preciso del paisaje y los caminos que llevaban hasta las Ciudades Libres. Era posible distinguir todos los accidentes geográficos, los baches del sendero, los arroyos, los claros y las cascadas. Se veían incluso los árboles que se habían venido abajo desde su último viaje.

El otro era una parte completamente distinta del bosque. El camino empezaba en una esquina de la casa del árbol y seguía la pendiente de la montaña hacia el norte.

Donde nunca había estado.

Había dibujado un camino, con todos sus giros, sus curvas y sus detalles paisajísticos. Lugares donde hacer noche. Qué arroyos tenían agua potable y cuáles había que evitar.

Había un círculo de árboles. Y en el centro, había escrito la palabra «bebé».

Detrás de una muralla muy alta, había una ciudad.

Y en la ciudad, una torre.

Y junto a la torre, había escrito: «Ella está aquí, está aquí, está aquí».

Muy despacio, Luna cogió el diario y acercó aquellas palabras a su corazón.

En el que Antain presenta una solución

Antain permaneció ante la puerta del despacho de su tío durante casi una hora antes de reunir el coraje suficiente para llamar. Respiró hondo unas cuantas veces, articuló párrafos delante de su imagen reflejada en el panel de cristal, intentó emular una discusión con una cuchara de madera. Deambuló de un lado a otro, sudó, maldijo para sus adentros. Se secó la frente con el pañuelo que le había bordado Ethyne, con su nombre rodeado por una serie de sofisticados realces. Su esposa dominaba la magia del hilo y de la aguja. La amaba tantísimo que a veces pensaba que moriría de amor.

«La esperanza —le había dicho Ethyne, repasando con ternura con sus inteligentes deditos las numerosas cicatrices de la cara de Antain— es como esos primeros capullos que se forman a finales de invierno. ¡Mira que se ven secos! ¡Y muertos! ¡Y lo fríos que están cuando los tocamos! Pero no por mucho tiempo. Crecen, se vuelven pegajosos, se inflan y el mundo entero se cubre de verde.»

Y fue con la imagen de su querida esposa en la cabeza —sus mejillas rosadas, su cabello rojo como las amapolas, su vientre abultado bajo el vestido que ella misma se había cosido— cuando por fin llamó a la puerta.

—¡Ah! —retumbó la voz de su tío en el interior—. El paseante ha decidido dar por terminados sus paseos y anunciar su presencia.

—Lo s-siento, tío —tartamudeó Antain.

—¡DÉJATE YA DE DISCULPAS, CHICO! —rugió el Gran Anciano Gherland—. ¡Abre la puerta y acabemos con esto de una vez!

Lo de «chico» le dolió un poco. Hacía ya varios años que Antain había dejado de ser un chico. Era un artesano de éxito, un buen profesional en su campo y un hombre casado y consagrado a su esposa. «Chico» era una palabra que ya no encajaba con él.

Entró en el despacho y saludó a su tío con una reverencia, siguiendo la costumbre. Cuando se incorporó, vio que el Anciano lo miraba a la cara y se encogía casi de miedo. No era ninguna novedad. Las cicatrices seguían asustando a la gente. Pero ya estaba acostumbrado.

—Gracias por aceptar mi visita, tío —dijo Antain.

—Creo que no me quedaba otra elección, sobrino —respondió el Gran Anciano Gherland,

levantando la vista hacia el techo para evitar mirar la cara del joven—. Al fin y al cabo, la familia es la familia.

Antain sospechaba que eso no era del todo cierto, pero no hizo ningún comentario.

—En cualquier caso...

El Gran Anciano se levantó.

—En cualquier caso, nada, sobrino. Llevo esperando una eternidad para cerrar este despacho, anticipando tu llegada, y ahora tengo que ir a reunirme con el Consejo. Recuerdas el Consejo, ¿verdad?

—Claro, tío —dijo Antain, su rostro se iluminó de repente—. Es la razón por la que estoy aquí. Quiero hablar con vosotros. Como antiguo miembro. Ahora mismo, a poder ser.

El Gran Anciano Gherland se quedó sorprendido.

—Tú... —empezó a decir dubitativo—. ¿Que quieres qué?

Los ciudadanos de a pie nunca se dirigían al Consejo. Era algo que no se hacía jamás.

—Si te parece bien, tío.

—Yo... —empezó a decir el Gran Anciano.

—Ya sé que no es muy ortodoxo, y entiendo que esto pueda ponerte en una posición incómoda. Han pasado... muchos años desde el último día que vestí la túnica. Y me gustaría, por fin, dirigirme al Consejo tanto para ofrecerles explicaciones como para agradecerles el haberme dado un lugar en su mesa. No lo hice nunca, y creo que estoy en deuda con sus miembros.

Era mentira. Antain tragó saliva. Y sonrió.

Dio la sensación de que su tío se ablandaba. El Gran Anciano unió los dedos en ángulo y los acercó a sus rotundos labios. Miró a Antain a los ojos.

—A la porra la tradición —dijo—. El Consejo estará encantado de verte.

El Gran Anciano se levantó y abrazó a su sobrino descarriado y, sonriente, lo acompañó hacia el pasillo. Cuando llegaron al gran vestíbulo de la casa, un silencioso criado abrió una puerta y tanto tío como sobrino se adentraron en la penumbra.

Antain notó que un diminuto capullo de esperanza florecía de repente en su pecho.



El Consejo, tal como Gherland había predicho, se mostró más que encantado de recibir a Antain y aprovechó su presencia para brindar por sus famosas dotes artesanales, su buen tino en los negocios, así como por la prodigiosa suerte que había tenido de poder casarse con la chica más buena e inteligente del Protectorado. No habían sido invitados a la boda —aunque no habrían asistido de todas formas—, pero por su manera de darle palmadas en la espalda y estrujarle los hombros, daban perfectamente la impresión de un alegre grupo de tíos benevolentes. No podían sentirse más orgullosos, y así se lo hicieron saber.

—Buen muchacho, buen muchacho —gorjearon, balbucearon y mascullaron.

Hicieron circular caramelos, algo prácticamente desconocido en el Protectorado. Sirvieron vino y cerveza y degustaron carnes curadas, quesos añejos y pasteles que se desmenuzaban, cargados de mantequilla y nata. Antain se guardó en los bolsillos todo lo que pudo para

regalárselo luego a su amada esposa.

Mientras los criados retiraban las bandejas, las jarras y las copas, Antain tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—Caballeros —dijo, cuando los miembros del Consejo tomaron asiento—. He venido aquí con un motivo adicional. Perdónenme, por favor. Y en especial tú, tío. He sido, lo reconozco, poco claro con respecto a mis intenciones.

La estancia se enfrió de repente. Los miembros del Consejo empezaron a lanzar miradas duras, casi de asco, a las cicatrices de Antain, que hasta el momento habían fingido ignorar. El carpintero se armó de valor para continuar. Pensó en el bebé que crecía y se movía en el vientre de su esposa. Pensó en la mujer loca que vivía en la Torre. ¿Quién podía afirmar que él no se volvería también loco de verse obligado a entregar a su hijo —¡su hijo!— a los hombres de las túnicas? ¿Quién podía afirmar que su amada Ethyne no se trastornaría? No soportaba permanecer lejos de ella durante más de una hora, y la loca llevaba años encerrada en la Torre. Años. De estar Antain en su lugar, estaba seguro de que ya habría muerto.

—Por favor —dijo el Gran Anciano, entrecerrando los ojos como una serpiente—, continúa, chico.

Antain, esforzándose por no permitir que el dolor intencionado que llevaba implícito el término «chico» le afectase, prosiguió:

—Como bien saben —dijo, e intentó transformar sus entrañas y su espalda en la madera más fuerte y resistente del mundo. Se recordó que no estaba allí para destruir, sino para construir—. Como bien saben, mi amada Ethyne está esperando un hijo...

—Espléndido —dijeron los Ancianos, sus rostros se iluminaron a la vez—. Eso es espléndido.

—Y —continuó Antain, confiando en que no le temblara la voz—, nuestro pequeño llegará al mundo justo después de que acabe el año. No se esperan más niños entre esa fecha y el Día del Sacrificio. Nuestro hijo, nuestro querido chiquillo, será el más joven del Protectorado.

Las carcajadas de felicidad se acallaron de repente, como una llama cuando se apaga. Dos de los ancianos empezaron a toser.

—Mala suerte —dijo el Anciano Guinnot con su característica voz fina y aflautada.

—Así es —concedió Antain—. Aunque no tendría por qué. Creo que he encontrado la manera de acabar con este horror. Creo que sé cómo acabar para siempre con la tiranía de la bruja.

El rostro del Gran Anciano Gherland se ensombreció.

—No pierdas el tiempo con fantasías, chico —gruñó—. Espero que no pienses...

—La he visto —lo interrumpió Antain.

Llevaba mucho tiempo guardando en secreto aquella información. Y ahora explotaba por fin.

—¡Imposible! —espetó Gherland.

Los demás Ancianos se quedaron mirando al joven con la mandíbula desencajada, como si aquello fuera un consejo de serpientes.

—En absoluto. La vi. Seguí la procesión. Sé que no está permitido, y pido perdón por ello. Pero lo hice de todas formas. Los seguí y esperé junto al bebé del sacrificio, y vi a la bruja.

—¡No sucedió nada de eso! —gritó Gherland levantándose.

No había ninguna bruja. Nunca había existido. Todos los Ancianos lo sabían. Y todos se pusieron en pie con expresión acusadora.

—La vi esperando entre las sombras. La vi cernirse sobre el bebé, mirándolo con expresión hambrienta. Vi el brillo de maldad en sus ojos. Y entonces, me descubrió y se convirtió en pájaro. Gritó de dolor al transformarse. Gritó de dolor, caballeros.

—Locura —dijo uno de los Ancianos—. Esto es demencia.

—No lo es. La bruja existe. Por supuesto que sí. Lo sabemos todos. Pero lo que no sabíamos es que envejece. Que siente dolor. Y no solo eso, sino que he descubierto dónde está.

Antain extrajo de su saca el mapa de la mujer loca. Lo extendió sobre la mesa y marcó un camino con la punta del dedo.

—Evidentemente, el bosque es peligroso.

Los Ancianos, blancos como el papel, se quedaron mirando el mapa. Antain captó la mirada fija de su tío y la sostuvo.

«Ya veo qué pretendes, chico», parecían decir los ojos de Gherland.

Antain lo miró.

«Así pienso cambiar el mundo, tío. Ya lo verás.»

Y en voz alta, Antain continuó:

—La Carretera es la ruta más directa a través del bosque, y sin duda la más segura, dadas su amplitud y su claridad. Sin embargo, existen también otras rutas seguras, aunque más tortuosas y complicadas.

El dedo de Antain rodeó varias fumarolas, bordeó la abrupta cresta que expulsaba fragmentos de roca afilados como cuchillos cada vez que la montaña suspiraba y encontró rutas alternativas más allá de los desfiladeros, los géiseres y las llanuras de arenas movedizas. El bosque cubría una montaña muy grande y extensa, cuyas profundas grietas y laderas trazaban una espiral que giraba alrededor del pico de un cráter central, que a su vez estaba rodeado por una pradera llana y un pequeño pantano. En el pantano había dibujado un árbol de tronco nudoso, y él había esculpido una luna en cuarto creciente.

«Ella está aquí —decía el mapa—. Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

—Pero ¿de dónde has sacado esto? —preguntó jadeando el Anciano Guinnot.

—Eso no importa —respondió Antain—. Lo crucial es que lo creo. Y estoy dispuesto a arriesgar mi vida por mis creencias. —Antain enrolló el mapa y lo devolvió a la saca—. Por eso estoy aquí, benévolos padres.

Gherland respiraba con dificultad. ¿Y si fuera cierto? ¿Qué pasaría entonces?

—No sé por qué nos tomamos la molestia de hablar de todo esto... —dijo, levantándose con la majestuosidad de un buitre.

Antain no lo dejó terminar.

—Tío, sé que lo que estoy pidiendo se sale un poco de lo normal. Y tal vez tengas razón. Quizá estemos hablando de la misión de un loco. Pero, en realidad, tampoco estoy pidiendo tanto. Solo vuestra bendición. No necesito herramientas, ni equipamiento, ni provisiones. Mi esposa conoce mi plan y cuento con todo su apoyo. El Día del Sacrificio, se presentarán en nuestra casa las túnicas y ella les entregará de buen grado a nuestro precioso hijo. El Protectorado entero se

llenará de tristeza con vuestro desfile, será un océano inmenso de dolor. Y os dirigiréis hacia aquellos árboles espantosos, las Doncellas de la Bruja. Entonces depositaréis en el musgo al pequeño bebé y pensaréis que nunca jamás volveréis a ver esa carita. —Antain notó que se le quebraba la voz. Cerró con fuerza los ojos e intentó serenarse—. Y tal vez sea cierto. Quizá sucumba a los peligros del bosque y llegue la bruja para llevarse a mi hijo.

La estancia se quedó en silencio, gélida. Los Ancianos no se atrevían a hablar. Antain pareció crecer en tamaño y hacerse más alto que todos ellos. Tenía el rostro iluminado desde el interior, como una linterna.

—O tal vez no —continuó Antain—. A lo mejor me quedo esperando bajo esos árboles y a lo mejor soy yo quien se marcha con el bebé de aquel círculo de sicomoros. Tal vez vuelva con el bebé sano y salvo a casa.

Guinnot reencontró por fin su voz aflautada.

—Pero... ¿cómo piensas hacerlo, chico?

—Es un plan muy simple, buen padre. Seguiré el mapa. Y encontraré a la bruja. —Los ojos de Antain eran como dos carbones negros—. Y entonces, la mataré.

En el que Luna aprende una nueva palabra

A la mañana siguiente, Luna se despertó con un dolor de cabeza intenso. Tenía su origen en un punto situado justo detrás de la frente que no era mayor que un grano de arena. Pero sentía universos enteros estallando detrás de sus ojos, luz y oscuridad alternándose. Saltó de la cama y cayó al suelo. Su abuela roncaba en la cama balancín que ocupaba el otro lado de la habitación y cada vez que respiraba era como si el aire pasara por un filtro lleno de porquería.

Luna se llevó las manos a la frente para intentar que el cráneo no le saliera disparado. Tenía calor, luego frío, después otra vez calor. Y ¿eran imaginaciones suyas o de verdad le brillaban las manos? Y también los pies.

—¿Qué me está pasando? —preguntó azorada.

«Cra», tendría que haber dicho el cuervo desde el alféizar de la ventana, pero graznó:

—Luna.

—Estoy bien —musitó la niña.

Pero sabía que no lo estaba. Era como si sus huesos estuvieran hechos de luz. Le ardían los ojos. Tenía la piel resbaladiza y húmeda. Se incorporó y se dirigió hacia la puerta, engullendo bocanadas de aire nocturno.

La luna estaba en cuarto creciente y las estrellas brillaban en el firmamento. Sin pensarlo, levantó las manos hacia el cielo y dejó que la luz de las estrellas se filtrara por sus dedos. Uno a uno, se llevó los dedos a la boca y la luz descendió hacia la garganta. ¿Había hecho aquello alguna vez? No lo recordaba. En cualquier caso, el dolor de cabeza desapareció y su mente se relajó.

—Cra —dijo el cuervo.

—Ven —pidió Luna, echando a andar por el sendero.

No tenía ninguna intención de dirigirse hacia la piedra alta que sobresalía entre la hierba. Pero aun así, allí estaba. Contemplando unas palabras iluminadas por las estrellas.

«No olvides», decía en la roca.

—¿No olvides qué? —dijo Luna en voz alta.

Dio un paso al frente y posó la mano en la piedra. A pesar de la hora que era y de la humedad, la piedra estaba extrañamente caliente. Notó que vibraba y tamborileaba al contacto con su piel. Miró fijamente las palabras grabadas en ella.

—¿No olvides qué? —repitió.

La piedra se abrió como una puerta.

No, comprendió. No se abrió como una puerta, sino que era una puerta. Una puerta flotante que se abría a un pasadizo iluminado con velas y que daba paso a una escalera que descendía hacia la negrura.

—¿Cómo es...? —dijo Luna casi sin respiración, pero tenía que seguir.

—Cra —graznó el cuervo, aunque sonó más bien como: «Me parece que no deberías bajar».

—Cállate —ordenó Luna.

Cruzó la puerta de piedra y empezó a bajar por la escalera.

La escalera conducía hasta un taller, con bancos de trabajo ordenados y hojas y más hojas de papel. Libros abiertos. Un diario con una pluma descansando sobre sus páginas, una gota de tinta negra asomando en su afilada punta, como si alguien hubiera dejado de escribir a media frase porque se lo había pensado mejor y se había marchado corriendo.

—¿Hola? —llamó Luna—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Nadie dijo nada excepto el cuervo.

—Cra —graznó, aunque parecía decir: «No grites más, Luna, larguémonos de aquí».

Ella fijó la vista en los libros y en los papeles. Parecía escrito por un loco: un amasijo de trazos curvos, borrones y palabras que no significaban nada.

«¿Por qué tomarse la molestia de escribir un libro lleno de garabatos?», se preguntó. Luna recorrió la circunferencia que formaba el espacio, pasando la mano por la mesa y por las estanterías. No había nada de polvo, aunque tampoco había huellas. El ambiente no estaba cargado, pero no detectaba rastro de ningún tipo de vida.

—¡Hola! —repitió.

Su voz no obtuvo la respuesta del eco ni se transportó por los aires. Fue como si cayera de su boca y golpeará contra el suelo con un ruido sordo. Había una ventana, lo cual resultaba extraño porque estaba en el subsuelo, ¿no era así? Había bajado una escalera. Y más extraño si cabe le pareció que al mirar hacia el exterior fuera de día. Además, estaba ante un paisaje completamente desconocido. Allí donde tendría que estar el cráter de la montaña había un pico humeante, como una tetera que lleva mucho rato hirviendo.

—Cra —volvió a decir el cuervo.

—Aquí pasa algo raro —susurró Luna.

Notó que se le erizaba el vello de los brazos y que empezaba a sudarle la espalda. De pronto, una hoja de papel voló desde la mesa para aterrizar en su mano.

Leyó lo que estaba escrito: «No olvides».

—¿Cómo podría olvidarlo si no sé de qué se trata? —preguntó.

Pero ¿a quién dirigía su pregunta?

—Cra —graznó el cuervo.

—¡A MÍ NADIE ME CUENTA NADA! —gritó Luna.

Pero no era cierto. Ya lo sabía. Su abuela, a veces, le contaba cosas, y Glerk también, pero las palabras se esfumaban de su cabeza en cuanto las asimilaba. Incluso en aquel momento, Luna recordaba haber visto palabras en forma de minúsculos pedacitos de papel, que salían de su

corazón y flotaban ante sus ojos para desaparecer, como si se los llevara el viento. «¡Volved!», gritaba desesperadamente su corazón.

Sacudió la cabeza para despejarse.

—Soy una boba —dijo en voz alta—. Esas cosas no me han pasado nunca.

Le dolía la cabeza. Era aquel grano de arena que tenía allí escondido, diminuto e infinito a la vez, compacto y en expansión simultáneamente. Le dio la sensación de que le iba a estallar el cráneo.

Voló entonces otra hoja de papel y aterrizó también en sus manos.

A la frase le faltaba la primera palabra, o eso le pareció. En su lugar había un borrón. Después de eso, era clara: «... es el elemento más fundamental, y aun así el menos comprendido, del universo».

Miró fijamente el papel.

—¿Qué es lo más fundamental? —preguntó. Se acercó el papel a la cara—. ¡Muéstrate!

Y de repente, el grano de arena oculto detrás de su frente empezó a ablandarse y a liberarse... solo un poco. Se quedó mirando aquella palabra y las letras se desplegaron a partir del borrón, pronunciándose con claridad una a una a medida que iban apareciendo.

—M —dijo Luna—. A, G, I, A. —Movió la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¿Qué diantres es eso?

Sus oídos retumbaron. Empezó a ver destellos de luz. M, A, G, I, A. Aquella palabra significaba algo. Estaba segura de que tenía un significado. Y lo que es más, también sabía que ya la había oído en alguna que otra ocasión, aunque, por mucho que lo intentara, no lograba recordar dónde. De hecho, ni siquiera sabía cómo pronunciarla.

—Mmm —empezó a decir, pero la lengua se le transformó en granito en el interior de la boca.

—Cra —la animó el cuervo.

—Mmm —volvió a intentar.

—Cra, cra, cra —graznó con alegría el cuervo—. Luna, Luna, Luna.

—Mmmmmmagia —soltó por fin.

En el que una mujer loca descubre que tiene un talento y lo pone en práctica

Cuando aquella mujer loca era pequeña, dibujaba mucho. Su madre le contaba historias sobre la bruja del bosque, pero nunca supo con seguridad si eran o no ciertas. Según ella, la bruja comía tristeza, almas, volcanes, bebés o pequeños magos valientes. Según ella, la bruja tenía unas grandes botas negras que le permitían desplazarse siete leguas con un solo paso. Según ella, la bruja cabalgaba a lomos de un dragón y vivía en una torre tan alta que llegaba hasta el cielo.

Pero la madre de la loca ya estaba muerta. Y la bruja no.

Y en el silencio de la Torre, mucho más arriba de la mugrienta niebla de la ciudad, la loca percibía cosas que nunca había percibido antes de estar encerrada allí. Y cuando notaba cosas, las dibujaba. Una y otra vez.

A diario, las Hermanas entraban en su celda sin previo aviso y chasqueaban la lengua al ver las enormes cantidades de papel que había. Doblado en forma de pájaros. Doblado en forma de torres. Doblado en imitaciones de la Hermana Ignacia, aplastadas luego por los pies descalzos de la loca. Papeles llenos de garabatos. Y de dibujos. Y de mapas. A diario, las Hermanas salían de la celda cargadas de papel para destruir, empapar en agua y transformar su pulpa en nuevas hojas, un proceso que se llevaba a cabo en los talleres de encuadernación del sótano.

«Pero ¿de dónde ha salido el papel?», se preguntaban las Hermanas.

«Es muy fácil —deseaba decirles la loca—. Basta con volverse loca. La demencia y la magia, al fin y al cabo, guardan una estrecha relación. O eso me parece a mí. El mundo cambia y se altera cada día. Y cada día encuentro alguna cosa que brilla entre sus escombros. Papel brillante. Verdad brillante. Magia brillante. Brillo, brillo, brillo.» Estaba, y era tristemente consciente de ello, bastante loca. Y era más que posible que nunca llegara a curarse.

Un día, sentada en el suelo de la celda con las piernas cruzadas, encontró por casualidad unas cuantas plumas que había dejado una golondrina que había decidido anidar en el estrecho alféizar de la ventana, antes de que un halcón decidiera a su vez comérsela a modo de aperitivo. Las plumas habían entrado por la ventana de la celda y caído al suelo.

La loca había visto cómo aterrizaban en el suelo justo delante de ella. Se había quedado mirándolas: el cálamo, el estandarte, sus filamentos. Luego había visto las estructuras más

pequeñas: las barbas, las células. Los detalles se habían hecho cada vez más nítidos, hasta que había alcanzado a ver todas sus partículas, girando sobre sí mismas como una diminuta galaxia. Más loca no se podía estar, la verdad. Había movido las partículas en el amplio vacío, de un lado a otro, hasta que había emergido un nuevo ser. Las plumas ya no eran plumas. Eran papel.

El polvo se convertía en papel.

La lluvia se convertía en papel.

A veces, también la cena se convertía en papel.

Y siempre dibujaba un mapa. «Ella está aquí», escribía, una y otra, y otra vez.

Nadie los leía. Nadie veía sus palabras. Al fin y al cabo, las palabras de una loca no importan. Hacían pulpa de papel con ello y lo vendían en el mercado a cambio de una considerable suma de dinero.

En cuanto aprendió a dominar el arte del papel, descubrió que transformar otras cosas era todavía más fácil. Su cama se convirtió en una barca durante un breve tiempo. Los barrotes de la celda se convirtieron en cintas. Su única silla se convirtió en una tela de seda, con la que se envolvía como si fuese un chal, por el mero hecho de disfrutar de su tacto. Y al final, descubrió que también podía transformarse a sí misma, aunque solo en cosas muy pequeñas, y durante muy poco tiempo. Sus metamorfosis resultaban tan agotadoras que la dejaban postrada en cama durante días.

Un grillo.

Una araña.

Una hormiga.

Tenía que ir con cuidado para que no la pisaran. Ni la aplastaran.

Una chinche de agua.

Una cucaracha.

Una abeja.

Y tenía también que procurar volver a su celda en cuanto tuviera la sensación de que los enlaces de sus átomos estaban a punto de explotar y desintegrarse. Con el tiempo, aprendió a mantenerse en un formato en particular durante intervalos cada vez mayores. Confiaba en que llegaría un día en el que sería capaz de mantenerse en forma de pájaro el tiempo suficiente como para volar hasta el corazón del bosque.

Algún día.

Todavía no.

Se transformó en escarabajo. Duro. Brillante. Se escabulló entre los pies de las Hermanas armadas con arcos y bajó la escalera. Trepó por los pies del chico tímido encargado de realizar las tareas diarias de la hermandad, el pobrecillo. Le daba miedo hasta su propia sombra.

—¡Chico! —oyó que gritaba la Superiora por el pasillo—. ¿Cuánto rato tendremos que esperar para que nos sirvas el té?

El muchacho lloriqueó, con un enorme estrépito apiló platos y galletas en una bandeja y echó a correr por el pasillo. La loca tuvo que esforzarse por mantener el equilibrio en los cordones de la bota.

—Por fin —dijo la Hermana Ignacia.

El chico depositó la bandeja en la mesa montando un auténtico escándalo.

—¡Lárgate! —estalló la Hermana Superiora—. Antes de que destruyas algo.

La loca se agazapó debajo de la mesa, agradeciendo la penumbra allí reinante. Su corazón acompañó al pobre chico, que cruzó la puerta con las manos unidas como si le quemasen. La Hermana aspiró con fuerza por la nariz. Entrecerró los ojos. La loca intentó hacerse lo más pequeña posible.

—¿No huele raro? —preguntó la Hermana al hombre sentado en la silla de enfrente.

La loca conocía a aquel hombre, aunque no vestía la túnica, sino una elegante camisa confeccionada con una tela exquisita y una chaqueta larga de lana ligera. Sus prendas olían a dinero. Estaba más arrugado que la última vez que lo vio. Su cara estaba agotada y vieja. La loca se preguntó si ella también tendría ese aspecto. Hacía tanto tantísimo tiempo que no se veía la cara...

—No huelo nada, señora —respondió el Gran Anciano—. Excepto el té y las galletas. Y su excelente perfume, claro está.

—No es necesario que me adule, joven —dijo la Hermana, pese a que el Gran Anciano era mucho mayor que ella. O lo parecía, al menos.

Sorprendida, la loca cayó en la cuenta de que, en comparación con el Gran Anciano, la Hermana Ignacia parecía no haber envejecido.

El hombre tosió para aclararse la garganta.

—Lo cual nos lleva al motivo por el que estoy aquí, mi querida señora. He hecho lo que usted me pidió, aprendí de todo lo que pude y los demás Ancianos siguieron mi ejemplo. He hecho todo lo posible para disuadirlo, pero ha sido inútil. Antain sigue con intención de dar caza a la bruja.

—¿Ha seguido al menos su consejo? ¿Ha mantenido en secreto sus planes?

La loca percibió un sonido curioso en la voz de la Hermana Superiora. Tristeza. Lo reconocería en cualquier parte.

—Por desgracia, no. La gente se ha enterado. No sé quién se lo ha contado, si él o su ridícula esposa. Él continúa creyendo que su plan es posible, y al parecer, ella también. Y ahora la gente también lo piensa. Tiene... esperanzas.

Pronunció la palabra como si fuera una pastilla amarga. El Gran Anciano se estremeció.

La Hermana suspiró. Se levantó y empezó a deambular de un lado a otro de la estancia.

—¿De verdad que no huele nada? —El Gran Anciano se encogió de hombros, y la Hermana negó con la cabeza—. Da igual. Con toda probabilidad, el bosque acabará matándolo. Jamás ha emprendido un viaje así. Carece de habilidades. No tiene ni idea de lo que hace. Y su desaparición impedirá que se formulen otras preguntas desagradables. Aunque cabe la posibilidad de que regrese. Eso es lo que me preocupa.

La loca se alejó de las sombras lo máximo posible. Descubrió que los movimientos de la Hermana eran cada vez más abruptos y caóticos. Vio que en el fondo de sus ojos brillaba un mar de lágrimas.

—Es demasiado arriesgado. —La Hermana inspiró hondo para serenarse—. Y no cierra las puertas a las preguntas. Que el joven regrese sin encontrar nada no significa que no haya nada que otro ciudadano temerario no pueda hallar en el bosque. Y si ese vuelve a fracasar, tal vez otro lo

intente. Y pronto, tantos resultados de «nada» se convertirán en «algo». Y así, el Protectorado empezará a tener ideas.

La Hermana Ignacia se había quedado blanca, según vio la loca. Estaba pálida y demacrada. Como si poco a poco se estuviera muriendo de hambre.

El Gran Anciano permaneció en silencio durante un buen rato. Volvió a toser antes de hablar.

—Supongo, mi querida señora... —Se interrumpió. Volvió a quedarse en silencio. Pero entonces continuó—: Supongo que una de sus Hermanas podría. Bueno. Si pudieran... —Tragó saliva. Hablaba con voz débil.

—Todo esto tampoco es fácil para nosotras. Veo que alberga usted sentimientos hacia el chico. De hecho, su tristeza.... —Se le quebró la voz y la lengua emergió rápidamente de su boca para desaparecer en el acto en su interior. Cerró los ojos y se ruborizó. Como si acabara de degustar el bocado más sabroso del mundo—. Veo que su dolor es muy real. Pero es inevitable. El muchacho no puede regresar. Y tiene que quedar muy claro que fue la bruja quien lo mató.

El Gran Anciano se recostó en el sofá bordado del despacho de la Hermana. Estaba también pálido y demacrado. Levantó la vista hacia el techo. Incluso desde el lugar recóndito donde se encontraba, la loca vio que tenía los ojos húmedos.

—¿Cuál de ellas? —preguntó con voz ronca—. ¿Quién lo hará?

—¿Acaso tiene importancia? —replicó la Hermana.

—Para mí sí.

La Hermana Ignacia se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Esperó un buen rato antes de hablar.

—Todas, lo sabe usted bien, están entrenadas a conciencia. No es... habitual que se vean superadas por las protestas de los sentimientos. Pero aun así... Las Hermanas estiman a Antain más que a cualquiera de los demás chicos de la Torre. De tratarse de otra persona, mandaría a cualquiera y ya estaría. Pero en este caso... —Suspiró, se volvió y se enfrentó al Gran Anciano—, lo haré yo.

Gherland parpadeó para evitar que le cayeran las lágrimas y clavó la mirada en la Hermana.

—¿Está segura?

—Lo estoy. Y quédese tranquilo. Seré rápida. Su muerte será indolora. No se percatará de mi llegada. Y no se enterará de qué ha acabado con él.

En el que Luna se entera de más cosas de lo que le
gustaría

Los muros de piedra eran increíblemente antiguos y estaban increíblemente húmedos. Luna temblaba. Abrió las manos, las cerró, las abrió y las cerró, las abrió y las cerró para intentar que circulara la sangre. Tenía las puntas de los dedos heladas. Pensó que jamás volvería a entrar en calor.

Los papeles se arremolinaban a sus pies. Cuadernos enteros trepaban por las paredes. Palabras escritas en tinta se despegaban de las páginas para arrastrarse por el suelo como bichos antes de regresar a su lugar, charlando todo el tiempo entre ellas. Todos los libros y todos los papeles tenían algo que decir. Murmuraban y deambulaban; hablaban entre ellos; se interrumpían unos a otros.

—¡Callad! —gritó Luna, tapándose los oídos con las manos.

—Perdón —musitaban los papeles.

Se esparcían para juntarse de nuevo; giraban en torbellinos enormes; se meneaban por la estancia formando olas.

—De uno en uno —ordenó Luna.

—Cra —graznó el cuervo. «Y basta de tonterías», quería decir.

Los papeles obedecieron.

La magia, afirmaban los documentos, era una materia digna de estudio.

Digna de ser conocida.

Y Luna se enteró de que una tribu de magos, brujas, poetas y sabios —todos ellos consagrados a la conservación, continuación y comprensión de la materia— había erigido en medio del bosque un antiguo castillo, rodeado por una torre más antigua si cabe, destinado a ser un refugio para el aprendizaje y el estudio de la magia.

Luna se enteró de que uno de aquellos sabios —una mujer alta de fuerza considerable (cuyos métodos eran a veces cuestionados)— había llevado hasta allí a una criatura que había encontrado abandonada en el bosque. La criatura era pequeña y estaba enferma. Sus padres habían muerto, o eso había contado al menos la mujer, y ¿para qué iba a mentir? La niña tenía el corazón destrozado; lloraba sin cesar. Era un manantial de tristeza. Los sabios decidieron llenarla hasta los

topes de magia. Decidieron rellenar con magia la piel, los huesos, la sangre e incluso el cabello de la niña. Querían ver si eran capaces de hacerlo. Querían saber si era posible. Se sabía que los adultos podían utilizar la magia y que los niños, en teoría, eran capaces de convertirse en seres mágicos. Pero era una teoría que nunca había sido probada ni observada, al menos no científicamente. Nadie había escrito nada sobre los hallazgos al respecto ni extraído conclusiones. Los sabios estaban hambrientos de conocimientos, pero algunos protestaron argumentando que el experimento podía matar a la criatura. Los demás contraatacaron diciendo que de no haberla encontrado, la niña habría muerto de todas formas. ¿Qué daño podía hacerle intentarlo?

Pero la niña no murió. La niña, con la magia inmersa en todas sus células, siguió creciendo. Creció, creció y creció. Todos percibían la magia con solo tocarla. Retumbaba bajo su piel. Llenaba los huecos de sus tejidos. Vivía en los espacios vacíos de sus átomos. Zumbaba en armonía con los filamentos de materia más diminutos. Su magia era partícula, onda y movimiento. Probabilidad y posibilidad. Se inclinaba, se ondulaba y se doblaba sobre sí misma. Inundaba todo su ser.

Pero uno de aquellos sabios —un mago anciano llamado Zósimos— se mostró en todo momento vehementemente contrario al *enmagizamiento* de la niña, y más aún a que se llevase a cabo aquel experimento. Zósimos había sido *enmagizado* de pequeño y conocía bien las consecuencias: los extraños sarpullidos, la alteración de los pensamientos, la desagradable prolongación de la vida. Oía a la niña llorar por las noches y sabía que en parte tenía que ver con aquella tristeza. Sabía que no todos los que vivían en el castillo eran buenos.

De modo que decidió poner fin al asunto.

Se autoproclamó tutor de la niña y sus destinos quedaron unidos. Esto, también, tuvo sus consecuencias. Zósimos alertó a los demás sabios sobre las maquinaciones de la Devoradora de Tristeza. Y mientras la tierra rugía y rugía a diario bajo sus pies, mientras la comunidad de sabios se mostraba cada vez más preocupada por una posible erupción volcánica, su miedo a la Devoradora de Tristeza iba en aumento. Su nombre, siempre que se mencionaba, iba acompañado por un escalofrío de terror.

(Luna, de pie en el centro de la sala, leyendo aquella historia y rodeada de papeles, también se estremeció.)

Y la niña creció. Y su poder aumentó. Era impulsiva y a menudo egocéntrica, como suelen ser los niños. Ni siquiera se dio cuenta de que el mago que tanto la amaba —su querido Zósimos— empezaba lentamente a marchitarse. A envejecer. A debilitarse. Nadie se percató. Hasta que ya fue demasiado tarde.

—Confiamos —le susurraron los papeles a Luna al oído— en que cuando vuelva a encontrarse con la Devoradora de Tristeza, nuestra niña sea mayor, más fuerte y más segura de sí misma. Esperamos que, después de nuestro sacrificio, sepa qué tiene que hacer.

—Pero ¿de quién se trataba? —preguntó Luna—. ¿Quién era esa niña? ¿Puedo ponerla sobre aviso?

—Ah —dijeron los papeles, temblando en el aire—. Pensábamos que ya te lo habíamos revelado. Se llama Xan.

En el que varias personas se adentran en el bosque

Xan estaba sentada junto a la chimenea, retorciendo el delantal entre los dedos hasta llenar la tela de nudos.

Algo flotaba en el ambiente. Lo notaba. Y algo pasaba bajo tierra: había algo que zumbaba, retumbaba, estaba rabioso. Lo notaba también.

Le dolía la espalda. Le dolían las manos. Las rodillas, las caderas, los codos, los tobillos y todos los huesos de sus pies hinchados le dolían, le dolían, le dolían muchísimo. Cada clic, cada pulsación, cada segundo que acercaba el mecanismo de la vida de Luna hacia el punto en el que cumpliría los trece hacía que Xan se sintiese más delgada, más encogida, más marchita. Era ligera y frágil como el papel.

«Papel —pensó—. Mi vida está hecha de papel. Pájaros de papel. Mapas de papel. Libros de papel. Diarios de papel. Palabras de papel y pensamientos de papel. Todo desaparece y se rompe y se arruga hasta quedarse en nada.»

Se acordaba de Zósimos. ¡Su querido Zósimos! ¡Qué cercano le parecía ahora! Inclinado sobre sus pliegos de papel con seis velas encendidas para alumbrar el perímetro de su mesa, escribiendo sus conocimientos sobre el espacio en blanco.

«Mi vida quedó escrita en papel y se conservó en papel, y todos esos estúpidos sabios redactaron notas, ideas y observaciones. De haber muerto, habrían dejado testimonio de mi defunción y no habrían derramado ni una lágrima. Y ahora, ahí está Luna, igual que yo. Y yo estoy aferrándome a la única palabra que podría explicarlo todo y que la niña no puede leer ni tan siquiera escuchar.»

No era justo. Lo que le habían hecho a Xan los hombres y las mujeres del castillo no era justo. Lo que Xan le había hecho a Luna no era justo. Lo que los ciudadanos del Protectorado les hacían a sus bebés no era justo. Nada era justo.

Xan se levantó y se acercó a la ventana. Luna no había regresado. Tal vez fuera lo mejor. Le dejaría una nota. Había cosas que era más fácil explicar sobre el papel.

Xan nunca había salido con tanto tiempo para recoger un bebé del Protectorado, pero no podía correr el riesgo de llegar tarde. No después de lo que le había sucedido la última vez. Y tampoco podía arriesgarse a que la vieran. Las transformaciones eran complicadas y tenía que enfrentarse a la posibilidad de que esta vez no tuviera las fuerzas necesarias para deshacer sus efectos. Más

consecuencias.

Xan se puso la capa de viaje, se calzó un par de botas robustas y comprobó que en la mochila llevaba todo lo necesario: biberones de leche, pañales limpios y algo de comida para ella. Murmuró un hechizo para que la leche no se estropeará e intentó ignorar hasta qué punto agotaba sus energías y sus ánimos.

—¿Qué pájaro? —musitó—. ¿Qué pájaro, qué pájaro?

Se planteó la posibilidad de transformarse en cuervo y aprovechar un poco su astucia, o en águila y sacar partido de su capacidad de batalla. Un albatros, con su vuelo tan fácil, le parecía asimismo una buena idea, excepto que la falta de agua podría impedirle el despegue y el aterrizaje. Al final se decantó por la golondrina; pequeña, sí, y delicada, pero buena voladora y con una vista excelente. Tendría que tomarse descansos, pero la golondrina era pequeña, de color pardo y prácticamente invisible para los depredadores.

Xan cerró los ojos, plantó los pies en el suelo y notó que la magia fluía por sus débiles huesos. Se tornó frágil, pequeña y ansiosa. Ojos brillantes, patas ágiles y un pico muy afilado. Agitó las alas y sintió con tanta intensidad la necesidad de echar a volar que pensó que moriría si no cumplía sus deseos. De modo que, con un grito agudo de tristeza, provocado por la sensación de soledad y añoranza de Luna, emprendió el vuelo hacia las copas de los árboles.

Era ligera como el papel.



Antain esperaba que su hijo naciera antes de emprender el viaje. Aún quedaban semanas para el Día del Sacrificio, pero no habría más nacimientos durante ese tiempo. En el Protectorado había una docena de embarazadas, pero todas empezaban tan solo a insinuar su vientre. Faltaban meses para que llegaran los partos, no semanas.

Por suerte, el alumbramiento fue sencillo. O eso afirmó Ehyne. Pero cada vez que ella gritaba, para Antain fue como si lo rompiesen por dentro. El parto fue un proceso escandaloso, caótico y aterrador, y le dio la impresión de que se prolongaba una eternidad, aunque en realidad solo duró una mañana. El bebé llegó llorando al mundo a la hora de comer.

«Todo un caballero —anunció la matrona—. Y llega a la hora más razonable.»

Le pusieron Luken, y la pareja contempló maravillada sus piececitos, sus manos delicadas, sus ojos fijos en las caras de sus padres. Llenaron de besos su boquita ansiosa y llorona.

Antain no había estado más seguro en toda su vida de lo que tenía que hacer.

Partió a la mañana siguiente, mucho antes del amanecer, mientras su esposa y su hijo todavía dormían en la cama. No soportaba la idea de tener que despedirse de ellos.



La loca estaba junto a la ventana, con la cara apoyada en los barrotes. Vio que el joven salía en silencio de la casa. Llevaba horas esperando su aparición. No tenía ni idea de cómo sabía que

tenía que esperarlo, pero lo sabía. El sol no había salido aún, y las estrellas brillaban como fragmentos de cristal esparcidos por el cielo. Vio que abría la puerta y la cerraba con cuidado a su espalda. Vio que posaba la mano en ella, que presionaba la madera con la palma. Pensó por un instante que iba a cambiar de idea, que iba a volver a entrar, que iba a regresar con su familia, que seguía durmiendo en la oscuridad. Pero no lo hizo. El joven cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y se puso en marcha, recorriendo a toda velocidad la calle en dirección al fragmento de la muralla que rodeaba la ciudad donde el ascenso era menos complicado.

La loca le lanzó un beso de buena suerte. Vio que se detenía un momento y se estremecía al recibirlo. Luego continuó camino enseguida, sus pasos eran visiblemente más ligeros. La loca sonrió.

Antes tenía una vida. Antes había un mundo donde vivía, aunque ahora apenas lo recordaba. La vida anterior de la loca era tan insustancial como el humo. Ahora vivía en un mundo de papel. Pájaros de papel, mapas de papel, gente de papel, polvo, tinta, pulpa de madera y tiempo.

El joven continuó caminando al cobijo de la oscuridad, comprobando en todo momento que nadie lo siguiera. Llevaba una mochila y una colchoneta para dormir colgadas a la espalda. Un abrigo que resultaría excesivamente pesado durante el día y poco caliente para las noches. Y, colgado a la cadera, un largo cuchillo afilado.

—No debes ir solo —susurró la loca—. En el bosque hay peligros que te seguirán en cuanto te adentres en él. Y uno de ellos es mucho más temible de lo que te imaginas.

De pequeña, la loca había oído historias sobre la bruja. Vivía en el bosque, según le habían contado, y tenía un corazón de tigre. Pero las leyendas se equivocaban, y la verdad que escondían estaba retorcida y alterada. La bruja estaba allí, en la Torre. Y pese a que no tenía el corazón de un tigre, era capaz de hacerte pedazos si se le presentaba la oportunidad.

La loca fijó la vista en los barrotes de hierro de la celda, que ya no eran de hierro sino de papel. Los hizo trizas. Y las piedras que rodeaban el hueco de la ventana ya no eran piedras, sino terrones de pulpa de papel. Los retiró con las manos.

Los pájaros de papel de su alrededor murmuraron, revolotearon y graznaron. Abrieron las alas. Sus ojos se iluminaron. Y simultáneamente levantaron el vuelo para salir por la ventana cargando con la loca a sus espaldas, elevándose silenciosamente hacia el cielo.



Las Hermanas descubrieron la fuga de la loca una hora después de que amaneciera. Hubo acusaciones, explicaciones, grupos de búsqueda, exploraciones forenses y equipos de detectives. Rodaron cabezas. La limpieza fue un trabajo largo y desagradable. Pero discreto, por supuesto. Las Hermanas no podían permitirse que la noticia de la fuga se filtrara al Protectorado. Lo último que necesitaban era que la población empezara a tener ideas raras. Las ideas, al fin y al cabo, son peligrosas.

El Gran Anciano Gherland solicitó una reunión con la Hermana Ignacia justo antes de comer, a pesar de que ella protestó argumentando que tenía un día muy complicado.

—¡Me importan dos pepinos las complicaciones femeninas que puedan ustedes tener! —rugió

el Gran Anciano en cuanto entró en el despacho.

Las demás Hermanas desaparecieron rápidamente lanzando al Gran Anciano miradas asesinas que, por suerte, no vio.

La Hermana Ignacia creyó más adecuado no mencionar la fuga. Pidió que les sirvieran té y galletas y ofreció su hospitalidad al furioso Gran Anciano.

—Por favor, querido Gherland —dijo—. ¿Qué sucede? —preguntó, mirándolo con ojos de depredador.

—Sucede que ha sucedido —sentenció Gherland con voz débil.

Inconscientemente, los ojos de la Hermana Ignacia volaron en dirección a la celda vacía.

—¿Ha sucedido? —inquirió.

—Mi sobrino. Se ha marchado esta mañana. Su esposa y el bebé se han refugiado en casa de mi hermana.

La cabeza de la Hermana Ignacia se puso a pensar a toda velocidad. No podía ser que las dos desapariciones estuvieran relacionadas. Era imposible. Ella lo habría sabido..., ¿no? Era evidente que se había producido una caída notable en el nivel de tristeza de la loca. La Hermana Ignacia no le había dado mayor importancia. A pesar del fastidio de tener que pasar hambre en su propia casa, la pena abundaba en el Protectorado, se cernía sobre la ciudad como una nube.

O normalmente así era. Pero aquel rayo de esperanza generado por Antain empezaba a diseminarse por la ciudad, aliviando la tristeza. Oyó que le rugía el estómago.

Sonrió y se levantó. Posó con delicadeza la mano en el brazo del Gran Anciano, presionándoselo con ternura. Sus uñas afiladas traspasaron la tela como las garras de un tigre, haciéndolo gritar de dolor. La Hermana Ignacia sonrió y le estampó un beso en ambas mejillas.

—No tema, chico —dijo—. Deje a Antain en mis manos. El bosque está lleno de peligros. —Se cubrió la cabeza con la capucha y se encaminó hacia la puerta—. Dicen que hay una bruja. ¿Lo sabía?

Y desapareció hacia el pasillo.



—No —dijo Luna—. No, no, no, no, no. —Retuvo en las manos un instante la nota de su abuela antes de hacerla pedazos. No leyó más que la primera frase—. No, no, no, no, no.

—Cra —dijo el cuervo, aunque quería decir «No hagas una estupidez».

La rabia se apoderó del cuerpo de Luna, de la cabeza a los pies. «Así es como debe de sentirse un árbol —pensó— cuando lo alcanza un rayo.» Miró furiosa los papelitos de la nota, deseando que se unieran de nuevo para poder volver a destrozarla.

(Dio media vuelta antes de darse cuenta de que los trocitos de papel temblaban levemente, acercándose entre ellos.)

Luna lanzó una mirada desafiante al cuervo.

—Voy a ir a por ella.

—Cra —graznó el cuervo, aunque Luna sabía que estaba diciéndole: «Me parece una idea muy estúpida. Ni siquiera sabes hacia dónde ir».

—Lo sé perfectamente —replicó Luna, levantando la barbilla y extrayendo el diario de la mochila—. ¿Lo ves?

—Cra —graznó el cuervo. «Eso te lo has inventado —quería decir—. Una vez soñé con que podía respirar debajo del agua como un pez. Y ¿verdad que no me has visto intentarlo?»

—No está lo bastante fuerte —dijo Luna, y notó que la voz empezaba a quebrarsele. ¿Y si su abuela sufría algún percance en el bosque? ¿Y si caía enferma? ¿Y si se perdía? ¿Y si no volvía a verla nunca más?—. Necesito ayudarla. La necesito.

(Los fragmentos de papel donde estaba escrito «Querida» y «Luna» unieron sus márgenes, fusionándose limpiamente hasta que no quedó evidencia alguna de su separación. Y lo mismo sucedió con el fragmento que rezaba «Cuando leas esto» y aquel en el que ponía «hay cosas que debo explicarte». Y abajo se sumó el fragmento donde decía «eres mucho más de lo que crees ser».)

Luna se calzó las botas, preparó una mochila con todo lo que consideró que podría resultarle de utilidad durante un viaje. Queso curado. Frutos secos. Una manta. Una cantimplora con agua. Una brújula con un espejo. El mapa estelar de su abuela. Un cuchillo muy afilado.

—Cra —graznó el cuervo, aunque quería decir: «¿No piensas avisar a Glerk y a Fyrian?».

—Por supuesto que no. Lo único que harían sería intentar impedir que me vaya.

Luna suspiró.

(Correteaba por la estancia un papelito, ligero como un ratón. Luna ni se dio cuenta. Ni tampoco se percató de que ascendía por su pierna y por la espalda del abrigo. No se dio cuenta de que se introducía en su bolsillo.)

—No —sentenció al fin—. Ya deducirán adónde he ido. Y además, cualquier cosa que diga saldrá mal. Todo me sale mal.

—Cra —dijo el cuervo. «Me parece que no es cierto.»

Pero lo que pensara el ave daba igual. Luna ya había tomado una decisión. Se cubrió la cabeza con la capucha y miró el mapa que había dibujado. Parecía suficientemente detallado. El cuervo, por supuesto, tenía razón, y Luna, por supuesto, sabía que el bosque era muy peligroso. Pero conocía el camino. Estaba segura.

—¿Vienes conmigo o qué? —le dijo al cuervo, al salir de casa y pisar el césped.

—Cra —dijo el cuervo. «Hasta los confines de la Tierra, mi Luna. Hasta los confines de la Tierra.»



—Vaya —exclamó Glerk, viendo el caos reinante en la casa—. Esto no tiene buena pinta.

—¿Dónde está tía Xan? —gimoteó Fyrian. Hundió la cara en un pañuelo, al que prendió fuego y luego apagó con sus lágrimas—. ¿Por qué no se ha despedido?

—Xan sabe cuidar bien de sí misma —dijo Glerk—. Es Luna la que me preocupa.

Lo dijo porque parecía la verdad. Pero no lo era. Su preocupación por Xan no lo dejaba vivir. «¿En qué estará pensando esa mujer? —gimoteó Glerk, sumido en sus cavilaciones—. ¿Cómo podría traerla de vuelta sana y salva a casa?»

Glerk se sentó en el suelo, enrolló la cola alrededor de su cuerpo y leyó la nota que Xan le había dejado a Luna.

Querida Luna:

Cuando leas esto, estaré viajando por el bosque a toda velocidad.

—¿A toda velocidad? Ah, claro —murmuró—. Se ha transformado.

Movió la cabeza en un gesto de preocupación. Glerk sabía mejor que nadie que la magia de Xan se estaba agotando. ¿Qué pasaría si no podía recuperarse de su metamorfosis? ¿Si se quedaba permanentemente *ardillizada*, *pajarizada* o *aciervada*? O, más preocupante si cabe, ¿qué pasaría si solo conseguía transformarse a medias?

Estás experimentando cambios, cariño. Tanto por dentro como por fuera. Sé que lo percibes y que no tienes palabras para expresarlo. Es culpa mía. No tienes ni idea de quién eres, y eso también es por mi causa. Hay cosas que te he ocultado debido a las circunstancias y cosas que he evitado contarte porque no quería partirte el corazón. Pero eso no altera los hechos: eres mucho más de lo que crees ser.

—¿Qué dice, Glerk? —preguntó Fyrian, revoloteando de un lado a otro de la cabeza del monstruo, como un abejorro insistente y pesado.

—Dame un momento, por favor, amigo mío —murmuró en respuesta.

Al oír que Glerk pronunciaba la palabra «amigo» para referirse a él, Fyrian estalló de felicidad. Chasqueó la lengua contra el paladar e hizo un salto mortal hacia atrás y un doble giro en el aire, lo que lo llevó a golpearse sin querer la cabeza contra el techo.

—Por supuesto que te concedo un momento, Glerk, amigo mío —dijo Fyrian, llevándose una mano a la cabeza para tocarse el chichón—. Te daré todos los momentos del mundo.

Revoloteó hasta posarse en el brazo del balancín y se quedó lo más inmóvil que le fue posible.

Glerk estudió con más detalle el papel, no las palabras escritas en él, sino la hoja en sí. Se veía que lo habían roto, pero estaba unido de nuevo con tanta perfección que la mayoría ni siquiera se daría cuenta. Xan sí lo habría visto. Glerk lo observó incluso con más atención y vislumbró los hilos de la magia, todos sus filamentos. Azules. Con un destello plateado en los bordes. Los había a millones. Y ninguno de ellos había sido creado por Xan.

—Luna —musitó—. Ay, Luna.

Estaba empezando antes de lo previsto. La magia. Todo su poder, aquel océano que tenía almacenado en su interior, comenzaba a filtrarse. No tenía manera de saber qué pretendía hacer la niña con su magia, ni siquiera si se había percatado de que la poseía. Se acordó de cuando Xan era pequeña, de cómo hacía explotar la fruta madura y la transformaba en una lluvia de estrellas con solo acercarse a ella. Por aquel entonces era peligrosa, tanto para sí misma como para los demás. Igual que Luna de niña. Igual que Luna debía de serlo ahora.

Cuando eras un bebé, te rescaté de un destino horroroso. Y entonces, sin querer, te ofrecí la luna para que bebieras de ella... y lo hiciste, lo cual te expuso a otro destino terrible. Lo siento. Vivirás mucho tiempo y olvidarás muchas cosas; tus seres queridos morirán y tú seguirás adelante. Este ha sido mi destino. Y ahora es el tuyo. Y la razón de ser de este destino es solo una:

Glerk conocía esa razón, naturalmente, pero en la carta no aparecía. Había un orificio de perfiles perfectos allí donde había estado escrita la palabra «magia». Miró a su alrededor, pero no encontró el fragmento por ningún lado. Era una de las cosas que, en general, no soportaba de la magia. Era un tema problemático. De locos. Con vida propia.

Es la palabra que tu mente no podía retener, la palabra que define tu vida. Del mismo modo que ha definido la mía. Solo confío en disponer de tiempo suficiente para explicártelo todo antes de volver a abandonarte, por última vez. Te quiero más de lo que soy capaz de expresar.

Tu abuela, que te quiere

Glerk dobló la carta y la dejó bajo la vela. Miró a su alrededor y suspiró. Era cierto, los días de Xan iban menguando, y era verdad que, en comparación a su vida tan larga, la de la bruja no era más que un suspiro prolongado, o superficial, o un simple parpadeo. Pronto se marcharía para siempre. Notó que el corazón le subía a la garganta y se le formaba un nudo, duro, imposible de engullir.

—¿Glerk? —se aventuró a decir Fyrian.

Revoloteó hacia la cara del anciano monstruo del pantano y vio que tenía los ojos húmedos. Glerk parpadeó y se quedó mirándolo. El dragoncillo, había que reconocérselo, era un personaje tierno. De gran corazón. Joven. Lo cual tampoco era natural. Había llegado el momento de que creciera.

Ya había pasado, en realidad.

Glerk se levantó y se apoyó sobre sus pies y sobre su primer par de brazos, echándose un poco hacia atrás para aliviar la tortícolis. Adoraba su pequeño pantano, por supuesto, y le encantaba su pequeña vida en el cráter del volcán. La había elegido y no se arrepentía. Pero también amaba el mundo. Había dejado muchas cosas atrás para vivir con Xan. Y él apenas las recordaba. Pero sabía que eran copiosas, llenas de vida e inmensas. La Ciénaga. El mundo. Todos los seres vivos. Había olvidado lo mucho que le gustaba todo aquello. El corazón le dio un vuelco cuando dio el primer paso.

—Vamos, Fyrian —dijo, extendiendo la mano superior izquierda para que el dragoncillo aterrizara en su palma—. Nos vamos de viaje.

—¿De verdad? —cuestionó Fyrian—. ¿Lejos de aquí, te refieres?

—No existen viajes de mentira, joven amigo. Y sí. Lejos. Un viaje de ese tipo.

—Pero... —empezó a decir Fyrian. Voló para separarse de la mano y colocarse en el lado opuesto de la voluminosa cabeza del monstruo del pantano—. ¿Y si nos perdemos?

—Yo nunca me pierdo —le aseguró Glerk.

Y era verdad. Hacía mucho, muchísimo tiempo, había dado la vuelta al mundo más veces de las que era capaz de contar. Y había viajado por el mundo. Por encima y por debajo. Un poema. Una Ciénaga. Un profundo anhelo. Apenas lo recordaba ahora, claro está, era uno de los gajes de tener una vida tan larga.

—Pero... —empezó a quejarse de nuevo Fyrian, volando de un lado de la cara de Glerk al otro y vuelta a empezar—. ¿Y si asustamos a la gente? Con el tamaño tan excepcional que tengo... ¿Y si

huyen despavoridos?

Glerk lo miró sin hacerle caso.

—A pesar de que es cierto, mi joven amigo, que tu tamaño es..., digamos, excepcional, creo que con una simple explicación por mi parte aplacaremos esos temores. Como bien sabes, tengo una habilidad asombrosa para dar explicaciones.

Fyrian aterrizó en la espalda de Glerk.

—Es verdad —murmuró—. Nadie se explica mejor que tú, Glerk.

Y entonces proyectó su cuerpecillo contra la gigantesca espalda húmeda del monstruo del lago y abrió los brazos en un intento de abrazo.

—No es necesario, en serio —dijo Glerk, y Fyrian retrocedió para revolotear de nuevo alrededor de su amigo—. Mira —prosiguió—. ¿Lo ves? Huellas de Luna.

Y el anciano monstruo del pantano y el Dragón Perfectamente Minúsculo las siguieron hasta adentrarse en el bosque.

Y a cada huella que veía, Glerk fue comprendiendo que la magia que brotaba de los pies de la niña iba en aumento.

Rezumaba, resplandecía, se encharcaba en el suelo, se derramaba por todos lados. A aquel ritmo, ¿cuánto tardaría en fluir como agua, en viajar como los arroyos, ríos y océanos? ¿Cuánto tardaría en inundar el mundo?

¿Cuánto?

En el que se cuenta una historia sobre un volcán

No se trata de un volcán normal y corriente, ¿sabes? Este fue creado hace miles de años por una bruja.

¿Qué bruja? Ah, eso sí que no lo sé. No fue nuestra bruja, seguro. Es vieja, pero no tanto. Pues claro que no tengo ni idea de qué edad tiene. No lo sabe nadie. Y nadie la ha visto jamás. Dicen que a veces adquiere el aspecto de una chica, otras el de una anciana y otras el de una mujer adulta. Todo depende.

En el volcán hay dragones. O los había. Tiempo atrás había dragones por todas partes, pero ahora hace una eternidad que nadie los ve. Quizá más.

¿Cómo quieres que sepa lo que les pasó? Tal vez se los haya llevado la bruja. Tal vez se los haya comido. Siempre está hambrienta, ¿sabes? La bruja. Te lo digo para que lo sepas y no salgas de la cama por la noche.

Cada vez que el volcán entra en erupción, lo hace con más rabia, con más ferocidad. Tiempo atrás, era pequeño como un montículo de hormigas. Luego alcanzó el tamaño de una casa. Pero ahora es más grande que el bosque. Y llegará un día en el que abarcará el mundo entero, ya lo verás.

La última vez que el volcán entró en erupción fue porque lo provocó la bruja. ¿No me crees? Es tan verdad como que tú estás aquí. En aquellos tiempos, el bosque era seguro. No había pozos ni fumarolas venenosas. Nada ardía. Y en el interior del bosque había pueblos. Pueblos que recolectaban setas. Pueblos que comerciaban con miel. Pueblos que fabricaban bellas esculturas de barro y las cocían al fuego. Y estaban conectados entre ellos mediante senderos y caminos que cruzaban y atravesaban el bosque como una telaraña.

Pero la bruja. La bruja odia la felicidad. Lo odia todo. De modo que ocupó las entrañas del volcán con su ejército de dragones.

—¡Vomitad! —les gritó a los dragones. Y vomitaron fuego en el corazón de la montaña—. ¡Vomitad! —volvió a gritarles.

Los dragones estaban aterrados. Por si no lo sabes, son criaturas malvadas que se caracterizan por su violencia y su carácter hipócrita y mentiroso. Pero las mentiras de un dragón no eran nada en comparación con la maldad de la bruja.

—Por favor —dijeron los dragones, temblando pese al calor—. Detente, por favor.

Destruirás el mundo.

—Y ¿qué me importa a mí el mundo? —exclamó la bruja riendo—. El mundo me ha importado siempre un comino. Si quiero que arda, pues arderá.

A los dragones no les quedó otro remedio que obedecer. Vomitaron y vomitaron fuego hasta que se quedaron reducidos a cenizas, ascuas y humo. Vomitaron hasta que el volcán estalló hacia el cielo, derramando destrucción sobre el bosque, sobre las granjas y sobre los prados. Incluso la Ciénaga quedó destruida.

Y la erupción del volcán habría arrasado con todo de no ser por el valiente pequeño mago que se metió en el volcán y... Bueno, la verdad es que no sé exactamente qué hizo, pero lo detuvo y salvó el mundo. Murió, el pobrecillo. Y es una lástima que no matara a la bruja, pero nadie es perfecto. A pesar de todo, tenemos que estarle agradecidos por su hazaña.

No obstante, el volcán nunca se apagó del todo. El mago lo detuvo, pero se hundió en el subsuelo. Ahora derrama su furia en los estanques de agua, en los lodazales y en las fumarolas tóxicas. Envenena la Ciénaga. Contamina el agua. Es la razón por la cual nuestros hijos pasan hambre y nuestras abuelas se marchitan y nuestras cosechas suelen estar condenadas al fracaso. Es el motivo por el cual nunca podremos abandonar este lugar y por el que no merece la pena intentarlo.

Pero da igual. Algún día volverá a entrar en erupción. Y será el fin de nuestras desgracias.

En el que las cosas son más difíciles de lo que se
suponía

Luna llevaba poco tiempo andando cuando se vio muy muy perdida y muy muy asustada. Llevaba encima el mapa y visualizaba mentalmente la ruta que debía seguir, pero ya se había extraviado.

Las sombras parecían lobos.

Los árboles chasqueaban y crujían con el viento. Sus ramas se curvaban como garras afiladas y arañaban el cielo. Los murciélagos chillaban y los búhos ululaban su respuesta.

Las rocas chirriaban bajo sus pies y, más abajo, notaba que la montaña se removía, se removía, se removía. El suelo estaba caliente, luego frío, después otra vez caliente.

Luna tropezó en la oscuridad y cayó sin querer en un barranco lleno de barro.

Se hizo un corte en la mano; se torció el tobillo; se golpeó la cabeza contra una rama baja y se quemó la pierna en un manantial de agua hirviendo. Estaba casi segura de que tenía el pelo ensangrentado.

—Cra —dijo el cuervo. «Ya te dije que no era buena idea.»

—Calla —murmuró Luna—. Eres peor que Fyrian.

—Cra —dijo de nuevo el cuervo, aunque esta vez su graznido significaba un montón de palabrotas irrepetibles.

—¡Esa boquita! —lo regañó Luna—. Y ese tono que usas no me gusta ni un pelo.

Entretanto, dentro de la niña continuaban sucediendo cosas inexplicables. Aquel tictac que había sentido prácticamente toda su vida se había transformado en el din don de una campana. La palabra «magia» existía. Lo sabía. Pero qué era y qué significaba seguía siendo todavía un misterio.

Había algo en el bolsillo que le molestaba. Algo como de papel que rascaba, se arrugaba e incordiaba. Luna intentó ignorarlo. Tenía problemas más acuciantes por los que preocuparse.

El bosque era una selva de árboles y matorrales. Las sombras anulaban la luz. A cada paso que daba, se detenía y calculaba con tiento dónde poner el pie a continuación, buscaba terreno sólido. Llevaba toda la noche andando, y la luna, casi llena, había desaparecido tras los árboles, llevándose con ella la luz.

«¿Dónde te has metido?», parecían decirle las sombras, chasqueando la lengua, tosiendo.

No había luz suficiente para ver el mapa que había dibujado. Aunque de poco le serviría habiéndose alejado tanto del camino previsto.

—Esto está chupado —murmuró Luna, dando otro paso con cuidado.

El camino era complicado en aquel punto: curvas cerradas y formaciones rocosas afiladas como agujas. Luna notaba la vibración del volcán bajo sus pies. No paraba, ni siquiera un momento. «Duerme —pensó—. Se supone que tendrías que estar dormido.» Pero el volcán, al parecer, no estaba al corriente.

—Cra —graznó el cuervo, aunque quería decir «Olvídate del volcán. La que deberías dormir eres tú».

Y tenía razón. Perdida como estaba, Luna no avanzaba en absoluto. Lo que tendría que hacer era pararse, descansar y esperar a que se hiciese de día.

Pero su abuela estaba por allí.

¿Y si estaba malherida?

¿Y si había caído enferma?

¿Y si no regresaba?

Luna sabía que todo lo que está vivo tiene que morir algún día; lo había visto con sus propios ojos en las muchas ocasiones en las que había ayudado a su abuela. La gente moría. Y a pesar de que los seres queridos se ponían muy tristes, a la persona en cuestión le daba igual. Estaba muerta, al fin y al cabo. Había pasado a preocuparse de otros asuntos.

En una ocasión le preguntó a Glerk qué le pasaba a la gente cuando fallecía.

Glerk había cerrado los ojos y había dicho: «La Ciénaga». Lo había acompañado de una sonrisa soñadora. «La Ciénaga. La Ciénaga. La Ciénaga.» Era la cosa más poco poética que había dicho en su vida. Y Luna se había quedado impresionada. Aunque no hubiese respondido a su pregunta.

La abuela de Luna nunca hablaba de que podía morir. Pero era evidente que sucedería, y muy probable que estuviera muriéndose. Aquella delgadez, aquella debilidad, aquella conducta evasiva... Había preguntas con una sola y terrible respuesta que su abuela se negaba a proporcionar.

Luna siguió caminando con el corazón dolorido.

—Cra —dijo el cuervo. «Ve con cuidado.»

—Ya lo tengo —contestó Luna con malos modos.

—Cra —dijo el cuervo. «A los árboles les pasa algo muy raro.»

—No sé de qué me hablas —replicó Luna.

—¡Cra! —gritó el cuervo. «¡Mira por dónde pisas!»

—¿Y qué te piensas que intento...?

Pero Luna ya no dijo más. El suelo rugió, las rocas bajo sus pies cedieron y cayó, girando en remolino, hacia la oscuridad.

En el que una loca encuentra una casa en un árbol

Volar a lomos de una bandada de pájaros de papel es menos cómodo de lo que cabría imaginar. Y a pesar de que aquella mujer loca estaba acostumbrada a las incomodidades, el movimiento de las alas le estaba afectando la piel. Los cortes que le provocaban empezaban a sangrar.

—Solo un poco más —dijo.

Veía mentalmente el lugar. Un pantano. Una serie de cráteres. Un árbol muy grande con una puerta. Un pequeño observatorio a través del cual podían verse las estrellas.

«Ella está aquí, está aquí, está aquí.» Durante todos aquellos años, su corazón había dibujado su imagen. La de su hija, no un resultado de su imaginación, sino ella en su mundo. El dibujo que había trazado su corazón era real. Ahora lo sabía.

Antes de que la loca naciera, su madre había sacrificado un bebé para la bruja. Un niño. O eso le habían dicho. Y sabía que su madre había tenido visiones de su hijo creciendo. Las tuvo hasta que murió. Y ahora la loca veía a su amada criatura convertida ya en una niña mayor. Cabello negro, ojos negros, la piel del color del ámbar pulido. Una joya. Manos inteligentes. Mirada escéptica. Las Hermanas le decían que era un producto de su locura, pero había podido trazar un mapa que la llevaría hasta donde estaba su hija. Por el tamborileo y el calor que percibía en los huesos, sabía que no se equivocaba.

—Allí —dijo la loca, señalando hacia abajo.

Un pantano. Igual que el que había visualizado. Era real.

Siete cráteres delimitaban sus bordes. Igual que en sus visiones. También eran reales.

Un taller construido con piedra, con un observatorio. También real.

Y allí, junto al pequeño jardín y el establo, junto a dos sillas de madera instaladas en una pérgola, un árbol enorme. Con una puerta. Y ventanas.

El corazón de la loca dio un gran salto.

«Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

Los pájaros ascendieron unos instantes antes de iniciar lentamente el descenso hacia el suelo, depositando a la loca con la misma delicadeza con que una madre posaría a su bebé en la cuna.

«Está aquí.»

La loca pisó el suelo. Abrió la boca. Notó que el corazón le abarcaba el pecho entero. Debía de haberle puesto nombre a su hija. Tenía que haberlo hecho.

«¿Qué hija? —le susurraban con frecuencia las Hermanas—. Nadie sabe de qué hablas.»

«Nadie se llevó a tu bebé —le decían—. Fuiste tú quien la perdió. Tú la llevaste al bosque y la perdiste. Eres una tonta.»

«Tu bebé murió. ¿Acaso no lo recuerdas?»

«Vaya cosas que te inventas. Tu locura va a peor.»

«Tu bebé era peligrosa.»

«Jamás tuviste un bebé.»

«La vida que recuerdas no es más que una fantasía de tu mente enferma.»

«Has estado loca toda tu vida.»

«Solo nuestra tristeza es real. Tristeza, tristeza, tristeza.»

Pero ella sabía que el bebé existía. Como la casa en la que vivía y el esposo que la amaba. Que ahora tenía una nueva mujer y una nueva familia. Y otro bebé.

«Jamás tuviste un bebé.»

«Nadie sabe quién eres.»

«Nadie te recuerda.»

«Nadie te echa de menos.»

«Tú no existes.»

Las Hermanas eran venenosas, culebreaban, siseaban. Sus voces trepaban por su espalda y se envolvían por su cuello. Sus mentiras la asfixiaban. Aunque ellas simplemente hacían lo que se les ordenaba. En la Torre había una única mentirosa, y la loca sabía quién era.

Negó con la cabeza.

—Mentiras —dijo en voz alta—. Ella siempre me contó mentiras.

Sabía que en su día había sido una chica enamorada. Y una esposa inteligente. Y una futura madre. Y una madre enojada. Y una madre triste. Y que su tristeza la había vuelto loca, sí. Naturalmente. Pero, por otro lado, le había hecho ver la verdad.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —musitó.

Encorvó la espalda y se abrazó el vientre, como intentando con ello contener la tristeza en el cuerpo. Un truco ineficaz, por desgracia. Había necesitado años para aprender otras maneras de boicotear a la Devoradora de Tristeza.

Los pájaros de papel sobrevolaban su cabeza, un aleteo silencioso. Estaban aguardando órdenes. Esperarían el día entero. Ella bien lo sabía. Aunque no tenía ni idea de cómo lo sabía.

—¿Hay...? —Se le quebró la voz. Sonaba afónica y quejumbrosa por falta de uso. Tosió para aclararse la garganta y volver a intentarlo—. ¿Hay alguien aquí?

No hubo respuesta.

Lo intentó de nuevo.

—No recuerdo cómo me llamo. —Era cierto. La verdad, decidió, era su única arma—. Pero tuve un nombre. En su día. Estoy buscando a mi hija. Tampoco recuerdo cómo se llama. Pero existe. Mi nombre también existe. Vivía con mi hija y mi esposo antes de que todo se fuera al traste. Se la llevaron. Los hombres malos me la arrebataron. Y las mujeres malas. Es posible que también hubiera una bruja. Aunque de esto último no estoy segura.

Seguía sin recibir respuesta.

La loca miró a su alrededor. Los únicos sonidos que se oían eran el burbujeo del pantano y el crujido de las alas de papel. La puerta del vientre del gigantesco árbol estaba entreabierta. Cruzó el jardín. Le dolían los pies. Iba descalza y los tenía muy sensibles. ¿Cuándo había sido la última vez que había pisado la tierra? Ni siquiera lo recordaba. La celda era pequeña. La piedra del suelo era lisa. Podía recorrer el espacio de un extremo al otro en seis cortos pasos. De pequeña, corría descalza siempre que podía. Pero de eso hacía mil vidas. Tal vez se tratara incluso de otra persona.

Oyó los balidos de una cabra. Luego de otra. Una tenía el color del pan tostado y la otra el del carbón. Miraron a la loca con los ojos muy abiertos y húmedos. Estaban hambrientas. Tenían las ubres hinchadas. Había que ordeñarlas.

Sorprendida, recordó que había ordeñado cabras. Mucho tiempo atrás.

Las gallinas cloqueaban en el corral y golpeaban con el pico las vallas de madera de sauce que las mantenían encerradas. Agitaban las alas con desesperación.

También tenían hambre.

—¿Quién cuida de todos vosotros? —preguntó la loca—. ¿Dónde están?

Ignoró la llamada lastimera de los animales y cruzó la puerta.

En el interior había una casa limpia, ordenada y agradable. Alfombras en el suelo. Cojines en las sillas. Había dos camas recogidas hacia el techo mediante un mecanismo de cuerdas y poleas. Había vestidos colgados en perchas y abrigos en un perchero. Justo debajo de una de las camas había una colección de bastones apoyados en la pared. Había mermeladas, ramilletes de hierbas, carnes secas conservadas con especias y sal. Un queso redondo se curaba en la mesa. Cuadros colgados en la pared, dibujos hechos sobre madera, papel o corteza de árbol. Un dragón sentado en la cabeza de una anciana. Un monstruo de aspecto extraño. Una montaña con una luna, como un colgante en un cuello. Una torre con una mujer de pelo negro asomándose en una ventana, extendiendo la mano hacia un pájaro. «Ella está aquí», se leía debajo.

Todas las imágenes estaban firmadas con una caligrafía infantil: «Luna».

—Luna —susurró la loca—. Luna, Luna, Luna.

Y cada vez que repetía la palabra, notaba que algo en su interior se colocaba en su debido lugar. El corazón le latía con fuerza. Latía. Latía. Sofocó un grito.

—Mi hija se llama Luna —musitó.

Sabía de todo corazón que era cierto.

Las camas estaban frías. La chimenea también. No había zapatos en la alfombra de la entrada. Allí no había nadie. Lo que significaba que Luna y quienquiera que viviese en la casa no estaban. Se habían ido al bosque. Y en el bosque había una bruja.

En el que Luna encuentra un pájaro de papel.
Varios, de hecho

Cuando Luna recuperó la consciencia, el sol ya estaba en lo alto del cielo. Estaba tendida sobre algo muy blando, tanto que al principio creyó que se trataba de su propia cama. Abrió los ojos y vio el cielo, recortado entre las ramas de los árboles. Forzó la vista entrecerrando los ojos, se estremeció y se incorporó. Intentó orientarse.

—Cra —dijo el cuervo. «Gracias a Dios.»

Evaluó el estado de su cuerpo. Tenía un corte en la mejilla, pero no parecía muy profundo, y un chichón en la cabeza que le dolía si lo tocaba. Tenía sangre seca en el pelo. El vestido estaba rasgado en el bajo y en los codos. Aparte de eso, no parecía que hubiera nada roto, lo cual en sí mismo era excepcional.

Y más excepcional si cabe era que estaba tumbada a orillas de un riachuelo, sobre un lecho de setas que habían adquirido un tamaño enorme. Luna no había visto jamás unas setas tan grandes. Ni tan cómodas. No solo habían amortiguado su caída, sino que además habían impedido que cayera al agua y se ahogase.

—Cra —dijo el cuervo. «Volvamos a casa.»

—Espera un momento —dijo Luna malhumorada.

Buscó en el interior de la mochila y extrajo su cuaderno. Lo abrió por donde estaba el mapa. Su casa aparecía señalada. Estaban también indicados riachuelos, altozanos y salientes rocosos. Lugares arriesgados. Viejas ciudades que se hallaban ahora en ruinas. Riscos. Fumarolas. Cascadas. Géiseres. Sitios que no podía cruzar. Y el lugar donde se encontraban, justo en la esquina inferior.

«Setas», anunciaba el mapa.

—¿Setas? —dijo Luna en voz alta.

—Cra —graznó el cuervo. «¿De qué hablas?»

Las setas del mapa estaban junto a un riachuelo que no llevaba hacia el camino que quería seguir, pero sí hacia un lugar donde podía cruzar para llegar a terreno más estable. Tal vez.

—Cra —gimoteó el cuervo. «Volvamos a casa, por favor.»

Luna negó con la cabeza.

—No —dijo—. Mi abuela me necesita. Lo siento en los huesos. Y no pienso marcharme del bosque sin ella.

Se incorporó con una mueca de dolor, guardó el cuaderno en la mochila e intentó emprender la marcha sin cojear.

A cada paso que daba, las heridas le dolían un poco menos y la cabeza se le aclaraba un poco más. A cada paso que daba, notaba los huesos más fuertes y menos magullados, e incluso la sangre seca del pelo parecía menos pesada, crujiente y pegajosa. Al cabo de un rato, se pasó la mano por el cabello y comprobó que estaba limpio. El chichón también había desaparecido. Incluso el corte de la cara y los desgarrones del vestido se habían esfumado.

«Qué raro», pensó Luna. No se volvió en ningún momento, razón por la cual no se dio cuenta de que las huellas que iba dejando se iban convirtiendo en un jardín de flores que se agitaban a merced de la brisa cuyas espléndidas corolas volvían la cara hacia la niña que desaparecía en el horizonte.



Una golondrina en pleno vuelo es elegante, ágil y precisa. Danza, revolotea, se lanza en picado, gira y bate las alas. Es una bailarina, un músico, una flecha.

Normalmente.

Pero aquella golondrina saltaba a trompicones de árbol en árbol. Sin arabescos. Sin cobrar velocidad. Su pecho manchado perdía plumas a puñados. Sus ojos carecían de brillo. Chocó contra el tronco de un aliso y fue a parar a los brazos de un pino. Permaneció allí unos instantes, recuperando el ritmo de la respiración, con las alas abiertas al cielo.

Tenía que hacer algo. Pero ¿qué?

La golondrina se incorporó y se agarró a los extremos verdes de las ramas del pino. Infló las plumas hasta convertirse en una bola e intentó inspeccionar el bosque con la mirada.

El mundo era confuso. ¿Había sido siempre tan incomprensible? La golondrina bajó la vista hacia sus garras arrugadas.

«¿He tenido siempre estos pies?» Imaginaba que sí, pero le costaba eludir la idea de que tal vez no. También tenía la sensación de que debía ir a algún sitio. De que tenía que hacer algo. Una cosa importante. El corazón le latía muy rápido, luego se ralentizaba peligrosamente, después volvía a acelerar, como si estuviese sufriendo un terremoto interior.

«Me estoy muriendo —pensó la golondrina, y sabía con toda seguridad que era cierto—. No en este mismo instante, evidentemente, pero me parece que me queda poco. —Percibía las reservas de su fuerza vital en el fondo de su ser. Empezaban a menguar—. Bueno. No importa. Estoy segura de que he tenido una buena vida. Pero ojalá pudiera recordarla.»

Cerró el pico y restregó la cabeza contra las alas, intentando forzar la aparición de un recuerdo. «No tendría que ser tan complicado recordar quién soy», pensó. Eso lo sabía hasta un tonto. Y mientras la golondrina seguía estrujándose el cerebro, se oyó una voz en el sendero.

—Mi querido Fyrian —decía la voz—. Según mis últimas cuentas, debes de llevar más de una hora hablando sin cesar. De hecho, me sorprende que ni siquiera hayas sentido la necesidad de

parar un instante para coger aire.

—Puedo contener la respiración durante mucho rato, lo sabes bien —habló otra voz—. Forma parte del hecho de ser Simplemente Enorme.

La primera voz se quedó un momento en silencio.

—¿Estás seguro?

Otro silencio.

—Porque esta habilidad que mencionas no la he visto nunca enumerada en ningún texto sobre la fisiología de los dragones. Es posible que te lo hayan dicho para engatusarte.

—¿Y quién me querría engatusar a mí? —dijo la segunda voz, a la que le faltaba el aire por la sorpresa—. Nadie me ha dicho nunca nada que no fuese verdad. En toda mi vida. ¿Tengo o no razón?

La primera voz soltó un breve gruñido y volvió a reinar el silencio.

La golondrina conocía aquellas voces. Voló hacia ellas para poder observar mejor.

El poseedor de la segunda voz se alejó y regresó, aterrizando en la espalda del propietario de la primera. Este tenía muchos brazos, una cola larga y una cabeza grandota y ancha. Era todo lentitud, como un sicomoro gigante. Un árbol que se movía. La golondrina se acercó un poco más. La criatura árbol de numerosos brazos y con cola se detuvo. Miró a su alrededor. Arrugó la frente.

—¿Xan? —dijo.

La golondrina se quedó muy quieta. Le sonaba aquel nombre. Y conocía aquella voz. Pero ¿de qué? Era incapaz de recordarlo.

La segunda voz regresó.

—En el bosque hay cosas, Glerk. Encontré una chimenea. Y una pared. Y una casita que ahora tiene un árbol dentro.

La primera voz no respondió enseguida. Movié muy lentamente la cabeza hacia uno y otro lado. La golondrina se había quedado oculta detrás de unas hojas. Sin apenas respirar.

Al fin, la primera voz emitió un suspiro y dijo:

—Es posible que vieras uno de los pueblos abandonados. Hay muchos en este lado del bosque. Después de la última erupción, la gente huyó de ellos y se refugió en el Protectorado. Allí fue donde los magos congregaron a los que quedaron con vida. Nunca supe qué fue de esa gente después de aquello. No pudo regresar nunca al bosque, según parece. Es demasiado peligroso.

La criatura movió la gigantesca cabeza de un lado a otro.

—Xan ha estado aquí —informó—. Y hace muy poco tiempo.

—¿Está con Luna? —preguntó la segunda voz—. De ser así, estaría más segura. Luna no puede volar, ya lo sabes. Y no es inmune a las llamas como los Dragones Simplemente Enormes. Eso es de sobra conocido.

La primera voz refunfuñó.

Y, de pronto, Xan supo quién era.

«Glerk —pensó—. En el bosque. Lejos del pantano.

»Luna. Completamente sola.

»Y luego está el bebé. Están a punto de abandonarlo en el bosque. Y tengo que ir a salvarlo. Pero ¿por qué estoy perdiendo el tiempo aquí?

»¡Santo cielo! ¿Qué he hecho?»

Y Xan, la golondrina, levantó el vuelo para abandonar el arbusto y alzarse por encima de los árboles, batiendo sus ancianas alas lo mejor posible.



El cuervo reventaba de preocupación. Luna lo notaba.

—Cra —dijo el cuervo, y quería decir con ello «Creo que deberíamos dar media vuelta»—. Cra —repitió, y Luna entendió que decía «Ándate con cuidado. ¿Te has dado cuenta de que las rocas arden?».

Así era. De hecho, había una veta entera de roca que trazaba meandros en el bosque húmedo y verde y que resplandecía como un río de brasas. O tal vez fuera un río de brasas. Luna miró el mapa. «Río de Brasas», indicaba.

—Ah —dijo Luna.

Intentó buscar la forma de rodearlo. Aquel lado del bosque era mucho más rabioso que la parte por la que normalmente viajaba.

—Cra —graznó el cuervo.

Pero Luna no entendió qué pretendía comunicarle.

—Habla con más claridad —le pidió.

Pero el cuervo no volvió a hablar. Voló en espiral hacia arriba y se posó brevemente en la rama más alta de un pino enorme. Graznó. Descendió de nuevo en espiral. Subió y bajó. Subió y bajó. Luna empezaba a estar mareada solo de mirarlo.

—¿Qué ves? —le preguntó.

Pero el cuervo no decía nada.

—Cra —soltó al fin, cerniéndose en picado sobre las copas de los árboles.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Luna.

El cuervo no dijo nada.

El mapa mencionaba un «Pueblo», que debería verse justo después de la siguiente montaña. ¿Cómo podía vivir gente en aquel bosque?

Luna cruzó la ladera, fijándose bien en dónde pisaba, tal y como aconsejaba el mapa.

Su mapa.

Lo había dibujado ella.

¿Cómo?

No tenía ni idea.

—Cra —dijo el cuervo. «Viene algo», quería decir.

¿Qué era lo que podía estar acercándose? Luna observó el verdor.

Se veía el pueblo, en el valle. Estaba en ruinas. Se distinguían los restos de un edificio central, de un pozo y de los cimientos quebrados de varias casas; parecían dientes mellados formando pulcros recintos cuadrangulares. Allí donde en su día había vivido la gente, crecían árboles y matorrales.

Luna rodeó una fumarola y siguió las rocas hasta llegar al lugar donde había estado el pueblo.

El edificio central era una torre baja con ventanas redondas que observaban como grandes ojos. La parte posterior estaba derrumbada, y el tejado había cedido. Las piedras tenían inscripciones. Luna se acercó y posó la mano sobre el panel más próximo.

Dragones. En la roca había dragones grabados. Dragones grandes, pequeños, de tamaño mediano. Había personas con plumas de escribir en la mano y personas con estrellas en la mano y personas con unas marcas de nacimiento en la frente que recordaban la luna en cuarto creciente. Luna se llevó los dedos a la cabeza. Era la misma marca de nacimiento que tenía ella.

Vio la representación de una montaña, y de otra sin cumbre y con humo saliendo de ella como una nube, y también de un volcán a cuyo cráter se arrojaba un dragón.

¿Qué significaría todo aquello?

—Cra —dijo el cuervo. «Ya casi ha llegado.»

—Concédeme solo un minuto —pidió Luna.

Oyó un sonido que recordaba el crujir del papel.

Y un grito agudo.

Levantó la vista. El cuervo echó a volar hacia ella, a toda velocidad, solo se veían plumas negras, un pico negro, y se oía un graznido lleno de pánico. El ave retrocedió, revoloteó y corrió a cobijarse en los brazos de Luna, para esconder la cabeza en el hueco de su codo.

De pronto, el cielo se llenó de pájaros de todos los tamaños y tipos. La bandada era un amasijo de murmuraciones que se expandía, se contraía y se curvaba en todas direcciones. Gritaron, chillaron y giraron en grandes nubes antes de descender hacia el pueblo en ruinas, piando, gorjeando y trazando círculos.

Pero no eran pájaros. Estaban hechos de papel. Y miraban con sus caras sin ojos a la niña que se encontraba abajo.

—Magia —musitó Luna—. Esto es lo que hace la magia.

Y, por vez primera, lo comprendió.

En el que la bruja se encuentra con un viejo conocido

Cuando Xan era pequeña, vivía en un pueblo del bosque. Su padre, por lo que recordaba, era tallador. De cucharas, principalmente. También de animales. Su madre recolectaba flores de unas plantas trepadoras especiales y les extraía la esencia para combinarla con miel que obtenía de las colmenas que encontraba en los árboles más altos. Trepaba hasta la copa, ágil como una araña, y enviaba la miel hacia abajo con la ayuda de unas cestas montadas en cuerdas que Xan recogía. A la niña no le dejaba probar la miel. En teoría. Ella lo hacía de todos modos. Y cuando su madre bajaba y le daba un beso, saboreaba los restos de miel en los labios de Xan.

Era algo que recordaba y era como si le hicieran una punzada en el corazón. Sus padres eran gente trabajadora. Sin miedos. No recordaba sus caras, pero sí lo que sentía cuando estaba con ellos. Recordaba el olor a savia de los árboles, a serraduras y a polen. Recordaba unos dedos largos en su hombro y el aliento de su madre cuando acercaba la boca a su coronilla. Y un día murieron. O desaparecieron. O no la querían y se fueron. Xan no tenía ni idea de qué había pasado.

Los sabios le contaron que la encontraron en el bosque, sola.

O, mejor dicho, se lo dijo una de ellos. La mujer que tenía una voz cortante como un cristal. Y el corazón de un tigre. Fue quien se llevó a Xan al castillo hacía muchísimos años.

Xan dejó descansar las alas en el hueco de un árbol alto. A aquel ritmo, tardaría una eternidad en llegar al Protectorado. ¿En qué estaría pensando? Un albatros habría sido mucho mejor. De haber elegido aquella transformación, le habría bastado con colocar adecuadamente las alas y dejar que el viento hiciera el resto.

—Ahora ya da igual —gorjeó con su voz de pájaro—. Llegaré como pueda. Y luego volveré a por Luna. Y estaré presente cuando toda su magia salga a la luz. Le enseñaré a utilizarla. Y ¿quién sabe? A lo mejor estaba equivocada y su magia nunca llega a emerger. A lo mejor no me muerdo. A lo mejor... muchas cosas.

Tenía ganas de comer algo dulce, de modo que se zampó una ración de las hormigas que pululaban cerca del árbol. No era gran cosa, pero le sirvió para matar el hambre. Infló las alas para mantener el calor, cerró los ojos y se quedó dormida.

La luna, pesada y redonda como una calabaza madura, apareció por encima de la copa de los árboles. Su luz cayó sobre Xan y la despertó.

—Gracias —musitó, notando que el fulgor de la luna se filtraba en sus huesos, aligeraba sus articulaciones y le aliviaba el dolor.

—¿Quién anda ahí? —bramó una voz—. ¡Te lo advierto! ¡Voy armado!

Xan no pudo evitarlo. La voz sonaba tan asustada, tan perdida... Y ella podía serle de ayuda. Estaba allí, despierta con la luz de la luna. Y, de hecho, si esperaba un poco, podría acapararla con sus alas y beberla hasta sentirse llena. Aunque saciada del todo no se quedaría, claro. Era demasiado porosa. Pero, por el momento, se sentía estupendamente. Y abajo veía una figura que se movía con rapidez de un lado a otro, que se agazapaba, que volvía a mirar a derecha e izquierda. La figura estaba aterrada. Y la luz de la luna había envalentonado a Xan. Se sentía compasiva. Salió volando de su escondite y trazó círculos por encima de la figura. Era un joven. Gritó, soltó la piedra que tenía en la mano y esta impactó contra el ala izquierda de Xan. Cayó al suelo con un leve ruido.



Antain, al ver que no se trataba —como había imaginado— de una terrible bruja que pretendía atacarlo (a buen seguro montada a lomos de un dragón y armada con un bastón en llamas), sino de un pajarillo minúsculo de color pardo que solo debía de querer un poco de comida, sintió de inmediato una punzada de vergüenza. En cuanto la piedra abandonó su mano, deseó poder recuperarla. Pese a su fanfarronada frente al Consejo, jamás había pasado de retorcerle el pescuezo a un pollo para disfrutar de una buena cena. No estaba del todo seguro de ser capaz de matar a la bruja.

«La bruja se llevará a mi hijo», se recordó. Pero aun así..., se trataba de acabar con una vida. Su determinación empezaba a menguar por momentos.

El pájaro aterrizó a sus pies. Sin emitir ningún sonido. Apenas respiraba. Antain creyó que estaba muerto. Tuvo que hacer un esfuerzo por no romper a llorar.

Y entonces sucedió un milagro. El pecho del ave se infló un poco, se desinfló a continuación, luego volvió a llenarse de aire. El ala había quedado en un ángulo horripilante. Rota. Segurísimo.

Antain se arrodilló.

—Lo siento —musitó—. Lo siento, lo siento mucho.

Cogió con cuidado al pájaro. No tenía buen aspecto. ¿Cómo iba a estar sano en aquel bosque maldito? La mitad del agua estaba envenenada. La bruja. Todo era por culpa de la bruja. Maldito fuera su nombre para toda la eternidad. Se acercó el pájaro al pecho, intentando calentarlo con su cuerpo.

—Lo siento mucho —repitió.

El pájaro abrió los ojos. Era una golondrina. Ethyne las adoraba. Solo de pensar en ella, se le partía el corazón. ¡Cuánto la echaba de menos! ¡Cuánto añoraba a su bebé! ¿Qué no haría con tal de volverlos a ver?

El pájaro lo miró con dureza. Estornudó. Era comprensible.

—Mira, siento mucho lo de tu ala. Y, por desgracia, carezco de los conocimientos necesarios para curártela. Pero mi esposa, Ethyne —se le quebró la voz al pronunciar su nombre—, es inteligente y bondadosa. La gente acude a ella con sus animales enfermos. Ella podrá ayudarte. Lo sé.

Hizo un nudo en la parte superior del jubón para construir un pequeño bolsillo donde poder transportar al pájaro. El avecilla emitió un gorjeo. «No le agrada estar conmigo», pensó Antain. Y para confirmar sus sospechas, el pájaro le picó el dedo índice cuando se lo acercó en exceso. Empezó a sangrar.

Una mariposa nocturna se pegó a la cara de Antain, atraída seguramente por el reflejo de la luz de la luna en la piel. Pensó con rapidez, la cazó y se la ofreció al pájaro.

—Ten —dijo—. Para demostrarte que no pretendo hacerte ningún daño.

El pájaro volvió a mirarlo con malos ojos. Y, a regañadientes, capturó la mariposa que Antain sujetaba entre los dedos y la engulló de tres bocados.

—¿Lo ves? —Antain miró la luna y luego bajó la vista hacia el mapa—. Vamos. Quiero llegar hasta lo alto de esa loma. Y luego ya podremos descansar.

Y Antain y la bruja siguieron adentrándose en el bosque.



La Hermana Ignacia se sentía más débil a cada minuto que pasaba. Había procurado engullir toda la tristeza posible. ¡Era increíble la cantidad de pena que había en la ciudad! Nubes enormes y deliciosas, como una niebla persistente. La verdad era que se había superado y se daba cuenta de que, hasta la fecha, no se había detenido a admirarse como merecía por su buen hacer. Una ciudad entera transformada en un pozo de tristeza. Una copa que jamás se vaciaba. Toda para ella. Nadie en la historia de las Siete Edades había logrado una hazaña de aquel calibre. Se escribirían canciones sobre ella. Libros, como mínimo.

Pero ahora, después de dos días sin acceso a la pena, se sentía débil y agotada. Temblorosa. Sus manantiales de magia se iban secando a cada segundo que transcurría. Necesitaba encontrar al chico. Y rápido.

Se detuvo y se arrodilló junto a un riachuelo. Examinó el bosque con la mirada en busca de signos de vida. En el riachuelo había peces, pero están acostumbrados al destino que les ha tocado y, en términos generales, no experimentan tristeza. Vio en un árbol un nido de estorninos, los polluelos no debían de tener más de dos días. Podía aplastar las crías una a una y comerse la tristeza de la madre, por supuesto. Pero la pena de las aves no era tan potente como la de los mamíferos. Y no había un solo mamífero en muchos kilómetros a la redonda. La Hermana Ignacia suspiró. Reunió todos los elementos necesarios para improvisar un cristal de visualización: unos fragmentos de piedra volcánica que llevaba en el bolsillo, los huesos de un conejo matado recientemente y un cordón de zapato, porque siempre iba bien incluir el objeto más útil que tuvieras a mano. Y nada había más útil que un cordón. No podía construirlo con el mismo nivel de detalle que cuando fabricaba los grandes cristales de adivinación que tenía en la Torre, pero la verdad es que tampoco buscaba gran cosa.

No podía ver a Antain. Se imaginaba más o menos dónde se encontraba, y estaba casi segura de ver una mancha allí, pero había algo que le bloqueaba la visión.

—¿Magia? —murmuró—. Claro que no.

Todos los magos de la Tierra —o, al menos, todos los que sabían lo que se hacían— habían perecido quinientos años atrás, cuando el volcán entró en erupción. O más bien cuando casi entra en erupción. ¡Los muy imbéciles! No se les ocurrió otra cosa que mandarla a ella con las Botas de Siete Leguas a rescatar a los habitantes de los pueblos del bosque. Y por supuesto que los rescató. Los reunió a todos, sanos y salvos, en el Protectorado. Y su eterna tristeza se acumuló en un solo lugar. Todo salió según su plan.

Se pasó la lengua por los labios. Estaba hambrienta. Necesitaba inspeccionar los alrededores.

La Hermana Superiora se acercó el cristal de visualización al ojo derecho para inspeccionar el resto del bosque. Otro manchón. «Pero ¿qué le pasa a esta cosa?» Tensó un poco los nudos. La mancha seguía allí. Era el hambre, esa fue su conclusión. Incluso los hechizos más básicos resultaban complicados cuando no se funcionaba a plena capacidad.

La Hermana Ignacia enfocó el nido de estorninos.

Examinó la montaña. Y se quedó boquiabierta.

—¡No! —gritó. Volvió a mirar—. ¿Cómo es posible que sigas viva, cosa fea?

Se restregó los ojos y miró una tercera vez.

—Creía que te había matado, Glerk —dijo en voz baja—. Pues bien, tendré que volver a intentarlo. Vaya criatura más problemática. Una vez estuviste a punto de desbaratar todos mis planes. No pienso permitir que vuelvas a hacerlo.

Pero antes, decidió, tomaría un tentempié. La Hermana Ignacia se guardó el cristal de visualización en el bolsillo, trepó a la rama que soportaba el nido de estorninos, introdujo la mano y sacó del interior un minúsculo polluelo. Lo estrujó en el puño ante la mirada horrorizada de la madre. La tristeza del ave era leve. Pero fue suficiente. La Hermana Ignacia se relamió y estrujó otro polluelo.

«Y ahora —pensó—, tengo que recordar dónde escondí las Botas de Siete Leguas.»

En el que Luna se encuentra con una mujer en el bosque

Los pájaros de papel se instalaron en ramas, en piedras y en los restos de chimeneas, paredes y edificios. No emitían más ruido que el crujido del papel y el roce de los pliegues. Tranquilizaron sus cuerpos y volvieron la cara hacia la niña. No tenían ojos, pero la estaban mirando igualmente. Luna lo notaba.

—Hola —dijo, porque no se le ocurría nada más.

Los pájaros de papel no dijeron nada. El cuervo, por su lado, no podía estar quieto. Ascendió en espiral y aceleró hacia un grupo apiñado en la rama de un viejo roble sin dejar de gritar.

—Cra, cra, cra, cra —graznaba.

—Calla —lo regañó Luna.

Tenía la mirada clavada en los pájaros de papel. Estos ladearon la cabeza al unísono, primero apuntando con los picos hacia Luna, siguiendo luego al cuervo enloquecido y volviendo a mirar después a la niña.

—Cra —graznó el cuervo. «Tengo miedo.»

—Yo también —dijo Luna, mirando los pájaros.

Las aves de papel se diseminaron, se reagruparon de nuevo y se cernieron sobre ella como una nube ondulada gigantesca antes de posarse de nuevo en las ramas del roble.

«Me conocen —pensó Luna—. ¿Cómo es posible?»

»Los pájaros, el mapa, la mujer de mis sueños. Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

Eran demasiadas cosas en las que pensar. El mundo tenía demasiadas cosas que conocer, y Luna tenía el cerebro lleno. Sentía un fuerte dolor en el cráneo, justo en medio de la frente.

Los pájaros de papel la miraron.

—¿Qué queréis de mí? —les preguntó Luna.

Las aves seguían posadas en sus perchas. Había tantas que era imposible contarlas. Estaban esperando. Pero ¿qué?

—Cra —dijo el cuervo. «¿Y a quién le importa qué quieren? Los pájaros de papel dan miedo.»

Claro que lo daban. Pero, por otro lado, eran bellos y raros. Estaban buscando algo. Querían

decirle algo.

Luna se sentó en el suelo y siguió mirando los pájaros.

Dejó que el cuervo se acurrucara en su regazo. Cerró los ojos, cogió el cuaderno y un lápiz. Recordaba que una vez había dejado vagar la mente y pensado en la mujer de sus sueños. Y que había sido entonces cuando había trazado el mapa. Un mapa que era correcto. O que, como mínimo, lo había sido hasta el momento. «Ella está aquí, está aquí, está aquí», decía el plano, y Luna estaba obligada a suponer que era verdad. Pero ahora necesitaba hacer que sucediera algo más. Necesitaba saber dónde estaba su abuela.

—Cra —graznó el cuervo.

—Calla —dijo Luna sin abrir los ojos—. Estoy intentando concentrarme.

Los pájaros de papel la observaban. Lo notaba. Luna sintió que la mano empezaba a deslizarse por la hoja. Intentó visualizar el rostro de su abuela. Percibir el tacto de su mano. El olor de su piel. La tristeza le cerró el corazón en un puño, y dos lágrimas calientes resbalaron por las mejillas hasta caer en el papel.

—Cra —graznó el cuervo. «Un pájaro», quería decir.

Luna abrió los ojos. Tenía razón. No había dibujado a su abuela. Había dibujado un pájaro posado en la mano de un hombre.

—Pero ¿qué diantres es esto? —refunfuñó Luna descorazonada por completo.

¿Cómo podía localizar a su abuela? ¿Cómo?

—Cra —dijo el cuervo. «Un tigre.»

Luna se incorporó hasta quedarse en cuclillas.

—No te alejes de mí —le dijo en voz baja al cuervo.

Ojalá aquellos pájaros estuvieran hechos de algo más sólido que el papel. De piedra, quizá. O de acero.

—Caramba —dijo una voz—. ¿Qué tenemos aquí?

—Cra —graznó el cuervo. «Un tigre.»

Pero no era un tigre. Era una mujer.

«Y entonces ¿por qué tengo tanto miedo?»



Ethyne se levantó en cuanto hizo su entrada el Gran Anciano, flanqueado por dos Hermanas de la Estrella armadas hasta los dientes y, aparentemente, demostró no tener ningún miedo, lo cual resultaba irritante. Gherland frunció el entrecejo en un gesto que consideraba amedrentador pero que no tuvo ningún efecto. Para empeorar las cosas, la mujer no solo conocía a las Hermanas que lo escoltaban a derecha e izquierda, sino que además era su amiga. Su rostro se iluminó en cuanto vio aparecer a las dos implacables mujeres, y ellas le sonrieron.

—¡Lillienz! —dijo, sonriéndole a la de la izquierda—. Y mi querida, mi queridísima Mae —dijo, estampándole un beso a la de la derecha.

No era la entrada que había imaginado el Gran Anciano. Carraspeó un poco. Las mujeres parecían ignorar por completo su presencia. Era exasperante.

—Bienvenido, tío Gherland —dijo Ethyne, inclinándose con elegancia—. Estaba calentando agua en la tetera y tengo menta fresca en el huerto. ¿Quiere que le prepare un té?

El Gran Anciano arrugó la nariz.

—La mayoría de las amas de casa no se tomarían la molestia de cultivar hierbas aromáticas en su huerto habiendo bocas que alimentar y vecinos a los que atender —dijo con acidez—. ¿Por qué no plantar algo más sustancioso?

Ethyne se quedó impertérrita y siguió trabajando en la cocina. Llevaba el bebé sujeto a su cuerpo mediante una mochila bordada por ella misma, sin duda. Todo en la casa era inteligente y bello. Diligente, creativo y astuto. Gherland ya conocía aquella combinación, y no le gustaba ni un pelo. Ethyne vertió agua caliente en dos tazas de confección artesanal llenas de hojas de menta y endulzó la tisana con miel recogida de la colmena que había en el exterior. Abejas y flores, incluso pájaros cantores, rodeaban la casa. Gherland cambió de postura con incomodidad. Cogió su taza y se la agradeció a su anfitriona, aunque estaba seguro de que no le gustaría nada. Bebió un sorbo. El té, reconoció con fastidio, era la cosa más deliciosa que había probado en su vida.

—Ay, tío Gherland —dijo Ethyne, suspirando de felicidad e inclinándose para besar la coronilla del bebé—. Seguro que sabe que un huerto productivo es un huerto equilibrado. Hay plantas que consumen el suelo y plantas que lo alimentan. Cultivamos más de lo que somos capaces de comer, evidentemente, y regalamos gran parte de la cosecha. Como bien sabe, su sobrino siempre está dispuesto a ayudar a los demás.

Si mencionar a su esposo le hacía algún daño, no lo demostró. La chica parecía incapaz de sentir tristeza. De hecho, estaba resplandeciente de orgullo. Gherland no comprendía nada, pero intentó que no se le notara la confusión.

—Como bien sabes, hija, el Día del Sacrificio se acerca con rapidez.

Confiaba en que se quedara blanca ante tal declaración. Se equivocaba.

—Soy consciente de ello, tío —replicó, besando de nuevo al bebé.

Levantó la vista y se encontró con la mirada de Gherland. Se mostraba tan segura de su posición de igualdad con el Gran Anciano que este se quedó sin habla ante tal insolencia.

—Querido tío —dijo con amabilidad Ethyne—, ¿cuál es el motivo de su visita? Por supuesto, siempre será bienvenido en mi casa cuando desee pasarse por ella y, por supuesto, mi esposo y yo estaremos encantados de recibirlo. Pero normalmente, la encargada de intimidar a las familias de los niños condenados es la Hermana Superiora. Llevo todo el día esperándola.

—Bien —dijo Gherland—, resulta que la ella no está disponible. Y he venido yo en su lugar.

Ethyne taladró al anciano con la mirada.

—¿Qué quiere decir con eso de que «no está disponible»? ¿Dónde está la Hermana Ignacia?

El Gran Anciano carraspeó. La gente no tenía la costumbre de formular preguntas. De hecho, en el Protectorado no se solía cuestionar nada en absoluto. Era un pueblo que aceptaba el destino que le había correspondido en la vida, como tenía que ser. Pero aquella joven, aquel niño... «Solo cabe esperar —pensó Gherland— que se vuelva loca como le sucedió a aquella hace tanto tiempo.» Tenerla encerrada en la Torre era preferible a tener que sufrir interrogatorios insolentes durante las cenas familiares, eso seguro. Carraspeó de nuevo.

—La Hermana Ignacia ha tenido que ausentarse por asuntos de negocios —respondió

lentamente.

—¿Qué tipo de negocios? —preguntó la chica, entrecerrando los ojos.

—Personales, supongo —respondió Gherland.

Ethyne se levantó y se acercó a las dos guardianas. Estaban entrenadas para no establecer contacto visual con la ciudadanía y mirarla con impasividad. Supuestamente, tenían que mantener una expresión pétrea y albergar los sentimientos de una roca. Era la característica de todo buen soldado, y las Hermanas eran excelentes soldados. Pero aquellas empezaron a ruborizarse en cuanto la chica se les acercó. Bajaron la vista.

—Ethyne —musitó una de ellas—. No.

—Mae —dijo Ethyne—. Mírame a la cara. Tú también, Lillienz.

Gherland se quedó boquiabierto. Jamás en su vida había visto nada similar a aquello. Ethyne era más baja que las otras dos mujeres. Aun así, parecía una torre a su lado.

—Veamos —parloteó—. Quiero poner mis objeciones a...

Ethyne le hizo caso omiso.

—¿Anda acechando el tigre?

Las soldados se quedaron en silencio.

—Tengo la sensación de que estamos alejándonos del tema de conversación —empezó a decir Gherland.

Ethyne levantó la mano para silenciar a su tío político. Y, excepcionalmente, él se calló. Aquello era increíble.

—Por las noches, Mae —prosiguió la joven—. Respóndeme. ¿Anda acechando el tigre?

La soldado cerró la boca con fuerza, como si intentara evitar que las palabras salieran al exterior. Puso mala cara.

—¿De qué estás hablando? —espetó Gherland—. ¿Qué tigres? ¡Eres demasiado mayor para juegos infantiles!

—Silencio —ordenó Ethyne.

Y una vez más, incomprensiblemente, Gherland se calló. Él mismo estaba pasmado.

La soldado se mordió el labio y dudó unos instantes. Se inclinó entonces hacia Ethyne.

—Ya sabes que nunca pensé igual que tú en este sentido, pero sí. No hay garras almohadilladas acechando por los pasillos de la Torre. No hay gruñidos. Desde hace días. Todas... —la soldado cerró los ojos—, todas dormimos sin problemas. Por primera vez en muchos años.

Ethyne abrazó al bebé que dormía en la mochila. El pequeño suspiró.

—Así que la Hermana Ignacia no está en la Torre. Ni en el Protectorado, si no lo sabría. Debe de estar en el bosque. Y sin duda pretende matarlo —murmuró Ethyne.

Se acercó a Gherland. Este entrecerró los ojos. Todo en la casa estaba reluciente. Por mucho que la ciudad estuviese sumergida en la niebla, aquel hogar estaba bañado con luz. El sol se filtraba por las ventanas. Las superficies resplandecían. Incluso Ethyne parecía brillar, como una estrella fulgurante.

—Querida...

—USTED —dijo Ethyne, y su voz sonó como algo que podría situarse entre un bramido y un

siseo.

—Quería decírtelo —aseguró Gherland, sintiéndose arrugado y ardiendo, como si fuese un papel.

—USTED ENVIÓ A MI MARIDO AL BOSQUE PARA QUE MURIESE.

Sus ojos eran de fuego. Su cabello era de fuego. Incluso su piel era de fuego. Gherland notó que le estaba chamuscando las pestañas.

—¿Qué? Vaya tonterías dices. Yo pretendía...

—SU PROPIO SOBRINO. —Escupió en el suelo, un gesto ordinario que resultaba extrañamente encantador en ella. Y Gherland, por primera vez en su vida, se sintió avergonzado—. HA ENVIADO A UNA ASESINA A POR ÉL. EL PRIMOGÉNITO DE SU ÚNICA HERMANA Y DE SU MEJOR AMIGO. Ay, tío. ¿Cómo ha sido capaz?

—No es lo que piensas, querida mía. Siéntate. Por favor. Somos familia. Hablemos del tema...

Pero Gherland se estaba derrumbando por dentro. Su alma estaba sucumbiendo a un millar de grietas.

Ethyne pasó furibunda por su lado para dirigirse de nuevo a las mujeres.

—Os pido humildemente vuestra ayuda —dijo—, si es que habéis sentido por mí en su día un mínimo de cariño o de respeto. Tengo cosas que hacer antes del Día del Sacrificio, que, como todos sabemos —dijo, lanzándole una mirada envenenada a Gherland—, no espera por nadie. —Dejó sus palabras suspendidas en el aire unos instantes—. Creo que debería rendir una visita a mis antiguas Hermanas. El gato no está. Los ratones pueden jugar. Y un ratón, al fin y al cabo, es capaz de hacer muchas cosas.

—Ethyne —dijo Mae, abrazando a la joven madre—. Cómo te he echado de menos.

Y las dos mujeres abandonaron la casa, cogidas del brazo, mientras la otra soldado se quedaba dudando un momento, lanzaba una mirada al Anciano y echaba a correr tras ellas.

—Debo decir —dijo el Gran Anciano— que todo esto es altamente... —Miró a su alrededor—. Existen reglas. —Se incorporó y miró con expresión altanera el vacío que las mujeres habían dejado—. Reglas.



Los pájaros de papel no se movían. El cuervo no se movía. Luna tampoco se movía.

Pero la mujer se acercó despacio y sin hacer ruido. Luna no sabía cuántos años tendría. La veía de repente muy joven, pero al momento siguiente increíblemente vieja.

Luna no dijo nada. La mirada de la mujer se posó en los pájaros de las ramas. Entrecerró los ojos.

—Conozco este truco —dijo—. ¿Los has hecho tú?

Miró de nuevo a Luna, que sintió que la mirada de la mujer le atravesaba el cuerpo por la mitad. Gritó de dolor.

La mujer sonrió de oreja a oreja.

—No —dijo—. Tu magia no.

Luna sintió como si se le partiera el cráneo por la mitad al escuchar aquella palabra

pronunciada en voz alta. Se llevó las manos a la frente.

—¿Te duele? —preguntó la mujer—. Es triste, ¿no crees?

Su voz tenía un raro matiz de esperanza. Luna permaneció agachada en el suelo.

—No —respondió, su voz sonaba tensa como un muelle—. No es triste. Es fastidioso, nada más.

La sonrisa de la mujer se transformó en una mueca de enojo. Miró de nuevo los pájaros de papel. Esbozó una sonrisa ladeada.

—Esos pájaros son preciosos —dijo—. ¿Son tuyos? ¿Te los han regalado?

Luna se encogió de hombros.

La mujer ladeó la cabeza.

—Mira cómo se quedan ahí contigo, a la espera de que hables. Pero no son obra de tu magia.

—Nada es obra de mi magia —dijo Luna.

Los pájaros que tenía detrás agitaron las alas. A Luna le habría gustado volverse para ver qué pasaba, pero de haberlo hecho habría roto el contacto visual con la desconocida, e intuía que el resultado no sería bueno.

—Yo no tengo magia. ¿Por qué habría de tenerla?

La mujer soltó una carcajada desagradable.

—No digas eso, tonta. —Luna decidió que odiaba a aquella señora—. Diría que por aquí hay varias cosas que son obra de tu magia. Y más que están todavía por llegar, si no me equivoco. Aunque me da la impresión de que han intentado esconderte tus poderes. —Se inclinó hacia delante y la miró entrecerrando los ojos—. Qué interesante. Reconozco este hechizo. Pero es de hace muchísimos años.

Los pájaros de papel, como si hubieran recibido una señal, levantaron el vuelo agitando con fuerza las alas y se posaron cerca de la niña. Colectivamente, apuntaron con el pico a la desconocida, y Luna, al verlos, se dio cuenta de que los picos eran más duros, más afilados y más peligrosos que hacía unos instantes. La mujer se quedó sorprendida y retrocedió un par de pasos.

—Cra —dijo el cuervo. «Sigue caminando.»

Las piedras que había bajo las manos de Luna empezaron a menearse y a sacudirse. Era como si el movimiento agitase hasta el aire. Incluso el suelo temblaba.

—Yo que tú no me fiaría de ellos. Son de los que suelen atacar —dijo la mujer.

Luna la miró con escepticismo.

—¿No me crees? Pues me explicaré. La mujer que los creó es malvada. Y desvaría. Lloró de tristeza hasta que no pudo más y se ha vuelto loca. —Hizo un gesto de indiferencia—. Una completa inútil.

Luna no sabía por qué aquella mujer le daba tanta rabia, pero tuvo que resistir la tentación interior que le decía que se levantara y le pegase puntapiés en las espinillas hasta no poder más.

—Ah. —La desconocida volvió a sonreírle de oreja a oreja—. Rabia. Muy bonito. Pero por desgracia no sirve para nada conmigo, aunque como suele ser precursora de la tristeza, debo confesarte que me gusta. —Se pasó la lengua por los labios—. Me gusta un poco.

—Me parece que no vamos a ser amigas —refunfuñó Luna.

«Un arma —pensó—. Creo que necesito un arma.»

—No —dijo la mujer—. Yo no estoy de acuerdo. He venido simplemente para recoger algo que es mío y luego me marcharé. Yo... —Se interrumpió. Levantó una mano—. Espera un segundo.

La mujer dio media vuelta y se encaminó de nuevo hacia el pueblo en ruinas. En el centro, se erigía una torre, aunque probablemente no resistiría en pie mucho más tiempo. En los cimientos, en uno de los lados, se veía una grieta considerable que recordaba una boca abierta.

—Estaban en la torre —dijo la mujer, casi para sus adentros—. Las guardé allí yo misma. Ahora me acuerdo.

Corrió hacia la abertura y se arrodilló en el suelo. Examinó la oscuridad del interior.

—¿Dónde están mis botas? —farfulló—. Venid a mí, pequeñas.

Luna se quedó mirándola. Había tenido un sueño, no hacía mucho tiempo —había sido un sueño, ¿verdad?— en el que Fyrian se introducía por el hueco de una torre en ruinas y extraía del interior un par de botas. Tenía que haber sido un sueño, porque el dragón era extrañamente grande. Y luego le había dado las botas. Y ella las había guardado en un baúl.

¡En su baúl!

No había vuelto a pensar en aquello hasta ese momento.

Movió la cabeza de un lado a otro para despejarse.

—¿DÓNDE ESTÁN MIS BOTAS? —vociferó la mujer.

Luna se encogió de miedo.

La desconocida se incorporó, su vestido suelto se inflaba con el viento. Levantó los brazos y, con un gesto amplio, hizo como si presionara el aire que tenía delante de ella. En un abrir y cerrar de ojos, la torre se desmoronó. Luna cayó al suelo con un grito. El cuervo, aterrado por el ruido, el polvo y la confusión, levantó velozmente el vuelo. Empezó a trazar círculos en el aire, maldiciendo sin cesar.

—Estaba a punto de venirse abajo —musitó Luna, intentando encontrarle el sentido a lo que veían sus ojos.

Fijó la vista en la nube de polvo, moho y gravilla, en el montón de escombros y en la figura encorvada de la mujer con túnica, que seguía con los brazos extendidos, como si pretendiese capturar el cielo. «Es imposible que una persona tenga ese poder —se dijo Luna—, ¿verdad?»

—¡HAN DESAPARECIDO! —chilló la mujer—. ¡HAN DESAPARECIDO!

Dio media vuelta y se dirigió hacia la niña. Con un giro de la muñeca izquierda, agitó el aire que tenía enfrente y obligó a Luna a levantarse. La mujer continuó con la mano izquierda extendida, sujetando el aire con los dedos en forma de garra y manteniendo a Luna inmóvil a varios metros de distancia de ella.

—¡Yo no las tengo! —gimoteó Luna. La presión que ejercía la mujer resultaba dolorosa. Notó que el miedo empezaba a apoderarse de ella, era como una nube de tormenta. Y a medida que su temor aumentaba, la sonrisa de la mujer se acentuaba. Luna se esforzó por mantener la calma—. Acabo de llegar aquí.

—Pero las has tocado —susurró la mujer—. Veo el residuo en tus manos.

—¡No, no las he tocado! —le aseguró Luna, hundiendo las manos en los bolsillos e intentando alejar de su cabeza cualquier recuerdo del sueño.

—Vas a decirme dónde están. —La mujer levantó entonces la mano derecha e, incluso desde

aquella distancia, Luna notó que los dedos la sujetaban por la garganta. Empezó a asfixiarse—. Vá a confesar ahora mismo —insistió la mujer.

—¡Váyase! —dijo Luna ahogándose.

Y de repente, todo se movió. Los pájaros alzaron el vuelo y se colocaron en masa detrás de la niña.

—Eres tonta —dijo la mujer, soltando una carcajada—. Te piensas que tus estúpidos trucos de salón van a poder...

Y la bandada la atacó como un ciclón. Hicieron temblar el aire. Hicieron tiritar las piedras. Doblegaron los troncos de los árboles.

—¡SÁCAMELOS DE ENCIMA! —chilló la mujer, agitando las manos.

Los pájaros empezaron a hacerle cortes en las manos y en la frente. La atacaron sin piedad.

Luna sujetó a su cuervo junto al pecho y echó a correr a la mayor velocidad posible.

En el que Glerk huele algo desagradable

—Me pica todo, Glerk —dijo Fyrian—. Me pica por todo el cuerpo. No hay nadie en el mundo al que le pique más todo que a mí.

—¿Cómo, hijo mío —dijo Glerk con solemnidad—, puedes estar tan seguro de eso?

Cerró los ojos e inspiró hondo. «¿Adónde habrá ido? —se preguntó—. ¿Dónde estás, Xan?» Tenía el corazón envuelto en hilos de preocupación, lo presionaban tanto que estaban a punto de detenerlo. Fyrian se había posado justo entre los ojos grandes y separados del monstruo y se estaba rascando la espalda como un loco. Glerk lo miró con exasperación.

—Tú no has visto nunca el mundo. Es más que posible que no seas el ser con más picores.

Fyrian se rascó la cola, la barriga, el cuello. Se rascó las orejas, la cabeza y también su larga nariz.

—¿Mudan la piel los dragones? —preguntó de repente.

—¿Qué?

—Que si los dragones mudan la piel. Como las serpientes.

Fyrian pasó al ataque del flanco izquierdo.

Glerk reflexionó su respuesta. Hurgó en su cerebro. El dragón era una especie solitaria. Pocos y muy alejados entre sí. Eran complicados de estudiar. Incluso los mismos dragones, según su propia experiencia, no sabían gran cosa sobre su especie.

—No lo sé, amigo mío —dijo por fin—. El poeta nos dice: «Toda bestia mortal debe hallar su Terreno,/ sea bosque, marisma, campo o fuego». Es posible que cuando encuentres tu Terreno descubras la respuesta a todo lo que deseas saber.

—Y ¿cuál es mi Terreno? —preguntó Fyrian, preocupado por acabar arrancándose la piel.

—Los dragones, originalmente, se formaron en las estrellas. Su Terreno es el fuego. Arrójate al fuego y sabrás quién eres.

Fyrian reflexionó aquellas palabras.

—No me parece muy buena idea —dijo por fin—. No me apetece arrojarme al fuego. —Se rascó la barriga—. ¿Y tu Terreno cuál es, Glerk?

El monstruo del pantano suspiró.

—¿Mi Terreno? —Volvió a suspirar—. Las marismas —dijo—. La Ciénaga. —Se llevó la mano derecha al corazón—. La Ciénaga, la Ciénaga, la Ciénaga —murmuró, como si estuviera

siguiendo el latido—. Es el corazón del mundo. Es el útero del mundo. Es el poema que creó el mundo. Yo soy la Ciénaga, y la Ciénaga es yo.

Fyrian frunció el entrecejo.

—No, tú no eres eso —dijo—. Tú eres Glerk. Y eres mi amigo.

—A veces somos más que una sola cosa. Yo soy Glerk. Soy tu amigo. Soy familia de Luna y soy un Poeta. Soy un creador y soy la Ciénaga. Pero para ti, soy simplemente Glerk. Tu Glerk. Y te quiero mucho.

Y era cierto. Glerk quería mucho a Fyrian. Del mismo modo que quería mucho a Xan. Y quería mucho a Luna. Del mismo modo que quería al mundo entero.

Inspiró con fuerza de nuevo. Tendría que ser capaz de captar el aroma de al menos uno de los hechizos de Xan. Pero ¿por qué no lo lograba?

—Mira, Glerk —dijo Fyrian de pronto, girando y dando saltos delante de la cara del monstruo, volando delante de su nariz. Señaló hacia atrás con el pulgar—. Esa parte de suelo de allí es muy fina, como una piel de roca con fuego debajo. Seguro que de pisarla te caes dentro.

Glerk arrugó la frente.

—¿Tú crees? —Forzó la vista para vislumbrar mejor el fragmento de rocas que tenían delante. El calor emergía de ellas en oleadas—. Por esta zona no tendría que estar tan caliente.

Pero lo estaba. Aquella veta de roca estaba ardiendo. Y la montaña retumbaba debajo. Ese era un fenómeno que ya había sucedido antiguamente, cuando la montaña entera amenazó con abrirse como un bulbo de Zirin maduro.

Después de la erupción —y del taponamiento mágico que acabó con ella—, el volcán nunca se había dormido profundamente, ni siquiera al principio. Siempre se había mostrado quejumbroso, movido e inquieto. Pero esto parecía distinto. Esto era algo más. Por primera vez en quinientos años, Glerk empezó a tener miedo.

—Fyrian, muchacho —dijo el monstruo—. Aceleremos un poco, ¿te parece bien?

Y echaron a caminar a paso ligero por la parte superior de la veta en busca de un lugar seguro por donde cruzarla.

El monstruo observó con atención el bosque, examinó con detalle los matorrales, entrecerrando los ojos para forzar al máximo la vista. Antes se le daban mejor esas cosas. Antes se le daban mejor muchas cosas. Inspiró hondo, como si intentara aspirar la montaña entera y metérsela en la nariz.

Fyrian miró con curiosidad al monstruo del pantano.

—¿Qué pasa, Glerk? —preguntó.

Este movió la cabeza con preocupación.

—Conozco este olor —respondió, y cerró los ojos.

—¿Es el aroma de Xan? —Fyrian voló hacia atrás para instalarse en la cabeza del monstruo. Intentó cerrar también los ojos y aspirar, pero acabó estornudando—. Me encanta el olor de Xan. Lo adoro.

Glerk negó con la cabeza, lentamente para que Fyrian no se cayera.

—No —dijo con un gruñido—. Es el de otra persona.



La Hermana Ignacia podía, si quería, correr muy rápido. Rápido como un tigre. Rápido como el viento. Más que en aquellos momentos. Pero nada que ver con cuando tenía las botas.

¡Aquellas botas!

Había olvidado lo mucho que las había adorado. En aquel entonces, cuando tenía curiosidad y espíritu viajero, y ganas de viajar al otro lado del mundo y volver a casa en una sola tarde. Antes de que la tristeza deliciosa y abundante del Protectorado alimentara su alma hasta sumirla en un estado indolente y gloriosamente saciado. El simple hecho de pensar en las botas prendió en ella una chispa de juventud. Las botas eran tan bellas, tan relucientemente negras, que parecían iluminarlo todo a su alrededor. Y cuando la Hermana Ignacia se las calzaba de noche, se sentía llena a rebosar de luz de estrellas y, si lo sincronizaba bien, también de luz de luna. Las botas la alimentaban hasta la médula. La magia que le proporcionaban era distinta de la que obtenía de la pena. (Aunque ¡qué fácil es darse atracones de tristeza!)

Las reservas de magia de la Hermana Ignacia empezaban a menguar. Nunca se le había pasado por la cabeza reservar algo por si llegaba una época de vacas flacas, porque bajo la maravillosa niebla del Protectorado nunca podía llegar ese momento.

«Estúpida —pensó, regañándose—. ¡Perezosa! Tengo que ser más astuta.»

Pero, antes, necesitaba las botas.

Se detuvo un momento a consultar su cristal de visualización. Al principio solo vio oscuridad, una oscuridad tensa y cerrada, con una única línea débil de luz que la atravesaba. Muy lentamente, la línea empezó a ensancharse y apareció un par de manos como queriéndose introducir en la oscuridad.

«Una caja —pensó—. Están en una caja. Y alguien me las está robando. ¡Otra vez!»

—¡No son para ti! —gritó.

Y a pesar de que no había manera de que la persona unida a esas manos pudiera haberla oído —no sin magia, al menos—, los dedos parecieron dudar un instante. Se retiraron. Se vio incluso un poco de temblor.

No eran las manos de la niña, de eso estaba segura. Eran de un adulto. Pero ¿de quién?

Entonces, vio que un pie de mujer se introducía en la boca oscura de la bota. Esta se cerró alrededor del pie. La Hermana Ignacia sabía que la persona que se calzaba las botas podía ponérselas y quitárselas como le apeteciera, y que no podían arrancarse por la fuerza mientras el portador de las mismas estuviera vivo.

«Bueno —se dijo—, eso no debería ser ningún problema.»

Las botas echaron a andar hacia lo que parecía un corral. Quiquiera que las llevase aún no sabía cómo utilizarlas. ¡Qué lástima desperdiciar un par de Botas de Siete Leguas como si fueran unas simples pantuflas de andar por casa! Era un crimen. Un escándalo.

La portadora de las botas se acercó a unas cabras, y estas le olisquearon las faldas de un modo que a la Hermana Ignacia le pareció repugnante. Entonces, la mujer empezó a pasear.

—Bien —dijo la Hermana Ignacia, aguzando la vista—, vamos a ver quién eres.

Vio un árbol de gran tamaño con una puerta. Y un pantano, lleno de flores. El pantano le

sonaba. Vio la ladera empinada de una montaña, con varias crestas en lo alto.

«¡Cielos! ¿Son cráteres eso que veo?

»¡Y allí! ¡Conozco ese sendero!

»¡Y eso de allí! ¡Esas piedras!»

¿Era posible que las botas hubieran regresado solas a su viejo castillo? ¿O, mejor dicho, al lugar donde en su día se erigió?

«Mi casa», se dijo, aun sin quererlo. Aquel lugar había sido su hogar. Y tal vez lo fuera aún, después de tantos años. A pesar de la vida fácil en el Protectorado, nunca había vuelto a ser tan feliz como en compañía de los magos y de los sabios del castillo. Era una lástima que hubieran tenido que morir. No habrían muerto, claro está, de haber dispuesto de las botas, tal y como dictaba el plan original. Pero no se les ocurrió que alguien pudiera querer robárselas y huir con ellas del peligro, abandonándolos allí.

¡Y eso que se tenían por listos!

Al final, no había habido un mago más inteligente que Ignacia, y tenía el Protectorado entero para demostrarlo. Naturalmente, no quedaba a nadie ante quien alardear, lo que era una pena. Lo único que le quedaba eran las botas. Y ahora también se habían esfumado.

«Da igual —se dijo—. Lo que era mío, mío es. Y no hay más que hablar.

»Nada más.»

Y enfiló el camino para ir a su casa.

En el que un mapa resulta más bien inútil

Luna no había corrido nunca tanto rato ni tan rápido en su vida. Le daba la impresión de llevar horas en movimiento. Días. Semanas. Llevaba toda la eternidad corriendo. Fue de roca en roca, de montaña en montaña. Cruzó a toda velocidad arroyos y riachuelos. Los árboles se inclinaban a su paso. No se paró a preguntarse por qué le resultaba tan fácil la carrera ni por la longitud de sus saltos. En lo único que podía pensar era en la mujer que rugía como un tigre. Era peligrosa. Y eso le servía para mantener a raya el pánico. El cuervo revoloteaba lejos del alcance de la niña y trazaba círculos por encima de su cabeza.

—Cra —graznó el cuervo. «Me parece que no nos sigue.»

»Cra —volvió a graznar. «Es posible que estuviera equivocado con respecto a los pájaros de papel.»

Luna enfiló hacia un saliente rocoso para poder tener mejor visión y asegurarse de que no la seguían. No había nadie. El bosque no era más que bosque. Se sentó en la roca para abrir el diario y consultar el mapa, pero se había alejado tanto de la ruta que ni siquiera estaba segura de seguir dentro de la zona descrita en él. Suspiró.

—Vaya —dijo—. Me parece que la he liado bien. No estamos más cerca de la abuela que cuando empezamos. ¡Y mira! El sol se está poniendo. Y en el bosque hay una señora muy rara. — Tragó saliva—. Esa mujer no me gusta. No sé por qué. Pero no quiero que se acerque a mi abuela. Ni pensarlo.

De repente, el cerebro de Luna estaba abarrotado de cosas que sabía sin saber cómo las sabía. De hecho, su mente parecía un inmenso almacén cuyos armarios cerrados con llave se habían abierto no solo a la vez, sino que además estaban vertiendo todo su contenido por el suelo. Y se trataba de un contenido que Luna no recordaba haber guardado nunca en ellos.

Luna era pequeña, no sabía decir qué edad tenía, pero estaba claro que era pequeña. Se encontraba de pie en el centro del claro del bosque. Tenía la mirada perdida. La boca abierta. Era como si estuviera clavada allí.

Luna sofocó un grito. El recuerdo era clarísimo.

—¡Luna! —había gritado Fyrian después de salir de su bolsillo. Había empezado a revolotear delante de ella—. ¿Por qué no te mueves?

—Fyrian, cariño —había dicho su abuela—. Ve a buscarle a Luna una flor de corazón de sangre de las que hay en la ladera del cráter alto. Está jugando contigo y solo empezará a moverse si le traes esa flor.

—¡Me encantan los juegos! —había exclamado Fyrian antes de marcharse volando y silbando una melodía alegre.

Glerk había emergido entonces de entre las algas rojas de la superficie del pantano. Había abierto un ojo, luego el otro, y había alzado la mirada hacia el cielo.

—Más mentiras, Xan —había dicho, regañándola.

—¡Mentiras piadosas! —había protestado ella—. ¡Miento para protegerlos! ¿Qué quieres que les diga? No puedo contarles toda la verdad porque no entenderían nada.

Glerk salió trabajosamente del pantano, las aguas oscuras caían a goterones de la capa oleosa de su piel, más oscura aún. Se acercó a Luna, que seguía con los ojos abiertos y sin pestañear. La enorme boca húmeda de Glerk esbozó una mueca de disgusto.

—Todo esto no me gusta —dijo, acercando dos de sus manos a la cara de Luna y posando las otras dos en sus hombros—. Es la tercera vez en lo que va de día. ¿Qué ha pasado ahora?

Xan refunfuñó.

—Ha sido por mi culpa. Juraría que he intuido algo. Como si hubiera un tigre merodeando por el bosque, pero distinto, ya me entiendes. Sabes perfectamente lo que he pensado.

—¿Era ella? ¿La Devoradora de Tristeza?

La voz de Glerk se había transformado en un rugido peligroso.

—No. Llevo quinientos años preocupándome. Ha sido la obsesión de mis sueños, y no me equivoco. Pero no. No había nada. No obstante, Luna ha visto el cristal de visualización.

Glerk había cogido a Luna en brazos. Era un peso muerto. Se había apoyado en su cola y dejado que el peso de la niña quedara sobre su barriga blanda. Le había acariciado el cabello con una mano.

—Tenemos que contárselo a Fyrian —había dicho Glerk.

—¡No podemos! —había exclamado Xan—. ¡Mira lo que le ha ocurrido solo de ver el cristal de visualización con el rabillo del ojo! La he separado del artefacto en cuanto me he dado cuenta y no ha mejorado, y eso que ya ha pasado un rato. ¡Imagínate si a Fyrian se le escapa contarle que su abuela es una bruja! Entrará en trance cada vez que me vea, ¡cada vez! Y así hasta que cumpla trece años. Entonces ella estará enmagizada y yo me habré ido. ¡Me habré ido, Glerk! Y ¿quién cuidará entonces de mi bebé?

Xan se había acercado y había aproximado la mejilla a la de Luna y había abrazado al monstruo del pantano. O más bien dicho, a parte de él. Glerk era enorme.

—¿Jugamos a abrazarnos? —dijo Fyrian, que regresaba corriendo con la flor—. Me encantan los abrazos.

Y se había lanzado a uno de los brazos de Glerk y se había insinuado entre los carnosos pliegues de su cuerpo y, una vez más, había sido el dragón más feliz del mundo.

Luna permaneció sentada muy quieta, su cerebro funcionaba a toda velocidad después de la revelación de aquel recuerdo. Un recuerdo que acababa de descubrir.

«Bruja.

»*Enmagizada*.

»Trece.

»Ido.»

Se presionó la frente con las manos, como si con ello pudiera evitar que la cabeza le diera vueltas. ¿Cuántas veces había sentido que sus pensamientos desaparecían volando, como un pájaro? Y ahora estaban todos de vuelta, apilándose en su cabeza. Su decimotercer cumpleaños se acercaba. Y su abuela estaba enferma. Y débil. Y pronto, algún día, se habría ido. Y Luna se quedaría sola. Y *enmagizada*...

«Bruja.»

Jamás había oído aquella palabra. Pero aun así, cuando hurgaba en sus recuerdos, la encontraba por todas partes. La gente la mencionaba en los mercados cuando visitaban las ciudades del otro lado del bosque. La decían cuando visitaban sus casas. La gente la citaba cuando pedían la ayuda de su abuela para un nacimiento, por ejemplo. También para solventar algún malentendido.

—Mi abuela es una bruja —dijo Luna en voz alta. Y era verdad—. Y ahora yo también.

—Cra —graznó el cuervo. «¿Y...?»

Miró al ave entrecerrado los ojos y haciendo un mohín.

—¿Lo sabías? —le preguntó.

—Cra —respondió el cuervo. «Evidentemente, ¿qué te pensabas que eras? ¿No recuerdas cómo nos conocimos?»

Luna miró el cielo.

—De acuerdo —admitió—. Imagino que no lo he reflexionado lo suficiente.

—Cra —graznó el cuervo. «Exactamente, ese es tu problema.»

—Un cristal de visualización —murmuró Luna.

Lo recordaba. Su abuela los fabricaba de vez en cuando. A veces con una cuerda. Otras con un huevo crudo. Otras con el interior pegajoso de la vaina de una asclepia.

—Lo que importa es la intención —dijo Luna en voz alta, y sus huesos zumbaron al hablar—. Una buena bruja sabe cómo fabricar una herramienta con lo que tiene a mano.

Pero aquellas palabras no eran suyas. Las había dicho su abuela. Xan las había pronunciado estando ella presente. Y esas palabras se habían marchado volando, y Luna se había quedado como si no hubiera oído nada. Pero ahora volvían a ella. Se inclinó y escupió en el suelo, creando un charquito de lodo polvoriento. Cogió con la mano izquierda un puñado de hierba seca que afloraba en la grieta de una piedra. La mezcló con el lodo y empezó a enrollarla hasta formar un nudo sofisticado.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo, la verdad. Actuaba por instinto, como si estuviese intentando reconstruir una canción que había escuchado en su día y que apenas recordaba.

—Muéstreme a mi abuela —dijo, e introdujo el pulgar en el centro del nudo para abrir un agujero.

De entrada, no vio nada.

Pero de pronto distinguió a un hombre con la cara llena de cicatrices que caminaba por el bosque. Estaba asustado. Tropezaba con las raíces del suelo y en dos ocasiones chocó contra un árbol. Avanzaba a excesiva velocidad para tratarse de alguien que claramente no sabía adónde iba. Pero daba igual, porque era evidente que el cristal no funcionaba. No le había dicho que le mostrase a un hombre. Le había pedido ver a su abuela.

—Mi abuela —dijo Luna con más determinación y en voz alta.

El hombre llevaba un jubón de cuero. Se veían cuchillos colgando a ambos lados del cinturón. En aquel momento, abrió un bolsillo y acarició algo que había en su interior. De pronto, entre los pliegues del cuero asomó un pico.

Luna forzó la vista. Era una golondrina. Vieja y enferma.

—Yo te he dibujado —dijo en voz alta.

La golondrina, como si quisiese responder a sus palabras, asomó la cabeza por completo y miró a su alrededor.

—He dicho que necesito a mi abuela —dijo Luna en voz tan alta que casi gritó.

La golondrina se movió con nerviosismo, se debatió, pio. Estaba desesperada por salir de allí.

—Ahora no, tonta —dijo el hombre—. Espera a que te curemos esa ala. Entonces podrás salir. Ten. Come esta araña.

Y el hombre introdujo una araña en movimiento en el pico de la golondrina, que seguía protestando. El ave masticó con una combinación de frustración y agradecimiento en su cara.

Luna refunfuñó.

—Aún no domino muy bien esto. Muéstrame a mi ABUELA —dijo con firmeza.

Y el cristal se concentró con claridad en la cara del pájaro. Y la golondrina fijó la mirada en los ojos de Luna a través del cristal. Pero no podía verla.

Por supuesto que no. Pero, con todo, a Luna le dio la impresión de que el ave movía la cabeza, muy despacio, de lado a lado.

—¿Abuela? —musitó Luna.

Y el cristal se oscureció.

—¡Vuelve! —gritó la niña.

El improvisado artefacto siguió negro. El cristal de visualización no había fallado, comprendió sorprendida Luna. Pero alguien estaba bloqueándolo.

—Ay, abuelita —susurró Luna—. ¿Qué has hecho?

En el que la bruja se entera de algo sorprendente

—No era Luna —se dijo Xan una y otra vez—. Mi Luna está sana y salva en casa.

Se lo repitió hasta convencerse de que era verdad. El hombre le metió otra araña en la boca. A pesar de lo repelente que le resultaba la comida, tenía que reconocer que su paladar de ave la encontraba deliciosa. Era la primera vez que comía estando transformada. Y sería también la última. El lento desaparecer de la vida ante sus ojos no la entristecía por sí mismo. Pero la idea de abandonar a Luna...

Xan se estremeció. Los pájaros no lloran. De haberse encontrado en su habitual formato de anciana, habría llorado toda la noche.

—¿Te encuentras bien, amiga mía? —preguntó el hombre en voz baja y conmovida.

Los ojos negros y redondos como alfileres de Xan no expresaban la exasperación tan bien como sus equivalentes humanos y, por desgracia, el hombre no entendió el gesto. Pero ella estaba siendo injusta. Era un joven agradable, algo nervioso, tal vez. Excesivamente entusiasta. Y aquel tipo le sonaba.

—Ya sé que no eres más que un pájaro y que seguramente no puedes entenderme, pero jamás le he hecho daño a un ser vivo.

Su voz se quebró y en sus ojos aparecieron dos lagrimones.

«¡Ah! —pensó Xan—. Estás triste.»

Y se acurrucó un poco más, cloqueando, arrullando y llevando a cabo todo lo que sabía hacer como pájaro para que se sintiese mejor. Xan tenía quinientos años de práctica en su labor de consolar a la gente. De mitigar la tristeza. De aliviar el dolor. De saber escuchar.

El joven había preparado una pequeña hoguera y estaba asando una salchicha que había sacado de un paquete. De haber tenido Xan su olfato y sus papilas gustativas humanas, le habría resultado delicioso. Pero en su estado de pájaro, detectó no menos de nueve especias distintas y una pizca de manzana seca y pétalos de Zirin molidos. Y también amor en grandes cantidades. Lo había olido incluso antes de que el joven abriera el paquete. «Se lo ha preparado alguien —pensó Xan—. Una persona que quiere mucho a este chico. Es afortunado.»

La salchicha se hinchó y chisporroteó con el fuego.

—Supongo que no esperarás que te dé...

Xan gorjeó, confiando en que él la entendiera. En primer lugar, jamás se le ocurriría robarle la

comida al chico, y mucho menos mientras estuviera perdido en el bosque. En segundo lugar, era imposible que su estómago de ave tolerara la carne. Los bichillos sí, pero cualquier otra cosa la haría vomitar.

El joven dio un mordisco y, aunque sonrió, siguió llorando. Miró al pájaro y se sonrojó de vergüenza.

—Perdóname, amiga alada. Esta salchicha la ha preparado mi querida esposa. —Se le quebró la voz—. Ethyne. Se llama Ethyne.

Xan gorjeó, confiando en que con ello lo animara a continuar. El joven parecía tener un montón de sentimientos almacenados en su interior; era como una pila de leña a la espera de que llegara la primera chispa para prenderla.

Dio otro mordisco. El sol se había puesto por completo y las estrellas empezaban a asomar en un cielo cada vez más oscuro. El chico cerró los ojos e inspiró hondo. Xan percibió un traqueteo en el pecho del joven: el sonido precursor de la pérdida. Gorjeó, trino y le dio un picotazo en el brazo para animarlo. Él la miró y sonrió.

—¿Qué te pasa, amiga mía? Tengo la sensación de que podría contarte cualquier cosa. —Añadió un poco más de leña a la hoguera—. No pondré mucha —dijo—. Solo para mantenernos calientes hasta que salga la luna. Entonces nos pondremos de nuevo en marcha. El Día del Sacrificio no espera por nadie. O, al menos, no lo ha hecho hasta la fecha. Pero ya veremos, amiga mía. A lo mejor consigo que tenga que esperar para siempre.

«El Día del Sacrificio —se repitió Xan—. ¿Qué será eso?»

Le dio otro picotazo. «Sigue hablando», pensó.

El chico rio.

—Caramba, qué energía tienes. Si Ethyne no consigue repararte esta ala, ten por seguro que te prepararé una casita cómoda para que puedas vivir allí el resto de tus días. Ethyne... —suspiró— es maravillosa. Consigue que todo sea una belleza. Incluso yo, que soy lo más feo del mundo. Yo la amaba ya desde pequeño. Pero era muy tímido, y ella se marchó a vivir con las Hermanas. Luego, me desfiguraron la cara, pero conseguí llegar a vivir en paz con la soledad.

Se recostó en el suelo. Su cara marcada se iluminó con la luz del fuego. No era feo. Pero estaba destrozado. Aunque no por las cicatrices, sino por otra cosa. Xan fijó la mirada en su corazón para examinarlo. Vio a una mujer con un pelo que parecían serpientes colgada en las vigas de una casa con un bebé en brazos.

Un bebé con una marca de nacimiento en forma de cuarto creciente.

Xan notó que se le helaba el corazón.

—Tal vez no lo sepas, amiga mía, pero en el bosque hay una bruja.

«No», pensó Xan.

—Y se lleva a nuestros niños. Uno cada año. Tenemos que dejar al último que haya nacido en el círculo de los sicomoros y no volver la vista atrás. Si no, la bruja nos destruirá a todos.

«No —pensó Xan—. No, no, no.

»¡Esos bebés!

»Sus pobres madres. Sus pobres padres.»

Ella los había querido a todos —por supuesto que los había adorado—, y después habían

tenido una vida feliz, pero... La tristeza se cernía como una nube sobre el Protectorado. ¿Por qué no se había dado cuenta?

—Estoy aquí por ella. Por mi bella Ethyne. Porque me amaba y deseaba formar una familia conmigo. Pero nuestro bebé es ahora el más pequeño del Protectorado. Y no puedo permitir que se lleven a mi hijo, que es de Ethyne. La mayoría de la gente sigue adelante, qué remedio. Pero hay almas tiernas, como la de mi amada esposa, que se volverían locas de tristeza. Y entonces las encierran. —Hizo una pausa. Le temblaba todo el cuerpo. O tal vez fuera Xan la que estaba tiritando—. Nuestro hijo es precioso. ¿Y si se lo lleva la bruja? Ethyne se moriría. Y yo después que ella.

Si Xan hubiera creído que podía dilapidar un poco de magia, se habría transformado en aquel momento. Habría abrazado al pobre chico. Le habría confesado el error que ella sin saberlo había cometido. Le habría explicado que había cruzado el bosque con una cantidad inmensa de bebés. Le habría contado lo felices que habían sido después. Lo felices que habían sido sus familias.

Pero, ¡ay, esa tristeza que se cernía eternamente sobre el Protectorado...!

¡Y, ay, qué tiranía la de la tristeza!

¡Y, ay, los gritos de una madre que se vuelve loca de pena! El chico no había hecho nada para poder evitar el dolor y la tristeza, aun sin saber cómo hacerlo. Xan veía el recuerdo almacenado en el corazón de aquel joven. Sabía que había echado raíces, que se había calcificado, que su sentido de culpabilidad y su vergüenza lo habían inflamado.

«¿Cómo había empezado todo aquello? —se preguntó Xan—. ¿Cómo?»

Y como si quisieran responderle, oyó en las cavernas de sus propios recuerdos los pasos amortiguados de algo silencioso, depredador y aterrador que se aproximaba cada vez más.

«No —se dijo—. No puede ser.»

Se esforzó por no exteriorizar su pena. Sabía mejor que nadie el daño que puede causar la tristeza si acaba en las manos equivocadas.

—En cualquier caso, amiga mía, jamás he matado a nadie. Jamás he hecho daño a nadie. Pero amo a Ethyne. Y a Luken, nuestro hijo. Y haré todo lo que sea necesario con tal de proteger a mi familia. Te cuento todo esto, golondrina, porque no quiero que te asustes cuando me veas hacer lo que debo. No soy un hombre malvado. Solo es que amo a mi familia. Y precisamente por eso, mataré a la bruja. Lo haré. Acabaré con la bruja o moriré en el intento.

En el que la niebla empieza a levantarse

Cuando Ethyne y Mae cruzaron la plaza en dirección a la Torre, la población del Protectorado las siguió, protegiéndose los ojos de la luz con las manos. Se quitaron chales y abrigos para disfrutar del resplandor del sol sobre la piel, maravillándose por la ausencia de la humedad gélida habitual y aprendiendo a entrecerrar los ojos porque se había levantado la niebla.

—¿Habías visto alguna vez un cielo así? —preguntó Mae estupefacta.

—No —respondió Ethyne—. Jamás.

El bebé murmuró y se removió en la colorida mochila que lo sujetaba contra el pecho de su madre. Ethyne abrazó la calidez de su cuerpo y le dio un beso en la frente. Pronto le tocaría comer. Y tendría que cambiarlo. «Un momentito, cariño —pensó—. Mamá tiene que terminar una cosa que tendría que haber terminado hace ya mucho tiempo.»

Cuando Ethyne era pequeña, su madre siempre le contaba historias sobre la bruja del bosque. Era una niña curiosa y cuando se enteró de que su hermano mayor había sido uno de los niños sacrificados, no paró de preguntar. ¿Dónde está? Y si intentáramos encontrarlo, ¿qué pasaría? ¿De qué está hecha la bruja? ¿Qué come? ¿Vive sola? ¿Estás segura de que es una señora? Si es imposible combatir contra lo que no entendemos, ¿por qué, entonces, no intentamos aprender y comprenderlo? La bruja es mala, pero ¿cuánto? ¿Cuán mala es, exactamente?

Las preguntas constantes de Ethyne tuvieron sus consecuencias. Terribles. Su madre —una mujer pálida y demacrada, llena de resignación y tristeza— empezó a hablar obsesivamente sobre la bruja. Le contaba historias incluso cuando nadie se lo pedía. Murmuraba leyendas para sus adentros mientras cocinaba, limpiaba o realizaba el largo recorrido hasta la Ciénaga con otros cosechadores.

«La bruja se come a los niños. Los esclaviza. Los chupa hasta dejarlos secos», decía la madre de Ethyne.

«La bruja merodea por el bosque sin hacer ruido, caminando sobre garras acolchadas. Hace mucho tiempo se comió el corazón de un tigre triste y ese órgano sigue latiendo dentro de ella.»

«A veces, la bruja se transforma en pájaro. ¡Puede entrar volando en tu habitación por la noche y sacarte los ojos!»

«Es tan vieja como el polvo. Y es capaz de atravesar el mundo con sus Botas de Siete Leguas. ¡Así que pórtate bien si no quieres que se te lleve mientras duermes!»

Con el tiempo, las historias se hicieron más largas y enrevesadas; empezaron a envolver su cuerpo como una cadena pesada, hasta que no pudo sostenerlas más. Y entonces murió.

O, al menos, ese era el punto de vista de Ethyne.

Ella tenía dieciséis años por aquel entonces y era conocida en todo el Protectorado como una chica excepcionalmente inteligente, con agilidad manual y mental. Cuando las Hermanas de la Estrella se presentaron en su casa después del funeral de su madre y le ofrecieron una plaza en el noviciado, Ethyne dudó solo un instante. Su padre había fallecido; su madre también; sus hermanos mayores (a los que no se había llevado la bruja) estaban casados y no pasaban muy a menudo por la casa familiar. La situación era triste. Había un chico en su clase que le tenía el corazón robado —el tímido que siempre se sentaba al fondo del aula—, pero era de una familia importante. De gente con propiedades. Era imposible que la mirara con buenos ojos. Cuando llegaron las Hermanas de la Estrella con su oferta, Ethyne hizo la maleta y se marchó con ellas.

Pero pronto se dio cuenta de que por muchas cosas que aprendiera en la Torre —sobre astronomía, botánica, mecánica, matemáticas y vulcanología—, jamás se hacía mención alguna de la bruja. Jamás. Era como si no existiera.

Y más adelante empezó a darse cuenta de que la Hermana Ignacia no envejecía.

Y más adelante se percató de que por las noches se oían pasos amortiguados por los pasillos de la Torre.

Y luego un día vio que una de las hermanas del noviciado lloraba por la muerte de su abuelo y que la Hermana Ignacia miraba a la chica con expresión hambrienta, sus músculos estaban preparados como si fuera un depredador a punto de lanzarse a por su presa.

Ethyne había pasado la infancia cargando con el peso de las historias que su madre contaba sobre la bruja. De hecho, todo el mundo acarreaba aquel peso. La gente vivía con la espalda encorvada por culpa de la bruja y sus corazones tristes pesaban como rocas. Se incorporó a las Hermanas de la Estrella porque quería descubrir la verdad, pero no la encontró por ningún lado.

Sabía que las historias pueden contar la verdad, pero que también podían ser mentira. Sabía que podían dar giros, intrincarse y ofuscarse. Que controlar las historias daba poder. Y ¿quién era el que salía más beneficiado de aquel poder? Así fue como, con el tiempo, la mirada de Ethyne fue alejándose más y más del bosque para acercarse más y más hacia la Torre que proyectaba su sombra sobre el Protectorado.

Fue entonces cuando Ethyne comprendió que había aprendido todo lo que era posible de las Hermanas de la Estrella y que había llegado el momento de irse de allí. Que era mejor marcharse antes de perder el alma.

Y así fue como, con el alma intacta, Ethyne regresó aquel día a la Torre, cogida del brazo de Mae.



El hermano menor de Antain, Wyn, fue el encargado de abrirles la puerta. Wyn era el cuñado favorito de Ethyne. Ella lo abrazó con fuerza y, mientras lo hacía, depositó un papel en su mano.

—¿Puedo confiar en ti? —le susurró de modo prácticamente inaudible al oído—. ¿Me

ayudarás a salvar a mi familia?

El muchacho no dijo nada. Cerró los ojos y notó que la voz de su cuñada le envolvía el corazón como una cinta. En la Torre había poca bondad, y Ethyne era la persona más bondadosa que conocía. La abrazó una vez más, solo para asegurarse de que era real.

—Creo que mis antiguas hermanas están meditando, mi querido Wyn —dijo Ethyne con una sonrisa. Él tembló al oír pronunciar su nombre. En la Torre nadie lo utilizaba. Era simplemente el «chico». Y justo entonces decidió ayudar a Ethyne en todo lo que necesitara—. ¿Me llevarás, por favor, a donde se encuentran? Y entretanto, me gustaría que hicieras una cosa más.



Las Hermanas estaban reunidas para su meditación matutina: una hora de silencio seguida de cánticos y una rápida sesión de boxeo. Ethyne y Mae entraron en la sala cuando las primeras notas de una canción empezaban a filtrarse por las paredes de piedra de los pasadizos. Las voces de las Hermanas se acallaron en cuanto Ethyne hizo su entrada. El bebé gorjeó y arrulló. Las Hermanas se la quedaron mirando, boquiabiertas. Finalmente, una de ellas tomó la palabra.

—Tú —dijo.

—Tú nos abandonaste —añadió otra.

—Nunca se había marchado nadie —apuntó una tercera.

—Lo sé —replicó Ethyne—. El conocimiento alberga un poder increíble.

Era el lema no oficial de la Hermandad. Nadie sabía más que ellas. Nadie tenía más acceso al conocimiento. Pero a pesar de eso, allí estaban. Sin tener ni idea de nada. «Pues bien —pensó Ethyne—. Todo cambiará a partir de hoy.»

—Me marché. Y no fue fácil. Y lo siento mucho, además, pero, mis queridas Hermanas, tengo algo que decirles antes de volver a irme. —Se inclinó y le dio un beso en la frente a su hijo—. Tengo que contaros una historia.



Wyn pegó la espalda a la pared adyacente a la puerta que daba acceso a la Sala de Meditación.

Tenía en la mano una cadena. Y un candado. Y depositaría su llave en la mano de Ethyne. El corazón le latía con fuerza solo de pensarlo. Jamás en su vida había quebrantado una regla. Pero Ethyne era bondadosa. Y la Torre... no.

Pegó el oído a la puerta. La voz de su cuñada repicó como una campana.

—La bruja no está en el bosque —reveló—. Está aquí. Fundó esta Hermandad hace mucho tiempo. Inventó historias sobre otra bruja, una que se comía a los niños. La bruja de esta Hermandad se ha alimentado de la tristeza del Protectorado. De nuestras familias. De nuestros amigos. Nuestra pena siempre ha sido grande, y eso ha sido lo que la ha hecho fuerte. Tengo la sensación de que hace mucho tiempo que conozco esta verdad, pero había una nube que se cernía sobre mi corazón y sobre mi mente, la misma que se ha cernido sobre todas las casas, sobre todos

los edificios y sobre todos los seres del Protectorado. Esa niebla de tristeza ha bloqueado durante años mis conocimientos. Pero ahora se ha esfumado y brilla el sol. Lo veo con claridad. Y creo que vosotras también.

Wyn llevaba un llavero sujeto al cinturón. El siguiente paso del plan.

—No quiero robaros más tiempo, de modo que ahora me marcharé con aquellas dispuestas a acompañarme. Y al resto me gustaría expresarle mi agradecimiento. El tiempo que pasé aquí como hermana de todas vosotras fue muy valioso.

Ethyne salió de la sala y la siguieron nueve Hermanas. Dirigió a Wyn un breve gesto de cabeza. Este cerró con rapidez la puerta y pasó las cadenas por los tiradores hasta formar un nudo, que aseguró con el candado. Entregó la llave a Ethyne, que le apretó con ternura la mano.

—¿Y las novicias?

—En la sala de manuscritos. Estarán haciendo copias hasta la hora de cenar. He cerrado la puerta con llave y ellas no se han enterado.

Ethyne movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Bien —dijo—. No quiero asustarlas. Hablaré con ellas en un momento. Pero, antes, liberemos a los prisioneros. La Torre tendría que ser un centro de aprendizaje, no una herramienta de tiranía. Hoy se abren las puertas.

—¿Incluso las de la biblioteca? —inquirió Wyn esperanzado.

—En efecto. El conocimiento es poder, pero se convierte en un poder horrible si se acapara y se encierra. Hoy, el conocimiento será para todos.

Enlazó el brazo con Wyn y echaron a correr por la Torre, abriendo todas las puertas.



A las madres de los niños perdidos del Protectorado las asaltaban visiones. Llevaban días así, desde que la Hermana Superiora se había marchado al bosque, aunque nadie lo sabía. Lo único que sabían era que la niebla empezaba a levantarse. Y de pronto, habían comenzado a ver cosas. Cosas imposibles.

«Veo al bebé en brazos de una anciana.

»Veo al bebé con la barriguita llena de estrellas.

»Veo al bebé en el regazo de una mujer que no soy yo. De una mujer que se hace llamar “mamá”.»

«No es más que un sueño», se decían las mujeres una y otra vez. Los habitantes del Protectorado estaban acostumbrados a soñar. La niebla adormilaba a la gente, al fin y al cabo. Los sueños entristecían a la población y la población se entristecía al despertarse. No era ninguna novedad.

Pero la niebla empezaba a levantarse. Y aquello no eran solo sueños. Eran visiones.

«Veo al bebé con sus nuevos hermanos y hermanas. Lo quieren. Lo quieren mucho. Y resplandece cuando está con ellos.»

«Veo al bebé dando su primer paso. ¡Mira qué contento está! ¡Mira cómo brilla!»

«Veo al bebé trepando por un árbol.»

«Veo al bebé saltando de lo alto de una roca a un estanque profundo en compañía de sus alegres amigos.»

«Veo al bebé aprendiendo a leer.»

«Veo al bebé construyendo una casa.»

«Veo al bebé dando la mano a su amada y diciéndole “Yo también te quiero”.»

Las visiones eran muy reales. Muy claras. Era como si las madres pudiesen oler el cálido aroma de las cabecitas de sus hijos, tocar aquellas rodillas con rasguños y oír aquellas voces remotas. Gritaban el nombre de sus hijos, sentían la pérdida con tanta intensidad que era como si acabara de suceder, incluso en los casos en los que habían transcurrido décadas.

Pero a medida que las nubes se fueron rompiendo y el cielo se fue aclarando, empezaron a sentir también otra cosa. Algo que no habían sentido nunca.

«Veo al bebé dándole la mano a su bebé. A mi nieto. Consciente de que nunca nadie se lo va a llevar.»

Esperanza. Sentían esperanza.

«Veo al bebé con su círculo de amigos. Está riendo. Ama la vida.»

Alegría. Sentían alegría.

«Veo al bebé dándole la mano a su esposo y mirando las estrellas. No sabe que yo soy su madre. Ni siquiera me conoció.»

Las mujeres dejaban lo que tenían entre manos. Salían a la calle. Caían de rodillas al suelo y miraban el cielo. Las visiones no eran más que imágenes, se decían. No eran más que sueños. No eran reales.

Pero aun así...

Eran tan tan reales...

Hacía mucho tiempo, las familias se habían sometido a los hombres de las túnicas, habían acatado al Consejo y habían entregado a sus bebés a la bruja. Lo habían hecho para salvar a la población del Protectorado. Lo habían hecho conscientes de que sus bebés iban a morir. Y sus bebés habían muerto.

¿Y si no hubiese sucedido así?

Y cuanto más preguntaban, más se lo cuestionaban. Y cuanto más se lo cuestionaban, más esperanzas tenían. Y cuantas más esperanzas tenían, más se levantaban las nubes de tristeza, más se alejaban y más desaparecían bajo el calor de un cielo cada vez más luminoso.



—No es mi intención ser maleducado, Gran Anciano Gherland —dijo entre dientes el Anciano Raspin. Era muy viejo. A Gherland le sorprendía que aquel tipo pudiera mantenerse todavía en pie—. Pero los hechos son los hechos. Y esto es todo por su culpa.

La reunión delante de la Torre había empezado con un puñado de ciudadanos portando pancartas, pero rápidamente se había transformado en una multitud con banderolas, canciones, discursos y otras atrocidades. Los Ancianos, al ver aquello, se habían retirado a la mansión del Gran Anciano y habían sellado ventanas y puertas.

Gherland estaba sentado en su silla favorita y miraba con ira a sus compatriotas.

—¿Que es por mi culpa? —dijo sin levantar la voz. Cada vez se veían menos criadas, cocineros, ayudantes de cocina y maestros pasteleros, lo cual significaba que no había comida, y Gherland tenía las tripas vacías—. ¿Mi culpa? —Dejó la pregunta flotando en el aire unos instantes—. Te lo ruego, por favor, explícame por qué.

Raspin sufrió un ataque de tos y todo el mundo pensó que iba a morir allí mismo. El Anciano Guinnot intentó continuar.

—Esta agitadora forma parte de su familia. Y mírela. Ahí fuera. Arengando a la chusma.

—La chusma ya estaba agitada antes de que ella llegara —farfulló Gherland—. Yo mismo fui a visitarla, a ella y a su condenado bebé. En cuanto lo depositemos en el bosque, ella llorará su pérdida y se recuperará, y la situación volverá a la normalidad.

—¿Ha echado un vistazo al exterior últimamente? —preguntó el Anciano Leibshig—. Ese... sol. Es una aberración para los ojos, ni más ni menos. Y parece como si estuviera encendiendo a la población.

—Y las pancartas. ¿Quién diantres se las fabrica? —refunfuñó el Anciano Oerick—. Mis empleados no, eso se lo aseguro. No se atreverían. Y, de todos modos, he tenido la previsión de esconderles la tinta. Al menos, uno de nosotros piensa un poco.

—¿Dónde está la Hermana Ignacia? —gimoteó el Anciano Dorrit—. ¡Vaya momento elige para desaparecer! Y ¿por qué no están las Hermanas cortando esto de raíz?

—Es ese chico. Ya fue un problema durante su primer Día del Sacrificio. Tendríamos que haberlo echado entonces —se quejó el Anciano Raspin.

—¿Perdón? —dijo el Gran Anciano.

—Todos sabíamos que sería un problema tarde o temprano. Y mirad. Ahí está. Planteando un problema.

El Gran Anciano balbuceó.

—Pero ¿qué están diciendo? ¡Son ustedes un puñado de hombres hechos y derechos y gimotean como bebés! No hay nada de que preocuparse. La chusma anda agitada, pero es temporal. La Hermana Superiora está ausente, pero es temporal. Mi sobrino ha demostrado ser una espina clavada en nuestro trasero colectivo, pero eso también es temporal. La Carretera es el único pasaje seguro. El chico corre peligro. Y morirá. —El Gran Anciano hizo una pausa, cerró los ojos y se esforzó en enterrar la tristeza en lo más profundo de su pecho. Para esconderla. Abrió los ojos y fijó en los Ancianos una mirada de acero. Resoluta—. Y, mis queridos hermanos, cuando esto ocurra, volverá la vida que siempre conocimos. Eso es tan seguro como el suelo que tenemos bajo los pies.

Y justo en aquel momento, el suelo que tenían bajo los pies empezó a temblar. Los Ancianos abrieron las ventanas que daban al sur y miraron. El pico más alto lucía un penacho de humo. El volcán había entrado en erupción.

En el que Glerk cuenta a Fyrian la verdad

—Vamos —dijo Luna.

Aún no había salido la luna, pero pronto llegaría el momento, lo percibía. Lo cual no era ninguna novedad. Siempre había sentido un curioso parentesco con ella, aunque nunca lo había notado con tanta potencia como en aquel momento. Iba a ser luna llena. Iluminaría el mundo.

—Cra —graznó el cuervo. «Estoy muy muy cansado.»

»Cra —prosiguió. «Además, es de noche, y los cuervos no somos aves nocturnas.»

—Ven —dijo Luna, mostrándole la capucha de su capa—. Métete aquí. Yo no estoy cansada.

Y era verdad. Parecía como si sus huesos se estuvieran transformando en luz. Como si no pudiera volver a sentirse cansada. El cuervo aterrizó en su hombro y se introdujo en la capucha.

Cuando Luna era pequeña, su abuela le enseñó los secretos de los imanes y de las brújulas. Le enseñó que un imán posee un campo magnético y que su fuerza aumenta cuanto más se acerca a sus polos. Luna aprendió que atrae determinados objetos e ignora otros. Y aprendió que el mundo es también un imán y que una brújula, con su minúscula aguja en un estanque de agua, siempre deseará alinearse con la atracción magnética de la Tierra. Lo sabía y lo entendía, pero ahora tenía la sensación de que existían otro campo magnético y otra brújula de los que su abuela nunca le había hablado.

El corazón de Luna estaba siendo atraído hacia el de su abuela. ¿Sería el amor una brújula?

El cerebro de Luna estaba siendo atraído hacia el de su abuela. ¿Sería el conocimiento un imán?

Y había también algo más. Una sensación que llenaba sus huesos. Un tictac en su cabeza. La impresión de tener un motor invisible en su interior que la empujaba, centímetro a centímetro, hacia... algo.

Y jamás en su vida había sabido hacia qué.

«Magia», le decían sus huesos.



—Glerk —dijo Fyrian—. Glerk, Glerk, Glerk. Me parece que ya no quepo en tu espalda. ¿Te

estarás encogiendo?

—No, amigo mío —respondió—. Más bien al contrario. El que está creciendo eres tú.

Y era cierto. El tamaño de Fyrian estaba aumentando. Glerk no podía creerlo al principio, pero a cada paso que daban, el dragón crecía un poco más. Aunque no de forma regular. La nariz le engordó como un melón enorme en la punta del morro. Luego un ojo adquirió el doble de tamaño que el otro. Después fueron las alas. Más tarde los pies. Luego solo un pie. Crecía poco a poco, luego el crecimiento se ralentizaba, después crecía de nuevo, a continuación se ralentizaba.

—¿Que estoy creciendo? ¿Estás diciéndome que voy a ser enorme? —preguntó Fyrian—. ¿Cómo es posible que un dragón pueda ser más enorme que Simplemente Enorme?

Glerk se quedó dudando.

—Ya conoces a tu tía. Siempre vio potencial en ti, aunque no lo hubieses alcanzado aún. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—No —admitió Fyrian.

Glerk suspiró. Aquello iba a ser complicado.

—A veces, ser Simplemente Enorme no es solo una cuestión de tamaño.

—¿Ah, no? —Fyrian se quedó pensando mientras su oreja izquierda empezaba a rebrotar y a expandirse—. Xan nunca me lo mencionó.

—Bueno, ya sabes cómo es —replicó Glerk, carraspeando un poco—. Delicada. —Glerk hizo una pausa—. El tamaño es un espectro. Como un arcoíris. Digamos que en el espectro de la enormidad tú estabas situado en el extremo inferior. Lo cual es completamente, veamos... —Hizo otra pausa. Se pasó la lengua por los labios—. A veces la verdad..., digamos que a veces la verdad se curva. Como la luz. —Se estaba liando y lo sabía.

—¿En serio?

—Tu corazón siempre ha sido enorme —terminó Glerk—. Y siempre lo será.

—Glerk —dijo Fyrian muy serio. Sus labios habían adquirido el tamaño de las ramas de un árbol y colgaban de sus mandíbulas de forma caótica. Tenía un diente más grande que todos los demás. Y una pata que crecía a toda velocidad, a ojos vista—. ¿Te parezco extraño? Sé sincero, por favor.

Era una cosilla seria y preciosa. Extraño, claro está. E inconsciente de quién era. Pero serio, de todos modos. Mejor dejarse de bromas, decidió Glerk.

—Mira, Fyrian, confieso que no entiendo del todo tu situación. Y ¿sabes qué? Tampoco Xan. Es cierto, sí. Estás creciendo. Imagino que vas camino de ser Simplemente Enorme como tu madre. Ella murió, Fyrian. Hace quinientos años. La mayoría de los dragones no se queda tanto tiempo en su fase de bebé. De hecho, no se me ocurre ni un solo ejemplo más. Pero, por alguna razón, tú sí. A lo mejor fue obra de Xan. A lo mejor fue porque estabas muy cerca de tu madre cuando murió. A lo mejor es que no soportarías crecer. Pero el caso es que ahora estás creciendo. Siempre pensé que te mantendrías para siempre como un Dragón Perfectamente Diminuto. Pero me equivocaba.

—Pero... —Fyrian tropezó con sus alas, se precipitó hacia delante y cayó con tanta fuerza que el suelo tembló—. Pero tú eres un gigante, Glerk.

Glerk negó con la cabeza.

—No, amigo mío. No soy ningún gigante. Soy grande y soy viejo, pero no un gigante. Los dedos de los pies de Fyrian habían duplicado su tamaño normal.

—Y Xan. Y Luna.

—Tampoco son gigantes. Son de tamaño normal. Y tú eres tan pequeño que cabes en sus bolsillos. O cabías.

—Y ahora ya no lo soy.

—No, amigo mío. Ahora ya no lo eres.

—Pero ¿qué significa todo esto, Glerk?

Fyrian tenía los ojos húmedos. Sus lágrimas aparecían como estanques de agua hirviendo que se transformaban en nubes de vapor.

—No lo sé, mi querido Fyrian. Lo que sí sé es que estoy aquí contigo. Sé que las lagunas de conocimiento que tenemos se revelarán muy pronto, lo cual es bueno. Sé que eres mi amigo y que permaneceré a tu lado durante cualquier transición y prueba a la que nos veamos sometidos. Y no importa que... —El trasero de Fyrian dobló de repente su tamaño, y su peso se volvió tan enorme que se le doblaron las patas de atrás y se quedó sentado en el suelo con un gran estrépito—. Vaya. Y no importa que el proceso sea poco delicado —dijo Glerk, rematando la frase.

—Gracias, Glerk —dijo Fyrian lloriqueando.

Glerk extendió sus cuatro brazos y levantó la cabeza todo lo posible, estirando la columna y posándose primero sobre las patas traseras para a continuación elevar el cuerpo sobre su gruesa cola enrollada. Sus grandes ojos se volvieron más grandes si cabe.

—¡Mira! —exclamó, señalando hacia la ladera de la montaña.

—¿Qué pasa? —preguntó Fyrian, que no veía nada.

—Allí, bajando de aquel saliente rocoso. Supongo que no puedes verlo, amigo mío. Pero es Luna. Su magia empieza a emerger. Pensaba que la había visto llegar poco a poco, pero Xan siempre me dijo que eran imaginaciones mías. Pobre Xan. Hizo todo lo que pudo para prolongar la infancia de Luna, pero no hay manera de escapar de esto. La niña se está haciendo mayor. Y pronto dejará de ser una niña.

Fyrian se quedó mirando a Glerk boquiabierto.

—¿Se está convirtiendo en dragón? —preguntó, en su voz había una mezcla de incredulidad y esperanza.

—¿Qué? —dijo Glerk—. No. ¡Claro que no! Se está convirtiendo en adulta. Y en bruja. Las dos cosas a la vez. ¡Mira! Está allí. Vislumbro su magia desde aquí. Ojalá tú también pudieras, Fyrian. Tiene un tono azul bellissimo, envuelto en un destello plateado.

Fyrian iba a añadir algo más, pero bajó la vista de repente y apoyó ambas manos en la tierra.

—¿Glerk? —dijo, presionando la oreja contra el suelo.

El monstruo no le prestó atención.

—¡Mira! —exclamó, señalando la cumbre más próxima—. Allí está Xan. O su magia, al menos. ¡Oh! Está herida. Lo veo desde aquí. Está utilizando un hechizo, tiene toda la pinta de ser una transformación. ¡Ay, Xan! ¿A quién se le ocurre transformarse en tu estado? ¿Y si no pudieras revertirlo?

—¿Glerk? —insistió Fyrian, sus escamas eran cada vez más pálidas.

—No hay tiempo que perder, Fyrian. Xan nos necesita. Mira. Luna se dirige hacia la montaña donde se encuentra su abuela. Si nos damos prisa...

—¡GLERK! —gritó Fyrian—. ¿Quieres hacerme caso? ¡La montaña!

—Habla con frases completas, te lo ruego —dijo Glerk con impaciencia—. Si no actuamos con rapidez...

—¡LA MONTAÑA ESTÁ ARDIENDO, GLERK! —rugió Fyrian.

El monstruo lo miró con exasperación.

—¡No, no está ardiendo! Bueno, al menos no más de lo normal. Esas fumarolas están simplemente...

—No, Glerk —dijo Fyrian, incorporándose—. Sí que lo está. Por dentro. La montaña arde bajo nuestros pies. Como antes. Como cuando entró en erupción. Mi madre y yo... —el repentino dolor le quebró la voz— lo notamos en primer lugar. Y ella fue corriendo a alertar a los magos. ¡Glerk! —La cara de Fyrian era de máxima preocupación—. Tenemos que avisar a Xan.

El monstruo del pantano asintió. El corazón le dio un vuelco tan grande que notó como si se hubiera trasladado a la cola.

—Y rápido —dijo, dándole la razón a Fyrian—. Vamos, mi querido amigo. No tenemos ni un momento que perder.



Las dudas revolvían las entrañas de ave de Xan.

«Todo esto es por mi culpa —pensó.

»¡No! —argumentó—. ¡Tú los has protegido! ¡Tú los has amado! Tú rescataste a todos esos bebés para que no murieran de hambre. Hiciste felices a muchas familias.

»Tendría que habérmelo imaginado —contraatacó—. Tendría que haber tenido más curiosidad. Tendría que haber hecho algo.»

Y ahora aquel pobre chico, que amaba a su esposa y a su hijo con locura, estaba dispuesto a sacrificarse con tal de que estuvieran a salvo y fueran felices. Deseaba abrazarlo. Deseaba deshacer su transformación y explicárselo todo. Aunque, a buen seguro, si lo hiciese él intentaría matarla.

—En poco rato, amiga mía —dijo el joven en voz baja—, saldrá la luna y nos pondremos en marcha. Mataré a la bruja y podremos volver a casa. Y conocerás a mi preciosa Ethyne y a mi hermoso hijo. Y estaréis todos a salvo.

«No creo», pensó Xan.

En cuanto apareciera la luna, podría capturar un poco de su magia. Muy poco. Sería como intentar transportar agua con una red de pescar. Pero siempre era mejor que nada. Le quedarían al menos las gotas. Y tal vez con ello tuviera suficiente para que aquel pobre hombre pudiera dormir un rato. Y tal vez incluso pudiera hechizar su ropa y sus botas para enviarlo a casa, donde se despertaría con el abrazo amoroso de su familia.

Lo único que necesitaba era la luna.

—¿Has oído eso? —dijo el hombre, levantándose de un brinco.

Xan miró a su alrededor. No había oído nada.

Pero el joven tenía razón.

Algo se acercaba.

O alguien.

—¿Y si fuera la bruja la que viene hacia mí? —se preguntó—. ¿Te imaginas que tuviera esa suerte?

«Pues claro que me lo imagino —pensó Xan, con más burla de la que debería. Le dio un pequeño picotazo a través de la camisa—. Me imagino a la bruja viniendo hacia ti. Qué afortunado.» Y, con sus ojos de pájaro, negros como alfileres, lo miró con exasperación.

—¡Mira! —exclamó él, señalando hacia la ladera, montaña abajo.

Xan miró. Era verdad. Alguien estaba subiendo por allí. Dos *algos*. Xan no logró discernir quién era la segunda figura —no le sonaba absolutamente de nada—, pero la primera era inequívoca.

Aquel resplandor azul.

Aquel tintineo de plata.

La magia de Luna, ¡su magia!, aproximándose cada vez más.

—¡Es la bruja! —dijo el joven—. Estoy seguro. —Y se escondió detrás de unos matorrales, quedándose muy quieto. Sin embargo, estaba temblando. Pasó el cuchillo de una mano a la otra—. No te preocupes, amiga mía. Lo haré muy muy rápido. La bruja no me verá.

Tragó saliva.

—Y cuando llegue, le rebanaré el pescuezo.

En el que hay un desacuerdo sobre unas botas

—Quítate esto, querida —dijo la Hermana Ignacia. Su voz era cremosa. Sus pasos eran suaves, como dados con garras almohadilladas—. No te quedan bien.

La loca inclinó la cabeza. Estaba a punto de salir la luna. La montaña rugía bajo sus pies. Estaba delante de una piedra de gran tamaño. «No olvides», decía en un lado de la piedra. «Lo digo en serio», ponía en el otro.

La loca echaba de menos sus pájaros. Se habían marchado volando y no habían vuelto. ¿Eran reales? No lo sabía.

Lo único que sabía en aquel momento era que aquellas botas le gustaban. Había dado de comer a las cabras y a las gallinas, había ordeñado la leche y recogido los huevos, y había dado las gracias a los animales por el tiempo que le habían dedicado. Durante todo aquel rato, había sentido que las botas la alimentaban. Una sensación inexplicable. Las botas le daban vida. Animaban sus músculos y sus huesos. Se notaba ligera como un pájaro de papel. Tenía la sensación de que con ellas sería capaz de recorrer corriendo mil kilómetros sin ni siquiera jadear.

La Hermana Ignacia dio un paso al frente. Esbozó una tensa sonrisa. La loca captó el sonido del rugido atigrado que retumbaba en su interior. Le empezó a caer un hilo de sudor por la espalda. Retrocedió rápidamente varios pasos hasta que su cuerpo tropezó con la piedra. Se apoyó en ella y se sintió invadida por una sensación reconfortante. Las botas comenzaron entonces a zumbar.

Aquel lugar era mágico. Había fragmentos minúsculos de magia por todas partes. La loca lo percibía. Se dio cuenta de que la Hermana también. Ambas mujeres empezaron a mover hacia un lado y hacia otro sus inteligentes y ágiles dedos, enganchando relucientes fragmentos de magia, que guardarían para cuando la necesitaran. Cuanta más magia acaparaba la loca, más claro se volvía el camino hacia su hija.

—Eres una pobre alma perdida —dijo la Hermana Superiora—. ¡Te has alejado mucho de casa! ¡Debes de estar muy confusa! Es una suerte que te haya encontrado antes que cualquier animal salvaje o un violento ladrón. Este bosque es peligroso. Es el más peligroso del mundo.

La montaña rugió. En el cráter más alejado apareció un penacho de humo. La Hermana Superiora se quedó blanca.

—Tenemos que irnos de aquí —dijo. La loca cayó de rodillas y se puso a temblar—. Mira. —

La Hermana señaló el cráter—. Esto ya lo vi en una ocasión. Hace muchísimo tiempo. Primero aparecen las columnas de humo, luego empieza a temblar la tierra, después llegan las primeras explosiones y finalmente, la montaña entera se abre hacia el cielo. Si estamos aquí cuando suceda, moriremos las dos. Pero si me entregas ahora mismo esas botas —se pasó la lengua por los labios—, utilizaré el poder que contienen para volver ambas a casa. A la Torre. A tu segura y comfortable Torre.

Sonrió de nuevo. Incluso su sonrisa era aterradora.

—Mientes, Corazón de Tigre —musitó la loca. La Hermana Ignacia se encogió al oír aquel término—. No tienes ni la más mínima intención de llevarme contigo.

Tenía las manos apoyadas en la piedra. Y la piedra le hacía ver cosas. O tal vez fueran las botas. Vio el grupo de magos —mujeres y hombres muy mayores— traicionado por la Hermana Superiora. Antes de que fuera Hermana Superiora. Antes de que existiera el Protectorado. Esta se había comprometido a cargar con los magos a su espalda cuando el volcán entró en erupción, pero no lo hizo. Los abandonó a su suerte y murieron.

—¿Cómo conoces ese nombre? —preguntó en voz baja la Hermana Ignacia.

—Todo el mundo lo conoce —respondió la loca—. Aparecía en una leyenda que narraba que la bruja se comió el corazón de un tigre. Todo el mundo la cuenta. Pero es mentira, por supuesto. Tú no tienes corazón de tigre. Tú directamente no tienes corazón.

—Esa leyenda no existe —dijo la Hermana Ignacia. Empezó a deambular de un lado a otro con nerviosismo. Encorvó la espalda. Rugió—. Fui yo quien inició las historias en el Protectorado. Yo. No existe ninguna que yo no contara primero.

—Te equivocas. «El tigre pasea», decían las Hermanas. Se lo oí muchas veces. Y estaban hablando de ti.

La Hermana Superiora se quedó blanca.

—Imposible —musitó.

—También era imposible que mi hija siguiera con vida —dijo la loca—, pero vive. Y ha estado aquí. Hace muy poco. Lo imposible es posible. —Miró a su alrededor—. Este lugar me gusta.

—Entrégame esas botas.

—Y otra cosa. Viajar a lomos de una bandada de pájaros de papel es imposible, pero lo he hecho. No sé dónde están, pero encontrarán la manera de volver a mí. Y también era imposible saber dónde se hallaba mi bebé, pero ahora tengo una imagen clarísima de su ubicación. Justo en este momento. Y sé también bastante bien cómo llegar hasta ella. Mi mente no tiene ni idea, pero mis pies sí lo saben. Y es por estas botas. Son muy inteligentes.

—¡DAME MIS BOTAS! —rugió la Hermana Superiora.

Cerró las manos en dos tensos puños y las levantó por encima de la cabeza. Cuando las hizo descender, desplegando los dedos, sujetaban cuatro cuchillos afilados. Sin dudarle un instante, retrocedió, proyectó las manos hacia delante y lanzó los cuchillos en dirección al corazón de la loca. Y habrían hecho blanco de no ser porque esta giró en redondo sobre un talón y dio tres ágiles saltos hacia un lado.

—¡Las botas son mías! —bramó la Hermana Ignacia—. Ni siquiera sabes cómo utilizarlas.

La loca sonrió.

—En realidad —dijo—, me parece que sí sé.

La Hermana Ignacia se abalanzó sobre la mujer, que dio varios pasos en espiral antes de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. La Superiora se quedó sola.

El humo empezó a asomar por un segundo cráter. El suelo temblaba con tanta fuerza que la Hermana Ignacia se tambaleó. Cayó de rodillas y acercó las manos al suelo. Estaba ardiendo. Sucedería en cualquier momento. La erupción estaba a punto de producirse.

Se incorporó. Se alisó las faldas.

—Pues muy bien —dijo—. Si quieren jugar así, estupendo. Yo también jugaré.

Y siguió a la loca hacia el interior del tembloroso bosque.

En el que convergen varios caminos

Luna trepó como pudo la empinada ladera hacia la cima. El perfil superior de la luna acababa de emerger por el horizonte. Notaba un zumbido en su interior, como un muelle que ha estado contenido con gran tensión y empieza a liberarse. Sentía como si dentro de ella hubiera un oleaje que la empujaba con todas sus fuerzas y que surgía de sus extremidades. Avanzaba a trompicones y sus manos evitaban el impacto del cuerpo contra el suelo pedregoso. Pero pronto, las piedras empezaron a apartarse y a escabullirse, correteando como si fueran bichos. O no. Eran bichos, con antenas, patas peludas y alas tornasoladas. O se convertían en agua. O en hielo. La luna seguía ascendiendo por el horizonte.

Su abuela le había explicado, cuando Luna era una chiquilla con las rodillas peladas y el pelo alborotado, cómo funcionaba la vida de las orugas, le había contado que eran insectos de buen carácter que crecían y engordaban hasta formar una crisálida. Y que cambiaban. Que su cuerpo se deshacía. Que todas y cada una de sus partículas se desenredaban, se desenmarañaban y se deconstruían para convertirse en algo completamente distinto.

«Y ¿cómo debe de ser eso?», le preguntó Luna aquel día tras la explicación.

«Como magia», le había respondido con mucha cautela Xan, entrecerrando los ojos.

Y luego Luna se había quedado con la mente en blanco. En el recuerdo, presenciaba lo que le había sucedido, descubrió que la palabra «magia» se había marchado volando, como un pájaro. De hecho, incluso la veía volando físicamente, el sonido, las letras, alejándose de sus oídos y revoloteando hacia el horizonte. Pero la palabra acababa de regresar. En una ocasión, su abuela le había intentado explicar qué era la magia. Tal vez en más de una ocasión. Y luego, era muy posible que se hubiera acostumbrado a que Luna no lo supiera. Pero, en estos momentos, la niña tenía una tormenta de recuerdos revolviéndose en su cabeza.

«La oruga se transforma en crisálida —le había contado su abuela—. Y luego muta. Su piel cambia, sus ojos cambian y su boca cambia. Los pies desaparecen. Todas y cada una de sus partículas, incluso sus conocimientos, se transforman en papilla.»

«¿En papilla?», había preguntado Luna boquiabierta.

«Veamos —había respondido su abuela para tranquilizarla—. Tal vez no sea ese el mejor término. En materia. En la materia de la que están hechas las estrellas. En la materia de la luz. En la materia de la que está hecho un planeta antes de ser un planeta. En la materia de la que está

hecho un bebé antes de nacer. En la materia que conforma una semilla antes de ser un sicomoro. Todo lo que ves se encuentra inmerso en el proceso de hacer o deshacer, de morir o vivir. Todo está en un estado de cambio.»

Y ahora, mientras ascendía la montaña, Luna estaba cambiando. Lo notaba. Estaba experimentando una transformación en los huesos, en la piel, en los ojos, en su espíritu. La máquina de su cuerpo —todos sus engranajes, todos sus muelles, todas sus palancas— se había alterado y todo se había reorganizado para dar como resultado un nuevo encaje. Un encaje distinto. Y se había convertido en una persona nueva.

En la cumbre de la montaña había un hombre. Luna no podía verlo, pero percibía su presencia en los huesos. Percibía también que su abuela estaba cerca. Estaba, al menos, prácticamente segura de que se trataba de su abuela. Percibía dentro de sí una imagen con la forma de su abuela, pero cuando intentaba intuir dónde se encontraba en esos momentos, la imagen se volvía más confusa.

«Es la bruja», oyó que decía el hombre.

A Luna se le encogió el corazón. Aumentó la velocidad, a pesar de que la cuesta era empinada y el camino era largo. Pero a cada paso que daba, más rápido se movía.

«¡Abuela!», gritó su corazón.

«Vete.» No lo oyó con los oídos, sino en los huesos.

«Da media vuelta.

»¿Qué haces aquí? ¿Estás loca, mi niña?»

Se lo estaba imaginando. Era evidente. Pero ¿por qué le parecía que la voz provenía de aquella imagen con la forma de su abuela que percibía en su interior? Y ¿por qué hablaba como Xan?

«No te preocupes, amiga mía —oyó Luna que decía el hombre—. Lo haré muy muy rápido. La bruja no me verá. Y, cuando llegue, le rebanaré el pescuezo.»

—¡ABUELITA! —gritó Luna—. ¡CUIDADO!

Y oyó un sonido. Luego el grito de una golondrina. Resonando en la noche.



—Sugeriría que fuésemos más rápido, amigo mío —dijo Glerk, agarrando a Fyrian por el ala para arrastrarlo.

—Me encuentro mal, Glerk —dijo este, postrándose de rodillas. De haber caído antes con tanta fuerza, se habría hecho cortes. Pero ahora tenía las rodillas —y, de hecho, también las patas traseras, las garras, la totalidad de la espalda e incluso las patas delanteras— cubiertas con una piel gruesa y curtida en la que empezaban a formarse escamas duras y relucientes.

—Ahora no hay tiempo para encontrarse mal —dijo Glerk, mirando a Fyrian, que ya era tan grande como él y seguía creciendo.

Pensó que estaba diciendo la verdad. Tenía la cara un poco verdosa. Aunque tal vez fuera su coloración normal. Era imposible saberlo. Era, concluyó Glerk, el momento más inconveniente para empezar a crecer. Pero sabía que pensar esas cosas no era justo.

—Discúlpame —dijo Fyrian. Y se agachó junto a unos matorrales para vomitar profusamente —. Ay, vaya. Me parece que he prendido fuego a algo.

Glerk movió la cabeza con preocupación.

—Si puedes apagarlo, hazlo. Aunque si tienes razón con lo del volcán, poca importancia tendrá lo que esté en llamas.

Fyrian meneó la cabeza y sacudió las alas. Intentó agitarlas un par de veces, pero no estaba lo bastante fuerte como para alzar el vuelo. Gimoteó, su expresión seguía siendo de conmoción.

—No puedo volar todavía.

—Me aventuraría a afirmar que es un asunto temporal —dijo Glerk.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fyrian, esforzándose para disimular el llanto en su voz, pero sin conseguirlo.

Glerk miró a su amigo. El crecimiento se había ralentizado, aunque no se había detenido del todo. Al menos ahora el tamaño de Fyrian estaba aumentando de un modo más regular.

—No lo sé. Hay que confiar siempre en que sucederá lo mejor. —Glerk torció sus gigantescas mandíbulas para esbozar una sonrisa—. Y tú, mi querido Fyrian, eres de lo mejorcito que conozco. Vamos. ¡A la cima de la montaña! ¡Démonos prisa!

Y corrieron entre la maleza, apartando a patadas las piedras de su camino.



La loca nunca se había sentido mejor. El sol se había puesto. La luna empezaba a salir. Y ella corría a toda velocidad por el bosque. No le gustaba en absoluto el aspecto de aquel terreno; estaba repleto de fumarolas, arenas movedizas y huecos llenos de material en ebullición que podían asarla viva. Pero con las botas corría de rama en rama como si fuese una ardilla.

La Hermana Superiora la seguía. La loca percibía los estiramientos y las tensiones de sus músculos. Notaba la ondulación de la velocidad y el destello de color que dejaba a su paso por el bosque.

Se detuvo un momento sobre la rama gruesa de un árbol que no supo identificar. La corteza estaba muy arrugada, y se preguntó si bajaría el agua por ella como un río cuando llovía. Observó la oscuridad. Amplió su campo de visión, que se extendió entre montañas, desfiladeros y cordilleras, que se extendió hasta alcanzar el horizonte del mundo.

¡Allí! Un destello de azul con un brillo plateado.

¡Allí! Un resplandor de verde liquen.

¡Allí! El joven al que había herido.

¡Allí! Una especie de monstruo y su mascota.

La montaña seguía rugiendo. El sonido era cada vez más fuerte e insistente. La montaña había engullido el poder, y este quería salir.

—Necesito mis pájaros —dijo la loca, mirando el cielo.

Dio un salto y se agarró a otra rama. Luego a otra. Luego a otra. Luego a otra.

—¡NECESITO MIS PÁJAROS! —gritó, corriendo de rama en rama con tanta facilidad como si estuviera atravesando un prado. Pero mucho más rápido.

La magia de las botas le aligeraba los huesos. Y la luna, a medida que iba emergiendo, incrementaba aún más la sensación.

—Necesito a mi hija —susurró, corriendo cada vez a mayor velocidad, con la mirada fija en el resplandor azul.

Y a su espalda, empezó a acumularse otro susurro: el crujido de multitud de alas de papel.



El cuervo emergió de la capucha de la niña. Posó las delicadas patas en sus hombros y extendió sus brillantes alas para levantar el vuelo.

—Cra —gritó el cuervo. «Luna», sonó su voz.

»Cra —una vez más. «Luna.»

»Cra, cra, cra.

«Luna, Luna, Luna.»

La pendiente era cada vez más pronunciada. La niña se vio obligada a sujetarse a troncos larguiruchos y ramas para no caer hacia atrás. Estaba colorada y respiraba con dificultad.

—Cra —dijo el cuervo. «Me adelanto un poco para ver qué hay.»

Echó a volar en la oscuridad en dirección al altozano pedregoso que coronaba la cima, donde las rocas se alzaban como centinelas que guardaban las montañas.

Vio a un hombre. Este tenía una golondrina en la mano. El pajarillo estaba agitado y lo picoteaba.

—Tranquila, amiga.

El hombre le habló en tono suave para tranquilizarla y envolvió a la golondrina en un paño que guardó a continuación en el bolsillo.

Se acercó a una de las rocas situadas junto al precipicio.

—Sí —le dijo a la golondrina, que seguía agitada—. Ha adoptado la forma de una niña. Incluso un tigre puede adoptar la piel de un cordero. Pero eso no cambia el hecho de que sea un tigre.

Y entonces el hombre desenfundó un cuchillo.

—¡Cra! —gritó el cuervo. «¡Luna!»

»¡Cra!

«¡Corre!»

En el que el mundo es azul y plata y plata y azul

Luna oyó la advertencia del cuervo, pero no podía ralentizar el paso. La luz de la luna le daba vida. «Azul y plata, plata y azul», pensaba, aunque no sabía por qué. La luz de la luna estaba deliciosa. La recogió entre las manos y bebió de ella una y otra vez. En cuanto empezó, ya no pudo parar.

Y a cada trago que daba, la escena de la montaña se volvía más clara.

Aquel resplandor de color verde liquen.

Era su abuela.

Las plumas.

Estaban conectadas con ella de algún modo.

Vio al hombre con la cara llena de cicatrices. Le sonaba, pero le resultaba imposible ubicarlo.

Sus ojos reflejaban bondad, su espíritu era también bondadoso. Su corazón rebosaba amor.

Pero su mano portaba un cuchillo.



«Azul —pensaba la loca mientras corría por los árboles, de rama en rama—. Azul, azul, azul, azul.»

A cada paso que daba, la magia de las botas recorría su cuerpo como un rayo.

—Y también plata —canturreó en voz alta—. Azul y plata, plata y azul.

Cada paso que daba la acercaba un poco más a la niña. La luna estaba ya en lo alto del cielo. Iluminaba el mundo. Su luz se filtraba en los huesos de la loca, desde la cabeza hasta las botas, desde las botas hasta la cabeza.

Paso, paso, paso; salto, salto, salto; azul, azul, azul. Un destello de plata. Un bebé en peligro. Un par de brazos protectores. Un monstruo con mandíbulas enormes y ojos bondadosos. Un dragón minúsculo. Una niña llena de luz.

«Luna. Luna, Luna, Luna, Luna.»

Su hija.

En lo alto de la montaña había un altozano rocoso. Corrió hacia allí. Las piedras montaban

guardia como centinelas. Y detrás de una de ellas había un hombre. En su chaqueta se distinguía un puntito que emitía un destello de color verde liquen. Algún tipo de magia, pensó la loca. El hombre iba armado con un cuchillo. Y justo en el borde de la montaña, casi ya sobre él, se veía otro resplandor: el azul.

La niña.

Su hija.

Luna.

Estaba viva.

El hombre levantó la mano con el cuchillo. Fijó la vista en la niña que se aproximaba.

—¡Bruja! —gritó.

—No soy una bruja —dijo ella—. Soy una niña. Me llamo Luna.

—¡Mentira! —rebatió el hombre—. Eres la bruja. Tienes miles de años de edad. Has matado a infinidad de niños. —Tembló unos instantes—. Pero ahora yo te mataré a ti.

El hombre saltó.

La niña saltó.

La loca saltó.

Y el mundo se llenó de pájaros.

En el que una bruja lleva a cabo su primer
hechizo... A propósito esta vez

Un remolino de piernas, alas, codos, uñas, picos y papel. Los pájaros sobrevolaban en círculo el altozano rocoso, su espiral era cada vez más y más estrecha.

—¡Mis ojos! —chilló el hombre.

—¡Mi mejilla! —gritó Luna.

—¡Mis botas! —se quejó una mujer a la que Luna no conocía.

—¡Cra! —graznó el cuervo. «¡Mi niña! ¡Aléjate de mi niña!»

—¡Pájaros! —gritó Luna.

Se apartó del caos arrastrándose por el suelo y se incorporó. Las aves de papel levantaron el vuelo en formación antes de aterrizar en círculo en el suelo. No estaban atacando, todavía no. Pero por su forma amenazadora de apuntar con el pico y abrir las alas, daba la impresión de que lo harían en cualquier momento.

El hombre se tapó la cara.

—Que no se me acerquen —gimoteó.

Empezó a temblar, muerto de miedo, tapándose la cara con las manos. Dejó caer el cuchillo al suelo. Con un puntapié, Luna lo alejó de su alcance y acabó cayendo montaña abajo.

—Por favor —musitó el hombre—. Conozco bien esos pájaros. Son aterradores. Me hicieron pedazos.

Luna se arrodilló a su lado.

—No dejaré que te hagan ningún daño —le aseguró—. Te lo prometo. Los pájaros me localizaron cuando estaba perdida en el bosque. Si no me hicieron nada a mí entonces, no entendería que quisieran hacerte daño a ti ahora. Pero, pase lo que pase, no lo permitiré. ¿Me has entendido?

El hombre asintió. Escondió la cara entre las rodillas.

Los pájaros de papel ladearon la cabeza. Pero no para mirar a Luna, sino a la mujer tendida en el suelo.

Luna también la observó.

La mujer llevaba unas botas negras y una bata sencilla de color gris. Tenía la cabeza rapada.

Sus ojos eran grandes y oscuros, y lucía en la frente una marca de nacimiento en forma de cuarto creciente. Luna se llevó automáticamente las manos a la frente.

«Ella está aquí —le decía el corazón—. Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

—Ella está aquí —musitó la mujer—. Ella está aquí, está aquí, está aquí.

Luna recordó la imagen mental de una mujer con cabellera oscura agitándose como serpientes enfurecidas. Miró a la mujer que tenía delante. Intentó imaginársela con pelo.

—¿La conozco de algo? —preguntó.

—A mí nadie me conoce —respondió la mujer—. No tengo nombre.

Luna frunció el ceño.

—Pero ¿lo tuvo alguna vez?

La mujer se acuclillo y sujetó las rodillas entre las manos. Sus ojos miraban hacia todos lados. Estaba herida, pero no físicamente. Luna la observó con más detalle. Era su mente la que estaba herida.

—Antes —dijo la mujer—. Antes tuve un nombre. Pero no lo recuerdo. Había un hombre que me llamaba «esposa» y una niña que me habría llamado «madre». Pero de eso hace ya mucho tiempo. No sé cuánto. Ahora solo me llaman «prisionera».

—Una torre —dijo en voz baja Luna, acercándose un paso.

La mujer tenía lágrimas en los ojos. Miró un instante a Luna y apartó los ojos, volvió a repetir el gesto, como si le diera miedo prolongar su mirada sobre la niña.

El hombre levantó la vista. Se arrodilló. Y miró fijamente a la loca.

—Tú —dijo—. Te has fugado.

—Es por mí —dijo la loca. Se arrastró por la superficie rocosa y se agazapó al lado del joven. Le acarició la cara—. Es por mi culpa —dijo, recorriendo las cicatrices con la punta de los dedos—. Lo siento mucho. Aunque tu vida... es mucho más feliz ahora, ¿verdad?

Los ojos del joven se inundaron de lágrimas.

—No —dijo—. Quiero decir, sí. Lo es. Pero no. Mi esposa ha tenido un bebé. Nuestro hijo es precioso. Pero es el más pequeño del Protectorado, e igual que te sucedió a ti, tenemos que entregarlo a la bruja.

Se fijó entonces en la marca de nacimiento de la frente de la loca.

Miró entonces a Luna. La mancha era idéntica. Y sus grandes ojos negros eran iguales. El bulto del interior de la chaqueta se agitó con inquietud. Y finalmente, por el borde del cuello asomó un pico negro. Lo picoteó.

—¡Ay! —se quejó el joven.

—Yo no soy una bruja —dijo Luna, levantando la barbilla—. Y nunca me he llevado a ningún bebé.

El cuervo saltó desde encima de la roca para posarse en el hombro de la niña.

—Claro que no —aseguró la mujer. Seguía sin poder mantener la mirada fija en Luna. Aún se veía obligada a apartar la vista, como si la niña fuese una luz excesivamente potente—. Tú eres el bebé.

—¿Qué bebé?

El pájaro consiguió por fin emerger del interior de la chaqueta del hombre. Era el resplandor

de color verde liquen. La golondrina gritó con preocupación y empezó a picotear al hombre.

—¡Tranquila, amiguita! —dijo él—. ¡Haya paz! Cálmate. No tienes nada que temer.

—Abuelita —musitó Luna.

—Seguro que lo entenderéis cuando os lo explique —dijo el hombre—. Sin querer le he roto el ala a esta golondrina y...

Pero Luna no lo escuchaba.

—¡ABUELITA!

El ave se quedó inmóvil. Y miró a la niña con un ojo brillante. El de su abuela. Luna lo reconoció.

Y de pronto fue como si un último engranaje encajara en su debido lugar dentro del cráneo de Luna. Notó que su piel emitía un zumbido. Los huesos zumbaban también. Su cerebro se iluminó con recuerdos que empezaron a caer sobre ella como asteroides, iluminando la oscuridad.

La mujer que gritaba en el techo.

Aquel hombre tan viejo con aquella nariz tan grande.

El círculo de sicomoros.

El sicomoro que se transformó en una anciana.

La mujer con luz de estrellas en la punta de los dedos. Y luego, algo que era más dulce aún.

Glerk se había transformado de pronto en conejo.

Su abuela había intentado enseñarle todo lo que había que saber sobre los hechizos. Su textura. Su construcción. Su poesía, su arte y su arquitectura. Eran lecciones que Luna había escuchado y olvidado, pero que ahora, de repente, recordaba y comprendía.

Miró el pájaro. El pájaro miró a Luna. Las aves de papel detuvieron el aleteo y se quedaron a la espera.

—Abuelita —dijo Luna, extendiendo las manos.

Concentró todo su amor, todas sus preguntas, todos sus cuidados, todas sus preocupaciones, todas sus frustraciones y toda su tristeza en el pajarillo que había en el suelo. En la mujer que la había alimentado. En la mujer que le había enseñado a construir, a soñar y a crear. En la mujer que no respondía a sus preguntas... porque no podía. En la mujer a la que deseaba ver. Empezó a percibir un zumbido en los huesos de los dedos de los pies. Su magia, su pensamiento, sus intenciones y sus esperanzas eran una sola cosa. Y la fuerza de dicha cosa ascendió hacia las espinillas. A continuación cubrió sus caderas. Luego le alcanzó los brazos. Finalmente los dedos.

—Muéstrate —le ordenó Luna.

Y entre un torbellino de alas, garras, brazos y piernas, su abuela se materializó. Miró a Luna. Tenía los ojos legañosos y húmedos. Bañados en lágrimas.

—Cariño mío —susurró.

Y entonces, Xan se estremeció, dobló su cuerpo y se derrumbó.

En el que se produce un cambio de opinión

Luna cayó de rodillas y acunó a su abuela entre sus brazos.

¡Qué ligera era! Era liviana como unas ramitas, como el papel, como el viento frío. Su abuela, que había sido siempre una fuerza de la naturaleza, una columna que sostenía el cielo. A Luna le habría gustado cogerla en brazos y llevársela corriendo a casa.

—Abuelita —sollozó, descansando la mejilla sobre la de Xan—. Despiértate, abuelita. Despierta, por favor.

Xan emitió un jadeo tembloroso.

—Tu magia —susurró la anciana—. Ha empezado ya, ¿verdad?

—No hables ahora de eso —dijo Luna, con la boca todavía enterrada entre el cabello de color liquen de su abuela—. ¿Estás enferma?

—No estoy enferma —respondió con dificultad su abuela—. Me estoy muriendo. Algo que tendría que haber hecho hace ya mucho tiempo.

Tosió, se estremeció y volvió a toser.

Un único sollozo irrumpió en las entrañas de Luna y ascendió por su garganta.

—No te estás muriendo, abuelita. No puedes estar muriéndote. Hablo con un cuervo. Y los pájaros de papel me quieren. Me parece que he encontrado a... Bueno, la verdad es que no sé quién es. Pero la recuerdo. De antes. Y hay una mujer en el bosque que... creo que no es buena.

—No voy a morirme ahora mismo, mi niña, pero acabaré haciéndolo. Pronto. Y ahora, hablemos de tu magia. Puedo pronunciar la palabra y no te quedas en blanco, ¿verdad? —Luna asintió—. La encerré en tu interior para que no fueras un peligro ni para ti misma ni para los demás, porque, créeme, cariño mío, eras peligrosa. Aunque esa decisión tuvo sus consecuencias. Y ahora, imagino, te llega por todas partes, de arriba, de abajo, de un lado y del otro, ¿no? —dijo, y cerró los ojos con una mueca de dolor.

—No me apetece hablar ahora de esto, abuelita, a menos que te haga algún bien. —La niña se sentó de repente—. ¿Puedo hacer yo algo por ti?

La anciana temblaba.

—Tengo frío —dijo—. Tengo mucho, muchísimo frío. ¿Ha salido la luna?

—Sí, abuelita.

—Pues levanta la mano. Deja que tus dedos capten su luz y dame de comer de ella. Es lo que

hice por ti hace mucho tiempo, cuando eras un bebé. Cuando te abandonaron en el bosque y fui a recogerte para que vivieras sana y salva. —Xan se interrumpió y miró a la mujer de la cabeza rapada, que seguía agazapada en el suelo—. Creía que tu madre te había abandonado. —Se llevó la mano a la boca y movió la cabeza en un gesto de incredulidad—. Tenéis la misma marca de nacimiento. Y los mismos ojos.

La mujer del suelo asintió.

—No la abandoné —dijo en voz baja—. Se la llevaron. Me quitaron a mi bebé.

La mujer hundió la cara entre las rodillas y se tapó la cabeza con los brazos. No emitió más sonidos.

Fue como si el rostro de Xan se resquebrajara.

—Sí. Ahora lo entiendo. —Se volvió hacia Luna—. Cada año, abandonaban a un bebé en el bosque a su suerte, abocado a una muerte segura. Y yo, cada año, cruzaba el bosque con ese bebé para entregarlo a una nueva familia que lo querría y lo cuidaría. Fue un error por mi parte no sentir más curiosidad. Fue un error por mi parte no hacerme preguntas. Pero es que sobre ese lugar se cierne la tristeza como un nubarrón. Y siempre intentaba marcharme de allí lo más rápidamente posible.

Xan se estremeció y se incorporó un poco para aproximarse a la mujer que seguía en el suelo. Esta no levantó la cabeza. Con cautela, la anciana posó la mano en el hombro de la mujer.

—¿Podrás perdonarme?

La mujer no dijo nada.

—Y ¿los niños del bosque son los Niños de la Estrella? —susurró Luna.

—Los Niños de la Estrella son todos como tú —dijo su abuela, tosiendo—. Pero tú fuiste *enmagizada*. No era mi intención, cariño mío; fue un accidente, y no hubo marcha atrás. Entonces empecé a quererte. Te he querido mucho. Y eso tampoco tiene marcha atrás. De modo que te crie como si fueses mi propia nieta. Y entonces empecé a morirme. Y tampoco eso tiene marcha atrás. Consecuencias. Todo son consecuencias. He cometido muchos errores. —Se estremeció—. Tengo frío. Un poco de luz de luna, cariño mío, por favor.

Luna levantó la mano. Las puntas de sus dedos percibieron el peso de la luz, dulce y pegajosa. Esta pasó de sus manos a la boca de su abuela y se expandió por su cuerpo. Las mejillas de la anciana empezaron a cobrar color. La luz se diseminó también por la piel de Luna, iluminando sus huesos.

—La ayuda de la luna es solo temporal —le explicó su abuela—. La magia corre en mi interior como si mi cuerpo fuese un cubo lleno de agujeros. Se siente atraída hacia ti. Todo lo que tengo, todo lo que soy, fluye hacia ti, cariño mío. Es como debe ser. —Se volvió para acariciar la cara de Luna. La chiquilla entrelazó los dedos con los de su abuela y se aferró a ella con desesperación—. Quinientos años es una cantidad inmensa. Demasiados. Y tú tienes una madre que te quiere. Que te ha querido durante todo este tiempo.

—Amiga mía —dijo el hombre.

Estaba llorando, enormes lagrimones resbalaban por su cara marcada. Ahora que no tenía el cuchillo, parecía inofensivo. Pero Luna siguió mirándolo con cautela. El hombre se acercó a ella con la mano izquierda extendida.

—No se acerque más —le dijo con frialdad.

El hombre asintió.

—Amiga mía —volvió a decir—. Mi antigua amiga ave. —Tragó saliva y se secó las lágrimas y los mocos con la manga de la chaqueta—. Siento si lo que voy a decir suena maleducado, pero...

Se interrumpió de nuevo. Luna podría detenerlo rápidamente lanzándole una piedra, aunque descartó la idea cuando vio que una roca rodaba hasta ella y empezaba a moverse de forma amenazadora.

«Nada de violencia», pensó, mirando enojada a la roca. Esta cayó al suelo con un golpe sordo y siguió rodando, como si Luna la hubiera regañado.

«Voy a tener que andarme con mucho cuidado», se dijo.

—¿Es usted la bruja? —continuó el hombre, su mirada clavada en Xan—. ¿La del bosque? ¿La que insiste en que sacrifiquemos cada año a un bebé pues de lo contrario nos destruirá?

Luna lo miró con frialdad.

—Mi abuela jamás ha destruido nada. Es buena, amable y cariñosa. Pregunte a la gente de las Ciudades Libres. La conocen muy bien.

—Hay alguien que exige un sacrificio —explicó el hombre—. Y no es ella. —Señaló a la mujer de la cabeza rapada y a los pájaros de papel posados en sus hombros—. Lo sé de sobra. Yo estaba en su casa cuando se llevaron a su bebé.

—Si no recuerdo mal —dijo enfurecida la mujer—, tú estabas con los que me la arrebataron.

El hombre bajó la cabeza.

—Fue usted —dijo Luna en voz baja—. Lo recuerdo. No era más que un niño por aquel entonces. Olía a serrín. Y no quería... —Se detuvo. Frunció el ceño—. Los viejos se enfadaron con usted.

—Sí —admitió el hombre.

La abuela de Luna empezó a incorporarse, y la niña corrió hacia ella para ayudarla. Xan le indicó con un gesto que no era necesario.

—Déjalo, cariño. Puedo yo sola. No soy tan vieja.

Pero era muy vieja. Xan estaba envejeciendo ante los ojos de Luna. Siempre había sido mayor, por supuesto. Pero ahora... era distinto. Parecía como si estuviese desecándose por momentos. Tenía los ojos hundidos y ojerosos. La piel del color del polvo. Luna recogió más luz de luna con las manos y animó a su abuela a beberla.

Xan miró al joven.

—Tenemos que actuar rápido. Me disponía a rescatar a un nuevo bebé abandonado. Llevo muchísimo tiempo haciéndolo. —Tembló e intentó dar un paso inestable. Luna pensó que se iba a caer—. No hay tiempo para tonterías, niña.

Luna enlazó a su abuela por la cintura. El cuervo aleteó para posarse en su hombro. Se volvió hacia la mujer que seguía en el suelo y le ofreció una mano.

—¿Vienes? —dijo.

Contuvo la respiración. El corazón le aporreaba el pecho.

«La mujer del tejado.

»Los pájaros de papel en la ventana de la torre.

»Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

La mujer levantó la cabeza y miró a Luna a los ojos. Aceptó su mano y se levantó. El corazón de Luna alzó el vuelo. Y los pájaros de papel aletearon, se revolvieron y echaron a volar.

Luna oyó el sonido de pasos que se aproximaban por el extremo opuesto del altozano incluso antes de ver aquello: un par de ojos brillantes. La zancada musculosa de un tigre. Pero no era un tigre. Era una mujer, alta, fuerte y mágica, evidentemente. Pero su magia era afilada, dura y cruel. Como el tajo de una espada. La mujer que le había pedido las botas. Estaba allí.

—Hola, Devoradora de Tristeza —saludó Xan.

En el que un Dragón Simplemente Enorme toma
una decisión simplemente enorme

—¡Glerk!

—¡No grites, Fyrian! —lo reprendió Glerk—. Te oigo perfectamente.

Habían visto que la Devoradora de Tristeza se dirigía al altozano, y a Glerk se le había helado la sangre.

¡La Devoradora de Tristeza! ¡Después de tantísimos años!

Estaba exactamente igual. ¿Qué tipo de trucos habría empleado?

—Pero ¡Glerk!

—Pero ¡nada! Ella no sabe que estamos aquí. ¡La sorprenderemos!

Hacía mucho tiempo que el monstruo no se enfrentaba a un enemigo. Ni sorprendía a un villano. En su época, Glerk se desenvolvía magníficamente en esos temas. Era capaz de empuñar cinco espadas a la vez —sus cuatro manos y la punta extensible de la cola—, y era tan formidable, tan ágil y tan enorme que sus adversarios solían rendir las armas y pedirle una tregua. Y esa era la solución que prefería él. Glerk consideraba que la violencia, pese a ser necesaria a veces, era burda y poco civilizada. La razón, la belleza, la poesía y la conversación eran sus armas preferidas para solventar disputas. En el fondo, el espíritu de Glerk era tan sereno como cualquier ciénaga: daba vida y la mantenía. De repente, echó de menos la Ciénaga con una intensidad tal que casi le flaquean las rodillas.

«He estado dormido. El amor que siento hacia Xan me ha mantenido en trance. Pero mi objetivo era estar en el mundo, y no lo he cumplido. Hace años que no estoy en él. Lo mío es vergonzoso.»

—¡GLERK!

El monstruo del pantano levantó la cabeza. Fyrian estaba volando. Había seguido creciendo y era más grande que la última vez que Glerk se había fijado en él. Y sorprendentemente, a pesar de haber seguido aumentando de tamaño, Fyrian había recuperado el uso de sus alas y revoloteaba sobre él, observando la situación por encima de las copas de los árboles.

—¡Allí está Luna! —gritó—. Acompañada de un cuervo de lo más insulso. Lo odio. Ella me quiere más a mí.

—Tú no odias a nadie, Fyrian —contraatacó Glerk—. Eso no va contigo.

—Y Xan también está. ¡Tía Xan! ¡Está enferma!

Glerk asintió. Era lo que se temía. Al menos había recuperado la forma humana. Habría sido peor si se hubiera quedado transformada, incapaz de poder despedirse.

—¿Qué más ves, amigo mío?

—Una mujer. Dos. Está la que se mueve como un tigre y luego otra. Esta última no tiene pelo. Y quiere a Luna. Lo percibo desde aquí. ¿Por qué tendría que quererla? ¡Si ya la queremos nosotros!

—Buena pregunta. Como bien sabes, Luna es un poco un misterio. Como en su día lo fue Xan.

—Y hay un hombre. Y muchos pájaros juntos en el suelo. Me parece que también quieren a Luna. Todos la están mirando. Y Luna pone esa cara tan suya de «Vamos a montar un buen lío».

Glerk asintió. Cerró un ojo, luego el otro y se envolvió el cuerpo con sus cuatro enormes brazos.

—Pues muy bien, Fyrian —dijo—. Sugiero que nosotros montemos también un buen lío. Yo iré por tierra y tú, por aire.

—Y ¿qué tenemos que hacer?

—Fyrian, cuando aquello sucedió tú no eras más que un dragón minúsculo, pero esa mujer de allí, esa que merodea hambrienta por todos lados, es la razón por la que tu madre tuvo que arrojarse al volcán. Es una Devoradora de Tristeza. Propaga miseria y devora pesar. Es magia de la peor. Por su culpa te criaste sin madre y muchas mujeres perdieron a sus hijos. Sugiero que le impidamos seguir generando tristeza, ¿te parece?

Fyrian había emprendido ya el vuelo y gritaba y proyectaba llamaradas hacia el cielo nocturno.



—¿Hermana Ignacia? —Antain estaba confuso—. ¿Qué hace usted aquí?

—Nos ha encontrado —susurró la mujer de los pájaros de papel.

«No —pensó Luna—, no es simplemente una mujer. Es mi madre. Esta señora es mi madre.»

Le costaba encontrarle el sentido. Pero en el fondo sabía que era verdad.

Xan se volvió hacia el joven.

—¿Querías encontrar a la bruja? Pues aquí la tienes, amigo mío. ¿La llamáis Hermana Ignacia? —Contempló a la desconocida con escepticismo—. Qué elegante. Yo la conocía por un nombre distinto, aunque de pequeña la llamaba «el monstruo». Ha estado viviendo de la tristeza del Protectorado un montón de tiempo... ¿Cuánto exactamente? Sí, alrededor de quinientos años. Eso es digno de salir mencionado en los libros de historia, ¿verdad? Debes de sentirte muy orgullosa de ti misma.

La desconocida inspeccionó la escena con una sonrisilla fija en la boca. «Devoradora de Tristeza —pensó Luna—. Un nombre odioso para una persona odiosa.»

—Vaya, vaya, vaya —dijo la Hermana Ignacia—. La pequeña Xan. Cuánto tiempo. Y me temo que los años no se han portado bien contigo. Me alegro muchísimo de verte tan impresionada con

mi pequeña granja de tristeza. La pena guarda en ella mucho poder. Es una lástima que tu querido Zósimos no pudiera llegar a verlo. Un tonto, eso es lo que era ese hombre. Y un tonto muerto, el pobre. Como muy pronto lo estarás tú también, querida Xan. Tal como deberías estar hace mucho tiempo.

La magia envolvía a la mujer en un torbellino, pero incluso desde donde se encontraba, Luna se percató de que en el centro había un vacío. Su magia, igual que sucedía con la de Xan, estaba mermando. Sin una fuente de tristeza a su alcance, no tenía nada con lo que poder recuperarse.

Luna soltó a su abuela y avanzó hacia la mujer. La desconocida desenredó hilos de magia que se acercaron flotando a Luna, que caminaba envuelta en una mucho más densa. La mujer no parecía haberse percatado de ello.

—¿Y qué es toda esa tontería de rescatar bebés? —quiso saber la desconocida.

Antain intentó levantarse, pero la loca le puso una mano en el hombro para impedirsele.

—Está intentando extraer tristeza de ti —murmuró ella, cerrando los ojos—. No se lo permitas. Ten esperanza. Esperanza sin cesar.

Luna dio un paso más. Notó que la magia de aquella mujer tan alta se desplegaba hacia ella.

—Veo que eres curiosa —dijo la Devoradora de Tristeza—. Conocí a otra niña curiosa. Hace ya mucho tiempo. No paraba de formular preguntas infernales. Cuando el volcán se la tragó, no sentí ni una pizca de pena.

—Pero resulta que el volcán no me tragó —masculló Xan entre dientes.

—Pues debería haberlo hecho —dijo en tono burlón la desconocida—. Mírate. Vieja. Decrépita. ¿Qué has hecho? ¡Nada! Y las historias que cuentan sobre ti te pondrían el vello de punta —entrecerró los ojos—, aunque no creo que tu vello pudiera resistirlo.

La loca se apartó de Antain para acercarse a Luna. Sus movimientos eran sigilosos y lentos, como si estuviera en un sueño.

—¡Hermana Ignacia! —dijo Antain—. ¿Cómo ha podido hacernos esto? El Protectorado la considera la voz de la razón y del conocimiento. —Titubeó—. Mi bebé está a punto de enfrentarse a los hombres de las túnicas. Mi hijo. Y a Ethyne, a quien usted quería como a una hija, se le partirá el corazón.

La mujer infló visiblemente las aletas de la nariz y frunció el entrecejo.

—No menciones en mi presencia el nombre de esa ingrata. Después de todo lo que hice por ella...

—Una parte de su ser sigue siendo humana —le dijo al oído la loca a Luna. Posó la mano en el hombro de su hija y el interior de la niña estalló. Tuvo que esforzarse para mantener los pies firmes en el suelo—. La he oído, en la Torre. Es sonámbula, lamenta una pérdida en sueños. Solloza, llora, ruge. Cuando se despierta, no lo recuerda. Está encerrado dentro de ella.

Era algo similar a lo que le pasaba a Luna. Concentró su atención en los recuerdos cerrados a cal y canto en la Devoradora de Tristeza.

Xan avanzó renqueante.

—Los bebés no morían, ¿sabes? —dijo la anciana, esbozando una sonrisa maliciosa.

La desconocida soltó una risotada.

—No seas ridícula. Por supuesto que sí. Se morían de hambre o de sed. Los animales salvajes

acababan devorándolos tarde o temprano. Ahí está la gracia.

Xan avanzó un paso más. Miró fijamente los ojos de su oponente como si estuviera contemplando un largo y oscuro túnel abierto en una roca. Entrecerró los suyos.

—Te equivocas. La nube de tristeza que has creado te ha impedido ver más allá. Del mismo modo que yo tenía dificultades para atravesarla con la mirada, tú no te percatabas de lo que sucedía en el exterior. Durante todos estos años, he estado deambulando por delante de tu casa y tú ni te has enterado. ¿No te parece gracioso?

—No es verdad —dijo la desconocida, con un rugido ronco—. Eso es una ridiculez. Si te hubieses acercado, lo habría sabido.

—No, señora mía. No te enteraste. Del mismo modo que ignoraste qué fue de todos esos bebés. Me he acercado año tras año a los límites de ese lugar tan triste y, cada año, he cruzado el bosque con un bebé para llevarlo a las Ciudades Libres, donde lo he depositado en brazos de una familia que lo ha querido. Y me duele que los padres originales hayan llorado la pérdida eternamente y que, en consecuencia, tú te hayas alimentado de su tristeza. Pero no conseguirás la tristeza de Antain. Ni la de Ethyne. Su bebé vivirá con ellos, crecerá y prosperará a su lado. Y que sepas que, mientras tú andas deambulando por el bosque, tu nube de tristeza se ha levantado. Y el Protectorado ha conocido la libertad.

La Hermana Ignacia se quedó blanca.

—Mentiras —dijo, pero tropezó con algo y tuvo que esforzarse para mantenerse en pie—. ¿Qué está pasando? —preguntó casi sin aliento.

Luna entrecerró los ojos. La desconocida se había quedado prácticamente sin magia. Luna fijó aún más la mirada en ella y allí, en el espacio donde debería estar el corazón de la Devoradora de Tristeza, había una esfera diminuta; un objeto duro, reluciente y frío. Una perla. Con los años, había levantado un muro alrededor de su corazón, haciéndolo cada vez más liso, más brillante, más carente de sentimientos. Y probablemente hubiera escondido allí más cosas: recuerdos, esperanzas, amor, el peso de todas las emociones humanas. Luna se concentró, la intensidad de su mirada taladraba el brillo de la perla.

La Devoradora de Tristeza se llevó las manos a la cabeza.

—Alguien me está robando la magia. ¿Eres tú, vieja?

—¿Qué magia? —dijo la loca. Se colocó al lado de Xan y la sujetó por el brazo para mantenerla en pie. Miró con dureza a la Hermana Ignacia—. No veo ninguna magia. —Se dirigió entonces a Xan—. Se inventa cosas, es evidente.

—¡Cállate, imbécil! ¡No tienes ni idea de lo que digo!

La desconocida flaqueó, como si las piernas se le hubieran vuelto de repente de gelatina.

—Por las noches, cuando era niña y vivía en el castillo —relató Xan—, venías a alimentarte de la tristeza que se filtraba por debajo de mi puerta.

—Por las noches, en la Torre —dijo la loca—, ibas de celda en celda en busca de pena. Y cuando aprendí a embotellar la mía, a encerrarla, empezaste a gruñir y a aullar.

—Mentís —dijo sin apenas voz la Devoradora de Tristeza. Pero no era así. Luna percibió la terrible sensación de hambre de la Devoradora de Tristeza. Vio que estaba desesperada por consumir aunque fueran migajas de pesar. Cualquier cosa que sirviera para llenar el oscuro vacío

de su interior—. No sabéis absolutamente nada de mí.

Pero Luna sí sabía. Su ojo mental le permitía ver el corazón perlado de la Devoradora de Tristeza flotando entre ellas.

Llevaba tantísimo tiempo oculto que Luna sospechaba que había olvidado incluso su existencia. Lo hizo girar y girar, en busca de grietas y fisuras. Había un recuerdo aquí. Una persona amada. Una pérdida. Un aluvión de esperanza. Un pozo de desesperación. ¿Cuántos sentimientos podía llegar a albergar un corazón? Miró a su abuela. A su madre. Al hombre que deseaba proteger a su familia. «Infinitos —se respondió Luna—. Del mismo modo que el universo no tiene fin. Es luz, oscuridad y movimiento eterno; es espacio y tiempo, y espacio dentro del espacio y tiempo dentro del tiempo. Lo que un corazón puede llegar a contener es ilimitado.»

«Separarse de los recuerdos es espantoso —pensó Luna—. Si alguna cosa sé, es precisamente esa. Vamos. Deja que te ayude.»

Luna se concentró. La perla se resquebrajó. La Devoradora de Tristeza abrió los ojos como platos.

—Algunos preferimos el amor al poder —dijo Xan—. De hecho, es lo que elige la mayoría.

Luna volcó toda su atención en aquella grieta. Movi6 la muñeca izquierda y la abrió por completo. La tristeza empezó a manar por ella.

—¡Ah! —dijo la Devoradora de Tristeza, llevándose las manos al pecho.

—¡TÚ! —gritó una voz desde arriba.

Luna levantó la cabeza y su garganta profirió un grito. Había un dragón enorme. Volaba en espiral, acercándose cada vez más. Vomitaba fuego hacia el cielo. Su imagen, sin embargo, le resultaba familiar.

—¿Fyrian?

La Hermana Ignacia se rasgó el pecho. La tristeza empezó a derramarse por el suelo.

—Ay, no. Ay, no, no, no.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se ahogaba con su llanto.

—Mi madre murió por tu culpa —dijo el dragón que se parecía a Fyrian.

A continuación descendió en picado y aterrizó en el suelo derrapando, levantando gravilla en todas direcciones.

—Mi madre —murmuró la Devoradora de Tristeza, sin apenas percatarse de la presencia del enorme dragón que la amenazaba—. Mi madre, mi padre, mis hermanos y mis hermanas. Mi pueblo y mis amigos. Murieron todos. Lo único que quedó fue tristeza. Tristeza y recuerdos, recuerdos y tristeza.

El dragón que podía ser Fyrian agarró a la Devoradora de Tristeza por la cintura y la levantó por los aires. Ella se quedó flácida, como un muñeco.

—¡Debería abrasarte! —dijo el dragón.

—¡FYRIAN! —Glerk subía por la ladera, corriendo a mayor velocidad de la que Luna hubiera podido llegar a imaginar—. Fyrian, suéltala enseguida. No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

—Claro que sí —replicó Fyrian—. Es malvada.

—¡Fyrian, para! —gritó Luna, agarrándose a la pata del dragón.

—La echo de menos —sollozó este—. Añoro a mi madre. Muchísimo. Esta bruja tendría que

pagar por lo que ha hecho.

Glerk se alzó alto como una montaña. Sereno como una ciénaga. Miró a Fyrian con todo el amor del mundo.

—No, Fyrian. Esta respuesta es muy fácil, amigo mío. Hay que mirar las cosas con perspectiva.

Fyrian cerró los ojos, pero no soltó a la Devoradora de Tristeza. Por debajo de los párpados, asomaron grandes lagrimones que cayeron al suelo en forma de gotas humeantes.

Luna intentó ver con perspectiva, y para ello atravesó las capas de recuerdos que envolvían aquel corazón transformado en perla. Y lo que vio la dejó pasmada.

—Levantó un muro alrededor de su propia tristeza —musitó Luna—. La ocultó allí y la encerró bajo presión, cada vez mayor. Y la pena era tan grande, tan pesada y tan densa que refractaba toda la luz que la rodeaba. Lo absorbió todo hacia su interior. Tristeza que absorbe tristeza. Empezó a tener hambre de tristeza. Y cuánto más se alimentaba de ella, más necesitaba. Luego descubrió que podía transformarla en magia. Y aprendió a incrementar el pesar a su alrededor. Cultivó tristeza del mismo modo que un granjero cultiva trigo y produce carne y leche. Y se daba atracones.

La Devoradora de Tristeza estaba llorando. La pena le brotaba de los ojos, de la boca y de los oídos. La magia se había esfumado. Estaba perdiendo toda la tristeza que tenía acumulada. No tardaría mucho en consumirse.

En ese momento la tierra tembló. El cráter del volcán empezó a emitir grandes columnas de humo. Fyrian se echó también a temblar.

—Debería arrojarte al volcán por lo que hiciste —dijo, con la voz tomada en la garganta—. Debería comerte de un solo bocado y nunca jamás volver a pensar en ti. Del mismo modo que tú trataste a mi madre.

—Fyrian —dijo Xan, extendiendo los brazos—. Mi precioso Fyrian. Mi chico Simplemente Enorme.

El dragón rompió a llorar de nuevo. Soltó a la Devoradora de Tristeza, que cayó sobre la roca.

—¡Tía Xan! —lloriqueó él—. ¡Siento muchísimas cosas a la vez!

—Es normal, cariño. —Xan le indicó con un gesto al dragón que se acercara. Posó las manos a ambos lados de su desarrollada cara y le estampó un besó en su tremenda nariz—. Tienes un corazón Simplemente Enorme. Como siempre. Con esta Devoradora de Tristeza se pueden hacer muchas cosas, pero no precisamente arrojlarla al volcán. Y si te la comieses, te daría dolor de estómago.

Luna ladeó la cabeza. El corazón de la Devoradora de Tristeza estaba hecho pedazos. No podría recomponerlo si no era con magia, y su poder se había esfumado. Casi al instante, la Hermana Ignacia empezó a envejecer.

La tierra tembló de nuevo. Fyrian miró a su alrededor.

—No es solo la cima del cráter. Hay fumarolas abiertas por todas partes, y el ambiente se volverá muy tóxico para Luna. Y seguramente también para todos los demás.

La mujer sin pelo, la loca («No —se dijo Luna—. No es la loca. Es mi madre. Ella es mi

madre». Solo de pensar en aquella palabra se estremeció), miró las botas y sonrió.

—Mis botas pueden llevarnos a donde tengamos que ir en un abrir y cerrar de ojos. La Hermana Ignacia y el monstruo pueden volar con el dragón. Cargaré con el resto de vosotros a mi espalda y volveremos corriendo al Protectorado. Hay que alertar a sus habitantes sobre la erupción.

La luna desapareció. Las estrellas desaparecieron. El cielo se llenó de un humo espeso.

«Mi madre —pensó Luna—. Es mi madre. La mujer del tejado. Las manos de la ventana de la Torre. Ella está aquí, está aquí, está aquí.»

El corazón de Luna era infinito. Subió a la espalda de su madre, descansó la mejilla contra su nuca y cerró los ojos con fuerza. La madre de Luna cogió a Xan con toda la ternura que le fue posible y dio instrucciones a Antain y a Luna para que se sujetaran a sus hombros, del mismo modo que el cuervo se sujetaba a los de Luna.

—¡Ten cuidado con Glerk! —le gritó Luna a Fyrian.

El dragón cogió a la Devoradora de Tristeza con las manos e intentó mantenerla lo más alejada posible de su cuerpo, como si le resultara repulsiva. El monstruo se montó sobre su espalda, igual que Fyrian había hecho durante tantos años.

—Siempre tengo mucho cuidado con Glerk —dijo recatadamente Fyrian—. Es muy delicado.

El suelo volvió a temblar. Había llegado la hora de marcharse de allí.

En el que se produce el reencuentro de varias familias

Los habitantes del Protectorado vieron una nube de polvo y humo que se aproximaba a toda velocidad hacia las murallas de la ciudad.

—¡El volcán! —gritó un hombre—. ¡El volcán tiene patas! ¡Y viene hacia aquí!

—No seas ridículo —le regañó una mujer—. Los volcanes no tienen patas. Es la bruja. Viene por fin a por nosotros. Como todos sabíamos que acabaría pasando.

—¿Hay alguien más que esté viendo ese pájaro gigante que se acerca y que parece un dragón? Aunque, claro está, es imposible. Los dragones ya no existen, ¿verdad?

La loca derrapó para detenerse junto a las murallas y dejó que Antain y Luna bajasen. El hombre no perdió ni un minuto y cruzó corriendo las puertas del Protectorado. Luna esperó a que la loca depositase delicadamente a Xan en el suelo y luego ayudó a su abuela a incorporarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la mujer.

Luego miró hacia un lado y hacia otro, sin detenerse mucho tiempo en ningún lugar. Su cara recorrió un ciclo entero de expresiones, una tras otra. Estaba, según le pareció a Luna, bastante loca. O tal vez estuviera solo destrozada. Y todo lo que está destrozado suele poder repararse. Le dio la mano a su madre y esperó que sucediera lo mejor.

—Necesito subir muy alto —dijo Luna—. Necesito preparar algo que proteja a la ciudad y su población cuando esa cosa explote.

Señaló con la barbilla la cumbre humeante del volcán y se le encogió el corazón. Pensó en su casa en el árbol. En su jardín. En las gallinas y en las cabras. En el precioso pantano de Glerk. Todo desaparecería en pocos momentos, si no había desaparecido ya. Consecuencias. Todo tenía consecuencias.

La loca condujo a Luna y a Xan hacia las puertas y hacia la muralla.

Su madre tenía magia, Luna lo notaba. Pero era distinta a la suya. Luna tenía la magia infiltrada en todos sus huesos, en todos sus tejidos, en todas sus células. La de su madre era más similar a un amasijo de baratijas que se han quedado en el fondo de una cesta después de un largo viaje y van chocando las unas contra las otras. Pero percibía la magia de su madre —igual que su anhelo y su amor— pegada a su piel. Alentaba el poder que rugía en su interior y dirigía las oleadas de magia.

Luna apretó con más fuerza la mano de su madre.

Fyrian, Glerk y la Devoradora de Tristeza, que estaba casi inconsciente, aterrizaron a su lado.

Por mucho que Antain les asegurara que no tenían nada que temer, los habitantes del Protectorado gritaron y echaron a correr para alejarse de la muralla. Xan fijó la vista en el pico humeante del cráter.

—Sí, hay mucho miedo —dijo sombríamente—. Pero no viene de nosotros.

Antain buscaba a gritos a Ehyne.

Fyrian buscaba a gritos a Xan.

—Cra, cra, cra —graznaba el cuervo. «Luna, Luna, Luna», quería decir.

Glerk pedía a gritos a todo el mundo que se callara un momento para poder pensar.

El volcán lanzó una columna de fuego y de humo, su poder almacenado se vio liberado por fin.

—¿Podemos detenerlo? —preguntó Luna en voz baja.

—No —respondió Xan—. Lo hicimos hace mucho tiempo, pero fue un error. Un buen hombre perdió la vida por nada. Y también una buena dragona. Los volcanes entran en erupción y el mundo cambia. Las cosas funcionan así. Pero podemos protegernos. Yo ya no soy capaz, y sospecho que tú sola tampoco. Pero juntas... —Miró a la madre de Luna—. Juntas, creo que podríamos.

—Yo no sé cómo hacerlo, abuelita.

Luna intentó contener sus sollozos. Había demasiadas cosas que aprender y no disponía de tiempo suficiente. Xan cogió la otra mano de Luna.

—¿Te acuerdas de cuando eras pequeña y te enseñé a crear burbujas para encerrar las flores en su interior?

Luna movió la cabeza en un gesto afirmativo.

Xan sonrió.

—Vamos. Los conocimientos no surgen solo de nuestra mente. El cuerpo, el corazón, la intuición también cuentan. A veces, incluso los recuerdos tienen mentalidad propia. Las flores vivían a salvo dentro de las burbujas. ¿Te acuerdas? Hagamos burbujas. Burbujas dentro de burbujas. Burbujas de magia. Burbujas de hielo. Burbujas de cristal, de hierro y de luz de estrellas. Burbujas de ciénaga. El material importa menos que la intención. Utiliza la imaginación y visualízalas. Una burbuja para cada casa, cada jardín, cada árbol, cada granja. Una burbuja que envuelva toda la ciudad. Burbujas que envuelvan las poblaciones de las Ciudades Libres. Burbujas, burbujas y burbujas. Para envolver. Para proteger. Utilizaremos tu magia, las tres juntas. Cierra los ojos y te enseñaré lo que tienes que hacer.

Con las manos entrelazadas con las de su madre y su abuela, Luna empezó a percibir una sensación muy especial en los huesos, una oleada de calor y de luz que desde el centro de la Tierra se alzaba hacia la esfera celeste, que iba y venía, que iba y venía. Magia. Luz de estrellas. Luz de luna. Recuerdos. Su corazón estaba tan repleto de amor que empezó a derramarse hacia el exterior. Como un volcán.

La montaña temblaba. Llovía fuego. Las cenizas oscurecían el cielo. Las burbujas empezaron a brillar bajo el calor y a hincharse bajo el peso del viento, del fuego y del polvo. Luna siguió aferrada con fuerza a aquellas manos.



Tres semanas después, Antain apenas si reconocía su casa. Había aún muchísimas cenizas. Las calles del Protectorado estaban llenas de piedras y de restos de árboles. El viento transportaba montaña abajo cenizas volcánicas, cenizas de incendios forestales y cenizas que nadie deseaba identificar, y quedaban depositadas en las calles. De día, el sol apenas conseguía filtrarse entre la neblina provocada por el humo, y de noche, las estrellas y la luna se habían vuelto invisibles. Luna había conjurado lluvias para que limpiaran el Protectorado, el bosque y la montaña, y, gracias a ellas, el ambiente se había despejado un poco. Pero quedaba todavía mucho trabajo que hacer.

A pesar del caos reinante, la gente sonreía esperanzada. El Consejo de Ancianos languidecía en la cárcel y se habían elegido nuevos miembros por votación popular. El nombre de Gherland se había convertido en un insulto habitual. Wyn gestionaba y mantenía la biblioteca de la Torre, a la que podía acceder todo aquel que lo deseara. Y se había abierto por fin la Carretera, permitiendo que los ciudadanos del Protectorado se aventuraran, por primera vez, más allá de sus límites. Aunque pocos lo hacían. Al menos, al principio.

Ethyne —la personificación de la razón y de las posibilidades, todo en uno, con su bebé siempre colgado a su pecho con la mochilita— era el punto central de todos aquellos cambios. Antain se mantenía en todo momento cerca de su pequeña familia. «Jamás volveré a abandonaros —murmuraba, básicamente para sí mismo—. Jamás, jamás, jamás.»



Tanto Xan como la Devoradora de Tristeza habían sido trasladadas al ala de la Torre destinada a hospital. En cuanto la población comprendió lo que había hecho la Hermana Ignacia, se pidió su encarcelamiento, aunque la larguísima vida de ambas mujeres se estaba apagando poco a poco.

«Cualquier día de estos —pensaba Xan—. En cualquier momento.» La muerte no le daba miedo. Le provocaba más bien curiosidad. Y no tenía ni idea de cuáles eran los pensamientos de la Devoradora de Tristeza.



Ethyne y Antain instalaron a Luna y a su madre en la habitación del bebé, asegurándoles que Luken no necesitaba de momento tener un cuarto solo para él; además, no querían separarse del pequeño ni un instante.

Ethyne transformó la habitación en un espacio de curación para madre e hija. Superficies cálidas. Cortinas tupidas para cuando el calor del día se hacía insoportable. Jarrones con flores. Y papel. Mucho papel (aunque siempre daba la impresión de que había más y más). La loca se pasaba el día dibujando. Luna la ayudaba a veces. Ethyne les prescribió una dieta a base de sopas

y hierbas curativas. Descanso. Y muchísimo amor. Estaba perfectamente preparada para proporcionar todos los ingredientes.

Luna, entretanto, se puso como objetivo averiguar el nombre de su madre. Se dedicó a ir puerta por puerta para preguntar a todo aquel que quisiese hablar con ella, que no fueron muchos de entrada. La gente del Protectorado no la amaba de forma implícita, como la gente de las Ciudades Libres. Lo cual la pilló un poco por sorpresa, la verdad.

«Tardaré un tiempo en acostumbrarme a todo esto», pensó.

Después de días de preguntar, y de días de investigación, regresó con su madre a la hora de la cena y se arrodilló a sus pies.

—Adara —dijo. Cogió su diario y le mostró a su madre todos los dibujos que había hecho antes de conocerla. Una mujer en el tejado. Un bebé en brazos. Una torre con una mano que emergía por una ventana. Un bebé en un círculo de árboles—. Te llamas Adara. No pasa nada si no lo recuerdas. Seguiré repitiéndotelo hasta que no consigas olvidar tu nombre. Y del mismo modo en que tu mente iba en cualquier dirección para intentar encontrarme, mi corazón estuvo vagando por todas partes para localizarte a ti. Mira. Incluso dibujé un mapa. «Ella está aquí, está aquí, está aquí.» —Luna cerró el diario y miró a Adara a los ojos—. Tú estás aquí, estás aquí, estás aquí. Y yo también.

Adara no dijo nada. Posó la mano sobre la de Luna. Y entrelazó los dedos con los de su hija.



Luna, Ethyne y Adara fueron a la cárcel para visitar al antiguo Gran Anciano. A Adara ya le había empezado a crecer el pelo. Los rizos negros le enmarcaban la cara y los grandes ojos oscuros.

Gherland las miró con mala cara en cuanto las vio entrar.

—Tendría que haberte ahogado en el río —le dijo a Luna, frunciendo el entrecejo—. Crees que no te he reconocido. Pero sí. Todas vosotras, criaturas insufribles, me habéis perseguido en sueños. Os veía crecer y haceros mayores aun sabiendo que habíais muerto.

—Pero no morimos —lo contradijo Luna—. Ninguno de nosotros. A lo mejor eso es lo que le estaban diciendo esos sueños. A lo mejor debería aprender a escuchar.

—No te escucho —dijo Gherland.

Adara se arrodilló junto al anciano. Posó una mano en su rodilla.

—El nuevo Consejo ha dicho que será indultado siempre y cuando esté dispuesto a pedir perdón.

—Prefiero pudrirme aquí —refunfuñó el antiguo Gran Anciano—. ¿Pedir perdón? ¡Qué idea!

—Que se disculpe o no es irrelevante —dijo con amabilidad Ethyne—. Yo lo perdono, tío. Con todo mi corazón. Y mi esposo también. Pedir disculpas podría iniciar su proceso de curación. No es por nosotros. Es por usted. Se lo recomiendo.

—Me gustaría ver a mi sobrino —dijo Gherland, su voz arrogante se quebró un poco—. Por favor. Dile que venga a visitarme. Deseo ver su cara, tan querida por mí.

—¿Piensa pedir perdón? —preguntó Ethyne.

—Jamás —le espetó Gherland.

—Es una lástima —replicó ella—. Adiós, tío.

Y se marcharon sin decir ni una palabra más.

El Gran Anciano mantuvo su postura. Siguió encarcelado durante el resto de sus días. Al final, la gente dejó de ir a visitarlo y de mencionarlo, incluso para burlarse de él. Y con el tiempo, lo olvidaron por completo.



Fyrian siguió creciendo. Sobrevolaba a diario el bosque para informar de lo que veía.

—El lago ha desaparecido, está lleno de cenizas. Y el taller también. Y la casa de Xan. Y el pantano. Pero las Ciudades Libres siguen en pie. No han sufrido ningún daño.

Luna, montada a lomos de Fyrian, visitó una a una todas las Ciudades Libres. Pese a que sus residentes se alegraban de verla, se sorprendían al descubrir que no llegaba acompañada por Xan, y todos lamentaron la noticia de su enfermedad. Tenían sus recelos respecto al dragón, aunque al ver lo bondadoso que era con los niños, la gente se relajaba un poco.

Luna les contó la historia de la ciudad que había quedado bajo el control de una espantosa bruja que había mantenido a su población prisionera bajo una nube de tristeza. Les explicó lo de los niños. Lo del terrible Día del Sacrificio. Lo de la otra bruja, que localizaba a los bebés en el bosque y les daba una nueva vida e ignoraba totalmente por qué los pequeños acababan allí.

«¡Ah! —exclamaban los habitantes de las Ciudades Libres—. ¡Ah, ah, ah!»

Y las familias de los Niños de la Estrella apretaron con fuerza las manos de sus hijos.

—A mí también me robaron de brazos de mi madre —les explicó Luna—. Igual que vosotros, fui a parar a una familia que me amó y a la que adoro. No puedo dejar de amar a esa familia, ni quiero. Pero puedo permitir que mi amor aumente. —Sonrió—. Quiero muchísimo a la abuela que me crio. Amo a la madre que perdí. Mi amor es ilimitado. Mi corazón es infinito. Y mi alegría no hace más que expandirse. Ya lo veréis.

Repitió el mismo discurso en todas las ciudades. Cuando terminó, subió de nuevo a lomos de Fyrian para regresar con su abuela.



Glerk se negó a apartarse ni un momento de la cabecera de la cama de Xan. La piel empezó a agrietarse y a escocerle después de tantos días sin disfrutar de su baño en aguas de su amado pantano. A diario, miraba con añoranza la Ciénaga. Luna solicitó a las antiguas Hermanas, amigas de Ethyne, que prepararan cubos de agua del pozo para cuando Glerk lo necesitara, pero no era lo mismo. Al final, Xan le pidió que dejara de hacer tonterías y bajase a la Ciénaga para darse un baño.

—No soporto verte sufrir, querido mío —le susurró la anciana, acariciando con las manos marchitas la cara de la bestia—. Además, y sin ánimo de ofender, apestas. —Jadeó con dificultad—. Y te quiero.

Glerk la acarició.

—Cuando te pongas bien, mi querida, mi queridísima Xan, vendrás conmigo. A la Ciénaga.



Cuando la salud de Xan empezó a deteriorarse con más rapidez, Luna informó a su madre y a sus anfitriones de que pasaría las noches en la Torre.

—Mi abuela me necesita —dijo—. Y yo he de estar a su lado.

Los ojos de Adara se llenaron de lágrimas al oír aquellas palabras. Luna la cogió de la mano.

—Mi amor no se ha dividido —le aseguró—. Se ha multiplicado.

Le dio un beso a su madre y regresó con su abuela, para pasar las noches acurrucada a su lado.



El día que la primera oleada de Niños de la Estrella regresó al Protectorado, las antiguas Hermanas abrieron todas las ventanas del hospital.

La Devoradora de Tristeza estaba viejísima. La piel arrugada que le cubría los huesos parecía papel de fumar. Tenía los ojos hundidos y vidriosos.

—Cerrad esa ventana —dijo con voz ronca—. No soporto oír eso.

—Dejadla abierta —la contradijo Xan con un hilo de voz—. Yo no soportaría no oírlo.

Ella también era un cascarón marchito. Apenas respiraba. «Sucederá en cualquier momento», pensó Luna, sentada junto a su abuela sujetándole unas manos que eran ligeras como plumas.

Las Hermanas abrieron las ventanas de par en par. Los gritos de alegría inundaron la estancia. La Devoradora de Tristeza lloró de dolor. Xan suspiró de felicidad. Luna le presionó con delicadeza las manos.

—Te quiero, abuelita.

—Lo sé, cariño —musitó Xan—. Te quiero...

Y se dejó llevar, amándolo todo.

En el que Glerk emprende un viaje y deja escrito un
poema

Aquella misma noche, la habitación seguía en silencio. Fyrian había dejado de aullar a los pies de la Torre y se había marchado a llorar y a dormir en el jardín; Luna había regresado a los brazos abiertos de su madre, de Antain y de Ethyne, otra extraña y amada familia para una niña extraña y amada. Tal vez dormiría en el cuarto de su madre. Quizá se acurrucaría fuera con el dragón y el cuervo. A lo mejor su mundo era ahora más grande que antes, como les sucede a los niños cuando dejan de serlo.

«Todo ha sido tal y como debía», se dijo Glerk. Se llevó las cuatro manos al corazón unos instantes, se escabulló aprovechando la oscuridad y regresó al lado de Xan.

Había llegado la hora de marcharse. Y estaba preparado.

Xan tenía los ojos cerrados. La boca abierta. No respiraba. Era polvo, era delgadez, era quietud. Todo lo material seguía allí, pero no su chispa.

No había luna, pero las estrellas lucían en el firmamento. Brillaban más de lo normal. Glerk acapará en sus manos su luz. Unió los hilos para tejer una colcha resplandeciente. Cubrió a la anciana con ella y la abrazó contra su pecho.

Xan abrió los ojos.

—¿Qué pasa, Glerk? —preguntó.

Miró a su alrededor. Reinaba el silencio, roto tan solo por el croar de las ranas. Hacía frío, y solo el calor del fango del suelo lo alteraba. Estaba oscuro, una negrura quebrada únicamente por el reflejo del sol en los juncos y en la Ciénaga.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Era una anciana. Era una niña. Estaba entre ambas cosas. Era todas a la vez.

Glerk sonrió.

—En el principio estaba la Ciénaga. Y la Ciénaga cubría el mundo, la Ciénaga era el mundo y el mundo era la Ciénaga.

Xan suspiró.

—Conozco esta historia.

—Pero la Ciénaga estaba sola. Quería un mundo. Quería ojos con los que ver. Quería una

espalda fuerte con la que transportarse de un lugar a otro. Quería piernas para caminar, manos para tocar y boca para poder cantar. Y por eso, la Ciénaga se hizo Bestia y la Bestia fue la Ciénaga. Y después, la Bestia cantó y dio vida al mundo. Y el mundo, la Bestia y la Ciénaga fueron una misma sustancia, unida por el amor infinito.

—¿Vas a llevarme a la Ciénaga, Glerk? —preguntó Xan.

Se soltó de su abrazo para levantarse.

—Todo es lo mismo, ¿lo ves? La Bestia, la Ciénaga, el Poema, el Poeta, el mundo. Todos te aman. Te han amado todo este tiempo. ¿Vienes conmigo?

Xan le dio la mano a Glerk, volvieron su mirada hacia la Ciénaga infinita y echaron a andar. Sin volver la vista atrás.



Al día siguiente, Luna y su madre realizaron juntas el largo recorrido hasta la Torre, subieron la escalera y llegaron a la habitación, dispuestas a recoger las cosas de Xan y preparar su cuerpo para su último viaje hacia la tierra. Adara rodeó los hombros de su hija con el brazo, un gesto que aspiraba a ser un antídoto para la tristeza. Pero Luna se apartó del abrazo protector y le dio la mano. Y así, juntas, abrieron la puerta.

Las antiguas Hermanas las esperaban en una habitación completamente vacía.

—No sabemos qué ha pasado —dijeron, con lágrimas en los ojos.

La cama estaba vacía y fría. No había rastro de Xan por ninguna parte. A Luna se le paró el corazón. Miró a su madre, que tenía los mismos ojos que ella. La misma marca en la frente. «No existe amor sin el sufrimiento de la pérdida —pensó—. Ella lo sabe. Y ahora yo también.» Adara le apretó la mano con ternura y besó el cabello negro de la niña. Luna se sentó en la cama, pero no lloró. Palpó las sábanas y encontró un papel escondido bajo la almohada.

*El corazón está hecho de luz de estrellas
y de tiempo.
Es un pinchacito de añoranza perdido en la oscuridad.
Un acorde intacto que une el Infinito con el Infinito.
Mi corazón le pide un deseo a tu corazón y el deseo se cumple.
Y mientras, el mundo gira.
Y mientras, el universo se expande.
Y mientras, el misterio del amor se revela,
una y otra vez, en tu misterio.
Me he ido.
Volveré.*

GLERK

Luna se secó las lágrimas y dobló el papel en forma de golondrina. Permaneció inmóvil en su mano. Salió, dejando a su madre en la habitación. Empezaba a salir el sol. El cielo tenía matices rosa, anaranjados y azules oscuro. En algún lugar, un monstruo y una bruja viajaban por el mundo. Lo cual era bueno, a esa conclusión llegó. Era muy muy bueno.

Las alas de la golondrina de papel empezaron a temblar. Se abrieron. Se agitaron. El ave

ladeó la cabeza para mirar a la niña.

—Está bien —dijo.

Le dolía la garganta. Le dolía el pecho. El amor dolía. ¿Por qué, entonces, se sentía tan feliz?

—El mundo es bueno. Ve a conocerlo.

Y el pájaro levantó el vuelo y se perdió de vista.

En el que se cuenta la historia final

Sí.

En el bosque hay una bruja.

Pues claro que hay una bruja. Pasó por casa justo ayer. La viste tú, la vi yo, la vio todo el mundo.

Y claro que no va haciendo publicidad de su brujería. Sería de mala educación. ¡Qué cosas dices!

Se volvió mágica cuando no era más que un bebé. Otra bruja, una vieja, la llenó a rebosar de tanto poder que no sabía ni qué hacer con él. Y la magia fluyó y fluyó de la bruja vieja a la nueva del mismo modo que el agua fluye montaña abajo. Es lo que sucede cuando una bruja adopta a un hijo, cuando tiene alguien a quien proteger por encima de todo lo demás. La magia fluye y fluye hasta que ya no le queda más.

Y así fue como nuestra bruja nos reclamó como propios. Al Protectorado. Somos suyos y ella es nuestra. Su magia nos bendice a nosotros y a todo lo que nuestra vista alcanza. Bendice las granjas, los huertos y los jardines. Bendice la Ciénaga, el Bosque e incluso el Volcán. Nos bendice a todos por igual. Por eso la gente del Protectorado está fuerte, sana y resplandeciente. Por eso nuestros hijos están sonrosados y son inteligentes. Por eso disfrutamos de tanta felicidad.

Hace mucho tiempo, la bruja recibió un poema escrito por la Bestia de la Ciénaga. Tal vez se tratase del poema que creó el mundo. Tal vez sea el que acabará con él. Tal vez no sea nada. Lo único que sé es que la bruja lo guarda bajo llave en una cajita que lleva siempre encima. Ella es nuestra, pero llegará un día en que su magia desaparecerá y regresará a la Ciénaga, y entonces nos quedaremos sin bruja. Solo tendremos historias. Y tal vez encuentre a la Bestia. O se convierta en la Bestia. O se convierta en la Ciénaga. O se convierta en un Poema. O se convierta en el mundo. Todo es uno, ¿sabías?

La niña que bebió luz de luna
Kelly Barnhill

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The girl who drank the moon*

© del texto, Kelly Barnhill, 2016
© de la traducción, Isabel Murillo, 2018

Diseño de Carla Weise

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19471-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

Una maravillosa fábula sobre los lazos que nos unen

LA NIÑA QUE BEBIÓ LUZ DE LUNA



DESTINO

Kelly Barnhill